

LA TIERRA DE LAS HISTORIAS

EL HECHIZO DE LOS DESEOS



CHRIS COLFER



LA TIERRA DE LAS HISTORIAS

EL HECHIZO DE LOS DESEOS




CHRIS COLFER



LA
TIERRA
DE LAS
HISTORIAS

I

EL HECHIZO
DE LOS DESEOS



¿Y SI LOS CUENTOS
DE HADAS FUERAN ALGO MÁS
QUE UNA HISTORIA MÁGICA?

Alex y Conner Bailey viajan
a un mundo en donde todos
los cuentos de hadas son reales,
a través de un libro que les regala
su abuela.

Allí podrán conocer las verdaderas
historias de esos personajes que tanto
admiran y tendrán que enfrentarse
a los villanos más temidos de todos
los tiempos.

Volver a casa será más difícil
de lo que piensan...

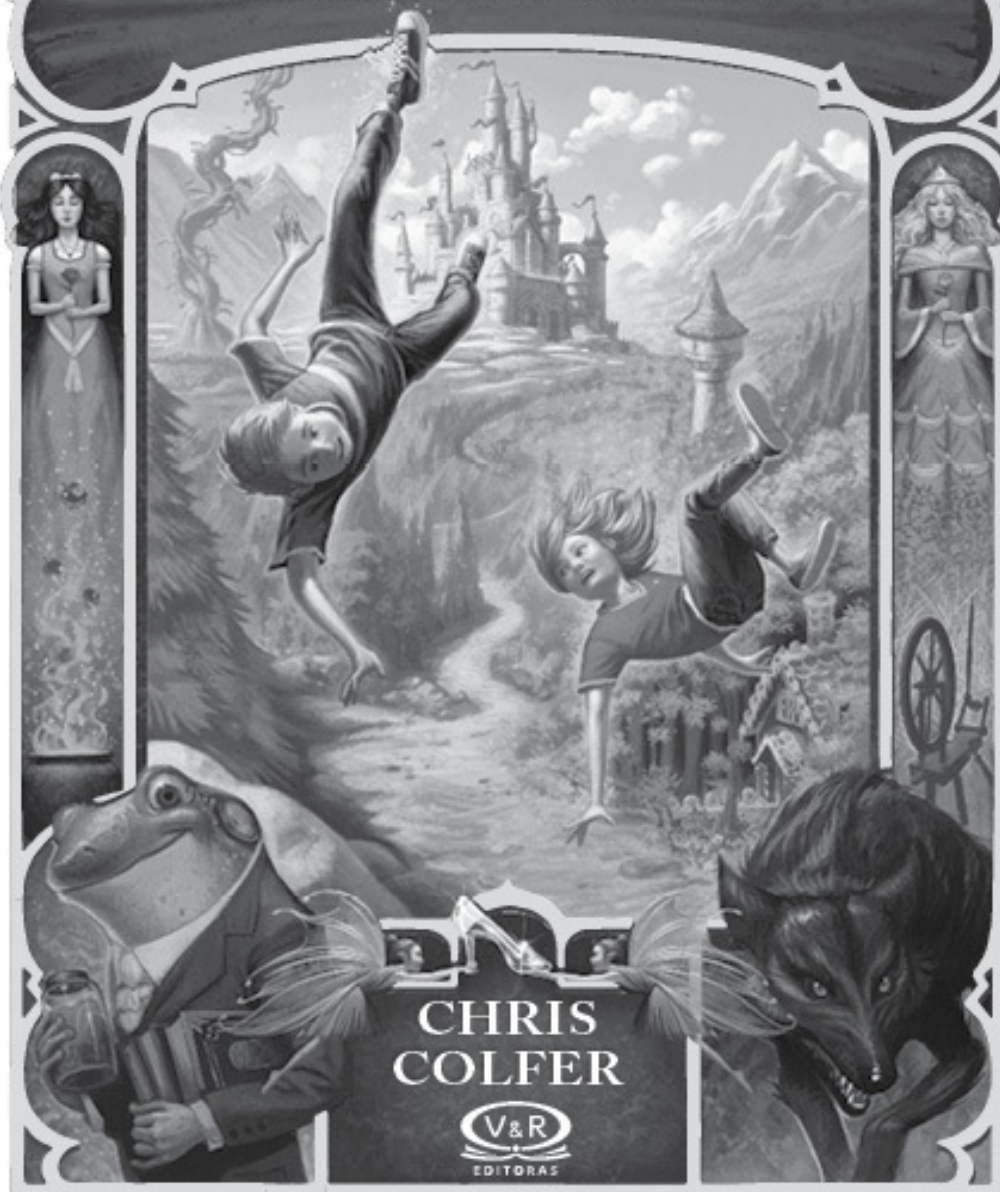
Tras la muerte de su padre, la abuela de Alex y Conner les regala algo que significa mucho para ellos: *La tierra de las historias* , un libro de cuentos que marcó gran parte de sus vidas.

Pero los mellizos no conocen la magia que se esconde en sus páginas. Solo toman conciencia de ella cuando el libro los absorbe y llegan a la Tierra de las Historias, un lugar que a primera vista es encantador, pero que esconde más peligros de los que imaginan. Existe una sola forma de regresar a casa: el Hechizo de los Deseos. Pero alguien más está buscando los ingredientes para utilizarlo... la villana más temida de todos los tiempos: la Reina Malvada.

¿Quién logrará conseguir primero los ingredientes para el hechizo? *El Hechizo de los Deseos* es el primer tomo de la aclamada saga de Chris Colfer, conocido por su papel de Kurt, en la serie de TV *Glee* . Con una prosa simple y vertiginosa, nos invita a sumergirnos en un mundo en donde todo es posible. Una vez que empieces a leerlo, ya no podrás detenerte...

LA TIERRA DE LAS HISTORIAS

EL HECHIZO DE LOS DESEOS



*Para mi abuela,
por haber sido mi primera editora
y por haberme dado el mejor consejo
para escribir que he recibido:
“Christopher, creo que tendrías que esperar
a terminar la escuela primaria
antes de preocuparte por ser
un escritor fracasado”.*



**“Algún día tendrás la edad suficiente para empezar a leer
cuentos de hadas otra vez”.**

—C. S. Lewis





PRÓLOGO

UNA VISITA PARA LA REINA

El calabozo era un lugar deprimente. La luz, escasa, titilaba desde las antorchas atornilladas a las paredes de piedra. Gotas de agua hedionda provenientes del foso que bordeaba el palacio caían desde el techo. Ratas de gran tamaño se perseguían entre sí por el suelo para buscar comida. Este no era lugar para una reina.

Era pasada la medianoche, y todo estaba en silencio, excepto por algún que otro ruido de cadenas. A través del silencio profundo, el eco de unas pisadas resonó en los pasillos mientras alguien bajaba por la escalera en espiral y entraba en el calabozo.

Una joven apareció al pie de la escalera, cubierta de pies a cabeza con una capa larga color esmeralda. Atravesó la fila de celdas con cuidado, despertando el interés de los prisioneros que se encontraban dentro. Con cada paso que daba, su caminata se hacía cada vez más lenta, y su corazón latía cada vez más rápido.

Los prisioneros estaban ubicados según el crimen cometido. Mientras más se adentraba en el calabozo, más crueles y peligrosas eran las personas encarceladas.

La joven tenía la vista puesta en la celda que se encontraba al final del pasillo, donde un prisionero de especial interés estaba bajo la custodia de una numerosa guardia privada.

Había venido a hacerle una pregunta. Era una pregunta simple, pero no podía evitar pensar en ella todos los días; la mantenía despierta por las noches y era con lo único que soñaba cuando lograba dormirse.

Había una sola persona capaz de darle la respuesta que necesitaba, y esa persona estaba al otro lado de la prisión, detrás de las rejas.

–Quisiera verla –le dijo la joven encapuchada al guardia.

–Nadie tiene permiso para hacerlo –respondió el hombre, con un tono algo burlón ante el pedido–. Tengo órdenes estrictas de la familia real.

La joven dejó caer la capucha y descubrió su rostro. Tenía la piel blanca como la nieve, el cabello negro como el carbón y los ojos verdes como el bosque. Su belleza era famosa en todo el reino, y su historia era conocida mucho más allá de sus fronteras.

–¡Su Majestad, perdóneme por favor! –se disculpó el guardia, sorprendido. Se apresuró a hacer una reverencia exagerada–. No esperaba que viniera nadie del palacio.

–No es necesario que se disculpe –replicó ella–. Pero no le cuente a nadie sobre mi presencia aquí esta noche.

–Por supuesto –dijo el guardia asintiendo con la cabeza.

La mujer se paró frente a las rejas, esperando que las levantaran, pero el guardia vaciló antes de hacerlo.

–¿Está segura de que quiere entrar ahí, Su Alteza? –preguntó el soldado–. Nadie sabe lo que ella es capaz de hacer.

–Debo verla –respondió la mujer–. Sin importar el riesgo.

El guardia comenzó a girar una gran palanca circular, y las rejas de la celda se alzaron. La mujer respiró profundamente e ingresó a otro recinto.

Recorrió un pasillo más largo y oscuro que los anteriores, donde, a medida que avanzaba, varias rejas se alzaban y volvían a cerrarse después de su paso. Finalmente, atravesó la última, llegó al final del pasillo, y entró en la celda.

El prisionero era una mujer. Estaba sentada en una banca en el centro de la celda, con la vista fija en una ventana pequeña. Esperó unos minutos antes de notar la presencia de la visita detrás de ella. Era la primera vez que alguien la visitaba, y supo quién era sin tener que mirarla; solo podía tratarse de una persona.

–Hola, Blancanieves –dijo la prisionera con suavidad.

–Hola, Madrastra –respondió Blancanieves con un temblor nervioso en la voz–. Espero que estés bien.

Aunque había ensayado lo que quería decir con exactitud, ahora le parecía prácticamente imposible hablar.

–Me han dicho que ahora eres la reina –comentó su madrastra.

–Es cierto –dijo Blancanieves–. He heredado el trono tal como quería mi padre.

–Entonces, ¿a qué debo este honor? ¿Has venido a ver mi decadencia? –su voz era tan autoritaria y poderosa que se la conocía por hacer que los hombres más fuertes se derritieran, como si estuvieran hechos de hielo.

–Al contrario –respondió Blancanieves–. He venido a intentar comprender.

–¿A comprender *qué*? –preguntó su madrastra con dureza.

–Por qué... –Blancanieves vaciló un momento–. Por qué hiciste lo que hiciste.

Al decir esas palabras, Blancanieves sintió como si tuviera un peso menos sobre los hombros. Al fin había podido hacer la pregunta que la atormentaba. La mitad del desafío había terminado.

–Hay muchas cosas sobre este mundo que no comprendes –respondió su madrastra y se dio vuelta para mirarla.

Era la primera vez en mucho tiempo que Blancanieves le veía la cara. Era el rostro de alguien que una vez había tenido una belleza perfecta y que también había sido reina. Ahora, la mujer que estaba sentada frente a ella era solo una prisionera, cuya expresión se había convertido en un ceño fruncido permanente y triste.

–Puede ser que tengas razón –replicó Blancanieves–. Pero ¿puedes culparme por tratar de encontrar algún tipo de razón detrás de tus actos?

Los últimos años de la vida de Blancanieves se habían convertido en los más escandalosos del reino en toda la historia de la realeza. Todos sabían el cuento de la bella princesa que se había escondido junto a los siete enanitos de su madrastra celosa. Todos conocían la historia de esa infame manzana envenenada y del apuesto príncipe que había salvado a Blancanieves de una muerte falsa.

La historia era simple, pero las repercusiones no. Aunque tenía un matrimonio nuevo y un reino en el que ocupar su tiempo, Blancanieves se solía preguntar de forma constante si las teorías sobre la vanidad de su madrastra eran ciertas.

Había algo dentro de la nueva reina que se negaba a aceptar que alguien pudiera ser tan malvado.

–¿Sabes cómo te llaman allí? –preguntó Blancanieves–. Al otro lado de las paredes de esta prisión, el mundo te conoce como la *Reina Malvada* .

–Si ese es el nombre que eligieron para mí, entonces ese es el nombre con el que tendré que vivir –dijo la Reina Malvada–. Una vez que el mundo ha tomado una decisión, no hay mucho por hacer para que su opinión cambie.

Blancanieves estaba asombrada por lo poco que le importó, pero ella necesitaba que a su madrastra le importara. Necesitaba saber que aún había algo de humanidad en ella.

–¡Querían ejecutarte cuando descubrieron los crímenes que cometiste contra mí! ¡Todo el reino te quería muerta! –su voz se volvió un susurro débil mientras luchaba contra las emociones que crecían en su interior–. Pero no iba a permitirlo. No pude...

–¿Se supone que debo agradecerte por haberme salvado? –preguntó la Reina Malvada–. Si estás esperando que alguien se ponga de rodillas y exprese gratitud, te has equivocado de celda.

–No lo hice por ti. Lo hice por mí –replicó Blancanieves–. Te guste o no, eres la única madre que he conocido. Me niego a creer que eres un monstruo sin alma como asegura el resto del mundo. Sea verdad o no, yo creo que hay un corazón en lo más profundo de tu ser.

Las lágrimas caían sobre el rostro pálido de Blancanieves. Se había prometido que iba a ser fuerte, pero había perdido el control de sus emociones ante la presencia de su madrastra.

–Entonces, me temo que te equivocas –dijo la Reina Malvada–. La única alma que he tenido murió hace mucho tiempo, y el único corazón que encontrarás en mi posesión es un corazón de piedra.

La Reina Malvada realmente tenía uno, pero no en su cuerpo. Una piedra del tamaño y la forma de un corazón humano estaba sobre una mesa pequeña en la esquina de la celda. Fue el único objeto con el que le permitieron quedarse cuando la arrestaron.

Blancanieves reconoció la piedra porque la había visto durante su infancia. Siempre había sido muy valiosa para su madrastra, y

jamás la había perdido de vista. Nunca le había permitido a Blancanieves tocarla o sostenerla, pero ahora nada se lo impedía.

Atravesó la celda, tomó la piedra, y la observó con curiosidad. Le traía muchos recuerdos. Toda la falta de atención y la tristeza que su madrastra le había causado cuando era una niña le recorrieron el cuerpo.

–Toda mi vida quise solo una cosa –dijo Blancanieves–. Tu amor. Cuando era una niña, pasaba horas escondida en el palacio esperando que notaras mi ausencia, pero nunca lo hiciste. Pasabas los días en tu habitación con tus espejos, tus cremas para la piel y esta piedra. Pasabas más tiempo con extraños que tenían métodos rejuvenecedores que con tu propia hija. Pero ¿por qué?

La Reina Malvada no respondió.

–Intentaste matarme cuatro veces, tres de las cuales fueron bajo tu propia mano –continuó Blancanieves, incrédula, negando con la cabeza–. Cuando te disfrazaste de anciana y apareciste en la casa de los enanos, sabía que eras tú. Sabía que eras peligrosa, pero, aun así, te dejé entrar. Seguía esperando que cambiaras. Dejé que me lastimaras.

Blancanieves no le había confesado esto a nadie, y no pudo evitar hundir la cara entre sus manos y llorar después de haber mencionado esas palabras.

–¿Crees que *tú* sabes lo que es el sufrimiento? –preguntó la Reina Malvada tan bruscamente que su hijastra se sobresaltó–. No sabes *nada* sobre el dolor. No recibiste afecto de mi parte, pero desde el momento en que naciste, fuiste amada por todo el reino. *Otros*, sin embargo, no son tan afortunados. A *otros*, Blancanieves, a veces les arrebatan el único amor que han conocido.

Blancanieves no sabía qué decir. ¿A qué amor se refería?

–¿Estás hablando de mi padre? –preguntó.

–La inocencia es un rasgo tan privilegiado –repuso la Reina Malvada cerrando los ojos y negando con la cabeza–. Lo creas o no, yo tenía mi propia vida antes de entrar en la tuya.

Blancanieves se quedó en silencio, un poco avergonzada. Por supuesto que sabía que su madrastra había tenido una vida antes de casarse con su padre, pero nunca se había preguntado en qué

había consistido. Su madrastra siempre había sido tan reservada que Blancanieves nunca tuvo motivos para hacerlo.

–¿Dónde está mi espejo? –preguntó la Reina Malvada.

–Lo van a destruir –respondió Blancanieves.

De pronto, la piedra de la Reina Malvada se volvió más pesada en la mano de Blancanieves. No sabía si eso realmente estaba sucediendo o si solo se lo estaba imaginando. Se le cansó el brazo por sostener el corazón de piedra, y tuvo que dejarlo a un lado.

–Hay tantas cosas que no me cuentas –dijo Blancanieves–. Me has estado ocultando tantas cosas durante todos estos años.

La Reina Malvada bajó la cabeza y miró al suelo. Permaneció en silencio.

–Debo ser la única persona en el mundo que siente compasión por ti. Por favor, dime que no es en vano –suplicó Blancanieves–. Si hubo hechos de tu pasado que influenciaron tus decisiones recientes, por favor, explícamelo.

Aún no había respuesta.

–*¡No me iré de aquí hasta que me lo digas !* –gritó, levantando la voz por primera vez en su vida.

–De acuerdo –dijo la Reina Malvada.

Blancanieves tomó asiento en otra banca que había en la celda. La Reina Malvada esperó un momento antes de comenzar, mientras la expectativa de su hijastra crecía.

–Siempre idealizarán tu historia –le explicó–, pero nadie le daría otra oportunidad a la mía. Seguiré siendo humillada y tratada simplemente como un villano grotesco, hasta el fin de los tiempos. Pero el mundo no comprende que un *villano* es solo una *víctima* cuya historia no ha sido contada. Todo lo que he hecho, mis esfuerzos y los crímenes que cometí, fue todo por *él* .

El corazón de Blancanieves se entristeció. La cabeza le daba vueltas y la curiosidad se había apoderado por completo de su cuerpo.

–¿Por quién? –preguntó, tan rápido que olvidó ocultar la desesperación en su voz.

La Reina Malvada cerró los ojos y dejó que los recuerdos salieran a la superficie: imágenes de lugares y personas del pasado surgieron de las profundidades de su mente, como luciérnagas en

una cueva. Había visto tantas cosas en su juventud, tantas cosas que desearía recordar, y tantas otras que desearía olvidar.

–Te contaré sobre mi pasado, o al menos sobre el pasado de alguien que alguna vez fui –dijo la Reina Malvada–. Pero te advierto algo: mi historia no termina con un *felices por siempre* .



CAPÍTULO UNO

HABÍA UNA VEZ

— **H**abía una vez... —dijo la señora Peters dirigiéndose a su clase de sexto curso—. Estas son las palabras más mágicas que nuestro mundo haya conocido y la puerta de entrada hacia las mejores historias jamás contadas. Estas palabras son un llamado inmediato para quien las escucha; un llamado que los lleva a un mundo donde todos son bienvenidos y todo es posible. Los ratones pueden convertirse en hombres, las criadas pueden convertirse en princesas y, a lo largo del proceso, nos pueden enseñar lecciones valiosas.

Alex Bailey se enderezó ansiosa en su asiento. Solían gustarle las clases de su maestra, pero *esta* clase en particular significaba mucho para ella.

—Los cuentos de hadas son mucho más que historias para leer en la cama antes de dormir —prosiguió la maestra—. La solución para cualquier problema imaginable se puede encontrar en el final de un cuento de hadas. Son lecciones de vida disfrazadas de personajes y situaciones vistosas. *Pedro y el lobo* nos enseña la importancia que tiene una buena reputación y el poder de la honestidad. *La Cenicienta* nos muestra las recompensas que trae tener un buen corazón y *El patito feo* nos enseña el significado de la belleza interior.

Los ojos de Alex estaban muy abiertos, y asintió con la cabeza. Era una niña bonita de ojos azules brillantes y de cabello rubio rojizo y corto, que llevaba siempre sujeto con una cinta para despejarle la cara.

La maestra no lograba acostumbrarse a la manera en que el resto de los estudiantes la miraba, como si estuviera hablando en un idioma desconocido. Por esa razón, ella solía darle la clase a la primera fila, donde se sentaba Alex.

La señora Peters era una mujer alta y delgada que siempre usaba vestidos con estampados parecidos a los de un sofá viejo. Su cabello era oscuro y ondulado y lo llevaba perfectamente recogido sobre su cabeza, como si fuera un sombrero (sus alumnos a menudo pensaban que era uno). Detrás de un par de lentes gruesos, sus ojos estaban fruncidos todo el tiempo, debido a todas aquellas miradas sentenciosas que les había dado a sus alumnos a lo largo de los años.

–Lamentablemente, estas historias atemporales ya no son relevantes para nuestra sociedad –dijo la señora Peters–. Intercambiamos sus valiosas enseñanzas por opciones de entretenimiento mezquinas como la televisión o los videojuegos. Ahora los padres permiten que caricaturas detestables y películas violentas influyan a sus hijos.

»La única exposición que tienen algunos niños a los cuentos son versiones corrompidas por las productoras cinematográficas. Las “adaptaciones” de los cuentos de hadas suelen estar despojadas de cualquier moraleja que las historias originalmente querían transmitir, y las lecciones son reemplazadas por animales del bosque que bailan y cantan. ¡Hace poco leí que están filmando una película que muestra a Cenicienta como una cantante de hip hop que quiere alcanzar el éxito y otra en la que la Bella Durmiente es una princesa guerrera que pelea contra zombies!

–Genial –susurró un alumno sentado detrás de Alex.

La chica negó con la cabeza. Escucharlo le causaba un gran sufrimiento. Intentó compartir su indignación con sus compañeros, pero, lamentablemente, su preocupación no fue recíproca.

–Me pregunto si el mundo sería un lugar diferente si todos conocieran estos cuentos en la forma en que los hermanos Grimm y Hans Christian Andersen querían que se los conocieran –dijo la señora Peters–. Me pregunto si las personas aprenderían del corazón roto de La Sirenita cuando muere al final de su verdadera historia. Me pregunto si existirían tantos secuestros si los niños

supieran los verdaderos peligros que tuvo que enfrentar Caperucita Roja. Me pregunto si los criminales tendrían el mismo comportamiento si supieran las consecuencias que sufrió Ricitos de Oro por lo que le hizo a los tres osos.

»Hay mucho que podemos aprender para ser precavidos en el futuro si abrimos los ojos a las enseñanzas pasadas. Tal vez, si siguiéramos las enseñanzas de los cuentos de hadas tanto como nos fuera posible, nos sería más fácil encontrar nuestro propio “felices por siempre”.

Si las cosas fueran como Alex quería, la señora Peters recibiría un aplauso ensordecedor como recompensa al terminar cada clase. Desgraciadamente, lo único que obtenía era un suspiro general de alivio de parte de los alumnos, agradecidos de que hubieran terminado.

–Vamos a ver qué tanto saben sobre los cuentos de hadas –dijo la maestra con una sonrisa mientras comenzaba a caminar por el aula–. En *Rumpelstilskin*, ¿qué le dijo el padre de la doncella al rey sobre lo que su hija podía hacer con la paja? ¿Alguien lo sabe?

La señora Peters observó a los alumnos como si fuera un tiburón que buscaba peces heridos. Solo un alumno levantó la mano.

–¿Sí, señorita Bailey?

–Le dijo que su hija era capaz de hilar la paja y transformarla en oro –respondió Alex.

–Muy bien, señorita Bailey –repuso la señora Peters. Si tuviera un alumno favorito, aunque jamás admitiría tener uno, ella sería la elegida.

Alex siempre tenía ansias de complacer a los demás. Era la definición de un ratón de biblioteca. Sin importar cuál fuera el momento del día –antes de la escuela, durante la escuela, después de la escuela, antes de irse a dormir–, siempre estaba leyendo. Tenía sed de conocimiento y, por eso, solía ser la primera en responder las preguntas en clase.

Cada vez que tenía la oportunidad, hacía todo lo posible para causarle una buena impresión a sus compañeros, esforzándose al máximo en cada informe de lectura y en las presentaciones orales que le asignaban. Sin embargo, esta actitud molestaba al resto de los alumnos y hacía que se burlaran de ella.

Escuchaba de forma constante cómo las otras niñas se mofaban de ella a sus espaldas. Pasaba la hora del almuerzo sola debajo de algún árbol, con un libro de la biblioteca abierto sobre el regazo. Aunque nunca se lo dijera a nadie, Alex se sentía tan sola que a veces le causaba dolor.

–¿Quién puede decirme cuál fue el trato que hizo la doncella con Rumpelstilskin?

Alex esperó un minuto antes de levantar la mano. No quería ser la *típica* consentida de la maestra.

–¿Sí, señorita Bailey?

–La doncella le prometió que, a cambio de transformar la paja en oro, ella le entregaría su primer hijo cuando se convirtiera en reina – explicó Alex.

–Qué trato poco razonable –dijo un niño detrás de ella.

–¿Por qué querría ese enano viejo y aterrador un bebé? –preguntó una niña que estaba junto a él.

–Es obvio que no podía adoptar con un nombre como ese –añadió otro alumno.

–¿Se comió al bebé? –preguntó alguien, nervioso.

Alex se dio vuelta para enfrentar a sus pares desorientados.

–No están entendiendo el punto de la historia –dijo Alex–. Rumpelstilskin se aprovechó de la doncella porque ella necesitaba su ayuda. Es un cuento sobre las consecuencias de una mala negociación. ¿Qué estamos dispuestos a renunciar a largo plazo a cambio de obtener algo que necesitamos a corto plazo? ¿Entienden?

Si la señora Peters hubiera podido cambiar su expresión facial, su rostro habría transmitido un gran orgullo.

–Bien dicho, señorita Bailey. Debo decir que, después de tantos años como maestra, pocas veces he visto alumnos con un conocimiento tan profundo como...

De pronto, se oyó un fuerte ronquido que provenía del fondo de la clase. Un niño de la última fila estaba inclinado sobre el banco, babeando por la comisura de la boca, profundamente dormido.

Alex tenía un hermano mellizo, y eran momentos como este los que le hacían desear no tenerlo.

La señora Peters desvió la atención hacia él, como un imán que se adhiere a un refrigerador.

–¿Señor Bailey? –llamó la señora Peters.

Él continuó roncando.

–¿Señor Bailey? –repitió la señora Peters mientras se inclinaba hacia él.

Volvió a emitir un ronquido profundo. Algunos alumnos se preguntaban cómo era posible que semejante sonido saliera de él.

–¡Señor Bailey! –le gritó la maestra en el oído.

Como si alguien le hubiera puesto un explosivo debajo del asiento, Conner Bailey se despertó sobresaltado, y casi tiró el banco al suelo.

–¿Dónde estoy? ¿Qué pasó? –preguntó Conner asustado y confundido. Sus ojos recorrieron el aula rápidamente mientras su cerebro trataba de recordar dónde se encontraba.

Al igual que su hermana, sus ojos eran azul brillante y el cabello, rubio rojizo. Tenía la cara redonda y con pecas y, en ese momento, una de sus mejillas estaba aplastada en un costado y parecía uno de esos perros arrugados cuando se levantan de la siesta.

Alex no podía sentirse más avergonzada por su hermano. Si bien compartían los rasgos y la fecha de nacimiento, eran completamente diferentes. Conner tenía muchos amigos, pero, a diferencia de su hermana, tenía problemas en la escuela... sobre todo para mantenerse despierto.

–Me alegra mucho que se nos haya vuelto a unir, señor Bailey –dijo con severidad la señora Peters–. ¿Descansó bien?

Conner se puso de un color rojo brillante.

–Lo siento mucho, señora Peters –se disculpó, tratando de sonar lo más sincero posible–. A veces, cuando habla por mucho tiempo, se me cierran los ojos. Sin ofender. No puedo evitarlo.

–Se queda dormido en mi clase por lo menos dos veces por semana –le recordó la señora Peters.

–Bueno, es que de verdad habla mucho –antes de que pudiera contener las palabras, supo que no estaba bien decir lo que dijo. Algunos alumnos tuvieron que ponerse las manos sobre la boca para evitar reírse.

–Le aconsejo que se mantenga despierto mientras doy clase, señor Bailey –lo amenazó la señora Peters. Conner jamás había visto a alguien entrecerrar tanto los ojos sin llegar a cerrarlos–. A menos que tenga el conocimiento necesario sobre los cuentos de hadas para dar la clase usted mismo –añadió la maestra.

–Probablemente lo tenga –dijo Conner. De nuevo habló sin pensar–. Quise decir que sé bastante sobre el tema, nada más.

–¿De verdad? –la maestra jamás se había echado para atrás ante un desafío, y la peor pesadilla de cualquier alumno era que ella lo desafiara–. De acuerdo, señor Bailey, ya que sabe tanto, responda esta pregunta.

Conner tragó con dificultad.

–En la historia original de *La Bella Durmiente*, ¿cuántos años duerme la princesa antes de que la despierte el primer beso de su amor verdadero? –preguntó la señora Peters, estudiando su expresión.

Todos los ojos estaban puestos en él, impacientes por ver el mínimo indicio de que no sabía la respuesta. Pero afortunadamente para Conner, sí la sabía.

–Cien años –respondió–. La Bella Durmiente estuvo cien años dormida. Es por eso que los terrenos del castillo estaban cubiertos de enredaderas y plantas, porque la maldición afectó a todos los habitantes del reino y no había nadie disponible para ocuparse de la jardinería.

La señora Peters no sabía qué decir ni qué hacer. Lo miró con el ceño fruncido, profundamente sorprendida. Esta era la primera vez que él daba la respuesta correcta cuando ella lo ponía en un aprieto y, claramente, no se lo esperaba.

–Intente permanecer consciente, señor Bailey. Por suerte para usted, utilicé esta mañana la última ficha de castigo que me quedaba, pero siempre puedo pedir más –lo amenazó, y luego se dirigió de inmediato hacia el frente del aula para continuar con la clase.

Conner suspiró aliviado, y el color rojo abandonó su rostro. Sus ojos se cruzaron con los de su hermana; incluso ella estaba sorprendida de que hubiera dado la respuesta correcta. Alex no

esperaba que su hermano tuviera recuerdo de los cuentos de hadas...

–Ahora, chicos, saquen sus libros de Literatura, vayan a la página 170, y lean *Caperucita Roja* en silencio –indicó la señora Peters.

Los alumnos hicieron lo que les pidió. Conner se puso lo más cómodo que pudo en su banco y comenzó a leer. La historia, los dibujos y los personajes le resultaban muy familiares.



Una de las cosas que más les gustaba a Alex y a Conner de pequeños eran los viajes para visitar a su abuela. Vivía en las montañas, en el corazón del bosque, en una pequeña casa que podría describirse como una cabaña, si es que aún existía algo así.

Era un viaje largo, que duraba un par de horas en auto, pero los mellizos disfrutaban cada minuto. A medida que se acercaban por la carretera ventosa que atravesaba una infinidad de árboles, la expectativa crecía cada vez más, y al cruzar un puente amarillo, ambos exclamaban entusiasmados: “¡Ya casi llegamos! ¡Ya casi llegamos!”.

Una vez que estaban allí, su abuela los recibía en la puerta con los brazos abiertos y los abrazaba tan fuerte que apenas podían respirar.

–¡Qué grandes que están! ¡Han crecido tanto desde la última vez que los vi! –exclamaba, aunque no fuera cierto, y luego los hacía entrar a la casa, donde una gran cantidad de galletas recién horneadas los esperaba.

El padre de los mellizos había crecido en el bosque y pasaba horas contándoles las aventuras que había tenido en su niñez: todos los árboles que había trepado, todos los ríos en los que había nadado, y todos los animales feroces de los que apenas había podido escapar. La mayoría de sus anécdotas eran muy exageradas, pero a ellos les encantaba escucharlas y pasar tiempo con él, más que nada en el mundo.

–Algún día, cuando hayan crecido, los llevaré a todos los lugares secretos en los que jugaba –bromeaba el padre. Era un hombre alto con ojos amables que se arrugaban cuando sonreía, y lo hacía bastante, especialmente cuando bromeaba con los niños.

A la noche, la madre de Alex y Conner ayudaba a la abuela a preparar la cena y, después de comer, apenas terminaban de lavar los platos, toda la familia se sentaba alrededor de la chimenea. La abuela abría su gran libro de cuentos y, junto al padre, se turnaban para leerles cuentos de hadas hasta que se quedaban dormidos. A veces, la familia Bailey se quedaba despierta hasta el amanecer.

Contaban los cuentos con tantos detalles y tanta pasión que a los chicos no les importaba cuántas veces habían escuchado la misma historia. Eran los mejores recuerdos que un niño podría pedir.

Desgraciadamente, no habían vuelto a la cabaña de su abuela por un largo tiempo...



–¡SEÑOR BAILEY! –gritó la señora Peters. Conner se había quedado dormido otra vez.

–¡Lo siento, señora Peters! –vociferó sentándose derecho como un soldado en guardia. Si las miradas matasen, el chico habría muerto por el ceño fruncido que le dedicó la maestra.

–¿Qué les pareció la historia de la *verdadera* Caperucita Roja? –preguntó la maestra a la clase.

Una niña con pelo ondulado y aparatos gruesos alzó la mano.

–Señora Peters –dijo–, estoy confundida.

–¿Y *por qué* está confundida? –exclamó la maestra, como si estuviera preguntando: “¿Qué cosa podría confundirte, idiota?”.

–Porque este libro dice que el Cazador mató al Gran Lobo Feroz –explicó la niña de rulos–. Yo siempre creí que el lobo solo estaba enojado porque el resto de los lobos se burlaba de su hocico, y que él y Caperucita Roja se hacían amigos al final. Al menos eso es lo que sucedía en los dibujos animados que miraba cuando era pequeña.

La señora Peters puso los ojos tan en blanco que podría haber visto lo que había detrás de ella.

–Eso –respondió apretando la mandíbula– es exactamente el motivo por el cual estamos teniendo esta clase.

La niña de rulos abrió mucho los ojos y se puso triste. ¿Cómo era posible que algo tan querido por ella fuera tan malo?

–De tarea –dijo la maestra, y el aula entera se hundió en los asientos–, tendrán que elegir su cuento de hadas favorito y escribir un ensayo, para mañana, sobre la verdadera lección que el cuento intenta darnos.

La señora Peters fue hasta su escritorio, y los alumnos comenzaron a trabajar en su tarea en el poco tiempo que les quedaba de clase.

–¿Señor Bailey? –la maestra llamó a Conner para que se acercara al escritorio–. Venga.

Conner estaba en serios problemas, y lo sabía. Se levantó con cuidado y caminó hacia el escritorio de la maestra. El resto de los alumnos lo miraba con lástima mientras caminaba, como si estuviese por ser ejecutado.

–¿Sí, señora Peters? –preguntó.

–Estoy intentando ser muy comprensiva ante su *situación familiar* –explicó la maestra, mirándolo por encima del marco de sus lentes.

Situación familiar . Dos palabras que Conner había escuchado demasiadas veces en el último año.

–Sin embargo –continuó la señora Peters–, hay cierto comportamiento que simplemente no voy a tolerar en mi aula. Se queda dormido de forma constante en clase y no presta atención, sin mencionar que sus calificaciones son muy bajas. Su hermana parece estar llevándolo bien. Tal vez pueda seguir su ejemplo, ¿no?

Esa comparación se sentía como una patada en el estómago cada vez que alguien la hacía. Era cierto, Conner no se parecía en nada a su hermana, y siempre se lo castigaba por ese motivo.

–Si su comportamiento no cambia, me veré obligada a tener una reunión con su madre, ¿entiende? –le advirtió la señora Peters.

–Sí, señor, *¡digo señora! ¡Quise decir señora!* Lo siento –no era uno de sus mejores días.

–De acuerdo, entonces. Puede sentarse.

Conner caminó con lentitud hacia su asiento, con la cabeza un poco más baja que en el resto del día. Lo que más odiaba de todo era sentirse un fracaso.

Alex había observado la conversación entre su hermano y la maestra. Si bien siempre la hacía pasar vergüenza, sintió mucha lástima por él, del modo en el que solo una hermana podía hacerlo.

Hojeó su libro de Literatura para decidirse sobre qué historia iba a escribir. Las imágenes no eran tan coloridas ni emocionantes como las que había en el libro de la abuela, pero al ver a los personajes sobre los que había crecido leyendo, se sintió como en casa; un sentimiento que se había convertido hacía poco en una rareza.

Si los cuentos de hadas fueran reales , pensó. Alguien podría mover una varita y mágicamente lograr que todo vuelva a ser como antes.



CAPÍTULO DOS

EL CAMINO MÁS LARGO A CASA

— **M**e entusiasma tanto esta clase —le dijo Alex a Conner mientras caminaban de regreso a casa desde la escuela.

Conner estaba acostumbrado a oír esa frase, que, por lo general, era la señal para que él dejara de escuchar a su hermana.

»La señora Peters tenía razón en lo que dijo, sabes —continuó emocionada, diciendo una palabra por segundo—. ¡Piensa en todo lo que se pierden los niños cuando no están expuestos a los cuentos de hadas! ¡Debe ser horrible! ¿No te sientes realmente mal por ellos? Oye Conner, ¿me estás escuchando?

—Sí —respondió, con la atención puesta en el caparazón de caracol abandonado que pateaba mientras caminaban.

—¿Puedes imaginarte una infancia sin conocer a todos esos personajes y lugares? —prosiguió Alex—. Somos tan afortunados de que papá y la abuela se hayan encargado de leernos cuentos cuando éramos niños.

—Qué suerte... —asintió Conner, aunque no sabía exactamente en qué estaba de acuerdo.

Todos los días después de la escuela, los mellizos Bailey caminaban juntos de regreso a casa. Vivían en un barrio encantador que se encontraba rodeado de más barrios encantadores que, al mismo tiempo, estaban rodeados de otro grupo de barrios encantadores. Era un mar de suburbios, donde cada casa era similar a la de al lado, pero única y diferente a la vez.

Para pasar el tiempo mientras caminaban, Alex compartía con su hermano todo lo que se le cruzaba por la cabeza: pensamientos y

preocupaciones, un resumen de todo lo que había aprendido en el día y lo que planeaba hacer en cuanto llegara a casa. Por más molesta que le parecía a Conner esta rutina diaria, sabía que él era la única persona en el mundo con la que su hermana podía hablar, así que hacía su mayor esfuerzo por escucharla. Pero escuchar nunca había sido su punto fuerte.

–¿Cómo decidiré sobre qué historia escribir? ¡Es muy difícil elegir una! –exclamó Alex, aplaudiendo con entusiasmo–. ¿Sobre cuál vas a escribir tu ensayo?

–Ehhh... –dijo Conner, levantando rápido la vista del suelo. Tuvo que rebobinar mentalmente la conversación para recordar cuál era la pregunta.

»*Pedro y el lobo* –exclamó. Eligió el primer cuento que se le ocurrió.

–No puedes elegir ese –dijo Alex, negando con la cabeza–. ¡Es la opción obvia! Tienes que elegir uno más desafiante si quieres impresionar a la señora Peters, uno que tenga un mensaje oculto que no esté tan a la vista.

Conner suspiró. Siempre era más fácil seguirle la corriente a su hermana en lugar de discutir con ella, pero a veces la discusión era inevitable.

–De acuerdo, elijo *La bella durmiente* –decidió.

–Una opción interesante –dijo Alex intrigada–. ¿Cuál es en tu opinión la lección de la historia?

–No molestes a tus vecinos, supongo –respondió Conner.

Alex lanzó un gruñido de desaprobación.

–¡Estoy hablando en serio, Conner! Esa *no* es la lección de *La bella durmiente* –lo regañó su hermana.

–Claro que es esa –explicó Conner–. Si el rey y la reina hubieran invitado a esa hechicera demente a la fiesta de su hija, nada hubiera sucedido.

–No podrían haber evitado lo que sucedió –dijo Alex–. Esa hechicera era malvada y es probable que de todos modos hubiera maldecido a la princesa. *La bella durmiente* es sobre intentar evitar lo inevitable. Sus padres intentaron protegerla y quemaron todas las ruelas del reino. La protegieron tanto que ni siquiera ella supo cuál era el peligro, y se pinchó el dedo con el primer huso que vio.

Conner consideró esta posibilidad y negó con la cabeza. Su versión le gustaba mucho más.

–No estoy de acuerdo –replicó–. He visto cómo te pones cuando alguien no te invita a algún lado y, en esos casos, también sueles verte como alguien que podría maldecir a un bebé.

Alex le lanzó una mirada asesina a Conner que hubiera enorgullecido a la señora Peters.

–Si bien no existe algo semejante a una *interpretación* errónea, debo decir que eso es definitivamente un error de comprensión –dijo Alex.

–Solo digo que tengas cuidado a quién ignoras –explicó Conner–. Siempre pensé que los padres de la Bella Durmiente tenían merecido lo que les pasó.

–¿Eh? –indagó Alex–. ¿Entonces asumo que crees que Hansel y Gretel también tenían merecido lo que les pasó?

–Sí –respondió Conner, sintiéndose inteligente–. ¡Y la bruja también!

–¿Por qué? –preguntó Alex.

–Porque –explicó Conner con una sonrisa de autosuficiencia en el rostro–, si vas a vivir en una casa hecha de dulces, no te puedes mudar al lado de unos niños obesos. A muchos de los personajes de los cuentos de hadas les falta sentido común.

Alex soltó otro gruñido de desaprobación. Conner creyó que podía sacarle por lo menos cincuenta gruñidos más antes de que llegaran a casa.

–¡La bruja no era su vecina! ¡Vivía en las profundidades del bosque! Recuerda que tuvieron que dejar un rastro de migas de pan para encontrar el camino de regreso. Y justamente la casa de dulces estaba hecha así para atraer a los niños. ¡Estaban muertos de hambre! –le recordó Alex–. Al menos, asegúrate de conocer todos los hechos antes de criticar la historia.

–Si estaban *muertos de hambre*, ¿por qué desperdiciaron migas de pan? –preguntó Conner–. A mi entender, eran un par de niños que buscaban problemas.

Alex gruñó otra vez.

–Y según tu mente desquiciada, ¿cuál es la lección de *Ricitos de Oro y los tres osos*? –lo desafió.

–Fácil –dijo Conner–. ¡Cierra las puertas con llave! Hay ladrones de todas las formas y tamaños. No se puede confiar ni en las niñas pequeñas con ricitos.

Alex soltó otro gruñido y se cruzó de brazos. Intentó con todas sus fuerzas no reírse; no quería validar la opinión de su hermano.

–¡El cuento de Ricitos de Oro es sobre las consecuencias! La señora Peters lo dijo –exclamó. Aunque Alex nunca lo admitiría, a veces era divertido discutir con su hermano–. ¿Y sobre qué crees que trata *Jack y los frijoles mágicos*? –preguntó Alex.

Conner lo meditó un momento y sonrió con picardía.

–Los frijoles en mal estado pueden causar algo más que indigestión –respondió, riéndose a carcajadas.

Alex presionó sus labios para esconder una sonrisa.

–¿Y cuál es la lección de *Caperucita Roja*? –indagó–. ¿Crees que ella debería haberle *enviado por correo* la canasta a su abuela?

–¡Ahora sí estás usando la cabeza! –dijo él–. Aunque siempre me dio lástima Caperucita. Es obvio que sus padres no la querían mucho.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Alex, sin saber cómo era posible que su hermano hubiese hecho esa interpretación de la historia.

–¿Quién envía a su hija a cruzar un bosque oscuro en el que vive un lobo, con una canasta de comida recién hecha y vistiendo una capa tan llamativa? –exclamó Conner–. ¡Prácticamente esperaban que la devorara! ¡Debe haber sido una niña muy molesta!

Alex reprimió una carcajada con todas sus fuerzas, pero, para placer de Conner, se le escapó una risita.

–Yo sé que en el fondo estás de acuerdo conmigo –dijo Conner, golpeando suavemente el hombro de Alex.

–Conner, las personas como tú son las que arruinan los cuentos de hadas para el resto del mundo –Alex se obligó a borrar la sonrisa de su rostro–. La gente hace chistes sobre los cuentos y, de repente, todo el mensaje de la historia se... se... *pierde*.

Alex se detuvo de repente. Todo el color de su rostro se desvaneció con lentitud. Algo en la calle de enfrente le había llamado la atención, algo muy decepcionante.

–¿Qué sucede? –preguntó Conner, girando para mirar a su hermana.

Alex tenía la vista fija en una casa grande. Era adorable, pintada de color azul con detalles en blanco y muchas ventanas. El jardín de la entrada era perfecto; tenía la cantidad necesaria de césped, áreas con flores coloridas y un gran roble que era ideal para trepar.

Si una casa pudiera sonreír, esta tendría una sonrisa de oreja a oreja.

–Mira –dijo Alex, señalando un cartel con las palabras “En venta” que estaba junto al roble. Una cinta de un rojo brillante con la palabra *vendida* había sido agregada hacía poco al cartel.

»Se vendió –comentó Alex, negando lentamente con la cabeza, sin poder creer lo que veía.

»Se vendió –repitió, deseando que no fuera cierto.

El poco color presente en el rostro de Conner también se desvaneció. Los mellizos contemplaron la casa en silencio por un momento, sin saber qué decirse.

–Ambos sabíamos que esto iba a pasar *eventualmente* –dijo Conner.

–Entonces, ¿por qué me siento tan sorprendida? –preguntó con suavidad la chica–. Supongo que había estado en venta por tanto tiempo que creí que estaba... Ya sabes... *esperándonos* .

Conner vio cómo los ojos de su hermana se llenaban de lágrimas, a través de sus propios ojos húmedos.

–Vamos, Alex –exclamó Conner y continuó caminando–. Vámonos a casa.

Miró la propiedad por un segundo más y después siguió a su hermano. Esa casa era solo una de las cosas que la familia Bailey había perdido hacía poco...



Hace un año, apenas unos días antes del cumpleaños número once, el padre de Alex y Conner murió en un accidente de tránsito mientras regresaba a casa del trabajo. Él era el dueño de una librería llamada *Los libros del señor Bailey* , que estaba cerca de su casa, pero solo se necesitaron unas pocas calles para que tuviera lugar un gran accidente.

Los mellizos y su madre habían estado esperándolo ansiosos en la mesa, listos para cenar, cuando recibieron una llamada, en la que

les informaron que su padre no regresaría a casa esa noche ni ninguna de las noches sucesivas. Él nunca había llegado tarde a la cena y por eso, en cuanto sonó el teléfono, todos supieron que algo malo había sucedido.

Alex y Conner jamás pudieron olvidar la expresión en el rostro de su madre cuando atendió el teléfono; una expresión que les dijo sin una palabra que sus vidas jamás volverían a ser las mismas. Nunca la habían visto llorar como lo hizo esa noche.

Todo sucedió tan rápido después de ese momento que les era difícil recordar el orden en el que había ocurrido todo.

Recordaban a su madre haciendo miles de llamadas telefónicas y lidiando con mucho papeleo; su abuela había venido a cuidarlos mientras su madre se encargaba de los preparativos para el funeral. Recordaban cómo habían tomado a su madre de la mano mientras caminaban por el pasillo de la iglesia, en el funeral. Recordaban flores blancas y velas y todas las expresiones tristes en los rostros de todos los que habían asistido, a medida que caminaban. Recordaban toda la comida que les habían mandado y que les decían cuánto lamentaban lo sucedido.

No recordaron su cumpleaños número once, porque nadie se acordó.

Los mellizos recordaban lo fuertes que habían sido por ellos su abuela y su madre en los meses siguientes. Se acordaban de su madre explicándoles por qué tenían que vender la librería. Recordaron que, con el tiempo, su madre ya no podía mantener su hermosa casa azul, y que tuvieron que mudarse a una casa alquilada que estaba un poco más alejada.

Recordaban que la abuela se fue después de que se hubieran instalado en su nueva y pequeña casa. Recordaban regresar al colegio y la sensación de falsa normalidad que tenían, pero sobre todo, los mellizos recordaban no entender por qué había tenido que suceder todo eso.

Pasó un año entero, y aún no lo comprendían. Varias personas les habían dicho que sería más fácil sobrellevarlo con el tiempo, pero ¿a cuánto tiempo se referían? La pérdida de su padre parecía hacerse cada día más profunda. Lo extrañaban tanto que a veces esperaban que la tristeza les desbordara el cuerpo.

Extrañaban su sonrisa, extrañaban su alegría y extrañaban sus historias...

Cada vez que Alex había tenido un día particularmente malo en la escuela, lo primero que hacía al llegar a casa era subirse a la bicicleta y pedalear hasta el negocio de su papá. Corría a través de la puerta principal, lo encontraba y le decía: "Papi, necesito hablar contigo".

No importaba si estaba ayudando a un cliente u ordenando libros nuevos en los estantes, el señor Bailey siempre dejaba lo que estaba haciendo, llevaba a su hija al depósito en el fondo de la librería, y escuchaba lo que le había sucedido.

–¿Qué sucede, cariño? –le preguntaba con grandes ojos preocupados.

–Tuve un día muy malo hoy, papi –le había dicho Alex en una ocasión.

–¿Siguen burlándose de ti los otros niños? –preguntó—. Puedo llamar a la escuela y pedirle a tu maestra que hable con ellos.

–Eso no va a solucionar nada –dijo Alex sorbiéndose la nariz—. Al molestarme públicamente están llenado un vacío de inseguridad causado por el abandono social y doméstico.

–Entonces, cariño, ¿quieres decir que solo están celosos? –preguntó el señor Bailey rascándose la cabeza.

–Exacto –respondió Alex—. Hoy leí en la biblioteca, durante el almuerzo, un libro de psicología que explicaba la situación.

El señor Bailey dejó escapar una risa orgullosa. La inteligencia de su hija lo fascinaba constantemente.

–Creo que eres demasiado inteligente para tu propio bien, Alex –comentó.

–A veces quisiera ser igual a todos los demás –confesó Alex—. Estoy cansada de estar sola, papi. Si ser inteligente y una buena alumna significa que nunca tendré amigos, entonces quisiera ser más como *Conner*.

–Alex, ¿te he contado alguna vez la historia del Árbol Sinuoso? –preguntó el señor Bailey.

–No –respondió Alex.

Al señor Bailey se le iluminó la mirada. Siempre le pasaba cuando estaba a punto de contar una historia.

–Bueno –comenzó–, un día, cuando era muy joven, me encontraba caminando por el bosque y vi algo muy peculiar. Era un árbol perenne, pero era diferente a cualquier otro que hubiera visto: en vez de crecer hacia arriba en forma recta, su tronco se curvaba y crecía en espirales como una gran enredadera.

–¿Cómo? –preguntó Alex cautivada–. Eso es imposible. Las plantas perennes no crecen así.

–Tal vez alguien se olvidó de decirle eso al árbol –dijo el señor Bailey–. Bueno, un día los leñadores aparecieron y talaron cada árbol que estaba en la zona; todos menos el Árbol Sinuoso.

–¿Por qué? –preguntó Alex.

–Porque creyeron que era inútil –respondió su padre–. No se puede construir una mesa, una silla ni un armario con esa madera. Sabes, el Árbol Sinuoso debe haberse sentido distinto de otros árboles, pero su singularidad fue lo que lo salvó.

–¿Qué le sucedió al Árbol Sinuoso? –preguntó Alex.

–Todavía está en pie –dijo el señor Bailey con una sonrisa–. Está creciendo cada vez más alto y más sinuoso.

Una sonrisa pequeña se dibujó en la cara de Alex.

–Creo que ya entiendo lo que quieres decirme, papi –exclamó.

–Me alegro –dijo el señor Bailey–. Ahora todo lo que tienes que hacer es esperar a que vengan los leñadores a derribar a todos tus pares.

Alex se rio por primera vez durante el día. El señor Bailey siempre sabía cómo levantarle el ánimo.



Los mellizos tardaban el doble de tiempo en llegar desde que se habían mudado a la casa alquilada. Era una casa aburrida con paredes oscuras y el suelo plano. Tenía pocas ventanas, y el jardín delantero consistía en un terreno de césped que apenas estaba vivo, porque los regadores no funcionaban.

El hogar de los Bailey era acogedor, pero estaba atestado de cosas. Tenían más muebles que lugar disponible, y ninguno combinaba con la casa porque no se suponía que lo hicieran. Aunque habían vivido allí por más de medio año, aún había cajas sin desempacar alineadas contra las paredes.

Ninguno de ellos quería abrirlas; ninguno quería admitir que iban a quedarse allí por tanto tiempo como en realidad ocurrió.

Los mellizos se dirigieron inmediatamente al piso de arriba y entraron a sus respectivas habitaciones. Alex se sentó en su escritorio y comenzó a hacer la tarea. Su hermano se recostó en la cama y se quedó dormido.

Cualquiera hubiera pensado que la habitación de Alex era una biblioteca, si no fuera por la cama color amarillo brillante que estaba apartada en una esquina. Estanterías de todos los tamaños imaginables delineaban la habitación y contenían todo tipo de libros, desde novelas cortas hasta enciclopedias.

La habitación de Conner se parecía a una cueva, en la que hibernaba cada vez que podía. Estaba poco iluminada y desordenada; se podían divisar sectores de la alfombra, debajo de las pilas de ropa sucia. Un emparedado de queso a medio comer descansaba sobre el suelo y había permanecido allí por demasiado tiempo como para que cualquiera se quedara tranquilo.

Alrededor de una hora más tarde, los mellizos escucharon unos ruidos que significaban que su madre había pasado a visitarlos desde el trabajo, por lo que bajaron para reunirse con ella en la cocina. Estaba sentada en la mesa mientras hablaba por teléfono y hojeaba una pila de sobres que acababa de recoger del buzón.

Charlotte Bailey era una mujer muy bonita que tenía cabello rojo y pecas en su piel, un rasgo que los mellizos habían, sin duda alguna, heredado de ella. Tenía un gran corazón bondadoso y amaba a sus hijos más que a nada en el mundo.

Por desgracia, últimamente apenas la veían.

Era enfermera de niños en el hospital local y se veía obligada a trabajar constantemente en doble turno para mantener a la familia desde la muerte de su esposo. La señora Bailey se marchaba antes de que los mellizos se despertaran cada mañana y volvía a casa luego de que los niños se fueran a dormir. El único momento en el que estaba en casa y en el que podía pasar tiempo con ellos era durante el breve almuerzo y los recreos para cenar.

La señora Bailey amaba su trabajo y amaba ocuparse de los niños en el hospital, pero odiaba que le sacara tiempo para compartir con

los suyos. En cierto modo, los mellizos sentían que habían perdido tanto a su madre como a su padre después del accidente.

–Hola, chicos –les dijo la señora Bailey tapando el teléfono con la mano–. ¿Tuvieron un buen día en la escuela?

Alex asintió. Conner le dedicó dos pulgares arriba con un entusiasmo exagerado.

–Sí, puedo hacer doble turno este lunes –dijo en el teléfono, hablando con alguien del hospital–. No hay problema –mintió.

La mayoría de los sobres que había estado hojeando tenían unos stickers de un rojo brillante que decían ÚLTIMO AVISO o PENDIENTE DE PAGO . Aun trabajando la cantidad de horas que ella hacía, a veces tenía que ser creativa con el dinero. Puso los sobres boca abajo sobre la mesa para evitar que los mellizos los vieran.

–Gracias –dijo la señora Bailey en el teléfono y colgó. Miró a sus hijos–. ¿Cómo están, chicos?

–Bien –respondieron ambos tranquilamente.

La *mamintuición* de la señora Bailey se encendió. Sabía que algo estaba preocupando a sus hijos.

–¿Qué sucede? –les preguntó estudiándoles el rostro–. Parecen algo tristes.

Intercambiaron miradas, dudando de qué decir. ¿Sabía su madre sobre su casa anterior? ¿Debían contárselo?

–Vamos –dijo la señora Bailey–. ¿Qué ocurre? Pueden contarme lo que sea.

–No estamos decepcionados –respondió Conner–. Sabíamos que iba a pasar tarde o temprano.

–¿A qué te refieres? –preguntó su madre.

–Se vendió la casa –dijo Alex–. La vimos hoy cuando volvíamos de la escuela.

Pasó un minuto antes de que alguien hablara. Esta noticia no era nueva para la señora Bailey, pero los mellizos podían darse cuenta de que su madre estaba tan decepcionada como ellos al respecto y que ella esperaba que no lo notaran.

–Ah, eso –dijo la señora Bailey restándole importancia–. Sí, lo sé. De todos modos, no tienen que estar tristes por eso. Encontraremos una casa más grande y mejor, en cuanto nos pongamos al día con las cosas de aquí.

Y eso fue todo. La señora Bailey no era una buena mentirosa, y los mellizos tampoco. Sin embargo, Alex y Conner siempre sonreían y asentían junto con ella.

–¿Qué aprendieron hoy en la escuela? –les preguntó su madre.

–Muchísimo –declaró Alex con una sonrisa enorme.

–No tanto –murmuró Conner con el ceño fruncido.

–¡Eso es porque te quedaste dormido en clase de nuevo!

Conner le dedicó una mirada asesina a su hermana.

–Ay, Conner, ¿otra vez? –preguntó su madre, negando con la cabeza–. ¿Qué vamos a hacer contigo?

–¡No es mi culpa! –replicó él–. Las clases de la señora Peters me duermen. ¡Solo pasa! Es como si mi cerebro se apagara o algo así. A veces ni siquiera mi truco de la bandita elástica funciona.

–¿Truco de la bandita elástica? –preguntó la señora Bailey.

–Uso una bandita en la muñeca y, cada vez que tengo sueño, tiro de ella para que me golpee –explicó Conner–. ¡Estaba seguro de que era a prueba de tontos!

La señora Bailey negó con la cabeza, más entretenida que otra cosa.

–Bueno, no olvides lo afortunado que eres de poder estar en ese aula –dijo ella con una mirada generadora de culpa, típica de las madres–. A todos los niños del hospital les encantaría más que nada cambiar lugares contigo e ir a la escuela todos los días.

–Cambiarían de opinión si conocieran a la señora Peters –masculló Conner.

El teléfono sonó justo cuando la señora Bailey estaba por continuar regañando a su hijo.

–¿Hola? –dijo ella atendiendo la llamada. Las líneas de expresión de su frente se marcaron visiblemente–. ¿Mañana? No, tiene que haber un error. Les dije que no podía trabajar mañana; es el cumpleaños número doce de los mellizos y estaba planeando pasar la noche con ellos.

Alex y Conner se miraron con la misma expresión de sorpresa. Por poco se habían olvidado que cumplían doce al día siguiente. Por poco...

–¿Estás seguro de que no hay nadie que pueda cubrir ese turno? –preguntó la señora Bailey, con un tono de voz que sonó más

desesperado de lo que quería—. No, entiendo... Sí, por supuesto... Estoy al tanto del recorte de personal... Nos vemos mañana.

La Señora Bailey colgó, cerró los ojos y soltó un suspiro profundo y decepcionante.

—Tengo malas noticias, chicos —les dijo—. Parece que tendré que trabajar mañana a la noche, así que no estaré aquí para su cumpleaños. ¡Pero se los recompensaré! Celebraremos juntos cuando vuelva del trabajo a la noche siguiente, ¿de acuerdo?

—No te preocupes, mamá —dijo Alex alegremente, tratando de hacerla sentir mejor—. Lo entendemos.

—Está bien —añadió Conner—. De todos modos, no estábamos esperando nada especial.

La situación hizo que la señora Bailey se sintiera una madre horrible, y la comprensión de sus hijos solo la hacía sentir peor. Hubiera preferido que hicieran un berrinche o que se enojaran o que mostraran cualquier otra emoción acorde a su edad. Eran demasiado jóvenes para estar *acostumbrados* a la decepción.

—Oh... —dijo la señora Bailey, luchando con la tristeza que sentía—. Genial. Entonces, cenaremos... y compraré un pastel... y tendremos una linda velada... Ahora solo voy a ir arriba un minuto antes de regresar al trabajo.

Abandonó la cocina y se apresuró a subir por la escalera y entrar en su habitación.

Los mellizos dejaron pasar unos segundos antes de subir para ver cómo estaba su mamá.

Espiaron a su madre en la habitación. Se encontraba sentada sobre la cama, llorando, con pañuelos descartables en ambas manos, mientras le hablaba a una foto enmarcada de su esposo.

—Oh, John —sollozaba la señora Bailey—. Intento ser fuerte y mantener a nuestra familia a flote, pero es muy difícil hacerlo sin ti. Son tan buenos niños. No se merecen esto.

Se secó las lágrimas rápidamente cuando sintió que los mellizos la observaban. Alex y Conner entraron con lentitud en la habitación y se sentaron uno a cada lado de su madre.

—Lamento muchísimo todo lo sucedido —les dijo—. No es justo que hayan tenido que pasar por todo esto siendo tan jóvenes.

–Va a estar todo bien, mamá –comentó Alex–. No necesitamos hacer nada especial por nuestro cumpleaños.

–De todas maneras, los cumpleaños están sobrevalorados –añadió Conner–. Sabemos que la situación aquí es complicada.

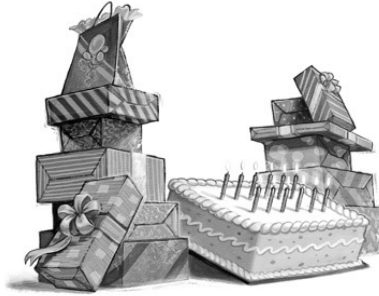
La señora Bailey los envolvió con los brazos.

–¿Cuándo fue que se volvieron tan maduros? –les preguntó con los ojos húmedos–. ¡Soy la madre más afortunada del mundo!

Todos los ojos se posaron en la foto del señor Bailey.

–¿Sabes qué diría su papá si estuviera aquí? –le preguntó a los mellizos–. Diría: *Ahora estamos en un capítulo feo de nuestras vidas, pero ¡los libros siempre mejoran!* .

Los mellizos le sonrieron, deseando que aquellas palabras fueran verdad.



CAPÍTULO TRES

UNA SORPRESA DE CUMPLEAÑOS

— **D** ejen de escribir —ordenó la señora Peters desde el frente de la clase. Los alumnos estaban haciendo un examen de Matemáticas, y los había estado observando todo el tiempo como si fuera el guardia de una cárcel—. Pasen sus exámenes hacia el frente.

Conner miró la hoja como si estuviese escrita en jeroglíficos. La mayor parte de sus respuestas estaba en blanco, y había garabateado el resto para que pareciera que había intentado responder. Se dijo una plegaria corta para sus adentros y pasó el examen hacia adelante junto con el de los demás.

Le entregaron todas las pruebas a Alex, y las acomodó en una pila ordenada para la señora Peters. Siempre se sentía como nueva después de dar un examen, especialmente cuando se trataba de uno tan fácil como este.

El examen de su hermano le llamó la atención, ya que, de toda la pila, era la hoja que estaba menos escrita. Alex sabía que Conner siempre intentaba dar lo mejor de sí en la escuela, pero su esfuerzo no parecía ser lo suficientemente bueno. Se dio vuelta y lo miró, deseando poder ayudarlo... y de repente se le ocurrió algo: tal vez *podía* hacerlo.

Alex miró a la señora Peters y notó que se encontraba ocupada, observando las anotaciones de su plan de clase. ¿Se daría cuenta si completaba un par de preguntas en el examen de su hermano? ¿Era capaz de hacer algo que estaba tan terriblemente mal?

¿Era considerado como copiarse si uno respondía todo en la prueba del otro? ¿El gesto bondadoso anularía el hecho de que estaba haciendo algo incorrecto, en el gran esquema del universo?

Alex tendía a sobreanalizar todo, por lo que decidió simplemente hacerlo; completó con rapidez algunas de las respuestas de su hermano, usando una caligrafía un poco más torpe de lo que solía ser la suya, y le entregó la pila de exámenes a la señora Peters.

Fue la cosa más espontánea que había hecho en su vida.

–Gracias, señorita Bailey –dijo la señora Peters, haciendo contacto visual con ella.

Alex sintió que el estómago le daba un vuelco. La adrenalina que había sentido debido a su impulso ahora se encontraba eclipsada por la culpa.

La señora Peters siempre había confiado en ella; ¿cómo pudo hacer algo tan infantil? ¿Debería confesar lo que había hecho? ¿Cuál sería el castigo por su crimen? ¿Se sentiría así de culpable por el resto de su vida?

Se dio vuelta y miró a su hermano. Conner soltó un suspiro largo pero silencioso, y Alex percibió la tristeza y la vergüenza que sentía su mellizo; incluso la podía sentir como propia.

Los engranajes del pensamiento crítico de la cabeza de Alex se detuvieron. Sabía que había hecho lo correcto, no como alumna, sino como hermana.

–Quiero que tomen la tarea sobre los cuentos de hadas que tenían que hacer la clase pasada –ordenó la señora Peters–, y que hagan una presentación breve sobre su ensayo frente a la clase.

Era habitual que la maestra sorprendiera a sus alumnos con presentaciones improvisadas para mantenerlos atentos. Tomó asiento en una silla que estaba en la parte de atrás del aula, incómodamente cerca de Conner, para así poder vigilar su estado de conciencia.

Uno por uno, los chicos presentaron sus ensayos frente a la clase. Con excepción de un niño que pensaba que *Jack y los frijoles mágicos* trataba sobre una abducción extraterrestre y de una niña que aseguraba que *El gato con botas* era uno de los primeros ejemplos de un caso de crueldad animal, el resto de los alumnos parecía haber interpretado los cuentos de manera correcta.

–Fue difícil elegir un cuento de hadas sobre el que escribir –dijo Alex mientras hacía la presentación de su ensayo de siete páginas–. Entonces, seleccioné el cuento cuyo tema está presente virtualmente en todos los cuentos de hadas y en todas las historias jamás escritas: ¡*La Cenicienta* !

Sus pares no compartían su entusiasmo.

–Muchas personas han tenido problemas con esta historia al creer que tiene “elementos antifeministas” –prosiguió Alex–. ¡Pero yo creo que eso es completamente ridículo! *La Cenicienta* no es sobre un hombre salvando a una mujer, ¡es sobre el *karma* !

La mayor parte de la clase comenzó a pensar en otra cosa. La señora Peters era la única persona en el aula que parecía mínimamente interesada en lo que Alex tenía para decir.

–Piénsenlo –prosiguió Alex–. Incluso después de años de abuso constante de parte de su madrastra y sus hermanastras, Cenicienta continuó siendo una buena persona con esperanzas. Nunca dejó de creer en sí misma ni en la bondad en el mundo. Y aunque al final se casó con el príncipe, ella siempre tuvo *felicidad interna* . Su historia demuestra que aun en las peores situaciones, *incluso cuando parece que nadie en el mundo te aprecia* , mientras tengas esperanza, todo puede mejorar...

Alex dejó que su cabeza reflexionara sobre lo que había dicho. No estaba segura sobre el último punto de su presentación: ¿era ese el verdadero mensaje del cuento o ella *necesitaba* que fuera ese?

–¡Gracias, señorita Bailey! Bien dicho –exclamó la señora Peters con lo más parecido a una sonrisa que su rostro era capaz de hacer.

–Gracias por su tiempo –agradeció Alex, asintiendo frente a la clase.

–Su turno, señor Bailey –dijo la maestra. Estaba sentada tan cerca de él, que Conner podía sentir sobre la nuca la respiración cálida que salía de sus orificios nasales.

Se dirigió hacia el frente de la clase, arrastrando los pies como si los tuviera clavados en bloques de cemento. Nunca había tenido problemas para hablar frente a sus compañeros, pero prefería estar en cualquier lugar en el mundo antes que hacer una presentación frente a una maestra. Alex le hizo un gesto alentador con la cabeza.

–Elegí *Pedro y el lobo* –dijo Conner, sin seguir el consejo que le había dado su hermana el día anterior.

Alex se hundió en su asiento, y la señora Peters puso los ojos en blanco. Esto era muy decepcionante.

–Ya sé que todos están pensando que elegí la más fácil –comentó Conner–. Aunque, al leerlo de nuevo, no creo que la historia sea sobre la importancia de la honestidad. Creo que es sobre *las grandes expectativas* .

Tanto Alex como la señora Peters alzaron una ceja. ¿A dónde estaba yendo con esa idea?

–Está bien, el niño era un mocoso. Eso no lo puedo negar –continuó Conner, señalando el ensayo de media página que había escrito–. Pero ¿pueden culparlo por haberse divertido un poco? Es claro que su aldea estaba teniendo algún que otro problema con el lobo, y que todos estaban estresados al respecto. Él era solo un niño; ¿realmente esperaban que fuera perfecto todo el tiempo?

Su presentación podría no haber sido la mejor de todas, pero definitivamente estaba atrayendo la atención de sus compañeros.

–Y esto hizo que me preguntara por qué nadie estaba vigilando a ese niño –añadió Conner–. Tal vez, si sus padres hubieran estado atentos a lo que él hacía, el lobo no lo hubiera devorado. Creo que la historia está tratando de decirnos que vigilemos a nuestros niños, en especial si son mentirosos patológicos. Gracias.

Conner nunca intentaba ser gracioso. Solo era brutalmente honesto sobre los pensamientos y las opiniones que tenía. Esta honestidad siempre divertía a sus compañeros, pero nunca a su maestra.

–Gracias, señor Bailey –dijo la señora Peters con dureza–. Puede sentarse.

Conner sabía que había arruinado todo. Se sentó, retomando su posición bajo la mirada fría y el aliento cálido de la maestra. ¿Por qué siquiera seguía intentando hacer un esfuerzo?

El día escolar no terminaba, a menos que Conner volviera a casa sintiéndose completamente inútil. Había una sola persona que era capaz de levantarle el ánimo cuando él se sentía así, y en ese momento deseó que aún estuviera presente...



El señor Bailey siempre sabía cuándo su hijo necesitaba hablar con él. No tenía que ver con ser observador ni intuitivo, sino con la ubicación. De vez en cuando, él volvía a casa del trabajo y encontraba a Conner sentado en una rama del roble que estaba en el jardín delantero, con una mirada pensativa en el rostro.

–¿Conner? –preguntaba el señor Bailey, acercándose al árbol–. ¿Está todo bien, amigo?

–Ajá –murmuraba el niño.

–¿Estás seguro? –preguntaba el señor Bailey.

–Sí –respondía Conner de una forma poco convincente. No era tan abierto con sus problemas como su hermana, pero podía verse reflejado en su rostro que algo lo afectaba. El señor Bailey trepaba al árbol y se sentaba en la rama junto a él e intentaba sonsacarle qué lo perturbaba.

–¿Estás seguro de que no quieres hablar? –continuaba el señor Bailey–. ¿Pasó algo hoy en la escuela?

Conner asintió.

–Reprobé un examen –admitió en una ocasión.

–¿Estudiaste? –preguntó su padre.

–Sí –respondió Conner–. Estudié mucho, papá. Pero es inútil. Nunca seré tan inteligente como Alex –sus mejillas se tornaron de un color rojo brillante por la vergüenza que sentía.

–Conner, déjame que te cuente algo que me llevó un largo tiempo aprender –dijo el señor Bailey–. Las mujeres en tu vida siempre van a parecer más inteligentes; así son las cosas. He estado casado con tu madre por trece años y aún me es difícil seguirle el paso. No puedes compararte con otros.

–Pero soy tonto, papá –replicó Conner con los ojos llenos de lágrimas.

–Me cuesta creer eso –dijo el señor Bailey–. Se necesita inteligencia para ser gracioso y contar un buen chiste, ¡y tú eres el niño más gracioso que conozco!

–El humor no ayuda con Historia o Matemáticas –respondió su hijo–. No importa cuánto me esfuerce en la escuela, siempre voy a ser el niño tonto de la clase...

El rostro de Conner se tornó blanco e inexpresivo; clavó la vista en la nada, tan avergonzado de sí mismo que le causaba dolor. Afortunadamente para él, el señor Bailey tenía una historia alentadora para cada situación.

–Conner, ¿te he contado alguna vez la leyenda del Pez Caminante? –preguntó su padre.

–¿El Pez Caminante? –repitió Conner mirándolo—. Papá, no te ofendas, pero no creo que una de tus historias pueda hacerme sentir mejor esta vez.

–De acuerdo, como quieras –dijo el señor Bailey.

Pasaron unos minutos, y la curiosidad le ganó.

–Está bien, puedes contarme sobre el Pez Caminante –le respondió.

La mirada del señor Bailey se iluminó como cada vez que estaba a punto de contar una historia. Conner se dio cuenta de que esta iba a ser una buena.

–Había una vez, un gran pez que vivía solo en un lago –comenzó el señor Bailey—. Todos los días, el pez observaba con añoranza cómo un niño de la aldea cercana jugaba con los caballos, los perros y las ardillas sobre la tierra...

–¿Va morir un perro en la historia, papá? –lo interrumpió Conner—. Sabes que detesto las historias en las que mueren perros.

–Déjame terminar –prosiguió su padre—. Un día, un hada fue al lago y le concedió un deseo al pez...

–Eso no tiene sentido –dijo Conner—. ¿Por qué las hadas siempre simplemente aparecen y hacen algo bueno por personas que no conocen?

–¿Es parte de su contrato? –dijo el señor Bailey encogiéndose de hombros—. Pero solo por discutir, digamos que se le había caído la varita en el lago y el pez se la devolvió, entonces ella le ofreció un deseo como agradecimiento. ¿Contento?

–Eso está mejor –comentó el niño—. Continúa.

–El pez, como era de esperarse, deseó tener piernas para poder jugar con el niño de la aldea. Por eso, el hada transformó sus aletas en piernas y así se convirtió en el Pez Caminante.

–Qué extraño –dijo Conner—. Déjame adivinar: ¿el pez se veían tan monstruoso que el niño jamás quiso jugar con él?

–No, se hicieron grandes amigos y jugaban juntos con otros animales terrestres –le contó el señor Bailey–. Pero, un día, el niño se cayó dentro del lago y ¡no sabía nadar! El Pez Caminante intentó salvarlo, pero fue en vano; ¡ya no tenía aletas! Así que, lamentablemente, el niño se ahogó.

La boca de Conner quedó abierta de par en par.

–Sabes, si el pez se hubiera quedado en el lago y no hubiera deseado ser diferente, podría haberle salvado la vida –concluyó el señor Bailey.

–Papá, esa historia es horrible –se quejó–. ¿Cómo es posible que un niño viva cerca de un lago y no sepa nadar? ¡Los perros pueden nadar! ¿No podría haberlo salvado un perro? ¿Dónde estaba el hada cuando el niño se ahogaba?

–Creo que no estás entendiendo el punto de la historia –continuó el señor Bailey–. A veces nos olvidamos de nuestras virtudes porque nos enfocamos en lo que no tenemos. Solo porque debas esforzarte un poco más para hacer algo que al resto le parece sencillo, no significa que no tengas talentos propios.

Conner reflexionó por un momento.

–Creo que entendí lo que querías decir, papá –dijo.

El señor Bailey le sonrió.

–Ahora, ¿por qué no bajamos y te ayudo a estudiar para tu próximo examen?

–Te lo dije, estudiar no ayuda –reproso Conner–. Lo intenté una y mil veces. Nunca ayuda.

–Entonces, vamos a inventar nuestro propio método de estudio –le comentó el señor Bailey–. Miraremos las imágenes de tu libro de Historia y haremos bromas sobre ellas; así recordarás sus nombres. Y crearemos situaciones graciosas para ayudarte con todas esas fórmulas matemáticas.

Conner asintió lentamente, pero con seguridad, y accedió.

–De acuerdo –respondió con una media sonrisa–. Pero solo para futuras referencias, me gustó mucho más tu historia sobre el Árbol Sinuoso.



La caminata a casa fue muy silenciosa ese día. Alex podía percibir que la presentación de su hermano lo había dejado un poco tenso. Intentó romper el silencio de vez en cuando con comentarios alentadores, o al menos ella creía que eran alentadores.

–Creo que presentaste un buen argumento –dijo con dulzura–. Te aseguro que yo nunca lo hubiera usado.

–Gracias –replicó Conner. No lo ayudaba.

–Aunque tal vez lo estabas sobreanalizando –continuó Alex–. Yo lo hago todo el tiempo. A veces, leo una historia y la interpreto como quiero, en lugar de interpretarla en la forma que el autor quiere que lo haga. Solo tienes que practicar.

Él no respondió. Seguía sin ayudarlo.

–Bueno, hoy es nuestro cumpleaños –le recordó Alex–. ¿Estás emocionado por tener doce?

–La verdad, no –admitió Conner–. Se siente como tener once. Pero ¿no se supone que pronto nos saldrán un par de muelas nuevas?

–Vamos, seamos optimistas –insistió Alex–. Aunque no hagamos nada emocionante por nuestro cumpleaños, tenemos que mantenernos positivos. ¡Hay muchas cosas grandiosas en camino! ¡En un año más, seremos adolescentes!

–Supongo –dijo Conner–. ¡Faltan solo cuatro años para que podamos conducir!

–¡Y seis para que podamos votar e ir a la universidad!

Eso fue todo lo que se les ocurrió. Su alegría estaba vacía, y ambos lo sabían, por eso se mantuvieron callados el resto de la caminata. Aunque tuvieran la fiesta más extravagante del mundo esperándolos en casa, los cumpleaños siempre serían difíciles para ellos.

La escuela fue predecible. La caminata de regreso, típica. Todo el día había parecido normal. No había nada fuera de lo común que los hiciera sentir especiales en su cumpleaños... hasta que llegaron a casa y vieron un auto color azul brillante aparcado en la puerta.

–¿Abuela? –dijeron los mellizos al unísono.

–¡Sorpresa! –gritó ella, bajando del auto. Hablaba tan fuerte que todo el vecindario podía oírla.

Los mellizos corrieron hacia ella con una enorme sonrisa en el rostro. Solo la veían un par de veces al año y estaban asombrados

de que se presentara en su puerta sin previo aviso.

Su abuela los abrazó tan fuerte que apenas podían respirar.

–¡Qué grandes que están! ¡Deben haber crecido cinco centímetros desde la última vez que los vi!

La abuela era una mujer pequeña con largo cabello castaño canoso, que usaba recogido en una trenza ajustada. Tenía la sonrisa más cálida y los ojos más bondadosos del mundo, que se arrugaban con placer cuando sonreía, al igual que lo hacían los ojos del papá de los niños. Era alegre y enérgica, y era exactamente lo que los mellizos necesitaban.

Siempre usaba vestidos de colores brillantes y unos zapatos con lazos blancos y tacones color café, que eran su marca registrada. Nunca estaba lejos de su gran maleta verde y de un bolso azul. Y aunque su esposo había muerto hacía muchos años, ella todavía usaba su anillo de bodas.

–¡No sabíamos que ibas a venir! –exclamó Conner.

–No sería una sorpresa si hubieran sabido que vendría –dijo la abuela.

–¿Qué estás haciendo aquí, abuela? –preguntó Alex.

–Su mamá me llamó y me pidió que me quedara con ustedes mientras ella está en el trabajo –les explicó–. No podía permitir que pasaran el día de su cumpleaños solos, ¿verdad? ¡Menos mal que estaba en el país!

La abuela se había retirado y pasaba la mayor parte del año viajando alrededor del mundo con otras amigas. Iban sobre todo a países en vías de desarrollo y les leían a los niños enfermos en los hospitales y les enseñaban a otros de distintas comunidades a leer y a escribir.

–Ayúdenme con las compras –les dijo la abuela. Abrió la cajuela del auto, y los mellizos comenzaron a sacar bolsas y bolsas llenas de comida y las llevaron a la casa. Había comida suficiente para varias semanas.

La señora Bailey estaba sentada a la mesa de la cocina hojeando otra pila de sobres que tenían stickers de un rojo brillante. Los apartó de la vista con velocidad cuando los mellizos y la abuela entraron a la cocina con las compras.

–¿Qué es todo esto? –preguntó la señora Bailey.

–¡Hola, querida! –le dijo la abuela–. Estaba planeando hacerles a los chicos una gran cena de cumpleaños y no sabía qué tenías en la casa, entonces fui a la tienda y compré algunas cosas.

Su abuela siempre había tenido talento para endulzar la verdad.

–No tendrías que haberte molestado –respondió la madre de los chicos, negando con la cabeza, sin estar preparada para ese gesto de amabilidad.

–No fue molestia para nada –replicó la abuela con una sonrisa pequeña pero tranquilizadora–. Alex, Conner, ¿por qué no van a buscar sus regalos que están en el asiento del auto así me pongo al día con su mamá un segundo? ¡Pero no los abran hasta la noche!

Hicieron lo que les dijo con alegría. La palabra *regalos* había estado ausente de su vocabulario por un largo tiempo.

–¡Ves, te lo dije! –le comentó Alex a Conner mientras iban al auto–. ¡El optimismo siempre tiene su recompensa!

–Sí, sí, sí... –respondió Conner.

Media docena de regalos envueltos con moños brillantes con el nombre de cada uno de los mellizos los esperaban en el asiento delantero del auto.

Los niños regresaron a la casa con sus regalos. Su abuela y su madre aún estaban conversando sobre algo que, con seguridad, ellos no debían escuchar.

–Las cosas siguen difíciles –dijo la madre–. Aun después de la venta de la librería y de la casa embargada, todavía tenemos algunas deudas y cosas sin pagar del funeral. Pero, de alguna forma, estamos sobreviviendo. En unos meses estaremos estabilizados.

La abuela tomó las manos de la señora Bailey entre las suyas.

–Si necesitas algo, querida, cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme –dijo.

–Ya nos has ayudado tanto –respondió la señora Bailey–. No sé dónde estaríamos ahora si no fuera por ti. Jamás podría pedirte más.

–No me estás pidiendo, yo me estoy ofreciendo –le aseguró la abuela.

Los mellizos sabían que si continuaban escuchando a escondidas, los iban a descubrir, entonces regresaron a la cocina con sus

regalos.

–Bueno, tengo que volver al trabajo –dijo la señora Bailey y les dio un beso en la cabeza–. ¡Espero que tengan una noche fabulosa, chicos! Nos vemos mañana. ¡Guárdenme algo para celebrar! –reunió sus cosas y articuló un *gracias* significativo para que la abuela le leyera los labios mientras se iba.

La mujer acomodó sus cosas en la habitación de huéspedes y regresó a la cocina, donde encontró la pila de sobres que la señora Bailey había escondido. Los guardó en su bolso con una sonrisa. Y eso fue todo. Le encantaba ayudar a la gente, en especial si era en contra de su voluntad.

–Comencemos a preparar la cena, ¿les parece? –propuso, aplaudiendo.

Alex y Conner se sentaron a la mesa y viajaron con su abuela mientras ella cocinaba con destreza absoluta. Les contó todo sobre sus últimos viajes, sobre las dificultades que ella y sus amigas enfrentaron al entrar y salir de distintos lugares, y sobre todas las personas interesantes que había conocido en el camino.

–¡Jamás conocí a alguien del que no haya aprendido algo! –exclamó–. Incluso las personas más aburridas te sorprenden. Recuerden eso.

Estaba cocinando tantos platos a la vez que era difícil saber qué ingrediente pertenecía a cada receta. Hacía todo con gran velocidad, usando casi todas las sartenes y los platos que tenían.

Con cada segundo que pasaba, el estómago de los mellizos gruñía más y más fuerte, y sus bocas salivaban cada vez más.

Finalmente, después de algunas horas de tortura aromática, cenaron.

Alex y Conner se habían acostumbrado tanto a las cenas congeladas y a la comida rápida, que habían olvidado lo rico que era el sabor de una buena cena.

Había platos con puré de patatas y macarrones con queso, pollo al horno con zanahorias y arvejas, y pan casero. La mesa de la cocina parecía ser parte de la cubierta de un libro de recetas.

Justo cuando pensaron que no era posible seguir comiendo, su abuela extrajo un enorme pastel de cumpleaños del horno. Los mellizos estaban asombrados; ni siquiera habían notado que había

estado preparando uno. Les cantó el “Feliz cumpleaños” y ellos soplaron las velas.

–¡Ahora, abran sus regalos! –les dijo–. ¡Estuve todo el año juntándolos para ustedes!

Abrieron las cajas y una marea de adornitos provenientes de todos los países en los que su abuela había estado los inundó.

Alex recibió copias de sus libros favoritos en otros idiomas: *Alicia en el país de las maravillas* en francés, *El mago de Oz* en alemán y *Mujercitas* en holandés. Conner recibió toneladas de dulces y remeras de mal gusto que tenían estampados que decían cosas como “La loca de mi abuela viajó a la India y todo lo que me trajo fue esta remera asquerosa”.

Ambos recibieron varias estatuillas de estructuras famosas, como la Torre Eiffel, la Torre inclinada de Pisa y el Taj Mahal.

–Es una locura pensar que lugares como este realmente existen en el mundo –dijo Alex, con una Torre Eiffel en la mano.

–Te sorprendería saber cuánto hay allá afuera esperando a ser descubierto –dijo la abuela con una sonrisa y brillo en los ojos.

Un día que había empezado con expectativas muy bajas se había convertido en uno de los mejores cumpleaños que habían tenido.

A medida que se hacía más tarde, la visita de su abuela comenzó a acercarse a un final agridulce. Desde la muerte de su papá, los niños no veían a su abuela por más de un día cada vez que los visitaba, y siempre pasaban algunos meses hasta que regresaba. Siempre estaba ocupada con sus viajes.

–¿Cuándo te vas? –le preguntó Alex.

–Mañana –respondió la abuela–. Tan pronto como los lleve a la escuela.

La postura de los mellizos se hundió un poco.

–¿Qué sucede? –les preguntó, sintiendo cómo sus espíritus se apagaban.

–Es que deseáramos que pudieras quedarte más tiempo. Eso es todo –dijo Conner.

–Te extrañamos mucho cuando te vas –añadió Alex–. Las cosas son tan sombrías sin papá, pero tú haces que parezca que todo va a estar bien.

La sonrisa permanente de su abuela se desvaneció un poco, y su mirada se desvió hacia la ventana. Miró con los ojos vacíos el cielo nocturno y respiró hondo.

–Ay, chicos, si pudiera pasar todos los días con ustedes, lo haría –dijo con nostalgia; tal vez se estaba mostrando más descorazonada de lo que pretendía–. Pero a veces, la vida nos da ciertas responsabilidades, no porque las queramos, sino porque estábamos destinadas a tenerlas, y es nuestro deber cumplir con ellas. En lo único que puedo pensar es en cuánto los extraño a ustedes y a su papá cuando estoy lejos.

A Alex y a Conner les resultaba difícil de comprender. ¿Su abuela no quería viajar tanto como lo hacía?

Ella les devolvió la mirada con los ojos brillantes con una idea nueva.

–Casi lo olvido. ¡Tengo un regalo más para ustedes! –exclamó, saltando y corriendo hacia la otra habitación.

Regresó con un libro antiguo y de gran tamaño, que tenía la cubierta de un verde esmeralda oscuro y el título *La tierra de las historias* escrito en letras doradas. Alex y Conner sabían de qué libro se trataba en cuanto lo vieron. Si había algo que simbolizara su infancia era ese libro.

–¡Es tu antiguo libro de cuentos! –declaró Alex–. ¡Hace años que no lo veía!

Su abuela asintió.

–Es muy viejo y ha estado en la familia por un largo tiempo –les dijo–. Lo llevo conmigo a donde sea que vaya y se lo leo a los niños en otros países. Pero ahora quiero que ustedes lo tengan.

Los mellizos estaban sorprendidos por el gesto.

–¿Qué? –preguntó Conner–. No podemos quedarnos con tu libro. Es *La tierra de las historias*. Es tu libro. Siempre fue importante para ti.

La abuela lo abrió y lo hojeó. El aroma a papel viejo inundó toda la habitación.

–Eso es muy cierto –dijo la abuela–. Este libro y yo hemos pasado mucho tiempo juntos durante años, pero los mejores momentos compartidos fueron cuando se los leía a ustedes. Por eso quiero que

lo conserven. Yo ya no lo necesito; de todas maneras, ya sé todos los cuentos de memoria.

Se los entregó. Alex dudó pero finalmente aceptó el libro de su abuela. No sentía que fuera lo correcto quedarse con él; era como recibir una reliquia de un familiar que aún estaba vivo.

–Cada vez que estén tristes, cada vez que tengan uno de esos días en los que extrañan a su papá o en los que desearían que yo esté aquí, todo lo que deben hacer es abrirlo y todos estaremos en espíritu leyendo juntos –les explicó su abuela–. Ahora bien, se está haciendo tarde y tienen escuela mañana. Vamos a prepararnos para ir a la cama.

Hicieron lo que les pidió. Aunque ya eran demasiado grandes para eso, su abuela insistió en arroparlos en sus camas como en los viejos tiempos.

Alex se acostó con *La tierra de las historias* esa noche. Hojeó las antiguas páginas con delicadeza, teniendo cuidado de no rasgarlas.

Al ver de nuevo todas las ilustraciones coloridas de aquellos lugares y personajes, se sintió como si estuviera hojeando un viejo libro de recortes. Le encantaba pasar tiempo leyendo sobre los personajes de los cuentos de hadas más que nada en el mundo. Eran los mejores amigos que jamás había tenido.

–Desearía poder elegir en qué mundo vivir –dijo Alex, acariciando las ilustraciones con los dedos. Eran tan llamativas.

En sus manos tenía un mundo diferente a aquel donde ella vivía. Era un mundo alejado de la corrupción política y de la tecnología; un lugar donde las cosas buenas les pasaban a las personas buenas. Un mundo al que ella quería pertenecer con todo su corazón.

Alex se imaginaba cómo sería ser un personaje dentro de su propio cuento de hadas: los bosques por los que correría, los castillos en los que viviría, y las criaturas de las que sería amiga.

Eventualmente, los párpados de la chica comenzaron a sentirse pesados. Cerró *La tierra de las historias*, lo puso sobre la mesita de noche, apagó la lámpara y comenzó a quedarse dormida. Estaba a punto de desvanecerse en la inconsciencia cuando escuchó un ruido extraño.

Un zumbido suave invadió la habitación.

¿*Qué es eso?* , preguntó Alex y abrió los ojos para ver de qué se trataba. No vio nada.

Qué extraño , murmuró.

Cerró los ojos otra vez y comenzó a quedarse dormida. El zumbido volvió a inundar la habitación.

Se sentó en la cama, miró alrededor del cuarto y finalmente encontró qué era lo que producía ese ruido.

Provenía del interior de *La tierra de las historias*, que estaba en la mesita de noche, y, para su asombro, lo que emitían las páginas era sin duda brillo.



CAPÍTULO CUATRO

LA TIERRA DE LAS HISTORIAS

Alex se había comportado de manera extraña toda la semana. Conner lo había notado enseguida, porque ella no estaba hablando tanto como solía hacerlo ni estaba tan optimista como de costumbre. En cambio, permanecía muy callada y parecía encontrarse inmersa en un estado de confusión.

Cuando tomaron el desayuno, apenas se dio cuenta cuando su hermano le dijo “Buenos días”. Durante la escuela, levantaba muy poco la mano para responder en clase. Después de la escuela, mientras regresaban a su casa, apenas le decía una palabra a Conner. Y en cuanto llegaban, Alex subía las escaleras corriendo y se encerraba en su habitación por el resto del día.

–¿Te sientes bien? –le preguntó Conner después de unos días–. Pareces diferente.

–Sí, solo estoy cansada –respondió Alex.

Conner sabía que debía estar cansada, porque parecía que ya no dormía. Cada vez que se había levantado de la cama en el medio de la noche para beber un vaso de agua o ir al baño, la luz de la habitación de su hermana seguía encendida, y podía oír ruidos dentro, como si estuviera trabajando en algo.

No tenía que ser un genio para darse cuenta de estaba lidiando con algo más que insomnio. Había visto suficientes videos sobre salud en la escuela como para saber que se esperaba que las niñas de la edad de su hermana comenzaran a tener humor inestable y a transitar cambio; pero Alex se había convertido completamente en otra persona.

Algo realmente perturbador la molestaba, y lo estaba ocultando.

–¿Me prestas algunos de tus lápices? –le preguntó Alex muy despabilada una noche, con los ojos bien abiertos.

Era como si un pavo real estuviese pidiendo que le prestan plumas. Conner no sabía cómo lidiar con ese pedido. Posiblemente, no seguía haciendo tarea a esa hora, ¿no?

–¿No tienes como, no sé, miles? –le preguntó Conner.

–Sí... pero los perdí todos –le dijo.

Compartió con ella los pocos que le quedaban. Alex los tomó y desapareció con velocidad dentro de su habitación de nuevo. Ni siquiera pareció importarle que los lápices estuvieran masticados o que no tuvieran goma de borrar.

La noche siguiente, Conner volvió a despertarse con un zumbido peculiar que provenía de la habitación de su hermana. Era un sonido bajo, pero tenía una vibración fuerte que podía percibir y escuchar.

–¿Alex? –preguntó Conner, tocando a la puerta del cuarto—. ¿Qué es ese sonido? Estoy intentando dormir, y ¡me está volviendo loco!

–Es solo una abeja. ¡La espanté por la ventana! –respondió una Alex frenética desde el otro lado de la puerta.

–¿Una abeja? –preguntó Conner confundido.

–Sí, una abeja enorme. Es la temporada de apareamiento, sabes, se vuelven muy agresivas en esta época del año –gritó Alex.

–Eh... de acuerdo... –dijo Conner, y regresó a la cama.

Pero estos sucesos no fueron nada comparados con lo que ocurrió el día siguiente en la escuela.

–¿Quién puede decirme los nombres de los ríos que atravesaban la antigua Mesopotamia? –preguntó la señora Peters durante la clase de Historia. Como era de esperarse, no había voluntarios.

» ¿Nadie? –exclamó la maestra. Todos estaban mirando a Alex y esperando que su mano se elevara velozmente en el aire en cualquier momento, pero ella solo continuaba mirando el suelo. No se encontraba prestándole la más mínima atención a nada.

» El Tigris y el Éufrates –le informó la señora Peters a la clase—. ¿Quién puede decirme qué se cree que es el área comprendida entre ambos ríos? –preguntó en dirección a Alex, pero fue en vano: la chica estaba totalmente perdida en sus pensamientos.

–Señorita Bailey, ¿tal vez usted sepa la respuesta? –suplicó la señora Peters.

–¿De qué? –preguntó Alex, saliendo del trance.

–De la pregunta –dijo la maestra.

–Oh... –respondió la chica–. No, no la sé –apoyó la cabeza sobre su mano y continuó mirando al suelo.

La señora Peters y el resto de la clase no entendían qué estaba sucediendo. Alex *siempre* sabía las respuestas. ¿Cómo iba a funcionar la clase sin ella?

–La cuna de la civilización... –explicó la maestra, respondiendo la pregunta–. Muchos creen que la humanidad comenzó allí...
¡Señorita Bailey!

Alex se incorporó en su asiento. La cosa más escandalosa de todas hasta el momento había ocurrido: *¡Alex Bailey se había dormido en la mitad de la clase!*

–¡Lo... Lo siento tanto, señora Peters! –dijo Alex, avergonzada–. ¡No sé qué me sucedió! ¡No estoy durmiendo muy bien últimamente!

La señora Peters la observaba como si hubiera acabado de presenciar el horripilante nacimiento de un animal de granja.

–Está... está bien –dijo la maestra–. ¿Necesitas ver a la enfermera?

–No, estoy bien. Solo estoy un poco dormida –respondió Alex–. ¡Le prometo que jamás ocurrirá de nuevo!

Conner había observado toda la situación como si fuera un desastre. Lo único que pudo hacer fue negar con la cabeza. ¿Qué le había sucedido a Alex? ¿Dónde estaba su verdadera hermana? ¡Se estaba convirtiendo en él!

De pronto, el zumbido extraño que Conner había estado escuchado la noche anterior inundó el aula. Alex se enderezó en su asiento, ansiosa; sus ojos se abrieron más de lo que lo habían hecho nunca. Algunos alumnos miraron alrededor, intentando descubrir de dónde provenía el sonido.

–¿Alguien puede decirme qué tecnologías fueron introducidas por la Mesopotamia en la Edad del Bronce? –preguntó la maestra, ignorando el zumbido–. ¿Nadie? –volvió a preguntar.

La mano de Alex se alzó con velocidad.

–¿Sí, señorita Bailey? –dijo la señora Peters con alegría.

–¿Puedo ir al baño? –inquirió Alex.

–Sí, puede ir –repuso la maestra suspirando decepcionada.

Antes de que terminara de darle permiso para retirarse del aula, Alex ya había salido disparada del asiento, tomado su mochila y dejado la clase.

Conner observó cómo se marchaba. Sus ojos se agrandaron, llenos de sospecha.

¿Por qué se había llevado la mochila al baño?

Tenía que saber qué estaba sucediendo. Iba a enfrentar a su hermana en ese mismo momento, en la escuela, donde no tenía lugar para esconderse ni una habitación en donde encerrarse.

–¿Señora Peters? –la llamó Conner.

–¿Sí, señor Bailey? –preguntó ella.

–¿Puedo ver a la enfermera?

–¿Para qué? –inquirió la señora Peters.

No había planeado qué decir más allá de esta instancia.

–Eh... me duele el codo –dijo Conner.

La maestra lo miró sin comprender. Le habría creído más si le hubiera dicho que él era un dinosaurio.

–¿Le duele *el codo*? –preguntó.

–Sí, muchísimo. Me lo golpeé contra el escritorio, y ahora el dolor me está matando –fingió Conner, sujetándose el codo, que estaba en perfecto estado.

La señora Peters entrecerró los ojos y los puso en blanco, dos de sus típicos signos de molestia en una sola expresión.

–De acuerdo –exclamó–. Pero voy a escribirle un pase...

Conner atravesó la puerta antes de que la maestra pudiera terminar la oración.

Mientras tanto, Alex irrumpió en el baño de las niñas. Miró con velocidad debajo de cada cubículo para asegurarse de que se encontraba sola. Abrió la mochila, sacó *La tierra de las historias* y lo puso encima de un lavabo; estaba brillando y zumbando más que nunca.

–¡Apágate, por favor! ¡Apágate! –le dijo al libro–. ¡Estoy en la escuela! ¡No pueden atraparme contigo aquí!

El sonido y el brillo se desvanecieron lentamente, y *La tierra de las historias* volvió a ser solo un libro normal. Alex suspiró aliviada pero

entró en pánico de nuevo cuando alguien ingresó de golpe en el baño. Era su hermano.

–No hay temporada de apareamiento para las abejas, Alex –dijo Conner con la frente tensa y las manos en la cadera–. Lo busqué. Proviene de colonias, como las hormigas, incluso las grandes. No siguen un calendario.

–Conner, ¿qué estás haciendo aquí? ¡No puedes estar en el baño de las niñas! –gritó Alex.

–¡No voy a irme hasta que me digas qué está pasando! –exigió Conner–. Me mentiste durante toda la semana. Sé que algo está pasando; tengo *mellintuición* .

–¿*Mellintuición* ? –preguntó Alex con sarcasmo.

–Yo lo inventé –dijo Conner–. Significa que sé cuándo algo te está molestando, aunque no me digas qué es. Al principio, pensé que solo estabas *teniendo problemas de niñas...*

–¡Ay, Conner, por favor! –lo interrumpió Alex.

–Pero después de escuchar todos esos zumbidos extraños y de tus noches en vela, creí que mamá debía haberte comprado un celular y no quería que yo lo supiese. Pero luego recordé que no tienes amigos, entonces, ¿quién iba a enviarte mensajes y a llamarte?

Alex gruñó. Ahora él estaba siendo acusador y grosero.

–Te conozco lo suficiente como para saber que se necesitaría algo mucho peor que un celular para que actúes de esta manera –dijo Conner–. ¡Estás callada, no sabes responder las preguntas de la señora Peters, y te quedas dormida en clase! ¡Estás actuando como yo ! Así que dime, ¿qué te sucede?

Alex no dijo ni una palabra, solo clavó la vista en el suelo. Estaba tan avergonzada por su comportamiento reciente, pero sabía que nadie le creería si contara por qué había estado actuando así, nadie excepto, tal vez, su hermano.

Conner miró alrededor del baño de niñas.

–Cielos, qué lindo es este lugar. El baño de los niños parece el fondo de un barril de desperdicios tóxicos y peligrosos... Espera, ¿por qué tienes el libro de la abuela contigo?

–¡No sé qué está sucediendo! –gritó Alex rompiendo en llanto; lágrimas incómodas, como las que uno llora cuando está exhausto o

muy estresado, caían por su rostro.

Conner dio un paso hacia atrás por su propia seguridad. Jamás había visto a su hermana tan histérica.

–¡Primero, creí que estaba alucinando! –dijo Alex–. Pensé que tal vez estaba teniendo algún tipo de reacción a algo que nos cocinó la abuela. ¡Esa fue la primera noche que sucedió! Pero después continuó ocurriendo, ¡y ahí descubrí que no era una reacción!

–Alex, ¿de qué estás hablando? –preguntó Conner.

–¡El libro ! ¡La tierra de las historias ! –gritó Alex–. ¡Brilla! ¡Zumba! ¡Cada día se vuelve más fuerte y más brillante! ¡Perdí muchas horas de sueño intentando descubrir cómo y por qué sucede! ¡Rompe todas las leyes de la ciencia!

–Ah... –dijo Conner levantando las cejas–. Alex, creo que tenemos que ir a ver a la enfermera...

–¡Debes pensar que estoy loca! –le dijo Alex–. Cualquiera llegaría a la misma conclusión, a menos que lo vieran con sus propios ojos. ¡Pero te juro que estoy diciendo la verdad!

–No pienso que estés loca –mintió Conner, empezando a creer que su hermana estaba *definitivamente* perdiendo la cordura.

–Sucede una o dos veces por día –dijo Alex–. Tenía miedo de que mamá lo encontrara, entonces lo traje a la escuela; lo último que necesita es preocuparse por un libro poseído dando vueltas por la casa.

Conner no sabía qué decir. Se imaginó brevemente los viajes que en el futuro haría con su madre para visitar a su hermana en el manicomio local y las bromas que haría sobre *lo genial que era la camisa de fuerza* que ella iba a usar.

Era obvio que Alex había perdido la cabeza, pero después de todo lo que pasaron, no podía culparla. Continuaba pensando en su papá y en qué haría él ante esta situación. ¿Qué historia hubiera usado para consolar a Alex?

–Alex –dijo Conner con ojos comprensivos–. Hemos pasado por muchas cosas el año pasado. Es perfectamente normal sentirse abrumado y...

El zumbido comenzó de nuevo. Miraron *La tierra de las historias*, que estaba sobre el lavabo; para alivio de Alex y horror de Conner, estaba brillando.

El chico dio un salto hacia la pared, como si estuviera en presencia de un explosivo.

–¡El libro! ¡*La tierra de las historias* ! –gritó Conner–. ¡*Brilla!*
¡*Zumba!*

–¡Te lo dije! –exclamó Alex.

La boca de Conner estaba tan abierta que la mandíbula casi le tocaba el pecho.

–¿Es radioactivo? –preguntó.

–Lo dudo –respondió su hermana y estiró la mano para tocar el libro.

–¡No lo toques, Alex! –gritó Conner.

–Cálmate –le dijo, tranquilizándolo–. Estuve lidiando con él toda la semana.

Con un solo dedo, abrió el libro, y el baño se iluminó. Todas las ilustraciones y las letras habían desaparecido, y las páginas parecían estar hechas de luz pura.

Alex se inclinó para acercarse un poco.

–Escucha. ¿Oyes eso? –preguntó–. Puedo oír pájaros y hojas. ¡Nunca había oído un sonido así salir del libro!

Conner se alejó de la pared y se inclinó hacia su hermana. El sonido de los pájaros trinando y de los árboles moviéndose con el viento resonó contra los cerámicos de porcelana.

–¿Cómo es posible? –preguntó Conner–. ¿Estás segura de que no tiene baterías o algo así?

–Considerando la evidencia, con todas las leyes de la ciencia y la tecnología en mente, creo que es magia –dijo Alex–. ¡No hay otra explicación posible!

–¿Crees que la abuela sepa sobre esto? –preguntó su hermano–. Tuvo el libro durante años antes de que nos lo diera. ¿Crees que esto ha sucedido antes?

–No creo que la abuela nos lo hubiera dado si supiera lo que es capaz de hacer –argumentó Alex.

–Tienes razón –respondió Conner–. Todavía me corta la comida cuando viene a cenar, para que no me lastime usando cuchillos.

–Aún hay más –continuó su hermana. Tomó su mochila y sacó un lápiz. Con cuidado, lo apoyó sobre el libro abierto. Se hundió rápidamente en la página brillante y desapareció.

–¿A dó... A dón... A dónde se fue? –exclamó Conner con asombro absoluto.

–¡No lo sé! ¡Estuve tirando objetos dentro toda la semana! Lápices, libros, calcetines sucios, y cualquier cosa que sabía que no iba a extrañar. Creo que podría ser algo así como un portal.

–¿Un portal hacia *dónde*? –preguntó Conner.

Alex no tenía una respuesta. Por supuesto, había un lugar al que ella esperaba que el portal la llevase.

Los mellizos se inclinaron un poco más hacia el libro, con la punta de la nariz casi tocándolo. Tuvieron que entrecerrar los ojos porque era muy brillante.

De pronto, un pájaro de color rojo intenso salió volando del interior. Los mellizos gritaron y corrieron por la habitación en pánico. Se chocaron entre sí, contra las paredes y contra los lavabos mientras el pájaro revoloteaba sobre sus cabezas; estaba tan asustado como ellos. Finalmente, Conner abrió la puerta del baño y el ave voló fuera de la habitación, hacia el mundo exterior.

–¡No me dijiste que las cosas también *salían* del libro! –exclamó Conner.

–¡No lo sabía! ¡Esta es la primera vez que ocurre! –le gritó Alex en respuesta.

El libro se apagó con lentitud y volvió a la normalidad. La cabeza de Conner daba vueltas. No podía creer todo lo que acababa de presenciar. Con razón Alex estaba teniendo una semana difícil. Ahora él también sentía que estaba perdiendo la cordura.

–¡Tenemos que deshacernos de este libro! –exclamó su hermano—. Después de la escuela, deberíamos ir en bicicleta hasta el arroyo y arrojarlo dentro para que nadie lo encuentre.

–¡No podemos deshacernos de él! –se opuso Alex—. ¡Es el libro de la abuela! ¡Ha estado en nuestra familia desde siempre!

–¡Hay pájaros que salen de allí, Alex! ¡Estoy seguro de que ella lo va a entender! –replicó Conner—. ¿Y si un león o un tiburón es lo próximo que sale? Sé que te enloquece no saber con certeza sobre las cosas, pero este es un asunto que tienes que dejar ir. ¡Podría ser más peligroso de lo que creemos! ¿Quién sabe qué puede pasar?

Sabía que Conner tenía razón, pero había algo sobre toda la situación que la intrigaba más allá de toda lógica.

–Creo que estás exagerando –dijo Alex–. No quiero deshacerme de él hasta que no sepa algo más –cerró el libro, lo metió en su mochila, y salió del baño.

–¡Alex! ¡No te vayas! ¡Alex! –la llamó Conner.

Los mellizos regresaron a la clase. Todos los alumnos estaban en silencio leyendo sus libros de Historia.

–¡Tenemos que hablar! –le susurró Conner.

–Señor y señorita Bailey, tomen asiento y lean el capítulo sobre Mesopotamia –ordenó la maestra desde su escritorio.

–Sí, señora Peters –dijo Alex, y luego se dio vuelta para mirar a su hermano y susurró–: ¡Hablabamos sobre esto después!

Conner emitió un sonido similar al que haría un oso.

–Señor Bailey, ¿cómo le fue con la enfermera? –le preguntó la señora Peters.

–No hizo falta que fuera; mi codo mejoró antes de que llegara a verla –dijo Conner, sosteniendo el codo opuesto al que había dicho que le dolía.

La señora Peters levantó una ceja tan alto que casi se le salió del rostro.

Los mellizos se sentaron en sus asientos y abrieron los libros de Historia, pero ninguno de los dos pudo leer. Sus pensamientos hacían tanto ruido que no se podían concentrar en nada.

Conner continuaba observando a su hermana, esperando que se diera vuelta para que pudiera hacer algún tipo de gesto y así hacerla entender lo grave que era la situación. Alex podía sentir los ojos de su hermano clavados en la nuca, por lo que continuó mirando al frente, enfocada en ignorarlo.

Y luego, lo peor que podía haber sucedido *sucedió*. *La tierra de las historias* comenzó a zumbir en medio de la clase silenciosa, desde adentro de la mochila de Alex.

Miró a su hermano a los ojos. ¿Qué harían? La señora Peters estaba tan concentrada en su planificación que no había escuchado el zumbido la primera vez. ¿Era posible que lo ignorara de nuevo?

–¿Qué es ese ruido? –preguntó la maestra.

Todos los alumnos miraban alrededor del aula, preguntándose lo mismo. Alex y Conner estaban aterrados; sentían que el estómago les daba un vuelco.

La señora Peters se levantó de su escritorio y comenzó a buscar por el aula el origen del ruido, como un coyote que rastrea a su presa. Caminó ida y vuelta por los pasillos entre los escritorios, acercándose cada vez más a Alex.

–Si alguien sabe qué es ese ruido, más le vale decírmelo antes de que lo descubra yo misma –les advirtió la maestra.

Alex sentía el corazón en la boca. No sabía qué podría suceder si la maestra encontraba el libro. Solo podía imaginar el revuelo que causaría en la escuela ese descubrimiento... Tal vez llamarían al canal local de noticias... Tal vez oficiales del gobierno se lo llevarían para hacerle experimentos... Tal vez su familia sería trasladada porque había tenido mucho contacto con el libro...

La señora Peters llegó al escritorio de Alex.

–Señorita Bailey, ¿hay algo en su mochila? –le preguntó.

El color en el rostro de Alex desapareció. ¡Necesitaba un milagro!

De pronto, un grueso libro de Historia salió disparado desde el fondo del aula y golpeó a la señora Peters en la cabeza, dejándole una marca en su cabello rizado. Toda la clase se dio vuelta para mirar hacia el fondo y vio la mano extendida de Conner.

¡Acababa de lanzarle un libro a la maestra!

El rostro de la señora Peters se tornó de un rojo brillante. Un toro listo para embestir hubiera parecido inofensivo en comparación con la forma en que ella miraba al chico.

–*¡Señor Bailey! ¿Qué rayos le sucede?* –gritó la maestra. Toda la escuela debía haberla oído.

Por un momento, Conner vio cómo su vida pasaba frente a sus ojos. Realmente pensó que estaba a punto de morir. Tenía el rostro tan blanco que era casi transparente.

–¡Lo siento, señora Peters! –gimoteó–. ¡Había una abeja! ¡No era mi intención golpearla a usted! –mintió.

Prácticamente, salía vapor de las orejas y los orificios nasales de la maestra.

–*¡Está castigado, Señor Bailey! ¡Por el resto de esta semana, de la próxima y de la que le sigue a esa!*

Luego, regresó a su escritorio y comenzó de inmediato a completar cada nota de castigo que poseía.

Por suerte, el clima en el aula se había vuelto tan tenso que todos habían olvidado el zumbido y, con más suerte aún, no habían notado cómo se desvanecía. Conner había cumplido con su misión. Sabía que había hecho lo correcto, no como alumno, sino como hermano.

Al poco tiempo, sonó la campana, y todos abandonaron sus lugares y salieron del aula, a excepción de Conner, que se quedó sentado. Alex se le acercó.

–Gracias por lo que hiciste –le dijo.

–Me debes una –respondió Conner.

Ella asintió y abandonó el aula para regresar a casa sola. Conner se mantuvo en su lugar hasta que la señora Peters terminó de completar las notas de castigo.

–Venga, señor Bailey –le dijo.

Conner se acercó como si el escritorio de la maestra estuviera en llamas.

–Jamás toleraré que se lancen objetos en mi clase; ¿me entiende, señor Bailey? –dijo pronunciando con fuerza cada sílaba de cada palabra–. Otro incidente como este, ¡y haré que lo expulsen!

Él tragó con fuerza y asintió. La maestra le dio una gran pila de notas de castigo.

–Su madre tendrá que firmar todas estas –le advirtió la señora Peters.

–De verdad lo siento –dijo Conner, asintiendo de nuevo–. Espero no haberla lastimado.

Era tan sincero que incluso la señora Peters podía percibir su arrepentimiento. Ella sabía que, en el fondo, él siempre había sido un buen niño; un alumno horrible, pero un buen niño de todos modos.

–Está bien, señor Bailey –le dijo–. Creo que he subestimado el impacto que ha tenido su situación familiar en usted y su hermana. Voy a comunicarme con su madre para darle una lista de actividades extracurriculares que creo que deberían hacer, y una lista de libros de superación personal que pueden serles útiles.

Conner asintió con la cabeza.

–Creo que si tuviera un lugar al que pudiera escaparse cada tanto, lo ayudaría a lidiar con lo que sea que le esté pasando –continuó

ella.

Conner seguía asintiendo. Si hubiera un momento en su vida en el que necesitara escaparse de la realidad, sería ahora; y estaba seguro de que su hermana estaría de acuerdo.

Y ahí, de repente, como un rayo, el pensamiento lo golpeó.

¡Dios mío, Alex! , pensó Conner. ¡Va a viajar a través el libro sola! ¡Por eso lo llevaba a todas partes! ¡Por eso se negaba a deshacerse de él!

Conner dejó caer las notas de castigo al suelo y salió disparado hacia la puerta.

–Lo siento, señora Peters, pero ¡no puedo cumplir con el castigo hoy! ¡Surgió algo!

–¡Señor Bailey! ¡Vuelva aquí de inmediato! –le gritó, pero era demasiado tarde. Ya se había ido.

Conner corría por la calle tan rápido como podía. Alex le llevaba una gran ventaja, ¿llegaría a tiempo a casa para detenerla? ¿Y si ya se había marchado antes de que él llegara? ¿Y si no la volvía a ver de nuevo? Los pies comenzaron a dolerle; una punzada horrible se intensificó en un costado, y sintió que el corazón se le iba a salir del pecho, pero continuó corriendo. Solo rogaba que no fuera demasiado tarde...



No habían pasado más de cinco minutos desde que Alex había llegado a casa, cuando *La tierra de las historias* comenzó a zumbar de nuevo. Corrió escaleras arriba hasta su habitación y cerró la puerta detrás de ella con velocidad.

La niña tomó el libro de la mochila y lo colocó en el suelo de la habitación. Abrió la cubierta y el lugar se iluminó con su brillo dorado. Sonrió para sí misma. Siempre había deseado que algo mágico le sucediera, y ahora, por fin, estaba ocurriendo.

Tomó un lápiz de la mochila, lo colocó sobre el libro y observó cómo desaparecía. Recorrió la habitación con la mirada buscando alguna otra cosa innecesaria que pudiera lanzar dentro de él. Se le acabaron los lápices, y los libros que quedaban en los estantes eran unos que ella quería conservar. Observó su mochila. Tenía muchas mochilas.

La colocó sobre el libro y observó cómo, también, se hundía lentamente. ¿A dónde estaban yendo todas esas cosas? ¿El libro las transportaba a otra parte del mundo? ¿Encontraría una pila de sus útiles escolares en la India o en China?

¿O el libro las enviaba a un lugar totalmente diferente? ¿Era posible que estuvieran yendo a otro mundo? ¿Era ese el mundo que Alex, en secreto, deseaba que fuese?

Había una sola manera de averiguarlo.

Era una idea que había logrado reprimir durante toda la semana. ¿Y si ella se metía en el libro? No, no podía hacer algo tan estúpido. ¿Y si nunca podía salir de él?

Pero ¿y si introducía su mano? ¿Qué sucedería? ¿Le causaría dolor? ¿Desaparecería todo su brazo? La curiosidad de Alex superaba su prudencia. Se sentó sobre las rodillas y se inclinó sobre el libro con mucho cuidado.

Comenzó solo con la punta de los dedos. Hasta ahí, todo estaba bien. No había dolor; solo sentía un hormigueo cálido. Se adentró un poco más. Ya había introducido la mano hasta la muñeca, y aún no había sucedido nada que le preocupara. Se adentró un poco más; ahora había metido el brazo, hasta el codo. Si el libro no hubiera estado allí, su mano seguramente habría atravesado el suelo y salido por el techo de la casa de abajo. Se adentró aún más, su hombro estaba casi dentro del libro. Movi6 el brazo para ver si podía tocar algo del otro lado.

De pronto, la puerta de su habitación se abrió, y Conner entró corriendo, transpirado y sin aire.

–¡Alex! ¡No lo hagas!

Se sobresaltó por completo, perdió el equilibrio y se cayó... ¡de cabeza dentro del libro!

–¡AAALLLEEEEXX! –gritó Conner. Luego, saltó hacia ella, intentando tomarla del pie antes de que desapareciera totalmente, pero era demasiado tarde...

Alex había caído dentro de *La tierra de las historias* .



CAPÍTULO CINCO

DE LA BOCA DE UNA RANA

Alex ya no estaba en su habitación. Estaba cayendo en un mundo hecho de luz.

Caía cada vez más profundo y cada vez más rápido. Estaba mareada y asustada. Gritó pidiendo ayuda pero no podía oír su propia voz. ¿Dejaría de caer alguna vez? ¿Iba a morir? ¿Estaba muerta? Se preguntó si volvería a ver a su familia de nuevo.

Podía oír el trino de los pájaros y a los árboles meciéndose con el viento. El ruido parecía acercársele cada vez más y más, pero ella seguía cayendo y cayendo, sin saber hacia dónde se dirigía...

–¡Ay! –exclamó Alex al golpear el suelo.

El impacto fue lo bastante fuerte como para que le doliera, pero no tanto como para causarle heridas graves. Si no hubiera sido por el aterrizaje violento, habría pensado que era obvio que estaba soñando.

Alex se puso de pie con rapidez. Se tomó el pulso para asegurarse de que el corazón todavía estaba latiendo; seguía viva, por lo que tenía entendido. Estaba tan agradecida por haber dejado de caer... pero ¿dónde había aterrizado con exactitud?

Estaba parada en un sendero de tierra, en el medio de un bosque frondoso. Los árboles eran altos y oscuros, con moho de un verde brillante que cubría los troncos. Los rayos del sol brillaban a través de la bruma liviana. Los pájaros graznaban desde lo alto de los árboles y, si escuchaba con atención, podía oír un río pequeño en la distancia.

Alex giró, mirando en todas direcciones. Su respiración aumentó a medida que asimilaba el entorno nuevo. ¿Estaba teniendo una

reacción exagerada o no estaba reaccionando lo suficiente ante lo que acababa de ocurrir? Y ¿qué era lo que *había* ocurrido?

Miró hacia arriba para ver si había un hueco por el que había caído, esperando encontrar algún tipo de ventana hacia su habitación, pero todo lo que vio fueron ramas y el cielo.

–¿Dónde estoy? –se preguntó.

–¡AAAAAAAAAAHHHHHHHHHH!

Como si hubiera salido de la nada, Conner aterrizó con un golpe fuerte en el suelo, junto a su hermana. Estaba pálido y gritaba, y tenía las extremidades estiradas en todas direcciones.

–¿Estoy vivo? ¿Estoy muriendo? ¿Me morí? –preguntó desde el suelo con los ojos cerrados con firmeza.

–¡Estás vivo! –le dijo Alex. Jamás había estado tan contenta de verlo.

–¿Alex, eres tú? –preguntó Conner. Abrió los ojos con lentitud, uno a la vez, y miró a su alrededor–. ¿En dónde estamos? –añadió mientras su hermana lo ayudaba a incorporarse.

–Parece ser algún tipo de... bosque.

Era un bosque diferente a cualquier otro que los mellizos hubieran visto, en la vida real al menos. Los colores eran tan vívidos y el aire tan fresco... Era como si hubieran caído dentro de un cuadro, uno que Alex ya había visto antes.

–Mira –dijo Conner, señalando al suelo–. ¡Todos nuestros lápices!

El sendero estaba repleto de los lápices que Alex había arrojado dentro del libro durante toda la semana. También encontró su mochila y algunos calcetines sucios en medio del desastre. Pero ¿dónde estaban los libros que había arrojado dentro de *La tierra de las historias* ?

–¡Con que aquí es donde caían las cosas! –dijo Alex.

–Pero ¿dónde es *aquí* ? –preguntó Conner–. ¿Qué tan lejos de casa estamos?

Alex no podía responderle. Estaba empezando a preocuparse tanto como él. Se encontraban en una situación que era mucho peor que estar perdidos.

–¡Todo esto es tu culpa, Alex! –dijo él.

–¿Mi culpa? –gritó la chica–. ¡No estaríamos aquí si hubieras golpeado mi puerta en lugar de entrar corriendo como si la casa

estuviese en llamas!

–Sabía que estabas planeando esto –dijo Conner–. ¡Tenía que detenerte!

–No estaba planeando entrar al libro. ¡Solo lo estaba probando! –explicó Alex–. No tendrías que haberme seguido hasta aquí.

–¡Oh, claro! ¿Se supone que tenía que dejarte dentro del libro sola? –exclamó–. ¿Y qué se supone que le diría a mamá cuando llegara a casa? “Hola, mamá, espero que hayas tenido un buen día en el trabajo. Alex se cayó dentro de un libro. Por cierto, ¿qué hay de cenar?”. ¡Pero por favor!

Conner comenzó a saltar tan alto como podía.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Alex.

–Nos caímos. De. Algún. Lugar. Por. Allá. Arriba. Tiene. Que. Haber. Una. Forma. De. Regresar –dijo, pero todos sus saltos fueron en vano. Conner eventualmente se cansó, y se sentó en el suelo contra el tronco de un árbol.

»¿Y si nos transportó a otro país o algo así? –preguntó; su frente se arrugaba cada vez más a medida que pensaba en eso–. ¿Y si nos trajo hasta Canadá o Mongolia o algún otro lugar? ¿Cuánto tiempo tardará mamá o alguien más en encontrarnos?

De pronto, el suelo comenzó a temblar. Un estruendo poderoso había invadido el bosque. Las ramas de los árboles se estremecieron, y las piedras pequeñas que estaban en el suelo comenzaron a saltar mientras algo enorme se acercaba hacia ellos.

–¿Y ahora qué sucede? –gritó Conner.

–¡Escondámonos! –dijo la chica.

Alex tomó su mochila, y ambos corrieron por el sendero, adentrándose un poco en el bosque, y se refugiaron detrás de un árbol particularmente ancho.

No podían creer lo que veían.

Una gran formación de soldados montados a caballos blancos cabalgó por delante de ellos. Sus armaduras estaban limpias y brillantes; llevaban escudos verdes y plateados con una gran manzana pintada sobre ellos, y tenían estandartes con el mismo diseño.

–Alex, ¿viajamos en el tiempo? –preguntó Conner con ansiedad–. ¡Eso que vimos parece algo salido de la época medieval!

Los lápices habían sido destruidos por los cascos de los caballos. Los soldados se movían con tanta rapidez y energía que ninguno notó a los atemorizados mellizos espiando detrás del árbol.

Alex tenía la vista fija en los escudos. Una manzana roja era un símbolo extraño para estar pintado sobre un escudo, pero había algo muy familiar en ella. Aunque no sabía decir concretamente qué era.

El estruendo se desvaneció con lentitud a medida que los soldados desaparecían por el sendero de tierra. Los chicos se quedaron detrás del árbol por unos minutos, asegurándose de que el área estuviera despejada.

—No sé tú, pero yo he tenido demasiadas emociones por un día —le dijo Conner a Alex.

Un cartel clavado en un árbol que estaba cerca le llamó la atención a Alex. Caminó hacia él y lo arrancó para inspeccionarlo mejor: era viejo, tenía las letras borroneadas y, en el centro, tenía el dibujo de una niña pequeña enojada con rizos rubios.

SE BUSCA VIVA O MUERTA A RICITOS DE ORO POR HURTAR, ROBAR Y ESCAPAR DE LA LEY

El rostro de Alex se tornó pálido, y por un momento dejó de respirar; se había dado cuenta de dónde estaban. Con razón los árboles eran tan familiares. Había visto dibujos de ellos miles de veces mientras crecía. El libro los había llevado al lugar donde ella esperaba que lo hiciese.

—¿Es posible esto? —se preguntó. Los engranajes en su cabeza nunca se habían movido tan rápido como en ese momento.

—¿Qué cosa? —le preguntó Conner—. ¿Sabes en dónde estamos?

—Creo que sí —dijo Alex.

—¿Dónde? —indagó su hermano, temiendo la respuesta.

–Conner, estamos *dentro* del libro –explicó, pero él no la entendía–. Creo que de hecho estamos en la Tierra de las Historias.

Le dio el cartel de “Se busca”, y él lo leyó. Sus ojos se abrieron tanto que parecía un lémur.

–¡No, no, no! ¡Esto no puede estar sucediendo! ¡Es una locura! –dijo Conner, negando con la cabeza. Le devolvió el cartel a su hermana como si estuviera infectado de rabia. No podía creer lo que estaba diciendo; no quería creer lo que acababa de escuchar.

»¿Me estás diciendo que estamos en el mundo de los cuentos de hadas?

–¡Reconocería este bosque en cualquier lado! Es idéntico al del libro de la abuela –dijo Alex con una sonrisa espontánea–. ¡Es lógico! ¿Dónde más nos llevaría?

–¡Acabamos de caer a través de un libro! ¡*Nada* es lógico! –exclamó Conner–. Entonces, ¿estamos atrapados aquí o qué? ¿Cómo regresamos a casa?

–No tengo todas las respuestas que quieres, Conner –dijo Alex–. ¡No olvides que a mí también me acaba de suceder lo mismo!

El chico comenzó a caminar de un lado a otro entre los árboles, con las manos en la cadera.

–No puedo creer que evité un castigo y terminé en otra dimensión –dijo.

Alex estaba bastante agradecida de que su hermano la hubiera seguido. Habían vivido juntos durante toda su vida y habían compartido el aula desde que estaban en el kínder. No sabía si hubiera podido estar en una dimensión diferente sin él.

–Espero que estés contenta, Alex –dijo Conner–. ¡Te dije que debíamos tirar el libro en el arroyo!

–Deja de culparme –repuso su hermana–. No importa cómo llegamos, el punto es que estamos aquí ahora. ¡Lo que importa es encontrar a alguien que nos ayude a regresar a casa!

–Disculpen, ¿necesitan ayuda? –dijo una voz educada detrás de los mellizos. Se sobresaltaron al escucharla. Se dieron vuelta para ver de quién se trataba y, una vez que lo vieron, ambos desearon no haberlo hecho.

De pie detrás de ellos, estaba lo que podría describirse mejor como un hombre rana. Era alto, con el rostro ancho y ojos saltones tan

brillantes como su piel verde. Estaba vestido con un traje elegante de tres piezas y llevaba un gran recipiente de vidrio con nenúfares.

–Discúlpenme por haber escuchado su conversación, pero, si necesitan un guía, soy bastante bueno con las direcciones –les dijo con una gran sonrisa.

Alex y Conner estaban tan anonadados que se habían quedado petrificados. Si necesitaban más evidencia de que estaban en el mundo de los cuentos de hadas, esta era su prueba.

–Se ven demasiado jóvenes para estar solos en el bosque –dijo el hombre rana –. ¿Están perdidos?

Conner soltó un alarido agudo que duró más de lo que debía.

–¡Por favor, no nos comas! –dijo, y se recostó en el suelo hecho un ovillo.

–Jovencito, no tengo intención de comérmelos –dijo el hombre rana mirándolo con el ceño fruncido–. ¿Siempre se comporta así? –le preguntó a Alex.

La chica respondió con un alarido muy similar al que había soltado su hermano.

–Lo sé, lo sé. No se preocupen; estoy acostumbrado a que las personas me griten –les dijo el hombre rana–. Sáquenselo de adentro. El impacto solo durará un minuto.

–¡Lo sentimos! –logró decir Alex al fin–. Es solo que de donde venimos no hay muchas... eh... ¿*personas ranas*? ¡Lo lamento si no es el término políticamente correcto para lo que eres!

Conner emitió otro sonido agudo. No era un alarido esta vez, pero de todos modos resultaba vergonzoso.

–¿De dónde vienen? –preguntó el hombre rana observando sus rostros y prestándole especial atención a la ropa que llevaban.

–De un lugar que está bastante lejos de aquí –repuso Alex.

Algunos aullidos penetrantes resonaron en el bosque. Los tres saltaron ante el sonido. El hombre rana miró hacia los árboles, el miedo reflejado en sus ojos grandes y brillantes.

–Está oscureciendo –les dijo –. Será mejor que entremos. Por favor, síganme a casa. Está a solo unos minutos de aquí.

–¡Buen intento! –exclamó Conner.

Los aullidos resonaron de nuevo. Esta vez eran mucho más fuertes. Lobos. Donde sea que estuvieran, se estaban acercando.

–Sé que les puedo causar miedo ahora –le dijo el hombre rana–, pero no soy nada comparado con algunas criaturas que acechan estos bosques durante la noche. Les prometo que no les haré daño.

Había tanta preocupación en su mirada que era difícil no confiar en él. El hombre rana comenzó a caminar a paso ligero, adentrándose un poco más en el bosque.

–Será mejor que vayamos con él –dijo Alex, codeando con suavidad a Conner.

–¿Estás loca? ¡No iré a la casa de la rana gigante! –susurró el chico.

–¿Qué podemos perder? –preguntó Alex.

–¿Además de nuestras vidas? –agregó Conner, pero, a pesar de sus protestas, su hermana lo arrastró y lo empujó en la dirección en la que el hombre rana los guiaba.

Los mellizos caminaron rápido detrás de él por largo tiempo. Zigzaguearon entre los árboles y saltaron piedras y raíces que sobresalían del suelo.

Cuanto más se adentraban en el bosque, más denso era el follaje. Oscureció muy rápido y era casi de noche cuando llegaron a la casa del hombre rana.

Alex y Conner se mantuvieron juntos. Con cada paso se cuestionaban si habían tomado la decisión correcta al seguir a esa criatura extraña.

–Por aquí –les dijo.

El hombre rana movió a un lado algunas enredaderas muertas que crecían sobre una puerta grande de madera, camuflada al costado de una colina pequeña. Abrió la puerta y guio a los hermanos indecisos bajo tierra. Miró hacia el bosque para asegurarse de que no los habían seguido, y luego cerró la puerta detrás de él.

Estaba muy oscuro. Alex y Conner estaban tan juntos que podrían haberlos confundido con hermanos siameses.

–Disculpen el desorden. No esperaba tener compañía –comentó el hombre rana, y encendió una lámpara con un fósforo.

Alex y Conner no sabían qué esperar de la casa del hombre rana, pero lo que estaban viendo definitivamente era una sorpresa.

Se encontraban en una habitación grande con paredes de tierra y un techo bajo del mismo material. Las raíces de un árbol que crecía

sobre ellos colgaban como un candelabro. Un grupo de grandes sillas mullidas y de sillones con varios cojines de los que salía relleno estaban en el centro de la habitación, acomodados frente a una pequeña chimenea. Cerca, tazas de té y cuencos colgaban de anzuelos que estaban sobre una pequeña cocina.

Para satisfacción de Alex, había libros por todas partes. Los estantes llenos delineaban las paredes de tierra; había pilas de libros sobre todas las superficies libres y también sobre el suelo; era como si la habitación estuviese abarrotada de literatura.

–Conner –susurró Alex cerca de él–, ¡mira este lugar! ¡Es como si estuviéramos viviendo un momento parecido al de Lucy y el señor Tumnus!

Conner observó el lugar y vio a qué se refería.

–Si nos ofrece delicias turcas, no me importa lo que digas: ¡nos vamos de aquí! –respondió en un susurro.

–Es un poco sucia pero acogedora –dijo la criatura–. Además, cuesta encontrar un casero que acepte a una rana, así que hice lo mejor que pude con lo que tenía.

Apoyó el recipiente con nenúfares sobre el mantel y encendió el fuego de la chimenea. Luego, llenó una tetera con agua de una jarra, la puso sobre el fuego, y se sentó en una gran silla blanca junto a él. Se cruzó de piernas y acomodó sus manos en el regazo con delicadeza. Sí que era una rana educada.

–Por favor, tomen asiento –les dijo la criatura, señalándoles el sillón que estaba frente a ellos. Los mellizos hicieron, a su pesar, lo que les pidió. El sillón estaba lleno de bultos, así que tenían que cambiar de posición para poder estar cómodos.

–¿Qué eres? –le preguntó Conner a la rana.

–¡Conner, no seas grosero! –dijo su hermana, golpeándolo con el codo.

–Está bien –comentó el hombre rana con una sonrisa complicada–. Entiendo que lleva un tiempo acostumbrarse a mi apariencia. Ni yo me he adaptado a ella todavía.

–¿Quieres decir que no siempre fuiste... eh... un hombre rana? –preguntó Alex, intentando ser lo más educada posible para no ofenderlo.

–Por todos los cielos, ¡claro que no! –respondió–. Una bruja muy agresiva me maldijo hace años.

–¿Por qué? –preguntó la chica. Le fascinó la forma casual en la que se había expresado.

–Para enseñarme una lección, supongo –le explicó el hombre rana–. Era un joven muy arrogante. La bruja cambió mi apariencia para que perdiera todas las cosas que yo daba por sentado.

Su amplia sonrisa se desvaneció suavemente. Era obvio que había sido una experiencia muy larga y dolorosa para él, y que aún tenía una sensación de pérdida y nostalgia por su pasado. Los mellizos jamás habían visto a una rana tan triste.

–Ni siquiera puedo imaginar lo duro que debe haber sido –dijo Alex, llena de compasión.

–¿Podemos llamarte Rani? –le preguntó Conner con una sonrisita.

–¡Conner! –lo reprendió Alex.

–Está bien –el hombre rana asintió, y su sonrisa regresó–. He aprendido que cuanto más aceptan las personas sus desventajas, ¡más favorecedoras se vuelven! Por favor, llámenme Rani. Me gustaría.

Conner se encogió de hombros y sonrió.

–¿Puedo ofrecerles un poco de té de nenúfar? –preguntó Rani.

Ambos asintieron, no querían ser maleducados. Rani sacó la tetera del fuego y saltó, literalmente, hasta la cocina y llenó tres tazas. Abrió el recipiente que estaba sobre el mantel, colocó un nenúfar en cada una y las revolvió.

–¿Alguno de los dos quiere moscas con su té? –preguntó, tomando otro recipiente que estaba sobre el mantel, lleno de moscas muertas.

–No, gracias –dijo Conner–. Estoy intentando dejar de comerlas.

–Como quieras –respondió Rani, y puso algunas moscas en su té. Le dio una taza a cada uno y volvió a sentarse frente a ellos. Los mellizos miraron la infusión por unos segundos, antes de decidir que al menos pretenderían beberlo.

–¿Cómo se llaman? –indagó Rani.

–Yo soy Alex y él es mi hermano, Conner.

Una gran sonrisa feliz se dibujó en el rostro de Rani.

–¿Por casualidad eres Alex Bailey? –preguntó, sonriendo de oreja a oreja, si es que tuviera un par.

–Eh... sí –Alex estaba realmente sorprendida. ¿Cómo sabía su nombre?

–¿Cómo en “Este libro le pertenece a Alex Bailey”? –preguntó Rani. Se inclinó sobre el costado de su silla y tomó una pila de libros, abriendo uno para mostrarle dónde estaba escrita esa frase.

–¡Esos son mis libros! –dijo Alex emocionada al reconocer los que había arrojado dentro de *La tierra de las historias* –. Me preguntaba qué había pasado con ellos.

–Fue tan extraño –explicó Rani–. Me encontraba afuera recolectando moscas; cuando caminaba por el sendero que lleva al pantano, un libro cayó desde el cielo y aterrizó en mi cabeza. Regresé al día siguiente y encontré muchos más en el mismo lugar. ¡Fue la cosa más extraña que me ha sucedido!

–Quieres decir, además de haberte convertido en rana, ¿verdad? –preguntó Conner–. Porque si fuera tú, eso estaría encabezando mi lista... ¡Ay! –Alex golpeó a su hermano con el codo.

Rani ignoró a Conner y continuó con su explicación.

–Como pueden ver en mis estantes, me encanta coleccionar libros, especialmente cuando aparecen por sorpresa –dijo–. ¡Y estos libros eran distintos a todos los que había leído! Describían personas y lugares de los que nunca oí hablar, ¡y yo que pensaba que lo había visto todo! Los autores escribieron sobre sitios tan interesantes... ¿Podrían imaginarse un mundo sin brujas, trolls ni gigantes? ¡Qué imaginación!

Rani se rio al pensar en eso y los mellizos lo acompañaron con la risa más falsa que pudieron emitir.

–Por favor, quédatelos. Tengo duplicados en casa –le dijo Alex.

Rani estaba encantado de escuchar eso.

–Ejem... –Conner se aclaró la garganta–. Hablando de casa, no quiero interrumpir este pequeño club de lectura, pero estamos muy perdidos y quisiéramos saber en dónde nos encontramos.

Los ojos brillantes de Rani se posaron sobre los mellizos, pasando de uno a otro, mientras los observaba en detalle.

–Ay, niños, no estarían aquí si supieran dónde se encuentran –dijo Rani–. Están en El Bosque de los Enanos.

Esperaba que los mellizos reaccionaran con preocupación, pero Alex y Conner solo lo miraron fijo, con muy poca expresión en el rostro.

–¿El Bosque de los Enanos? –preguntó Alex–. ¿Qué es El Bosque de los Enanos?

–¿Nunca han oído hablar de él? –indagó Rani, completamente sorprendido.

Los mellizos negaron con la cabeza.

–Es un lugar muy peligroso –explicó–. Es la única tierra que no tiene un soberano o un gobierno; es un reino donde cada uno es su propio rey. Solía estar poblado por los enanos que trabajaban en las minas, pero ahora está repleto, principalmente, de criminales y fugitivos. Es un lugar al que van las personas cuando no quieren que nadie las encuentre.

El saber que no solo habían viajado a otro mundo, sino que estaban en una parte peligrosa de esa dimensión, no ayudaba al nivel de ansiedad de los mellizos.

–¿Hay otros reinos? –preguntó Alex.

Rani estaba asombrado. Era como si le hubiese preguntado de qué color era el cielo. Sin embargo, parecía estar disfrutando el estado de desconocimiento de los hermanos.

–Por supuesto –dijo–. Están el Reino del Norte, el Reino Durmiente, el Reino Encantador, el Reino del Rincón, el Reino de las Hadas, el Reino de la Capa Roja, el Imperio de los Duendes, el Bosque de los Enanos y el Territorio de los Trolls y los Goblins. ¿Cómo es posible que no sepan esto?

A los mellizos les resultaba difícil digerir esa información. ¿Cuán grande era el mundo de los cuentos de hadas?

Las expresiones confundidas que tenían inspiraron a Rani a saltar desde su asiento a un estante lleno de libros y a regresar con un pergamino grande que estaba enrollado. Se los entregó, y ellos lo desplegaron.

Era un mapa enorme y detallado del nuevo mundo en el que estaban. El mundo de los cuentos de hadas era un continente amplio bordeado por cadenas montañosas y cubierto de bosques con castillos, palacios y aldeas distribuidas por todas partes.

El Reino del Norte era el más grande de todos y ocupaba la mayoría de la parte superior del mapa. El segundo más grande era el Reino Encantador, que se extendía hacia el sur, y el tercero era el Reino Durmiente, que se extendía hacia el este. El Bosque de los Enanos ocupaba la mayor parte del oeste.

El pequeño Reino del Rincón estaba apretado en una esquina al sudoeste del continente, y en la esquina del noroeste estaba el Imperio de los Duendes. Entre el Reino Encantador y el Reino Durmiente se encontraba el Reino de las Hadas, y justo encima de ese estaba el Territorio de los Trolls y los Goblins.

El Reino de las Hadas se veía hermoso, ya que era muy colorido y parecía resplandecer en el mapa. El Territorio de los Trolls y los Goblins se veía aterrador y parecía estar rodeado de grandes rocas y piedras, que evitaban que cualquier cosa entrara o saliera de allí.

En el centro del mapa se encontraba el Reino de la Capa Roja, que estaba inconfundiblemente rodeado por una muralla circular de ladrillo de proporciones enormes.

Alex y Conner no podían creerlo. El mundo sobre el que habían oído al crecer era real. *Todo* era real, y era más grande y mejor de lo que podrían haberse imaginado. Alex no pudo evitar emocionarse. Las lágrimas comenzaron a inundar sus ojos.

–En conjunto, todos los reinos conforman la Asamblea del Felices por Siempre –explicó Rani.

–¿*La Asamblea del Felices por Siempre?* –preguntó Conner con un poco de sarcasmo en la voz.

–Es la organización que surgió para mantener el tratado que todos los soberanos firmaron para que todos los reinos puedan vivir en paz y prosperidad –dijo Rani.

–Suenan como nuestras Naciones Unidas –susurró Alex a Conner.

–Todos los reinos tienen sus propias tradiciones y sus historias famosas –continuó Rani.

–¿Y asumo que hay reinas y reyes? –preguntó Conner.

–Ah, sí –afirmó Rani–. El Reino del Norte está gobernado por la Reina Blancanieves. El Reino del Rincón está al mando de la Reina Rapunzel. El Reino Durmiente, que antes era conocido como el Reino del Este, pero que fue rebautizado después de la espantosa maldición bajo la que cayó, es gobernado por la Reina Bella

Durmiente. Y, desde luego, en el Reino Encantador están al mando el Rey Encantador y su esposa, la Reina Cenicienta.

–Espera, ¿esos son los monarcas actuales? –preguntó Alex, con una chispa de entusiasmo en los ojos–. ¿Quieres decir que Cenicienta, Blancanieves, la Bella Durmiente... todavía están vivas?

–¡Por supuesto que lo están! –exclamó Rani.

–¡Por todos los cielos, eso es maravilloso! –dijo Alex con entusiasmo–. ¿No es fabuloso, Conner?

–Lo que tú digas –murmuró el chico.

–¿Cuántos años crees que tienen? –preguntó Rani–. La Reina Blancanieves y el Rey Encantador solo han estado casados por un par de años. La Reina Cenicienta y el Rey Encantador están esperando su primer hijo, que nacerá pronto. La Reina Bella Durmiente y el Rey Encantador aún están intentando, con tristeza, que su reino regrese a un estado de conciencia después de esa horrible maldición del sueño que sufrió.

–Espera –dijo Conner–. ¿Estás diciendo que todas esas reinas están casadas con el mismo tipo?

–¡Claro que no! –respondió Rani–. Hay tres reyes llamados Encantador. Son hermanos.

–¡Por supuesto! –exclamó Alex–. ¡Todas ellas, Blancanieves, Cenicienta y la Bella Durmiente se casaron con el príncipe Encantador! ¡Hay más de uno! ¿Cómo es que nunca se me ocurrió?

Los ojos de Conner estaban fijos en el mapa. Continuaba buscando algún tipo de camino o puente que pudiera llevarlos a casa, pero no encontró nada.

–¿Por qué hay una pila de rocas alrededor del Territorio de los Trolls y los Goblins? –preguntó Conner.

–Como castigo –dijo Rani–. Los trolls y los goblins son criaturas desagradables que tienen el hábito de secuestrar personas y convertirlas en esclavos. El Consejo de las Hadas los obligó a establecerse en un mismo territorio, y ninguno de ellos tiene permitido salir sin permiso.

–¿El Consejo de las Hadas? –preguntó Alex. Este mundo era demasiado bueno para ser real.

–Sí, es un grupo conformado por las hadas más poderosas de todos los reinos –explicó Rani–. El Hada Madrina de Cenicienta es

una de ellas, otro miembro es Mamá Gansa, y todas las hadas que bendijeron a la Bella Durmiente cuando era un bebé también son parte de él. El Consejo es el soberano del Reino de las Hadas y es el líder de la Asamblea del Felices por Siempre.

–¿El Reino de la Capa Roja también está bajo algún tipo de castigo? –preguntó Conner–. ¿Por qué hay una muralla enorme a su alrededor?

Alex observó el mapa y luego a Rani, igualmente curiosa.

–Eso fue el resultado de la Revolución R.A.C.A.L. –repuso Rani.

–¿Qué fue esa revolución? –preguntó Alex.

–La Revolución Aldeana Contra la Autonomía de los Lobos –explicó–. El Reino de la Capa Roja era un grupo de aldeas del Reino del Norte atacado constantemente por lobos. Le rogaron a la Reina Malvada, la madrastra de Blancanieves (que en ese entonces estaba en el trono), que los ayudara. Pero ella estaba muy ocupada con su vanidad, entonces el grupo se rebeló y creó su propio reino. Construyeron una muralla enorme a su alrededor para que ningún lobo pudiera entrar.

–¿Y ahora Caperucita Roja es la reina? –preguntó Alex.

–Sí, es la única reina electa en la historia –dijo Rani–. Los aldeanos creían que su historia era la que más simbolizaba su lucha, por eso decidieron elegirla como soberana.

–Pero ¿no es solo una niñita? –preguntó Alex.

–No, es una mujer joven ahora. Por lo que escuché, es una mujer muy obsesionada consigo misma. Después de todo, ¡bautizó al reino en base a su propio nombre! Su abuela es la que toma todas las decisiones mientras ella se lleva el crédito –explicó Rani–. Por desgracia, la Revolución R.A.C.A.L. solo logró que se rebelara la Manada del Gran Lobo Feroz.

–¿La Manada del Gran Lobo Feroz? –indagó Conner.

–Sí, son los descendientes del Gran Lobo Feroz original. Viajan por los reinos aterrorizando a los aldeanos y atacando viajeros desprevenidos –dijo Rani.

–¡Qué alegría! –comentó Conner con sarcasmo–. Para qué pregunté.

–Pero, sin contar eso, las cosas son muy pacíficas en todos los reinos –dijo Rani. Su voz se tornó distante y la incertidumbre

apareció en su rostro—. Así era, hasta hace una semana.

Los mellizos se le acercaron, inclinándose hacia el borde de sus asientos.

—¿Qué sucedió hace una semana? —preguntó Alex.

—La Reina Malvada escapó de la prisión del palacio de Blancanieves —les dijo Rani—. Creí que todos los sabían.

—Es información nueva para nosotros —exclamó Conner.

—Eso no puede ser nada bueno —dijo Alex—. ¿Cómo escapó?

—Nadie lo sabe —respondió Rani—. Simplemente se desvaneció junto con su Espejo Mágico; el ejército de la Reina Blancanieves ha estado buscándola en todos los reinos. Pasan por estos bosques al menos dos veces por día. Hasta ahora, no han encontrado nada, ni siquiera una huella que los guíe hacia su escondite.

—¿Crees que la van a encontrar? —preguntó Conner.

—Espero que sí —dijo Rani—. Es una mujer muy peligrosa. Es la única reina de la historia que perdió el trono; no puedo imaginarme qué venganza está tramando. ¿Quién sabe cuál será su próximo plan?

De pronto, Alex se puso muy tensa. Se le acababa de ocurrir que, junto con todos los personajes que había amado durante su infancia, también existían todos los personajes que había odiado y temido. La hacía sentir incómoda y muy insegura.

El fuego en la chimenea comenzó a apagarse, y Rani le agregó leña. Los ojos y la boca de los mellizos estaban completamente abiertos, y sus cabezas daban vueltas con toda esta información nueva.

—¿Qué tan lejos de aquí viven? —preguntó Rani mientras se sentaba en frente de ellos.

Los mellizos intercambiaron miradas, observaron a Rani, y se miraron de nuevo. No sabían qué decirle. ¿Les creería si le decían la verdad?

—Es casi un mundo diferente —dijo Conner. Alex le disparó una mirada asesina y luego soltó una risa nerviosa, intentando restarle importancia a lo que su hermano acababa de decir.

Rani no se estaba riendo. Se enderezó en su asiento con el rostro muy quieto y los ojos llenos de intensidad, como si hubiera encontrado la solución a un misterio.

–Interesante –dijo Rani, paseando la mirada de un mellizo al otro–. Porque, si no estuviera al tanto, solo por su forma de vestir y de hablar, y la forma en que se sorprendieron con hechos básicos de la historia, diría que hay una gran probabilidad de que en verdad sean de un mundo diferente.

No entendían qué estaba intentando decir. ¿Sabía algo que ellos no?

–Solo por curiosidad, ¿has oído hablar alguna vez de otro mundo? –preguntó Alex.

–¿O de cómo volver a él? –añadió Conner.

Rani analizó con detenimiento el rostro de los hermanos por un instante. Se levantó de nuevo y se acercó a un estante con libros, que estaba alejado en un rincón de la habitación. Recorrió la fila de libros, buscando algo de interés especial. Finalmente, lo encontró: un diario encuadernado en cuero con una cinta roja a su alrededor.

–¿Han oído hablar alguna vez del Hechizo de los Deseos? –preguntó Rani.

Alex y Conner negaron con la cabeza mientras Rani hojeaba el diario.

–Asumo que no –dijo él–. Es un hechizo legendario que consta de una lista de ingredientes que, aparentemente, al juntarlos te conceden un deseo. No importa cuán extravagante sea, el Hechizo de los Deseos lo concederá. Muchas personas creen que es solo un mito, y yo también lo creía, hasta que encontré este diario.

–¿Qué tiene que ver el diario con todo esto? –preguntó Conner.

–Lo escribió un hombre del Reino Encantador –explicó Rani–. Logró descubrir cuáles eran los ingredientes y registró el viaje que hizo para encontrarlos. Su único deseo era reunirse con la mujer que amaba, y en el diario dice que ella vivía en “otro mundo”.

Alex y Conner se enderezaron. Estaban sentados en el borde del sillón sin darse cuenta.

–Pensé que estaba loco. No creí que pudiera existir otro mundo, hasta que encontré tus libros, Alex. Y luego, cuando los vi discutiendo en el bosque, sabía que ustedes eran diferentes –continuó explicando–. Sabía que debían venir del lugar sobre el que ese hombre escribió.

Los mellizos estaban felices de que se supiera la verdad. Rani parecía honestamente entusiasmado por todo el asunto.

–¿Lo logró? –preguntó Alex–. ¿Cruzó al otro mundo?

–Debe haberlo hecho –respondió–. El diario termina cuando encontró el último ingrediente –Rani se los entregó y tomó asiento en su silla–. No importa de dónde vienen; si lo que desean es regresar a casa, creo que su mejor opción es hacer lo que dice este diario.

Los mellizos se quedaron en silencio por un momento. Observaron el diario que el hombre rana tenía en sus manos con inmensa esperanza.

–¿Qué ingredientes se necesitan para el hechizo? –preguntó Alex.

–De todo tipo y de todas partes –les dijo–. Pero el diario tiene instrucciones maravillosas sobre dónde y cómo encontrarlos. Es muy peligroso conseguir algunos.

–Por supuesto que lo es –dijo Conner–. Típico.

–Si el hechizo concede cualquier deseo, ¿por qué no buscaste los ingredientes y deseaste volver a ser humano? –le preguntó Alex a Rani.

Rani reflexionó por un minuto. Era una pregunta que se había hecho a sí mismo varias veces, y la respuesta lo avergonzaba.

–Tuve el diario todos estos años por si alguna vez decidía hacerlo –les explicó con dificultad–. Pero buscar todos los ingredientes implicaría que tendría que enfrentar al mundo viéndome así y, para ser honesto, niños, eso es algo para lo que no estoy listo. Creo que es algo que jamás podré hacer.

Hablaba desde una profunda tristeza. Era evidente que todavía no había terminado de aprender la lección de la bruja.

–Se está haciendo tarde –dijo Rani–. ¿Por qué no lo consultan con la almohada y deciden qué hacer por la mañana? Son bienvenidos, pueden quedarse aquí todo el tiempo que quieran.

–Gracias –respondió Alex–. Espero que no seamos una molestia.

–Para nada –Rani les dedicó una sonrisa honesta.

Les dio una gran manta para compartir. Apagó todas las lámparas de un soplo y extinguió el fuego de la chimenea.

Alex y Conner dieron vueltas toda la noche, pensando en el Hechizo de los Deseos, pero no había ninguna decisión que tomar.

Si el diario les ofrecía una oportunidad para regresar a casa, tendrían que hacer lo que sea que les indicara. No tenían otra opción.

Estaban a punto de embarcarse en la búsqueda del tesoro más grandiosa de sus vidas.



CAPÍTULO SEIS

EL BOSQUE DE LOS ENANOS

— **L**es preparé algo de comida, un par de mantas y algunas monedas de oro que he estado ahorrando —les dijo Rani a los mellizos, y le entregó a Conner un bolso de piel de oveja.

—Muchísimas gracias —dijo Alex—. ¡Eres muy amable!

—Ahora, cuando dices *comida*, ¿a qué te refieres exactamente? —preguntó Conner, manteniendo el bolso a una distancia prudente de él.

—Algunos bollos y manzanas —respondió Rani.

Aliviado, Conner dijo:

—Ah, bien.

Rani le dio a Alex el diario y el mapa que habían estado mirando la noche anterior.

—¿Seguro de que están listos para esto? —les preguntó—. Son demasiado jóvenes para embarcarse en semejante búsqueda.

Alex y Conner intercambiaron miradas, pensando lo mismo. Ya era difícil andar por su propio mundo a su edad; ¿serían capaces de viajar por un lugar totalmente distinto sin la ayuda de un adulto? Pero los mellizos encontraron la seguridad que necesitaban en la mirada del otro; sabían que, a pesar de todo, al menos se tenían el uno al otro.

—En realidad, no tenemos otra opción —dijo Alex—. Muchísimas gracias por toda tu ayuda. Seguiríamos perdidos en el bosque si no fuera por ti.

Rani les dedicó una sonrisa amplia y asintió.

–De nada –exclamó–. Yo debería agradecerles a ustedes. No suelo tener oportunidades para sentirme tan útil.

–¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros? –preguntó Alex–. Es genial tener un mapa y todo, pero un guía sería mejor.

Al principio, la sonrisa de Rani se agrandó con emoción, ya que la idea era seductora. Le atraía tanto pensar en viajar por el mundo y dejar el agujero en la tierra que era su casa, que resultaba evidente que podía sentir la tentación que recorría su cuerpo por completo. Sin embargo, sus miedos e inseguridades sobre cómo lo percibiría el mundo exterior y la idea de enfrentar su nueva apariencia borraron el entusiasmo de su cabeza.

–No puedo, niños –dijo Rani con tristeza–. Pero les deseo lo mejor.

Los mellizos estaban decepcionados, pero lo entendían. Era difícil para ellos hasta ir a la escuela con una imperfección pequeña en el rostro; no podían imaginar el estrés que generaría enfrentarse al mundo siendo un anfibio gigante.

–Es muy importante que salgan del Bosque de los Enanos antes del atardecer –explicó Rani–. Sigán el sendero y viajen hacia el sur hasta el Reino del Rincón. La caminata durará unas horas, pero estarán más seguros por ahí. Viajen tan rápido y en silencio como puedan. Prométanmelo.

Los chicos lo prometieron. Alex le dio a Rani un gran abrazo y lo besó en la mejilla. Conner le estrechó la mano y luego se la limpió en el pantalón.

–Espero que volvamos a vernos –le dijo Alex.

–Eso sería grandioso, pero, por su bien, espero que no –respondió Rani, y les guiñó un ojo.

–Bueno, esos ingredientes para el Hechizo de los Deseos no van a aparecer solos –dijo Conner con un aplauso corto–. Vamos.

Los mellizos empujaron la puerta para abrirla y subieron para salir de la casa subterránea. Mientras se dirigían hacia el bosque, Rani los despidió con la mano hasta que lo perdieron de vista.

En poco tiempo, habían regresado al sendero de tierra en el que habían aterrizado el día anterior, y luego se dirigieron hacia el sur, como se les había indicado.

Los ponía muy nerviosos estar solos en el camino ahora que conocían los peligros del bosque. Se arrepintieron de no haberle

insistido más a Rani para que los acompañara. Se sobresaltaban al escuchar el más mínimo sonido producido por los árboles.

Alex y Conner permanecieron callados durante la primera hora de la caminata, por miedo a que sus voces atrajeran la atención indeseable de alguna de las criaturas sobre las que Rani les había advertido.

–Somos valientes –le dijo Alex a su hermano, rompiendo el silencio al fin.

–O muy estúpidos –respondió Conner.

El sendero hacía una curva, adentrándose en el bosque y revelando árboles y arbustos nuevos cada pocos metros. Después de un tiempo, los mellizos podían sentir cómo los nervios y la tensión se calmaban. El paso se volvió más y más lento a medida que caminaban, al sentirse más cómodos con su presencia en el bosque.

Conner soltó un largo suspiro.

–¿Y eso por qué fue? –preguntó Alex.

–Solo estaba pensando –dijo Conner–. Alicia llegó al País de las Maravillas al caer por una madriguera. La casa entera de Dorothy quedó atrapada en un tornado, que la soltó en Oz. Los niños de Narnia viajaron a través de un ropero... y nosotros terminamos en el mundo de los cuentos de hadas *al caer a través de un libro* .

–¿A qué te refieres, Conner? –preguntó Alex.

–Solo digo que nuestro viaje es algo aburrido comparado con los otros –respondió Conner con otro suspiro–. Me pregunto si habrá un grupo de apoyo para personas como nosotros. Ya sabes, para los que viajan por accidente a otra dimensión y esas cosas.

Alex estaba consternada.

–¿No entiendes lo afortunados que somos? –preguntó–. ¡Piensa en todas las cosas que vamos a ver! ¡Piensa en todas las personas que vamos a conocer! ¡Vamos a experimentar cosas que *nadie* más en nuestro mundo ha vivido!

–Voy a sentirme afortunado en cuanto volvamos a casa –dijo Conner, poniendo los ojos en blanco.

Alex introdujo la mano en su mochila y tomó el mapa. Clavó la vista en él, mientras miraba hacia arriba cada tanto para asegurarse que no estaba a punto de golpearse contra un árbol. Cada algunos

segundos se reía por lo bajo o sonreía cuando descubría algo nuevo. Parecía una *turista* .

–¿No deberíamos estar leyendo el diario? –preguntó Conner–. Necesitamos hacer una lista de los ingredientes del Hechizo de los Deseos y descubrir dónde podemos encontrarlos.

–Lo haremos –dijo Alex con tranquilidad–. Hay tiempo de sobra para eso.

Conner empezó a sentirse frustrado. ¿Es que no se daba cuenta de lo grave que era su situación?

–Necesitamos regresar a casa –replicó Conner–. ¿Qué estamos esperando?

–Hay un par de cosas que quiero ver antes de volver –le dijo Alex.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Conner, empezando a enojarse y subiendo el volumen de su voz.

–Estamos en el mundo de los cuentos de hadas, Conner. ¡Tenemos que aprovecharlo al máximo mientras estemos aquí! –exclamó Alex–. ¿Quién más tiene la oportunidad de ver en persona el palacio de Cenicienta, el tallo de los frijoles de Jack o la torre de Rapunzel?

Conner tenía la boca y los ojos muy abiertos. No podía creer lo que su hermana estaba diciendo.

–Estamos atrapados en otro mundo, ¿y tú quieres ir a *pasear* ? –dijo–. ¿Estás escuchando lo que dices? ¿Sabes lo loca que sueñas?

Alex dejó de caminar y se dio vuelta para enfrentar a su hermano. Había seriedad y desesperación en su mirada.

–Conner, el último año de nuestras vidas ha sido horrible. Hemos perdido todo; solo tenemos a mamá y el uno al otro –explicó Alex–. Cada noche, he deseado que un hada madrina apareciera por arte de magia y mejorara las cosas, ¡y ahora estamos en un mundo donde eso es una posibilidad real! No tengo amigos por los que regresar a casa como tú. Los únicos amigos que he conocido viven aquí, ¡y no voy a volver hasta que los conozca personalmente!

Alex continuó caminando por el sendero. Su hermano estaba absolutamente estupefacto.

–¿Por qué estoy siendo el racional? –cuestionó Conner–. ¡Tú eres la que siempre sobreanaliza todo! ¿Cómo es posible que no estés loca de preocupación?

–¿Qué hay para preocuparse? –preguntó Alex con una risa.

–Para empezar, ¿qué hará mamá cuando descubra que ya no estamos? –señaló Conner—. ¡Va a pensar que nos secuestraron o algo así! ¡Y ya tiene suficientes preocupaciones en la cabeza!

Alex sabía que él tenía razón, pero su deseo de conocer el mundo de los cuentos de hadas era tan fuerte que logró ignorar a su hermano.

–Todo lo que necesito es un día o dos –dijo Alex—. Eso nos va a dar tiempo suficiente.

–¿Cómo estás segura de que estos mundos funcionan en la misma línea temporal? –lanzó Conner entrando en pánico—. Piénsalo: las historias de Cenicienta y Caperucita Roja han estado vigentes por cientos de años en nuestro mundo, pero ¡solo parece que pasó una década o menos aquí desde ese entonces! ¡Un par de días en este lugar y mamá podría tener ochenta cuando regresemos a casa!

Conner se masajeó la cabeza; le dolía de tanto pensar. Alex lo estaba escuchando más de lo que quería. Él estaba repitiendo palabra por palabra lo que la voz de la lógica estaba diciéndole.

–¿Y si sucede algo mientras no estamos? –preguntó Conner—. ¿Y si regresamos y los simios o los alienígenas controlan nuestro planeta? Si me pierdo eso, ¡nunca te lo voy a perdonar!

Alex se detuvo y levantó la vista del mapa. Una expresión muy extraña apareció en su rostro.

–No habías pensado en eso, ¿verdad? –le preguntó Conner, pero ella no lo estaba escuchando. Algo totalmente diferente le había llamado la atención.

–¿Hueles eso? –indagó Alex.

–¿Qué cosa? –preguntó Conner—. Todo lo que huelo es árboles y tierra.

Alex dio unos pasos hacia delante.

–No, es otra cosa. Un aroma dulce, como si algo estuviese cocinándose en un horno.

Conner inspiró profundamente. Era cierto, un aroma delicioso inundaba el aire.

–Huele a... ¡galletas de jengibre! –exclamó Alex. Miró a su hermano con los ojos muy abiertos, llenos de entusiasmo.

–Ay, no –dijo Conner.

Antes de que pudiera detenerla, Alex salió corriendo hacia los árboles, alejándose del sendero, en dirección hacia el lugar de donde provenía el aroma.

–¡Alex, espera! –le ordenó Conner–. ¡Regresa! ¡No sabes a dónde te diriges!

Salió disparada como una flecha entre los árboles, esquivando rocas y arbustos a su paso. El aroma se hacía cada vez más fuerte mientras más se alejaba del camino. Conner la seguía de cerca, insistiéndole para que regresara. Finalmente, Alex se detuvo y su hermano chocó contra ella. Había encontrado exactamente lo que esperaba.

Una casita hecha de galletas de jengibre se erguía entre dos grandes árboles. El techo puntiagudo estaba cubierto de glaseado color blanco; había gomitas azucaradas que se amontonaban alrededor de la casa formando arbustos, y bastones de caramelo que delineaban el camino hacia la puerta de entrada a modo de cerca.

–¡Mira, Conner! –exclamó su hermana, recuperando el aliento–. ¡Es una casita de jengibre *de verdad* ! ¡Es lindísima!

–Guau –dijo Conner–. Creo que me va a dar diabetes solo con mirarla.

–¡Entremos! –sugirió Alex, dando un paso hacia la casa.

–¿Te has vuelto loca? –lanzó Conner, tomándola del brazo–. ¿Significan algo para ti las palabras *el incidente caníbal de Hansel y Gretel* ?

–Solo quiero echar un vistazo dentro por un segundo, solo un segundo...

La puerta de la casita se abrió lentamente. Alex y Conner se paralizaron.

Una gran silueta encapuchada salió por la pequeña abertura y levantó la cabeza para mirar directo a los mellizos.

Era, sin dudas, una bruja, y aunque ellos nunca habían visto una en la vida real como para comparar, esta era más grotesca de lo que pudieron haber imaginado. Tenía la piel arrugada y pálida con un tinte amarillento. Sus ojos estaban inyectados en sangre y sobresalían del rostro. Estaba encorvada y tenía una joroba.

–Hola, niños –dijo la bruja. Su voz era aguda y crepitante–. ¿Quisieran acompañarme a comer algo?

A los mellizos les resultaba imposible esconder el miedo que sentían; ambos se quedaron quietos observándola, como si fuera un tiranosaurio rex rabioso que estaba a punto de atacarlos.

–No, gracias –dijo Alex–. Solo estamos de paso. *Tiene una hermosa casa.*

Retrocedieron con lentitud, un paso a la vez.

–¿Les gustaría conocer el interior? –preguntó la bruja.

–¿El interior de quién? –replicó Conner, y Alex lo golpeó con el codo.

–No sean tontos, niñitos, *entren* –dijo la bruja, perdiendo la paciencia. Extendió una mano temblorosa hacia ellos, invitándolos a pasar. Notaron que la mano estaba cubierta de quemaduras, que tal vez eran de la última vez que había recibido visitas.

–Creí que la bruja moría al final de *Hansel y Gretel* –le susurró Alex a Conner.

–Tal vez encontró un extintor cuando ellos se marcharon –respondió Conner en el mismo tono.

Continuaron alejándose de ella con lentitud.

–Muchísimas gracias por su invitación, pero en verdad tenemos que irnos –dijo Alex.

–Tenemos muy poco tiempo –añadió Conner–. Debemos encontrarnos con unos enanos a tomar café en media hora, ¡así que será mejor que apretemos el paso!

Se dirigieron hacia el camino por el que habían llegado rápidamente, pero se detuvieron en contra de su voluntad cuando, de pronto, la bruja apareció frente a ellos con un *¡plop!* Intentaron correr en dirección opuesta, pero la bruja simplemente volvió a aparecer frente a ellos con un *¡snap!* Estaban atrapados.

–No van a ir a ningún lado –dijo la bruja. Parecía volverse más alta, y sus ojos sobresalían cada vez más a medida que se le acababa la paciencia–. Ahora, sean unos buenos niñitos y sígueme *adentro* .

–Alex, esto es como uno de esos videos sobre extraños que vimos cuando empezamos a ir a la escuela –le susurró Conner–. ¿Todavía tienes contigo el silbato antisequestro?

–¡No querrá comernos! –le dijo Alex a la bruja–. Hemos estado caminando un buen rato, así que ¡estamos deshidratados! No somos más que piel y hueso.

La bruja estaba definitivamente creciendo. La joroba se le achicaba a medida que su cuerpo se hacía más alto.

–Tu amigo parece bastante gordo –dijo la bruja, observando a Conner como si fuera una mantis religiosa a punto de atacar–. ¡Tiene tamaño de sobra! –casi se le hacía agua la boca.

–¿Disculpe? –Conner estaba tan ofendido que olvidó el terror que sentía–. ¡Quiero informarle que estoy en pleno desarrollo y siempre subo un poco de peso antes de crecer unos centímetros!

–Conner, por favor, no... –intentó intervenir Alex, pero era demasiado tarde.

–De todos modos, ¿por qué quiere que sus víctimas sean rellenitas? ¿No sería más saludable que fueran musculosas y que estuvieran en buen estado físico? –inquirió el chico, molesto.

La bruja miró a un costado y levantó una ceja. Nunca había considerado ese pensamiento. El momento de reflexión debía haberla distraído del ataque hacia los mellizos, porque comenzó a achicarse hasta alcanzar su forma encorvada normal.

–Si quiere mi opinión –continuó Conner–, ¡debería transformar su casita de jengibre en un gimnasio o en un club deportivo!

Por lo general, a Alex le era difícil creer las locuras que su hermano decía, pero esta se llevaba el premio.

–Pero qué idea tan *deliciosa* –dijo la bruja con una risa socarrona–. Voy a hacer la reconstrucción en cuanto termine con *ustedes* .

La bruja comenzó a crecer de nuevo. Esta vez, su boca se abrió ampliamente y un par de dientes torcidos crecieron desde la abertura. Iba a atacarlos.

–*¡Espere !* –gritó Alex, cubriéndose el rostro con ambas manos–. *¡Está en deuda con él!*

La bruja retomó su tamaño normal.

–¿Yo estoy en deuda con él ? –preguntó.

–¡Sí! ¿No es así como funciona? –dijo Alex–. ¡Él le dio una idea y ahora le debes un *deseo* !

–¿Un deseo? –preguntó la bruja.

–¿Un deseo? –exclamó Conner.

Alex asintió, persuasiva. La bruja gruñó.

–Así es, la Asamblea del Felices por Siempre aprobó una nueva ley hace poco –improvisó Alex–. Cualquier bruja a la que se le otorgue una idea debe devolver el favor concediendo un deseo.

–Eh... sí –dijo Conner, siguiéndole la corriente–. No haga que Mamá Gansa vuele hasta aquí. Traerá a sus gansos para que la castiguen, y algunos ponen huevos de oro, y eso debe doler. Quién sabe qué tan agresivos serán.

–Está bien –accedió la bruja–. Te concederé *un solo* deseo. Pero solo porque no quiero lidiar con esos raros voladores... *otra vez*.

–¿Qué debo pedir? ¿Tal vez regresar a casa? –susurró Conner acercándose a su hermana.

–No, ¡va a intentar tendernos una trampa con cualquier deseo que pidamos! ¡Tiene que ser muy específico! –respondió Alex.

–¡Apresúrate, niño! ¡Tengo hambre! –ordenó la bruja.

–Está bien... –comentó Conner, pensando a toda velocidad. Tenía que ser un buen deseo; tenía que ayudarlos a librarse de la situación en la que se encontraban–. ¡Deseo que seas *vegetariana* ! –le dijo a la bruja.

Alex giró la cabeza para mirarlo con severidad.

–¿Eso pediste?

–Muy bien –respondió la bruja y se achicó. Los mellizos no estaban seguros de si ella sabía lo que era un vegetariano. Alzó las manos hacia el cielo y aplaudió, generando un ruido tan fuerte como un trueno.

Los hermanos se encogieron, pero el deseo parecía haber funcionado. La joroba de la bruja desapareció, el tinte amarillento de su piel se desvaneció y sus ojos inyectados en sangre se calmaron.

–Perdí el apetito –les dijo. Luego, se encogió de hombros, se alejó de Alex y Conner, y entró en su casita de jengibre, cerrando la puerta de un golpe detrás de ella.

Los mellizos respiraron hondo. Nunca antes habían tenido el cuerpo tan tenso.

–¡Eso estuvo cerca! –exclamó Alex.

–¡De nada! –dijo Conner.

–¿Cómo se te ocurrió desear que fuera vegetariana? –le preguntó su hermana.

–Estaba seguro de que era la única forma en que no nos comería – respondió, rascándose la cabeza.

Alex sonrió. No se presentaban demasiadas oportunidades para que estuviera orgullosa de su hermano; entonces, cuando una aparecía, se aseguraba de empaparse en ella tanto como podía.

–Buen trabajo, pero vámonos de aquí por si tu deseo pierde efecto.

Los mellizos caminaron por el bosque con velocidad hasta que regresaron al sendero. Continuaban dirigiéndose hacia el sur, esta vez con paso rápido. Habían tenido su primer enfrentamiento peligroso en la tierra de los cuentos de hadas, y no estaban apurados por tener otro.

Después de que Alex y Conner avanzaran por el sendero durante un rato, Conner dijo:

–¡Alex, tengo que sentarme! ¡Siento que se me van a caer las piernas!

–¡Debemos seguir avanzando, Conner! ¡Ya pasó el mediodía, y Rani dijo que necesitábamos llegar al Reino del Rincón antes del atardecer! –le advirtió Alex.

–Es fácil para él decirlo, ¡tiene ancas de rana! –exclamó Conner, muy agitado–. Tan solo unos minutos y luego seguimos adelante, ¡te lo prometo!

–De acuerdo, pero encontremos un lugar seguro –ordenó su hermana.

Continuaron la caminata un poco más y encontraron un claro agradable que estaba entre algunos árboles. Conner vio un tronco donde sentarse y recuperar el aliento.

Alex observó los árboles del bosque a su alrededor, notando que eran todos de diferentes tonalidades de verde y de diversas formas y tamaños. Todavía estaba asombrada por todo lo que había sucedido.

–Es sorprendente, ¿verdad? –dijo Alex–. Todo esto ha estado al alcance de nuestras manos todo el tiempo, y nunca lo supimos.

Tomó asiento junto a su hermano con una sonrisa de oreja a oreja.

–¿Qué crees que pensarían papá y la abuela sobre todo esto? –le preguntó ella–. ¿Qué piensas que dirían si supieran que todo esto era real?

–Por la forma en la que siempre hablaban de los cuentos de hadas, supongo que lo sabían –exclamó Conner y no pudo evitar sonreír ante esa idea.

–Tengo miles de razones por las que desearía que papá estuviera vivo –dijo Alex–. Pero ahora me gustaría más que nunca tenerlo de vuelta, solo para que podamos mostrarles este mundo a él y a la abuela.

–Primero tenemos que regresar –le recordó Conner–. Y ya que estamos hablando del tema, creo que deberíamos darle una mirada al diario. Cuanto antes lo leamos, más rápido volveremos a casa.

–Lo sé –respondió Alex–. ¡Pero antes deberíamos ver un castillo o un palacio! ¡Papá y la abuela hubieran querido que lo hagamos!

–Por poco nos libramos de convertirnos en el almuerzo de una bruja –gruñó Conner–. No podemos perder más tiempo...

Oyeron el sonido de algunas ramas quebrándose que provenía del otro lado del claro; algo se acercaba. Alex y Conner se escondieron detrás de un árbol caído, fuera de vista.

Una yegua color crema apareció caminando con lentitud. Levantaba los cascos de una forma peculiar, como si la hubieran entrenado para andar de puntillas. Una mujer cabalgaba al animal, y miraba alrededor con precaución a medida que ingresaban en el claro.

Era joven y hermosa. Sus ojos, grandes y azules. Llevaba el cabello semi recogido, que caía formando largos rizos dorados. Vestía un largo abrigo tejido, calzas negras y botas de caña alta.

La mujer y su yegua se acercaron al centro del claro.

–Tranquila, Avena –le dijo al animal, acariciándolo–. Buena chica, despacio.

Desmontó de un salto y se acercó a un árbol. Alex podía ver que había un papel clavado en él, y luego de mirar con más atención, vio que era el cartel de “Se busca” de Ricitos de Oro que había visto el día anterior.

La mujer negó con la cabeza después de leerlo. Lo rompió en dos y lo abolló.

–¿Quién es ella? ¿Qué está haciendo? –preguntó Conner entre susurros.

–¿Crees que soy adivina? –respondió Alex en el mismo tono.

De pronto, la cabeza de la mujer se inclinó en su dirección. Quienquiera que fuese tenía un oído extraordinario. Desenfundó una gran espada que estaba debajo de su abrigo y la alzó alto en el aire.

Su mirada era dura y decidida; obviamente se trataba de alguien con muchos talentos. Dio un paso acercándose al lugar donde Alex y Conner estaban escondidos.

Un aullido lobuno estremecedor llegó desde el bosque. Sonaba tan fuerte que los hermanos se taparon los oídos. La mujer se dio vuelta y apuntó la espada en dirección opuesta a los mellizos.

–¡Avena, prepárate! Estamos a punto de tener compañía –dijo rápidamente.

–¿Quién? –los hermanos hicieron la pregunta al unísono.

Entre los árboles, avanzando en cuatro patas hacia ellos, había media docena de lobos. Sin embargo, estos eran distintos a cualquier otro que los mellizos hubieran visto antes. Eran cuatro veces más grandes que los lobos de su mundo; tenían el pelaje negro azabache y enmarañado; sus ojos eran rojos y sus hocicos, enormes. Estos animales estaban listos para matar en cualquier momento. Sin duda, los mellizos se habían encontrado cara a cara con la Manada del Gran Lobo Feroz.

Alex y Conner se abrazaron, temblando de miedo. La mujer del abrigo granate nunca mostró una señal de pánico; le apuntó con la espada al lobo más grande de todos, que estaba en medio de la manada. Los demás gruñeron y apretaron los dientes en dirección a ella.

–Hola, *Malagarra* –dijo la mujer.

–Hola, *Ricitos de Oro* –gruñó el lobo.

Los mellizos estaban callados, presos del pánico.

–¡Ricitos de Oro! ¡Es ella! –le dijo Alex a Conner moviendo los labios.

–*¡El lobo habla! ¡Habla!* –respondió Conner de la misma manera.

–Me sorprende que todavía no estés encadenada en un calabozo del Reino de la Capa Roja –le dijo Malagarra a Ricitos de Oro.

–A mí me sorprende que todavía no te hayan convertido en una alfombra para una guardería –replicó ella–. ¿Qué te trae a esta parte del bosque? En kilómetros, no hay una aldea inocente que tu manada pueda torturar.

Ricitos de Oro nunca bajó la espada. El resto de los lobos de la manada de Malagarra rodeó a Avena y a la mujer con lentitud.

–Mi manada está hambrienta. Nos detuvimos por un aperitivo diurno –dijo el lobo.

–¿En serio has venido a comerme? –preguntó Ricitos de Oro–. Creí que ya habías aprendido tu lección. Yo también sé morder –sujetó la espada con más fuerza que antes.

Malagarra soltó una risa.

–*¡El lobo se puede reír! ¡Se ríe!* –susurró Conner.

–Eres una porción demasiado pequeña –repuso Malagarra con una malvada sonrisa lobuna–. ¡Tu yegua, en cambio, tiene mucho más que ofrecer!

Alex y Conner jamás habían visto a una yegua tan asustada como Avena. Si su pelaje no hubiera sido tan claro, habrían jurado que se había puesto pálida.

–Si te atreves a rasguñarla, te juro que te usaré de abrigo, ¿me entiendes? –le advirtió Ricitos de Oro.

–¡Todo lo que hacen en este mundo es comerse unos a otros! –susurró Conner, y, apenas lo dijo, deseó no haberlo hecho.

–Malagarra, creo que escuché algo –gruñó un lobo, mirando en dirección a los mellizos.

Alex se cubrió la boca con las manos para no gritar. El lobo comenzó a olfatear el aire con vigor.

–¡Huelo dos niños! Un varón y una mujer.

Ricitos de Oro parecía tan sorprendida como el resto de los lobos ante el descubrimiento. Con que eso era lo que había escuchado antes.

Los mellizos podían escuchar los latidos de sus corazones. ¿Qué iba a suceder ahora? ¿Los delataría Ricitos de Oro para salvar a su yegua? ¿Habían logrado evitar ser devorados por una bruja solo para que se los comiera una manada de lobos gigantes?

–¡Temo que se los perdieron! –comentó Ricitos de Oro–. Los asusté y huyeron, al igual que lo hice con ustedes la última vez que nos cruzamos.

–¡La yegua será! –declaró Malagarra.

Todos los lobos aullaron al unísono; era ensordecedor. Comenzaron a rodear a Ricitos de Oro y a Avena, acercándoseles

cada vez más. Los lobos atacaron con sus enormes fauces, y Ricitos de Oro blandió su espada.

Uno de ellos intentó saltar sobre Avena, pero ella lo alejó de un golpe con sus patas traseras. Otro lobo trató de morder a Ricitos de Oro, pero ella lo atacó con su espada, haciéndolo sangrar, y él se alejó gimoteando.

Ricitos de Oro era la mejor espadachín que los mellizos habían visto. Cada vez que uno de los lobos se les acercaba tanto como para darles un zarpazo, ella se apresuraba para protegerse. Avena tampoco tenía un mal desempeño; no era tímida al momento de patear a cualquier lobo que se acercara demasiado.

Un lobo saltó y clavó sus garras en el lomo de la yegua. Avena resistió moviéndose para que la soltara. Con un golpe rápido, Ricitos de Oro le cortó una pata al lobo, que renqueó hacia el bosque, aullando de dolor.

Dos lobos más se complotaron para atacarla. Uno se le acercó y ella tropezó con el otro que estaba a sus espaldas. La espada voló por el aire y aterrizó cerca del escondite de los mellizos. Ricitos de Oro se encontraba en el suelo, desarmada.

Los lobos estaban encerrándola en un círculo junto a su yegua, listos para matar.

–¡Atrápala! –gritó Conner y lanzó la espada hacia ella. Ricitos de Oro blandió el arma con gran destreza, e hirió a los lobos que se le acercaban con cortes profundos en el hocico.

–¡Retírense! –le ordenó Malagarra a su manada–. ¡Ningún bocadillo justifica tanto trabajo!

Los lobos se dirigieron al bosque en estampida, gruñendo y aullando de ira, para informarle al resto del bosque que estaban en camino.

–¡Hasta la próxima, Ricitos de Oro! –gritó Malagarra mientras desaparecía entre los árboles con el resto de la manada.

Ricitos de Oro se puso de pie y guardó su espada. Le faltaba el aliento y, ahora que el enemigo se había marchado, se mostraba más vulnerable de lo que lo había hecho durante el combate. Acarició la nariz de Avena y le limpió las heridas con la tela de su abrigo.

–Buena chica, Avena –dijo Ricitos de Oro. Se dio vuelta para enfrentar al árbol caído en donde los mellizos estaban escondidos.

»Ya pueden salir –agregó.

Al principio, los mellizos dudaron. Luego, Conner se asomó y exclamó:

–*¡Eso fue genial!*

–¡Conner! –dijo Alex, asomándose a su lado.

–¡Esa sí que fue una pelea! –continuó Conner–. Sabes, ¡al principio pensé que te iban a atrapar! Nunca imaginé que una mujer y su yegua serían capaces de hacerles frente a seis lobos hambrientos, ¡pero ustedes me sorprendieron! ¿Dónde aprendiste a pelear así?

A Ricitos de Oro no le hacía gracia su entusiasmo.

–Cuando has estado escapando por tanto tiempo como yo, aprendes algunos trucos por ahí –se dio vuelta y volvió a montar a su yegua de un salto.

–Entonces, ¿de verdad eres tú? –preguntó Alex–. ¿Eres la verdadera Ricitos de Oro? ¿La mujer que buscan viva o muerta por sus crímenes?

–No creas todo lo que lees –dijo con severidad y luego tomó las riendas de Avena y se alejó cabalgando. Pero solo avanzó un par de metros antes de regresar y hacer que Avena enfrentase a los mellizos.

»Gracias por su ayuda –dijo. Conner asintió–. Tomen esto. Por si lo necesitan –metió la mano en el costado de su bota y sacó una daga plateada. La lanzó al suelo–. Ahora váyanse lo más lejos posible de aquí; esos lobos volverán más pronto de lo que esperan.

Y con esas palabras, Ricitos de Oro y Avena se adentraron galopando en el bosque. Alex y Conner se quedaron quietos, observando cómo se alejaba hasta perderla de vista.

–¡Eso fue increíble! –dijo Conner. Tomó la daga del suelo y la guardó en su bolso–. Si bien estaba aterrado, fue bastante agradable haber visto a otro ser humano para variar.

–Será mejor que salgamos de aquí –comentó Alex–. ¡Y esta vez no nos detendremos hasta que estemos seguros de que hayamos salido del Bosque de los Enanos!

Conner no podía estar más de acuerdo.

Los mellizos continuaron su camino por el sendero de tierra, esta vez, corriendo.

Habían enfrentado más situaciones peligrosas ese día de lo que lo habían hecho en toda su vida. Por desgracia para ellos, esa no sería la última vez que verían a Ricitos de Oro, a la Manada del Gran Lobo Feroz y al Bosque de los Enanos...



CAPÍTULO SIETE

LA TORRE DE RAPUNZEL

Los mellizos habían estado corriendo cerca de una hora sin detenerse, y sus cuerpos comenzaban a sentir el efecto. La adrenalina decrecía con lentitud, y el dolor en el costado aumentaba con cada paso que daban; pero como algo peligroso parecía ocurrir cada vez que dejaban de moverse, tenían la motivación necesaria para seguir avanzando.

–Después de correr tanto, el examen de Educación Física debería ser muy fácil –dijo Conner respirando con dificultad.

–Ya casi llegamos –lanzó Alex de modo poco convincente–. ¡Nos falta poco!

El bosque había cambiado a medida que avanzaban. Los árboles ya no eran tan frondosos, y había más espacio y más césped entre ellos. Los rayos de sol que atravesaban las ramas eran más evidentes, por lo que nada estaba sumido en la oscuridad. El sendero se ensanchaba también, y se hacía más visible.

Los mellizos ya no se sentían tan amenazados por el entorno; parecía que el bosque se tornaba más *amistoso* a medida que se acercaban al Reino del Rincón.

Conner se desplomó en el suelo. Le costaba respirar tanto como a un pez fuera del agua.

–¡No puedo seguir corriendo! ¡No puedo dar un paso más! –dijo con las extremidades estiradas como si estuviera haciendo ángeles de nieve en la tierra.

–No podemos detenernos hasta que no llegemos al Reino del Rincón –le recordó Alex, también respirando con dificultad.

–Creo que ya llegamos –comentó Conner.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó ella.

–Por eso –respondió, señalando hacia arriba.

En la distancia, una torre alta se hacía visible entre las copas de los árboles. Era circular y estaba hecha de ladrillos de piedra. Tenía una sola ventana en la parte más alta, justo debajo del puntiagudo techo de paja. Una parte de la torre estaba cubierta por una enredadera espesa.

Alex soltó un grito ahogado y juntó las manos.

–¡Es la torre de Rapunzel! –exclamó, mientras los ojos se le nublaban un poco al verla.

–¿En serio estás llorando? –preguntó Conner, todavía en el suelo.

–¡Es tal como me la imaginaba! ¡Levántate! ¡Vamos a verla de cerca!

Alex jaló del brazo de su hermano hasta que él se puso de pie, y juntos caminaron entre los árboles hasta que llegaron a la base de la torre.

Era incluso más alta de lo que parecía, tenía alrededor de treinta metros de altura. El cuello de los mellizos comenzó a dolerles después de haber estado mirando la torre por un rato. En frente de la estructura, en el suelo, había una gran placa dorada que decía:

TORRE DE LA REINA RAPUNZEL

–Debe haber sido muy difícil para ella ver personas y lugares que estaban tan lejos y nunca ser capaz de visitarlos –comentó Alex.

–Al menos nunca se tuvo que preocupar por los ladrones –acotó Conner.

–Tengo que subir.

–¿Traes una mochila con propulsores o un gancho para trepar del que yo no sepa? –le preguntó su hermano.

–No, tendré que escalar –respondió Alex, sorprendiéndose a sí misma por la respuesta.

–¡Oficialmente te has vuelto loca! ¡Casi nos matan dos veces, y no hemos estado aquí un día completo todavía! *¡Tenemos que dejar de perder tiempo y encontrar la forma de regresar a casa, Alex!* ¿Qué parte de eso no entiendes?

–Escúchame. Subiré solo por unos minutos y, después, en cuanto baje, leeremos el diario y descubriremos cuáles son los ingredientes del Hechizo de los Deseos. ¿De acuerdo?

–Alex... –comenzó a decir Conner. Su rostro se estaba tornando rojo.

–Por favor –rogó Alex–. ¡Necesito hacerlo, si no me voy a arrepentir toda la vida!

Conner movió la cabeza de lado a lado con la frustración que solo un hermano puede expresar. Quería darle un sermón sobre lo infantil que era su comportamiento, pero la forma en que lo miraba, con los ojos grandes llenos de deseo, se lo impidió. Era tan extraño que Alex *necesitara* algo que pensó que una última parada no causaría daño.

–No te mates –dijo Conner–. Pero mientras estés allí arriba, voy a empezar a leer el diario y a hacer una lista con los ingredientes que necesitamos encontrar para el Hechizo de los Deseos.

Alex asintió feliz y dejó la mochila en el suelo. Estiró sus músculos para prepararlos para la escalada que estaba por comenzar. Conner se sentó en el suelo y comenzó a hojear el diario.

Escalar la torre era más fácil de decir que de hacer. Luego de buscar un hueco donde apoyar el pie en la base para dar el primer paso, comprendió por qué podría ser necesaria una cola de cabello rubio para llegar a la cima. Después de un rato, encontró un ladrillo de piedra que tenía una hendidura lo suficientemente grande como para poner el pie y dar el primer paso.

–Allá voy –lanzó–. ¡Dios, me gustaría tener una cámara!

–Créeme –comentó Conner–. La *verdadera* Alex, la que yo conozco, no querrá evidencia de esto.

Era como trepar el muro de escalada más difícil del mundo. Usaba grietas, huecos y ladrillos que sobresalían lo necesario para apoyar las manos y los pies. Se movía con lentitud y cautela. Si hubiera sido más grande, no habría funcionado.

–¿Todavía estás en la base? –preguntó Conner después de unos minutos, levantando la vista del diario.

–¡Cállate, Conner! –le gritó Alex.

–Solo digo que al paso que vas, mamá va a tener ochenta años cuando regresemos a casa, haya o no una diferencia temporal entre mundos –comentó él.

Después de que había pasado un tiempo y que se había sentido más cómoda con el asunto, Alex avanzaba con más velocidad,

utilizando la enredadera para levantarse a sí misma con cuidado. Mientras más alto trepaba, menos miraba hacia abajo, por miedo a que eso interfiriera con su esfuerzo por alcanzar la cima.

Estaba muy decidida a ver la cima, la habitación donde Rapunzel había vivido, y lo que ella había observado a través de su ventana todos los días. Quería estar en el lugar donde alguien más había estado durante los momentos más solitarios de *sus* vidas.

Siempre le había resultado fácil a Alex identificarse con la historia de Rapunzel. Sentía que ella estaba en su propia torre, observando el mundo desde un lugar inalcanzable.

Ya había escalado casi la mitad de la torre, y estaba sobre las copas de todos los árboles del bosque. Cualquier paso en falso ya no implicaría una herida, sino que significaría la muerte.

–¡Hay una razón por la que la bruja encerró a Rapunzel allí arriba, sabes! –le gritó Conner–. ¡Para que nadie la pudiera rescatar!

–¡No te escucho! –dijo Alex y luego, estúpidamente, miró hacia abajo.

Gotas de sudor aparecieron en su frente. Sentía que se le había salido el corazón. ¿Qué estaba haciendo? No había ninguna posibilidad de que bajara. ¿De verdad estaba arriesgando su vida solo para ver el interior de una torre? Si alguna vez alcanzaba la cima, ¿podría bajar? ¿Tendría que esperar a que su cabello creciera lo suficiente para poder descender antes de volver a ver a alguien?

¿Qué haría Conner si ella quedaba atrapada allí arriba? ¿Intentaría encontrar el equivalente a un cuartel de bomberos en el mundo de los cuentos de hadas con una escalera tan larga como para bajarla? ¿O encontraría los ingredientes para el Hechizo de los Deseos solo y regresaría a casa sin ella?

Mientras más se preocupaba, más escalaba. Sabía que no sería productivo preocuparse y quedarse quieta, por eso solo siguió avanzando.

Sentía como si hubieran pasado horas.

Miró hacia arriba. *¡Estaba a pocos metros de la ventana!* ¡Solo un poco más y la alcanzaría! Finalmente, palpó el alféizar de la ventana y con lentitud se levantó a sí misma...luego pasó a través de la abertura... estaba a punto de lograrlo...

Alex pasó sus piernas hacia el otro lado y entró en la torre.

–Gracias al cielo –se dijo a sí misma. Podría estar atrapada en la torre, pero al menos estaba a salvo.

Alex observó el interior; no era para nada lo que había esperado. Se trataba de una habitación amplia y circular sin muebles ni ninguna clase de decoración. De hecho, estaba completamente vacía, solo había un poco de paja y excremento de pájaros distribuidos por el suelo.

–¡Hola, Alex! –dijo una voz.

Ella saltó y gritó. Se sorprendió por completo al ver a Conner recostado sobre la pared de la torre a pocos pasos de ella.

–¡Tardaste bastante en subir! –comentó él riendo. Estaba comiendo una manzana y tenía el diario abierto en su regazo.

–¿Cómo hiciste para subir hasta aquí? –exigió saber la chica. Todavía le faltaba el aire debido a la escalada.

–Subí por la escalera –respondió Conner con una sonrisa burlona–. Estaba leyendo el diario. Dice que después de que Rapunzel fuera reina, instaló una escalera dentro para poder regresar y visitarla cuando quisiera. La puerta hacia la escalera estaba del otro lado. Es por eso que no la vimos.

–Ah –dijo Alex con vergüenza–. Eso tendría sentido.

–Aparentemente, dado que Rapunzel fue la única pupila que se le conoció a la bruja, cuando murió, ella heredó todas sus tierras. Así se convirtió en reina –le explicó Conner–. Pero habrías sabido eso si hubieras leído el diario. Está repleto de datos curiosos y pistas útiles para entrar en lugares difíciles.

–Supongo –dijo Alex, enderezándose la cinta del cabello. No iba a dejar que eso arruinara la sensación triunfante que había tenido después de escalar la torre. Se dio vuelta para mirar a través de la ventana de Rapunzel.

El lugar estaba rodeado de un mar de árboles. Muy lejos en la distancia, apenas se veían los techos de una pequeña aldea; más allá del pueblo había una larga cadena montañosa que se extendía por el horizonte. *Eso sí era exactamente lo que Alex había esperado.*

–Linda vista, ¿no? –preguntó Conner.

–Sí –respondió ella con un susurro–. Te quita el aliento. Solo desearía poder verlo todo, cada lugar de *La tierra de las historias* .

Pero estuve pensando mucho mientras escalaba hasta aquí, y sé que debemos regresar a casa. Tenemos que concentrarnos en eso.

–Hablando del tema –dijo Conner–, de verdad tienes que leer esto, Alex. Salteé un par de páginas, la mayoría es difícil de leer porque está escrito a mano, pero la situación es mucho más grave de lo que creíamos.

Le dio el diario. Alex se sentó junto a él, lo abrió en la primera página y comenzó a leer.

Queridos amigos:

No sé cómo, por qué ni dónde encontraron este diario, pero dado que apareció en su camino, espero que les resulte útil.

Lo que estoy a punto de decirles va a sonar absurdo, pero les pido que me permitan explicarles. De no haberlo visto con mis propios ojos, yo jamás lo habría creído.

Solo soy un hombre sencillo de una aldea sencilla del Reino Encantador, pero he viajado a otro mundo. Es un lugar con personas y tecnología con la que nuestra tierra solo ha soñado y con lugares que solo podemos imaginar. Sé que suena ridículo, pero les prometo que ese lugar extraordinario está allá afuera. Solo que nosotros no podemos verlo.

Durante mi visita, entre otras experiencias que viví, me enamoré. Experimenté un amor tan profundo que era diferente a todo lo que había conocido.

Nunca creí que este tipo de amor fuera real. Es como si ya no viviera por mí, sino por ella. Por eso debo encontrar una forma de regresar. Debo descubrir la manera de verla de nuevo.

La primera vez que viajé al mundo nuevo fue sencillo. Un hada sabía que el lugar existía y me permitió viajar con ella. Me advirtió que no me encariñara con nada ni con nadie, pero, mientras que mi cerebro era obediente ante su pedido, mi corazón lo traicionó.

Por ese motivo, el hada me ha prohibido viajar con ella. Entonces, esta vez, debo encontrar el camino yo solo.

Por supuesto que no sabía por dónde empezar. ¿Cómo viaja uno a otro mundo? ¿Quién era yo para preguntar? ¿Cómo iba a ser capaz de preguntarle a alguien sin que me creyeran loco? La

sociedad cenicientés es muy prejuiciosa, y seguramente me habrían ridiculizado si se descubría mi misión.

Llegué a la conclusión de que debía preguntarle a alguien que estuviera loco, así nadie le creería si hablaba sobre lo que yo había preguntado. Necesitaba a alguien en quien pudiera confiar, pero en el que el mundo jamás confiara.

Creí que dicha persona no existía, y perdí la esperanza, hasta que me acordé del Comerciante Itinerante. Tenía mala fama porque solía encontrar niños inocentes en el bosque y les intercambiaba objetos de valor por otros que él decía que eran mágicos. Se rumoreaba que le había dado a Jack los frijoles que luego se convirtieron en el tallo por el que trepó.

Seguro que si existía alguien que había oído hablar de otro mundo, sería el Comerciante Itinerante. Siempre estaba en movimiento, porque se habían emitido órdenes de arresto en su contra en todos los reinos. Era casi imposible de localizar pero, de todas maneras, toda mi misión era virtualmente imposible.

Una noche, cuando ya era tarde, fui a una taberna que estaba cerca del río de mi hogar. Allí, me hice amigo de dos granjeros, y les compré ronda tras ronda de bebidas. Después de habernos reído un rato sobre aventuras de la infancia y errores de la adolescencia, les pregunté si habían oído hablar alguna vez del Comerciante Itinerante.

Ambos se quedaron muy callados y estaban casi ofendidos por la pregunta. Les aseguré que no era nada más que pura curiosidad, y que no los estaba acusando de nada. Invité otra ronda de bebidas y cuando terminaron con las suyas, los granjeros confesaron que habían hecho negocios con él unos años atrás.

—Yo intercambié dos cabras por una lata regadera que se suponía que iba a regar mágicamente todos mis cultivos por sí sola —dijo uno de los granjeros—. La maldita cosa nunca funcionó, ¡y tenía una gotera! Fue el peor error que cometí en mi vida.

—¡Yo intercambié dos vacas por una gansa que dijo que ponía huevos de oro! —comentó el otro—. ¡Era un ganso! ¡Me dio un macho!

Intentaron convencerme para que renunciara a mi búsqueda, pero después de una última ronda de bebidas, me contaron las rutas que tomaba sigilosamente por el bosque.

Debo haber buscado en cada arboleda del Reino Encantador. Finalmente, en el bosque que está apenas al sur de la frontera del Reino de la Capa Roja, lo encontré.

El Comerciante Itinerante era un hombre extraño, viejo y despeinado. Vestía varias capas de prendas rotas, y tenía ojeras oscuras bajo los ojos, y uno de ellos se desviaba hacia la izquierda, por lo que era difícil saber qué o a quién estaba mirando.

Viajaba con una carreta grande tirada por una sola mula. La primera vez que lo vi, estaba haciendo un trato con un niño pequeño que sostenía una gallina.

–Usa esta garra de oso y al crecer serás el niño más fuerte de toda la aldea –le dijo al niño y le puso un collar alrededor del cuello que tenía una gran garra de oso, y le quitó la gallina.

El niño sonrió y se marchó corriendo. El Comerciante puso la gallina en la parte de atrás de la carreta. Debía haber hecho otros tratos ese día, porque ya había conseguido dos gansos y un cerdo.

–¿Eres un amigo o un enemigo? –me preguntó el Comerciante.

–Un amigo, creo –dije.

–Ah, bien –respondió con un alegre aplauso–. Entonces, ¿qué puedo hacer por ti, amigo? ¿Te gustaría tener una bolsa de guijarros que se convierten en rocas? ¡Solo te costará un pato! ¿O tal vez quieras intercambiar un cerdo por una hogaza de pan que hará que dejes de tener hambre para siempre?

–No, gracias –dije con cautela–. He venido a pedirte un consejo.

–¿Un consejo? –preguntó el Comerciante. Alzó la ceja que estaba sobre el ojo desviado–. Eso, amigo mío, es algo que nunca antes me han pedido. ¿Qué deseas saber?

–Me preguntaba... –comencé, pero no estaba seguro de cómo expresarme–. ¿Cuál es el lugar más lejano al que has viajado?

El Comerciante Itinerante se rascó la barba y pensó al respecto.

–Bueno, honestamente diría que no hay un lugar en el mundo al que no haya ido –respondió–. He viajado del sureste al noreste y del sudoeste al noroeste. He ido desde un extremo del Reino del Rincón hasta otro extremo del Reino Durmiente y de la cima del Imperio de los Duendes hasta la costa del Reino de las Hadas...

–¿Y has ido más lejos que eso? –lo interrumpí, temiendo que continuara haciendo una lista de cada viaje que había hecho.

–¿Más lejos que eso? –preguntó alzando ambas cejas–. ¿Qué es más lejos que eso? Lo único que hay más allá es el océano, nada más.

–¿Y a un mundo diferente? ¿Has oído hablar sobre uno o sobre cómo viajar a otro mundo? –pregunté al fin.

El tipo me miraba con extrañeza en los ojos, o debería decir en el ojo.

–Joven, he viajado por todas partes, y nunca vi ni un indicio que indicara la existencia de otro mundo –respondió.

En cierta forma, el tema lo disgustó y subió a bordo de su carreta y tomó las riendas de la mula.

–¡Espera! ¡No te vayas, por favor! –le supliqué.

–Ustedes, los jóvenes, siempre se divierten molestando a un anciano. Bueno, no lo voy a permitir –dijo.

Comenzó a marchar por el sendero. Estaba tan desesperado que me puse frente a su mula y casi me atropella.

–¡No quiero lastimarte, anciano! –le aseguré–. ¡No entiendes! ¡Yo he ido a otro mundo, he viajado a otro tiempo y a otro lugar, y he visto cosas extraordinarias! ¡Necesito regresar! Es lo que más deseo en la vida.

Mis brazos estaban extendidos y caí de rodillas. Me sentía un imbécil confesándole una necesidad ridícula a un hombre ridículo.

El Comerciante se sentó, quieto, con su ojo sano fijo en mí.

–¿De verdad es lo que tu corazón más desea? –me preguntó.

–¡Sí! –rogué–. Nunca he querido tanto otra cosa en mi vida.

–Si lo que quieres es un deseo, solo hay una cosa que necesitas –dijo.

–¿Qué cosa? –pregunté.

–El Hechizo de los Deseos –respondió.

Al principio, pensé que estaba bromeando.

–¿El Hechizo de los Deseos? –exclamé–. ¿Te refieres a la leyenda infantil?

–Es tan real como la nariz de mi rostro –dijo el Comerciante–. Muchos se han pasado la vida intentando conseguirlo. Cuenta la leyenda que si recolectas una serie de objetos y los pones a todos muy cerca entre sí, el deseo del que llevó a cabo la búsqueda será cumplido.

No sabía si creerle o no. Tal vez él me estaba molestando a mí ahora. Mi cerebro estaba escéptico, pero mi corazón decidió averiguar más.

–¿Y cómo consigo esos objetos? –pregunté.

–No tengo la menor idea.

Ahora sí me había hecho sentir frustrado. ¡Toda esa explicación para nada! Le di la espalda y comencé a caminar hacia casa.

–¡Pero conozco a alguien que sí! –gritó el Comerciante detrás de mí.

–¿Quién? –pregunté.

–Nunca hago un trato gratis –me dijo, y extendió una palma abierta hacia mí.

Puse algunas monedas de oro en su palma. Continuó extendiendo la mano, y coloqué un par más hasta que estuvo satisfecho.

–Su nombre es Hagatha –comentó.

–¿Dónde puedo encontrarla?

–Toma este sendero hasta el Bosque de los Enanos, después busca las tres rocas, y luego sigue el humo –explicó el Comerciante sin agregar más direcciones. Tomó las riendas de su mula y se alejó de mí.

De haber estado pensando con claridad, lo habría perseguido y le habría pedido más instrucciones, pero, en cambio, comencé a correr hacia el Bosque de los Enanos.

Nunca antes había estado dentro de ese bosque. Desde pequeño, me habían advertido lo peligroso que era y una vez que llegué allí, entendí por qué me lo habían dicho. Los árboles eran

tan frondosos que alguien podía estar parado a un metro de distancia de ti y nunca sabrías que estaba ahí.

Me tomó dos días encontrar las tres rocas que había mencionado el Comerciante.

Había tres rocas enormes que salían del suelo en forma recta y que estaban inclinadas en una posición peculiar. Creí que tal vez estarían apuntando hacia algo, entonces bajé la cabeza para mirar en la dirección que marcaban. Señalaban directamente al espacio entre dos árboles que estaban separados lo suficiente para poder ver una porción de cielo, ¡y en esa porción podía ver humo!

Corrí hacia el lugar donde se originaba el humo. De donde sea que provenía, estaba completamente alejado del sendero, y casi me lastimo mientras esquivaba arbustos y raíces en mi camino.

Ocasionalmente, podía ver el cielo entre las ramas y me daba cuenta de que me había desviado del sendero correcto. Debo haber viajado en círculos por horas. Cada vez que creía que estaba a punto de encontrar el lugar de donde provenía el humo, el viento lo hacía cambiar de dirección

Estaba perdido. Cada curva que tomaba parecía ser la misma. Sentía como si el bosque me hubiera tragado.

El sol se estaba poniendo, y el humo se volvía más difícil de ver. Comencé a entrar en pánico; no había ningún refugio a la vista. Pensé que, seguramente, una bestia traicionera me encontraría durante la noche y se haría un festín conmigo.

Comencé a correr de nuevo. A estas alturas, apenas veía hacia dónde me dirigía. Podía oír aullidos en la distancia. Me tropecé y caí a través de un gran arbusto de espinas.

Aterricé con violencia sobre el césped que estaba del otro lado del arbusto. Tenía raspones y arañazos, y estaba sangrando.

Me levanté y miré a mi alrededor: me encontraba en un claro enorme y circular, rodeado por una gran pared de arbusto de espinas. En el centro había una pequeña cabaña de techo de paja con una chimenea de ladrillo. Y de allí, salía el humo que había estado siguiendo.

¡Con razón había sido tan difícil encontrarlo! Debo haber estado dando vueltas en círculos, sin saber que estaba escondido detrás del arbusto de espinas.

Me acerqué a la cabaña con lentitud. Tenía una puerta y dos ventanas, nada más. Quise tocar la puerta, pero se abrió antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo.

–¿Quién eres? –inquirió la mujer que salió de la cabaña.

Desde el primer segundo que la vi, supe que se trataba de Hagatha. Parecía la cepa de un árbol humano. Era baja y vestía una capa color café con capucha. Arrugas profundas marcaban su rostro, y uno de sus ojos era bizco. Su nariz era una de las más pequeñas que había visto y estaba acompañada de una verruga gigante.

–¿Tú eres Hagatha? –le pregunté.

–¿Cómo me encontraste? –lanzó de mala manera.

–Me caí a través del arbusto de espinas.

–Pero ¿cómo sabías que yo estaba aquí? –preguntó. Su ojo bizco se desvió aún más.

–El Comerciante Itinerante –respondí–. Dijo que conocías el Hechizo de los Deseos.

Hagatha gruñó y suspiró al mismo tiempo. Sus labios se fruncieron y me miró de arriba abajo.

De mala gana, me hizo un gesto para que la siguiera adentro.

–¡Entra, entra! –dijo.

El interior de la cabaña era un completo desastre. Había recipientes con líquidos extraños por todas partes; algunos burbujeaban, otros resplandecían mientras que otros soltaban vapor. También vi montones de recipientes de vidrio que contenían las cosas más extrañas: reptiles vivos y muertos, insectos de todas las especies, y hasta un frasco con varios ojos. Aunque habían sido removidos de las cuencas de sus dueños, juro que uno me hizo un guiño.

Estaba sorprendido de ver la cantidad de animales que también había dentro: desde gansos y gallinas hasta ruseñores y monos, todos en jaulas. Estaban inquietos, prisioneros sin lugar a dudas.

–Siéntate –ordenó Hagatha. Señaló una silla que estaba al final de una mesa tan larga que casi ocupaba toda la cabaña.

–Veo que eres lo que se dice una coleccionista –comenté.

No le agradó el comentario. Me ignoró y reunió un par de objetos de la habitación, un cuenco por aquí, un frasco por allá.

–El arbusto de espinas que rodea tu casa es una idea inteligente. Debe mantener alejados a la mayoría de los visitantes indeseables.

–A la mayoría –dijo, mirándome–. Ese espino es del Reino Durmiente. Lo planté aquí y creció alrededor de mi casa en un círculo perfecto, al igual que lo hizo alrededor del castillo mientras la reina durmió profundamente por cien años. Tú eres el primero que logra atravesarlo.

–Le pido disculpas...

–Esto te costará quince monedas de oro –dijo Hagatha y se sentó frente a mí.

–¿Qué cosa? –pregunté.

–Quieres saber cuáles son los ingredientes del Hechizo de los Deseos, ¿verdad? –indagó–. Por eso estás aquí, ¿o no?

Metí la mano en el bolsillo y puse todas las monedas que me quedaban sobre la mesa. Por desgracia, el trato que hice con el Comerciante me había dejado poco dinero.

–Solo me quedan catorce monedas –le dije.

Hagatha no parecía estar contenta.

–Estúpidos jóvenes y sus deseos. Está bien –dijo, y tomó todas las monedas.

Colocó el cuenco frente a ella y vació el contenido de dos recipientes dentro de él: un líquido rojo y otro azul.

–El ojo de un águila, las alas de un hada y el corazón de un tritón –dijo Hagatha, y añadió esos elementos al cuenco–. Más tres gotas de sangre de gigante, el dedo gordo de un ogro y un tallo de paja de oro. Eso completa la poción.

Con todos los ingredientes añadidos, el líquido en el cuenco comenzó a echar humo y a brillar. Hagatha se inclinó sobre él y respiró el vapor. Cerró los ojos y se perdió por un momento en un pensamiento profundo.

–¿Esta poción te dice cuáles son los ingredientes del Hechizo de los Deseos? –le pregunté.

–No, pero me ayuda a recordar –respondió–. No eres el primero ni serás el último que pida la lista. Considérate advertido: muchas personas han perdido la vida intentando conseguir los objetos. Son imposibles de encontrar.

–Prefiero morir intentándolo que vivir el resto de mi vida preguntándome si habría podido hacerlo –dije.

–Entonces, escucha con atención lo que voy a decir, porque solo lo haré una vez –ordenó Hagatha.

Me acerqué a ella todo lo que pude. La ansiedad hacía que cada segundo pareciera una hora. Esto era por lo que había viajado tanto...

–Son ocho –respiró profundamente y enumeró los objetos.

» Cristal que tan solo una planta protegió hasta que la medianoche llegó.

Un sable de lo más profundo del mar, para la vida de un novio terminar.

Madera de la canasta que con miedo se sostuvo al escaparse del ladrido peludo.

Una corona de piedra compartida, que está en lo profundo de una tenebrosa guarida.

Una aguja que hirió la suave piel de una doncella, por dentro y por fuera igual de bella.

Un hilo de la sinuosa cuerda dorada que condujo a la libertad soñada.

Joyas brillantes cuyo valor aumentó al proteger a alguien que muerto se creyó.

Lágrimas de una joven hada que no se siente feliz ni encantada.

Repetí la lista para el Hechizo de los Deseos durante todo el camino a casa, y la escribí, junto con mi travesía en este diario. No sé cómo reuniré estos objetos, pero mi objetivo es encontrarlos y luego documentar cómo lo hice, por si alguna vez necesito hacerlo de nuevo.

Si estás leyendo esto, espero que signifique que tuve éxito, y si estás leyendo estas palabras y estás por comenzar tu propio

viaje, te deseo suerte.

–Guau –dijo Alex, levantando la vista del diario.

–Puedes repetir eso –exclamó Conner–. Lo leíste mucho más rápido que yo.

–¿Leíste más? –preguntó Alex–. ¿Encontró todos los objetos? ¿Logró regresar?

–No lo sé. Le faltan muchas páginas –repuso Conner.

Alex observó la lista de objetos necesarios para el Hechizo de los Deseos. No esperaba que estuvieran ocultos dentro de acertijos.

–La mayoría son fáciles de resolver –comentó ella–. Por ejemplo, es obvio que *una aguja que hirió la suave piel de una doncella, por dentro y por fuera igual de bella* se refiere al huso de la rueca de la Bella Durmiente.

» *Un hilo de la sinuosa cuerda dorada que condujo a la libertad soñada* . ¡Es obvio que se trata de un mechón del cabello de Rapunzel!

Conner observó el área donde estaba sentado. Tomó un largo mechón de cabello rubio que estaba atascado entre dos tablas del suelo.

–¡Encontré uno! –exclamó–. ¡Una de las primeras cosas que noté cuando llegué aquí arriba fue la cantidad de cabello que se le caía a Rapunzel! ¡Ahora estamos un octavo más cerca de casa!

Alex envolvió con cuidado el mechón rubio con un pañuelo descartable que sacó de su mochila.

–¿Qué se supone que significa *crystal que tan solo una planta protegió hasta que la medianoche llegó* ? –preguntó ella–. ¿Quién tenía una planta cubierta con un cristal?

–¡Ya sé! –dijo Conner–. ¡El zapato de cristal de Cenicienta! ¡Cubría la planta de su pie!

–¡Por supuesto! –exclamó Alex–. Esta lista se la dictaron. ¡Tal vez, Hagatha quiso decir *planta* en referencia al pie, no *planta* como un vegetal! ¡Conner, eres un genio!

–¿Es lo mismo decir “planta” que “vegetal”? –preguntó Conner, pero Alex continuó.

–Me pregunto a qué se refiere *madera de la canasta que con miedo se sostuvo al escaparse del ladrido peludo* –comentó Alex,

pensando concentrada—. Canasta, canasta, canasta... peludo, peludo, peludo... ¡*Caperucita Roja* ! Su canasta debe haber estado hecha de madera! ¡Y el ladrido peludo se refiere al Gran Lobo Feroz!

—De acuerdo —dijo Conner—. Eso tiene sentido.

Alex se puso de pie y comenzó a caminar por la torre.

—*Joyas brillantes cuyo valor aumentó al proteger a alguien que muerto se creyó* . Esa es difícil —dijo ella—. ¿A quién se dio por muerto ?

—¿No pensaron que Blancanieves había muerto después de morder la manzana envenenada? —preguntó Conner.

—¡Así es! ¡Tienes razón! —dijo Alex dando saltos—. ¡Tenía un ataúd de cristal con joyas de las minas de los enanos! ¡Debe referirse a eso!

—¡Estoy tan contento de que papá y la abuela nos hayan leído tantos cuentos mientras crecíamos! —exclamó Conner—. ¿Quién hubiera dicho que serían tan útiles?

—*Lágrimas de una joven hada que no se siente ni feliz ni encantada* . Creo que solo tendremos que encontrar un hada que recién haya dejado a su novio o algo así —supuso Alex.

—¿No crees que podríamos solo golpearla y hacerla llorar? —preguntó Conner—. Eso sería más fácil a mi entender.

Alex lo ignoró y hojeó el diario de nuevo, con avidez.

—¿Zapato de cristal? ¡Listo! ¿Huso? ¡Listo! ¿Ataúd? ¡Listo! —dijo Alex—. Según las anotaciones en los márgenes, el autor del diario parece estar de acuerdo con nuestras suposiciones. Aunque, aún no sé cuáles son algunos de estos objetos, como *un sable de lo profundo del mar, para la vida de un novio terminar o una corona de piedra compartida, que está en lo profundo de una tenebrosa guarida* .

—Como dije antes, le faltan muchas páginas —añadió Conner.

Eso desanimó a Alex. Los objetos que conocían parecían virtualmente imposibles de conseguir, y ni hablar de los que no conocían. Se acercó a la ventana y observó hacia afuera. El sol estaba a punto de ocultarse y, una por una, las chimeneas de una aldea cercana se encendieron, enviando estelas de humo al cielo nocturno.

–¿Qué pasaría si nos equivocamos al adivinar estos acertijos? – preguntó Alex–. ¿Y si nos equivocamos de objeto? ¿Y si el autor adivinó mal? ¿Y si nunca logró regresar? ¿Y si murió en el intento?

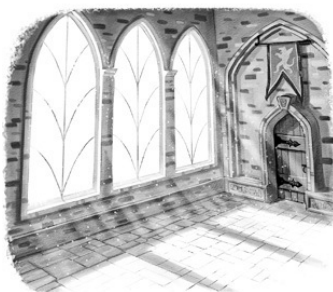
–Solo tenemos que hacer lo mejor que podamos –dijo Conner, uniéndose a su hermana en la ventana–. Una niña molesta me dijo una vez que el optimismo siempre vale la pena y, en general, suele tener razón.

Alex le dedicó una sonrisa cálida a su hermano.

–De acuerdo –dijo ella–. Por ahora, tenemos el mechón de cabello de Rapunzel. Todavía necesitamos conseguir el zapato de cristal de Cenicienta, el huso de la Bella Durmiente, las joyas del ataúd de Blancanieves, madera de la canasta de Caperucita Roja, las lágrimas de un hada y dos objetos más que no tenemos idea de qué son.

Conner tragó con dificultad al escuchar la lista. Ambos miraron más allá del horizonte y al mar de árboles que rodeaba la torre. En algún lugar allí afuera, todos esos objetos estaban esperando ser encontrados.

–Parece que vamos a conocer más lugares de la Tierra de las Historias de lo que creíamos –dijo Conner.



CAPÍTULO OCHO

UN LUGAR OCULTO

El extremo norte del Reino Durmiente era un lugar feo y vacío, conocido por sus árboles desnudos, sus caminos desparejos y sus acantilados altos y peligrosos. Piedras pequeñas estaban distribuidas por la tierra, lo que hacía que fuera casi imposible viajar en carruaje. A pesar de que cada tanto llovía, nada crecía en ese lugar, lo que provocaba que resultara imposible vivir allí para cualquier animal.

En medio de este lugar desolado y seco, había un pequeño castillo rodeado de un foso profundo y vacío. El castillo era antiguo y estaba hecho de ladrillos oscuros, con puertas de madera, deteriorado por el paso de los años. Nadie sabía quién lo había construido o por qué lo habían hecho y, desde luego, muy pocas personas sabían de su existencia.

El interior de la fortaleza estaba cubierto por una capa gruesa de polvo. Telarañas casi tan viejas como el castillo ocupaban los alféizares de las ventanas, aunque no había ninguna araña a la vista. Todas las habitaciones y los pasillos estaban vacíos, con excepción de la presencia ocasional de alguna silla o una mesa deteriorada ubicada en una esquina.

Un gran vestíbulo completaba el ala Este del lugar. Ventanales que llegaban hasta el techo bordeaban el recinto, dejando entrar mucha luz, pero eran tan viejos que el vidrio distorsionaba el mundo exterior.

El castillo no podía ser menos agradable para vivir. Pero, para una mujer, era el lugar perfecto para esconderse.

De alguna forma, la Reina Malvada había escapado del calabozo del castillo de Blancanieves. Se las ingenió para llevarse su Espejo Mágico y viajar a un lugar donde sabía que nunca la iban a encontrar. El castillo era el santuario perfecto donde podría terminar el trabajo que había comenzado hacía mucho tiempo.

El castillo no era un lugar desconocido para la Reina Malvada. Durante el último siglo, muchas personas habían ido allí, pero solo ella y otras pocas tuvieron la suficiente suerte de abandonarlo, incluyendo a alguien que la antigua reina no había visto en mucho tiempo.

Cuando estuvo libre, mandó a llamar a este viejo amigo, pidiéndole que viniera a ayudarla. Y así esperó a que llegara, sabiendo que lo haría cualquiera de esos días, dado que le debía la vida.

La Reina Malvada estaba de pie frente al Espejo Mágico, con las palmas abiertas y los ojos cerrados. Teniendo en cuenta que era la mujer más buscada con vida, estaba bastante tranquila. A su derecha, apoyado sobre una silla baja, estaba el corazón de piedra que siempre llevaba consigo.

Aunque era uno de los objetos más famosos en todos los reinos, muy pocas personas habían visto el Espejo Mágico de la Reina. Muchos creían que estaba hecho de materiales glamorosos, como oro, diamantes y cristal tan puro que uno juraría que podía caminar a través de él.

En realidad, el espejo era alto y ancho y tenía un marco negro que terminaba en punta en la parte de arriba. Enredaderas entrecruzadas hechas de hierro fundido bordeaban el marco. El reflejo estaba nublado, como si fuese una puerta de vidrio que llevaba a un lugar muy frío y lleno de niebla. Aunque había poca humedad en el aire, pequeñas gotas caían por el vidrio.

La Reina Malvada abrió los ojos y miró penetrantemente el espejo.

–Espejito, espejito, ¿falta demasiado para que el Cazador responda mi llamado? –preguntó.

La silueta fantasmagórica de un hombre apareció en el reflejo. Habló con lentitud y suavidad, con voz ronca y baja.

Mientras mi reina espera a un viejo amigo, una vez cercano, el Cazador se acerca a paso apresurado.

El hombre que aparecía en el espejo se desvaneció con lentitud. Pocos minutos después, se oyeron tres golpes desde el otro lado de las puertas del gran vestíbulo.

–Puedes pasar –dijo la Reina Malvada.

Las puertas se abrieron con un fuerte crujido, y un hombre ingresó en el vestíbulo. Era alto, de espalda amplia y le quedaban pocos años para convertirse en un anciano. Vestía una variedad de pieles de animales y le renqueaba la pierna derecha. Su barba era de color castaño claro canoso. Llevaba una ballesta en la espalda y un enorme cuchillo de caza colgado de la cintura.

–Mi Cazador ha regresado –comentó la Reina Malvada.

El Cazador atravesó el vestíbulo y se acercó al lugar donde ella estaba de pie.

–Ha pasado mucho tiempo desde que vi tu rostro por última vez –agregó la mujer–, y aún me resulta difícil soportar mirarte a los ojos.

El Cazador cayó de rodillas y lloró a los pies de la Reina.

–Su Majestad –sollozó–. ¡Por favor, perdóneme! Nunca he podido perdonarme a mí mismo después de haberle fallado.

La Reina Malvada bajó la mirada y lo observó con frialdad. No le quedaba nada de compasión en su interior para compartir con nadie.

–Después de todo lo que ha hecho por mí y después de la piedad que me tuvo, no pude matar a la princesa en el bosque –le dijo–. Y mire todo el dolor que eso le ha causado. De haber hecho lo que me pidió, todavía estaría en el trono.

La Reina permitió que continuara su llanto patético por unos momentos más. No mostró signos de perdón. Él merecía sentirse de esa manera.

Dio un paso lejos del Cazador y miró por una ventana a la tierra inerte que los rodeaba.

–Los dos fuimos prisioneros en este castillo una vez –dijo la Reina Malvada–. Nunca imaginé que un día sería mi único refugio.

–Usted me salvó –exclamó el Cazador–. De seguro hubiera muerto aquí si no hubiera sido por usted. Por eso juré que haría cualquier cosa para ayudarla en su misión. Pero le fallé...

–Y después de todo este tiempo, todavía sigo en esa misma misión que comencé. Por eso, no llores, viejo amigo. Te he llamado para

darte una oportunidad para que finalmente te redimas.

Caminó hacia él de nuevo y apoyó con gentileza una mano en su mejilla. El Cazador dejó de llorar y miró hacia arriba, para ver a la Reina, con ojos grandes y tristes.

–¿Redimirme? –preguntó–. ¿Quiere decir, Su Majestad, que todavía está dándome una oportunidad para servirle después de lo que he hecho? –las lágrimas del Cazador cuadruplicaron su tamaño, y él continuó llorando–. ¡Maldito sea este mundo por acusarla de ser menos de la santa que es! ¡Mataría a cada persona que manchó su nombre si pudiera!

–No será necesario –repuso la Reina Malvada–. Tengo otra tarea para ti. Requiere de muchos viajes y, dado que ser la fugitiva más buscada con vida me impide hacerlo yo misma, te he convocado aquí para eso.

El Cazador permaneció en silencio y bajó la cabeza con vergüenza.

–Su Grandeza –dijo–. Estoy demasiado viejo para viajar. Apenas puedo caminar en este estado.

La Reina Malvada miró hacia abajo para observarlo con el ceño fruncido.

–Imbécil –dijo levantando la voz–. ¿Quieres decirme que has viajado hasta aquí para decirme que me eres inútil?

El Cazador se puso de pie con dificultad.

–Para nada, mi Reina –respondió–. Por favor, déjeme explicarle. Yo soy demasiado viejo para servirle, pero mi *hija* es capaz y desea ayudarla a terminar lo que yo no pude.

–¿Tu hija? –preguntó la Reina Malvada.

Las puertas al final del vestíbulo se abrieron de nuevo. Esta vez, una mujer ingresó arrastrando un gran carro a sus espaldas. Era alta y delgada y tenía el cabello de un rojo tan oscuro que parecía tener un tinte violáceo. Sus ojos eran de un verde brillante y su ropa estaba hecha completamente de plantas, hojas y otro tipo de vegetación.

El carro que traía contenía un objeto grande y cuadrado. Era de gran tamaño y liso, y estaba cubierto con una tela sedosa para protegerlo.

Después de observarla, la Reina Malvada pudo recordar un tiempo en el que, hace muchos años, había conocido a la hija del Cazador. Siempre había sido una niña tímida y había vivido con su padre en el palacio cuando la Reina Malvada estaba en el trono.

–Has crecido... –dijo la Reina.

La hija del Cazador asintió en su dirección.

–¡Responderás cuando te hablo! –ordenó la Reina.

–Mi hija es muda, Su Majestad –explicó el Cazador–. No ha dicho una palabra en toda su vida. Sin embargo, por más callada que sea, no la hace menos capaz de hacer lo que le pida. Le ha traído un regalo para demostrar su valor.

La hija del Cazador extrajo con cuidado el objeto del carro y lo apoyó con delicadeza junto al Espejo Mágico de la Reina. Una vez que estuvo ubicado de forma correcta, quitó la tela sedosa. Era un espejo circular con flores grabadas en el marco dorado, y más pequeño que el Espejo Mágico.

La Reina Malvada supo lo que era con exactitud en cuanto lo destapó.

–El Espejo de la Verdad –dijo. La antigua reina lo había adquirido durante su reinado. Era otro espejo mágico que mostraba la verdadera naturaleza de una persona cuando esta se miraba en él.

–¿Cómo lo conseguiste? –le preguntó la Reina.

–Irrumpió en el palacio para recuperarlo para usted –dijo el Cazador.

La Reina Malvada tocó el marco del Espejo de la Verdad; había olvidado el detalle de los grabados. Se dio vuelta para enfrentar a la hija del Cazador.

–Serás mi *Cazadora* –declaró.

La Cazadora hizo una reverencia y besó la mano de la reina.

–¿Cuál es la tarea encomendada, Su Majestad? –preguntó el Cazador.

–¿Han escuchado hablar sobre el Hechizo de los Deseos? –preguntó la reina.

El Cazador y la Cazadora se miraron mutuamente, con curiosidad.

–No, mi Reina –dijo él–. ¿A menos que se refiera a esa fábula vieja y estúpida?

–A esa misma –respondió ella–. Nunca la tomé en serio hasta que hace poco escuché a un prisionero en el calabozo mascullando sobre él antes de su ejecución. Según esa “fábula estúpida”, después de encontrar un grupo selecto de objetos y de ubicarlos juntos, se le concederá un deseo al que recolectó todos los elementos. No importa cuán pequeño o grande sea, se garantiza que el deseo será cumplido. Y, como sabes, tengo un deseo que quisiera cumplir.

–¿Quiere que mi hija encuentre esos objetos para usted, entonces? –preguntó el Cazador.

–Exactamente –respondió ella–. Por lo que tengo entendido, la tarea es muy peligrosa y puede llevar algo de tiempo, pero si ella tiene éxito, consideraré saldada cualquier deuda que tengas conmigo.

El Cazador miró a su hija, y la Cazadora asintió.

–De acuerdo –dijo–. Ella lo hará. ¿Cuáles son los objetos que busca, mi Reina?

La Reina Malvada retomó su posición frente al Espejo Mágico, extendió las palmas abiertas y observó con intensidad en él.

–Espejito, espejito, ¿qué objetos hay que encontrar para el Hechizo de los Deseos ejecutar? –preguntó.

La silueta fantasmagórica reapareció.

Cristal que tan solo una planta protegió hasta que la medianoche llegó.

Un sable de lo más profundo del mar, para la vida de un novio terminar.

Madera de la canasta que con miedo se sostuvo al escaparse del ladrido peludo.

Una corona de piedra compartida, que está en lo profundo de una tenebrosa guarida.

Una aguja que hirió la suave piel de una doncella, por dentro y por fuera igual de bella.

Un hilo de la sinuosa cuerda dorada que condujo a la libertad soñada.

Joyas brillantes cuyo valor aumentó al proteger a alguien que muerto se creyó.

Lágrimas de una joven hada que no se siente feliz ni encantada.

–Ahí los tienes –dijo la Reina Malvada al Cazador y la Cazadora. Pero el Espejo Mágico no había terminado de hablar.

Pero, Majestad, escuche con atención, la advertencia que diré a continuación. Por un deseo está dispuesta a pagar con creces, sin saber que el Hechizo de los Deseos solo puede usarse dos veces. Y el hechizo solo ocurrirá una vez más, porque ya fue utilizado tiempo atrás.

En este castillo, mientras conversamos, un dúo avanza hacia lo que buscamos. Un hermano y una hermana encuentran con velocidad los trofeos, y pueden derrotar a mi reina en la carrera del Hechizo de los Deseos.

El hombre en el espejo se desvaneció, dejando a la reina con la peor noticia que podía recibir. No solo había alguien que estaba buscando los objetos que necesitaba, sino que, si los utilizaban antes de que ella pudiera encontrarlos, el hechizo jamás podría ser usado de nuevo.

Cerró los ojos y pensó en cuál sería su próximo movimiento; no podía permitirse tener más contratiempos. Después de una vida entera de trabajo, no iba a permitir que dos niños se interpusieran en su camino.

–Quiero que empieces a buscar los objetos –le dijo la Reina Malvada a la Cazadora–. Yo me encargaré de los hermanos. Ahora, déjenme sola.

El Cazador y la Cazadora hicieron una reverencia y dejaron a la reina en el gran vestíbulo.

La Reina se paró frente al Espejo de la Verdad. Los años que pasó en prisión habían hecho mella en su apariencia. Era doloroso ver a la mujer avejentada en la que se había convertido.

Tomó su corazón de piedra y lo observó en detalle, acariciando con suavidad sus bordes. Levantó la vista para mirar al Espejo de la Verdad de nuevo. Esta vez, el reflejo de la mujer despeinada en la que se había convertido no estaba; esta vez, el rostro que la miraba era un rostro joven.

Pertenecía a una hermosa muchacha con piel blanca y cabello largo y oscuro. Tenía un vestido blanco que combinaba con un lazo que estaba alrededor de la cintura. El reflejo también sostenía el corazón de piedra.

La muchacha sonrió, pero la Reina Malvada no le devolvió la sonrisa.

Conocía a la joven del reflejo muy bien, y no se trataba de Blancanieves...



CAPÍTULO NUEVE

EL REINO ENCANTADOR

Alex y Conner se despertaron sobre el suelo de la torre de Rapunzel justo después del amanecer. Estaban acurrucados bajo las mantas que Rani les había dado, y habían utilizado sus bolsos como almohadas.

–¿Cómo dormiste? –le preguntó Alex a su hermano.

–Como si hubiera estado en el suelo de una torre –respondió Conner, pensando que jamás volvería a dar por sentada la cama que tenía en casa. Estiró su espalda y las articulaciones sonaron con un fuerte *crack*, como si fueran petardos.

Guardaron las mantas y decidieron comenzar el día temprano. Alex insistió en ordenar la torre, dejándola en mejores condiciones de las que la habían encontrado.

–Odiaría que alguien pensara que nosotros causamos este desastre –dijo Alex.

Conner puso los ojos en blanco, asegurándose de que ella lo viera.

–¿Cuál es nuestra próxima parada? –preguntó el chico. La mirada de su hermana pasaba del mapa que tenía en una mano al diario que tenía en la otra.

–Bueno, el Reino Encantador está cerca, hacia el este –anunció Alex–. Creo que lo mejor sería ir allí y ver si podemos conseguir el zapato de cristal de Cenicienta.

–¿Y cómo haremos eso exactamente? –preguntó Conner.

–Lo pediremos prestado –decidió Alex después de pensarlo por un momento.

–¡Ni lo sueñes! Eso sería como entrar en la Casa Blanca y pedirles prestada la Declaración de la Independencia.

Aunque Conner estaba equivocado sobre el paradero de la Declaración de la Independencia, Alex sabía que tenía razón en estar preocupado. ¿Cómo iban a obtener uno de los zapatos de cristal de Cenicienta? Debían ser una de las posesiones más valiosas de todo el reino.

–Tenemos que intentar hacer lo mejor que podamos –dijo–. ¿Qué otra opción nos queda?

Los mellizos descendieron la escalera en espiral que estaba en el centro de la torre de Rapunzel y regresaron al sendero. Después de un rato de caminata, llegaron a una bifurcación, donde un camino se abría hacia al este. El cartel del cruce decía REINO ENCANTADOR y señalaba en dirección a donde se dirigía el nuevo camino.

–¡Conner, mira el cartel! –dijo Alex, presionando sus propias mejillas con las manos–. ¡Ahora sí que me gustaría tener una cámara!

Avanzaron por el camino por bastante tiempo sin descubrir nada nuevo, solo encontraron el mismo sendero de tierra y los mismos árboles que habían visto durante los últimos dos días. Mientras más caminaban, más ansioso se ponía Conner, y soltaba suspiros largos cada un minuto.

–¿Segura de que no estamos perdidos? Juro haber visto esa roca y ese árbol alrededor de veinte veces ya –comentó señalándolos.

–Estoy segura de que estamos viajando en la dirección correcta. He estado mirando el mapa desde que salimos –respondió Alex–. Deberíamos estar a punto de encontrar un arroyo, ¡y una vez que lo crucemos estaremos en el Reino Encantador!

Conner volvió a suspirar. Sería el último suspiro por un rato, así que se aseguró de que fuera extra largo.

Un par de horas después, no había ningún arroyo a la vista. Conner estaba empezando a perder la fe en el sentido de orientación de su hermana.

–Este lugar debe ser más grande de lo que pensábamos –comentó–. O este mapa está totalmente fuera de escala.

Después de un rato, los mellizos encontraron el arroyo que Alex había visto en el mapa. El sendero cruzaba un pequeño puente hecho de piedras pálidas y luego continuaba del otro lado.

–Lo ves, te dije que sabía lo que estaba haciendo –dijo Alex con la cabeza en alto.

–Sí, sí, sí... –susurró Conner.

–De verdad, me decepciona un poco tu falta de fe –alardeó Alex–. Si hay un lugar en donde yo conozco el camino, ese lugar es sin duda...

–¡Grrrrrrrrrrrrr!

Conner escuchó el grito agudo de su hermana antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Un troll enorme había saltado en frente de ellos, sobre el puente. Era bajo, muy ancho y tenía una cabeza gigante. Estaba cubierto de un pelaje enmarañado y tenía ojos grandes y un hocico. Los brazos y las piernas eran pequeños, pero sus uñas y dientes eran largos y filosos.

–¡Están en *mi* puente! –gritó el troll–. ¡¿Cómo se atreven?!

–¡Lo sentimos! –exclamó Alex, aferrándose a su hermano como un mono a un árbol–. ¡No sabíamos que este puente tenía dueño!

–Tal vez tendría que poner un cartel o algo así –sugirió Conner y, cuando vio que su comentario había provocado que el troll se enojara aún más, se arrepintió de haberlo hecho.

–¿Qué están haciendo en *mi* puente? –exigió saber el troll.

–Tenemos que cruzarlo para ir al Reino Encantador –respondió Alex–. ¡No queríamos molestarlo!

–¡Nadie cruza mi puente sin responder un acertijo! –exclamó el troll.

–¿Un acertijo? –preguntó Alex, soltando a Conner–. ¡Ah! ¡Eres un troll guardián!

–¿*Un troll guardián?* –preguntó Conner.

–Sí, como en el cuento *Los tres cabritos* –le explicó Alex, complacida. Estaba tan entusiasmada de atestiguar otra situación relacionada con los cuentos de hadas que todo el miedo que sentía desapareció.

–¡Si desean cruzar mi puente, deberán responder mi acertijo! –repitió el troll–. ¡Si responden mal, les arrancaré la cabeza de un mordisco!

–¿Disculpe? ¿Arrancarnos la cabeza? –preguntó Conner. Casi le salía humo de las orejas–. ¿Qué le pasa a todo el mundo en este lugar? ¿Por qué cada vez que conocemos a alguien quiere

comernos? Por favor, ¿pueden explicarme por qué sigue sucediéndonos esto?

–¡Conner, cálmate! –insistió Alex–. Solo tenemos que resolver el acertijo y seguiremos nuestro camino.

–¿Y si respondemos mal? –preguntó Conner–. ¡Nos va a matar! Busquemos otra forma de cruzar el arroyo...

–¡Conner, no seas tonto! Si un simple cabrito pudo resolver el acertijo correctamente, estoy segura de que nosotros también podremos hacerlo –lo tranquilizó Alex–. Además, no hay otro puente en kilómetros.

Conner gruñó y se cruzó de brazos.

–¿Cómo estamos tan seguros de que es verdad que este es *su* puente? –la cuestionó Conner–. Quisiera ver algún certificado de propiedad antes de continuar.

Alex lo ignoró.

–¿Cuál es el acertijo, señor Troll? –preguntó la chica–. ¿Puedo llamarlo señor Troll?

El troll guardián miró a los mellizos y se balanceó de un lado a otro mientras comenzaba a decir el acertijo.

–¿Qué puede ser tan pequeño como un guisante y tan grande como el cielo y no pertenece a la persona que lo compró? –preguntó.

Los engranajes de la cabeza de la chica comenzaron a moverse de inmediato. Amaba los acertijos.

–¡Es uno difícil, eh! –dijo Alex, presionando el dedo índice contra sus labios mientras pensaba–. ¿Alguna idea, Conner?

–No, estás sola en esto –respondió.

–¡Solo tienes una oportunidad para responder antes de que te arranque la cabeza de un mordisco, así que piénsalo bien! –advirtió el troll mientras bailaba y aplaudía.

–Eso es todo. ¡Me voy de aquí! –dijo Conner. Se alejó del puente y se acercó a la orilla del arroyo.

–Conner, ¿qué estás haciendo? –gritó Alex.

–¡Voy a cruzar! –respondió su hermano en el mismo tono–. ¡Ningún puente vale tanto la pena!

Se metió en el arroyo con lentitud y comenzó a cruzarlo. El agua estaba helada, pero la frustración que sentía lo mantenía bastante

abrigado, así que no le importaba. El agua subía cada vez más y más a medida que avanzaba hacia la otra orilla.

–¡No es tan profundo, Alex! –dijo Conner–. ¡La corriente ni siquiera es tan fuerte!

Llegó a la mitad del arroyo y, en la parte más profunda, el agua le llegaba apenas por encima de la cintura.

–¡Estás haciendo trampa! –exclamó Alex y luego le preguntó al troll–. ¿Está permitido? ¿Puede hacer eso?

–Él no fue quien pidió resolver un acertijo. ¡Tú sí! –exclamó el troll.

Para ese momento, Conner ya había cruzado y estaba completamente mojado.

Alex continuó pensando en el acertijo.

–Puede ser tan pequeño como un guisante y tan grande como el cielo, entonces, básicamente estás diciendo que puede tener cualquier tamaño. Y la persona que lo compra no es su dueño, entonces eso significa que pertenece a alguien más –dijo Alex pensando en voz alta.

–¡Apresúrate, Alex! –gritó Conner.

–¡Ah, cállate! –dijo ella–. Creo que es... ¡un *regalo* ! Un regalo puede tener cualquier tamaño y quien lo recibe es el dueño, ¡no quien lo compra!

El troll dejó de balancearse de un lado a otro y se desplomó.

–Es correcto –dijo, decepcionado–. Puedes cruzar.

Alex aplaudió y dio un saltito. Extendió la mano para estrecharla con la del troll, pero él la ignoró. En cambio, se arrastró hacia abajo del puente y regresó al lugar de donde sea que había venido.

–¡Lo ves! –dijo Alex una vez que se había reunido con su hermano al otro lado del puente–. ¡Sabía que iba a dar la respuesta correcta!

–Y estoy seguro de que voy a tener que escucharte hablar sobre eso por el resto de mi vida –dijo Conner, negando con la cabeza–. Pero intentemos llegar al palacio de Cenicienta para el atardecer, ¿de acuerdo?

Los mellizos continuaron su camino hacia el Reino Encantador. Se entusiasmaron al ver cómo cambiaba el paisaje a medida que viajaban. Los árboles perennes que habían visto tantas veces se volvieron escasos y fueron reemplazados por grandes robles.

También había extensos campos de césped alto y flores salvajes por todas partes.

–¡Qué hermoso es este lugar! –exclamó Alex.

Habían estado caminando por horas y todavía no veían ninguna señal de vida. Conner ya estaba casi seco.

–¿Dónde están todos? –preguntó Conner.

–El Reino Encantador es un lugar muy grande –repuso Alex–. Nos va a llevar bastante tiempo llegar al palacio.

Comenzó a oscurecer, y a los mellizos los invadió la preocupación; no había ningún refugio a la vista. Pronto, la luna se convirtió en su única fuente de luz.

Se alejaron un poco del camino y encontraron un área con césped, que estaba entre unos árboles y parecía ser segura (o eso rogaban); así que decidieron que pasarían la noche allí.

Conner intentó encender una fogata frotando dos ramas juntas, pero no tuvo éxito.

–Ahora desearía haber formado parte de los niños exploradores –comentó.

Era la primera noche que dormían a la intemperie. Ambos continuaban despertándose cada una hora para asegurarse de que estaban a salvo, porque cada sonido los aterrizzaba.

–¿Qué fue eso? –preguntó Alex a mitad de la noche.

–Un búho–dijo Conner–. O una paloma muy curiosa, pero de cualquier modo, creo que estamos a salvo.

A la mañana siguiente, el amanecer los despertó. Se levantaron sin haber descansado bien y regresaron al sendero.

–Nos quedan pocas provisiones –dijo Alex al comer una de las últimas manzanas–. Tendremos que conseguir más en cuanto encontremos un mercado o algo así.

–Estoy cansado de comer manzanas y bollos. Estoy comenzando a pensar que deberíamos haberle pedido a Rani que nos preparara algunas moscas para el camino –dijo Conner–. ¡Daría lo que fuera por una hamburguesa con queso! Tal vez por eso todos se comen entre sí en este mundo; todavía no han descubierto la comida chatarra.

Encontraron un estanque pequeño al costado del sendero y se lavaron el rostro.

–Nos vemos tan cansados –dijo Alex, observando su reflejo en el agua.

Los mellizos escucharon un sonido, que parecía un galope que se acercaba por el camino detrás de ellos. Giraron y vieron una carreta pequeña tirada por un caballo gris, llena de leña. El conductor era un hombre con una gran capelina color verde.

–¡Preguntémosle a él cuánto nos falta para llegar al palacio! –sugirió Alex, y corrió hacia la carreta–. ¿Disculpe, señor?

–¡Epa! –exclamó el hombre, deteniendo su caballo con lentitud–. ¿Puedo ayudarlos?

–¿Cuánto falta para llegar al palacio de Cenicienta? –preguntó Alex.

–¿Están viajando a pie? –indagó el hombre.

–Por desgracia... –dijo Conner.

–Entonces, les llevará dos días llegar –respondió el hombre. Los hermanos intercambiaron miradas, completamente irritados.

»Voy a entregar la leña cerca del palacio esta noche. Puedo llevarlos si quieren –les ofreció.

Antes de que pudiera terminar la frase, Conner ya había subido a la carreta.

–¡Muchísimas gracias! –exclamó Alex–. ¡Es muy amable!

Los mellizos viajaron con el hombre por el resto del día. Conner se acomodó sobre la leña y durmió durante casi todo el viaje, despertándose algunas veces cuando la carreta pasaba por un pozo en el sendero. Alex, en cambio, aprovechó la oportunidad de conversar con un ser humano que de verdad pertenecía al mundo de los cuentos de hadas.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó.

–Smithers –dijo él.

–¿De dónde eres? –indagó Alex.

–Crecí en una pequeña aldea al noreste del Reino Encantador –respondió Smithers.

–¿Y cómo es? –preguntó Alex con voz soñadora–. Mi hermano y yo... eh... no hemos recorrido mucho este reino.

–El Reino Encantador es un lugar tranquilo –respondió Smithers–. Tiene muchas aldeas pequeñas en las afueras y muchos estados ricos en el centro, cerca del palacio.

–¿Has estado allí alguna vez? –preguntó Alex.

–Ah, sí, hago varias entregas ahí durante el año. De hecho, esta noche el rey y la reina darán un gran baile.

–¿En serio? –los ojos de Alex duplicaron su tamaño. Sacudió a Conner hasta que se despertó—. ¿Conner, escuchaste eso? ¡Cenicienta dará un baile esta noche! ¿No es maravilloso? ¡Qué casualidad!

–¿Qué? Ah... eh... qué bueno –dijo Conner, y luego se quedó dormido de nuevo.

–¿Por qué darán un baile? –preguntó Alex.

–Lo han hecho todos los meses desde su boda –les contó Smithers–; es para celebrar su matrimonio.

–¿Cómo es la Reina Cenicienta? –indagó Alex.

–Absolutamente hermosa y la mejor reina que nuestro reino haya tenido –respondió el hombre con una gran sonrisa–. Aunque no había muchas personas ansiosas por aceptarla cuando se mudó al palacio. Varias familias aristocráticas estaban enojadas porque el príncipe no había elegido a una de sus hijas para casarse. Pero ya lo superaron.

Alex estaba segura de que se acercaban cada vez más al palacio. Pasaron por más aldeas pequeñas que aumentaban en tamaño y en cantidad de población a medida que avanzaban. Estaba muy entusiasmada por estar cerca de otras personas, *de seres humanos* reales que habían pasado toda la vida en el mundo de los cuentos de hadas. Le habría encantado con todo su corazón poder decir que ella había crecido en el Reino Encantador.

–¿Alguna vez te sentiste abrumado por todo esto? –le preguntó Alex a Smithers—. ¿Alguna vez sentiste miedo de saber que en cualquier momento un hada podría aparecer volando y concederte un deseo o que un ogro podría atacarte y comerte?

–¿Existe algún lugar donde las personas no reciban ayuda inesperada ni salgan lastimadas sin previo aviso? –preguntó Smithers mirándola con curiosidad.

A Alex no se le ocurrió ninguno. Tal vez, este mundo y su mundo no eran tan distintos después de todo.

La carreta comenzó a atravesar las poblaciones más grandes. A donde sea que miraran, veían otra casa enorme y elegante. Eran

todas brillantes y coloridas, con techos puntiagudos que terminaban en curvas a los lados. Algunos estaban hechos de madera, otros de ladrillo, y otros estaban cubiertos en su totalidad por una enredadera.

Era algo que parecía salido de un libro de cuentos, y Alex no dejaba de recordarse a sí misma que estaba dentro de uno.

–Ya casi llegamos al palacio –anunció Smithers.

La carreta comenzó a vibrar cuando el sendero de tierra bajo las ruedas se convirtió en una calle de adoquines. Negocios y mercados aparecían a los costados a medida que se adentraban en la ciudad. Compartían el camino con otras carretas y carruajes. Aldeanos y lugareños caminaban a su lado, siguiendo con sus rutinas de compras y negocios.

–¿Ya llegamos? –preguntó Conner, regresando a la vida.

La carreta dobló en una esquina, tomando una calle muy larga y ancha. Al final de ella, había un enorme palacio.

–Voy a tomar eso como un sí –dijo Conner.

El palacio le quitó el aliento a Alex. Era perfectamente simétrico y provocaba una sensación de suavidad, como si estuviera hecho de porcelana color gris cielo. Tres torres prominentes en el medio del palacio compartían la base con un reloj gigante que era tan grande como para que todo el reino lo viera. El palacio casi parecía artificial; era majestuoso y mucho más espléndido de lo que jamás podrían haber imaginado.

–Aquí los dejo –Smithers detuvo su caballo y ubicó la carreta al costado de la calle–. La mejor de las suertes para ustedes dos, jovencitos. ¡Disfruten del pueblo!

–¡Muchísimas gracias! –dijeron los mellizos al unísono.

Intentaron ofrecerle algunas monedas de oro a modo de agradecimiento, pero Smithers insistió en que se las quedaran, y siguió su camino.

Los mellizos pasearon por el pueblo por un buen rato. Todos parecían estar vibrando con la expectativa que generaba el baile de esa noche.

Encontraron un mercado pequeño y pudieron comprar fruta fresca, vegetales y panes. Alex aún intentaba conversar con cada persona que se cruzaba en su camino, pero los lugareños la ignoraban.

Conner seguía poniendo los ojos blancos ante su hermana; *todo* lo que veía la entusiasmaba.

–No sé cómo sobreviviré a este viaje contigo si sigues manteniendo este estado de constante excitación –dijo Conner–. Es agotador, y en verdad me está poniendo nervioso.

–Lo siento –se disculpó Alex–. Es que hemos visto tantos árboles los últimos días. Me entusiasma ver a todas estas personas y sus... ¡Ayyyy! ¡Mira el pomo de la puerta de ese edificio! ¡Tiene la forma de un zapato! ¿No es adorable?

Después de una tarde que ocuparon paseando por el lugar, encontraron una colina tranquila con vista al pueblo, y se sentaron bajo la sombra de un gran árbol. El sol comenzaba a ocultarse, y los mellizos se ponían ansiosos de pensar que otro día estaba llegando a su fin.

–¿Cuál es nuestro plan? –preguntó Conner.

–Veamos qué dice el diario –repuso Alex, y lo sacó de la mochila. Pasó las páginas hasta que encontró una sección dedicada al zapato de cristal.

El zapato de cristal de Cenicienta es un objeto muy difícil de obtener. Sus zapatos son, sin ninguna duda, la posesión más preciada del reino.

Primero, deben encontrar una forma de ingresar al palacio. Es bastante difícil lograrlo, dado que hay una sola entrada. Uno de los primeros actos reales de Cenicienta fue deshacerse de las entradas para los sirvientes, para que cuando las personas ingresaran al palacio, todos lo hicieran como iguales.

Una vez dentro, encuentren la forma de ingresar a la sala de exhibición real de Cenicienta. Esta también será una tarea complicada, porque nadie tiene permitido ingresar a los aposentos de la reina sin su invitación. Los zapatos se encuentran exhibidos dentro de una caja de vidrio, sobre un pilar que está en el centro de la sala.

No es difícil sacar los zapatos de la caja de vidrio, pero la sala está bajo la vigilancia constante de dos guardias ubicados en la entrada. Busquen un modo de estar solos en la sala de exhibición real y tomen el zapato en silencio y con rapidez.

Váyanse tan rápido como puedan, porque en cuanto noten que falta algo, los guardias cerrarán las puertas del palacio y serán atrapados y llevados al calabozo, donde los colgarán de las uñas de los pies, de cabeza. ¡Mucha suerte!

–¿Cómo vamos a entrar en el palacio? –preguntó Conner.

Alex comenzó a pensar en un plan, pero se distrajo con la larga fila de carruajes que se dirigía por la calle principal hacia el palacio. Eran elegantes y coloridos, y cada uno tenía un diseño propio. Tenían al menos dos caballos al frente, un cochero, un lacayo que viajaba en la parte de atrás y algunos pasajeros dentro.

–El baile –dijo Alex–. ¡Tenemos que infiltrarnos en el baile!

–Mmm –Conner consideró la idea–. ¿Y qué se supone que nos vamos a poner? ¡Míranos! ¡No tenemos ropa tan formal! ¡Y apuesto a que olemos muy bien después de haber caminado durante tres días seguidos sin bañarnos!

–Tengo una idea –comentó Alex.

Abrió sus bolsos y sacó las mantas. Tomó a Conner y comenzó a envolver la tela alrededor de él, doblándola estratégicamente en ciertas áreas para que se mantuviera en su lugar. Alex se envolvió a sí misma en la otra manta.

–Listo –dijo ella–. ¡Ahora parece que estamos usando prendas adecuadas!

–Nos vemos ridículos –dijo Conner.

–¿Se te ocurre alguna otra idea? –le preguntó su hermana.

–¿Crees que hay alguna línea de asistencia telefónica del Hada Madrina a la que podamos llamar? –inquirió el chico.

Los mellizos caminaron por la calle principal; siguieron el tránsito de carruajes hacia el palacio. Mientras más se acercaban, más grande parecía, y se hacía cada vez más real.

Varios cocheros les lanzaron miradas desconcertadas y sentenciosas. Algunos pasajeros se inclinaron por la ventana de sus carruajes para ver lo que hacían los chicos.

–¡Tomen una foto... dura más tiempo! –les gritó Conner.

–¡Conner! ¡No saben lo que significa! –le recordó Alex.

Llegaron al palacio justo con la puesta de sol. Cada vez que un carruaje se aproximaba a las escaleras de la entrada del palacio, el

lacayo corría alrededor del vehículo para ayudar a los pasajeros a descender.

Alex y Conner jamás habían visto atuendos tan hermosos. Todas las mujeres usaban largos vestidos de fiesta de distintos colores, telas y bordados; tenían guantes y diamantes; algunas llevaban moños y plumas en el cabello. Los hombres también estaban vestidos elegantes, algunos de etiqueta y otros con trajes que tenían hombreras anchas con flecos y mangas rectas.

Todo el estilo y el esfuerzo que los invitados habían puesto en su apariencia hicieron que los mellizos se sintieran muy inseguros con sus prendas improvisadas. Era imposible no verlos, ya que eran los más jóvenes del lugar, los únicos que no estaban vestidos con encaje o seda y los únicos que llevaban mochilas. Se veían exactamente como lo que eran: un par de niños infiltrándose en un baile.

Una extensa fila de escalones llevaba a la entrada del palacio. Alex y Conner comenzaron a subirlos con el resto de los invitados. Era una subida tan larga que se preguntaron si alguna vez llegarían a la cima.

–Este mundo tiene goblins y hadas, pero ¿dónde están los elevadores cuando se necesita uno? –cuestionó Conner.

–¡Conner! –suspiró Alex–. ¡Mira esto!

Señaló una estrella plateada que estaba bajo sus pies. Decía:

ESTE ES EL LUGAR EXACTO EN DONDE CENICIENTA PERDIÓ
SU ZAPATO LA NOCHE QUE CONOCIÓ AL PRÍNCIPE
ENCANTADOR.

–¿Puedes creer que este es el lugar exacto en el que Cenicienta perdió el zapato? –Alex tenía las manos en el pecho.

–Por supuesto –dijo Conner–. Yo tampoco hubiera vuelto a subir estos escalones si hubiera perdido el mío.

Los mellizos generaron algo de revuelo en la entrada. Todos estaban horrorizados por su vestimenta. Alex sentía cómo se ruborizaba por la manera en que todos la miraban; sentía que había vuelto a la escuela.

Había un guardia real que no podía dejar de observarlos, no de forma sentenciosa, sino como si los hubiera visto antes en algún

lugar y no pudiera recordar dónde. Estaba de pie junto a la entrada y saludaba a los invitados a medida que ingresaban. Tenía más medallas en su uniforme que cualquiera de los otros guardias, y de su barbilla salía una barba corta y oscura.

Otro guardia real estaba juntando las invitaciones en las puertas. Los mellizos comenzaron a entrar en pánico.

–¿Qué vamos a hacer? –le susurró Alex a su hermano.

–Yo me encargo de esto. Lo vi una vez en una película. Solo sígueme la corriente.

–Invitaciones, por favor –pidió el guardia.

–Nuestros padres las tienen, pero ya entraron –respondió Conner.

–¿Y quiénes son sus padres? –preguntó el guardia con desprecio.

–¿Quiénes son nuestros padres? –gritó Conner, causando un revuelo aún más grande del que ya habían hecho—. ¿Quieres decir que no sabes quiénes somos?

Todos los guardias y los invitados se miraron entre sí.

–¡Conner, cálmate! –dijo Alex. ¿En qué estaba pensando?

–¡Este hombre no sabe quiénes son nuestros padres, Alex! –continuó Conner—. ¡Le informo que nuestros padres inventaron los pozos de los deseos! ¡Cómo se atreve a faltarnos el respeto!

Alex quería golpearlo. Miró a todas las personas a su alrededor como pidiendo disculpas con la mirada. Todos observaban a los mellizos con el ceño fruncido, excepto el guardia de la barba corta. De hecho, estaba sonriéndoles con ojos bondadosos.

–Me temo que deben irse –dijo el guardia que recibía las invitaciones.

–¿Irnos? ¿Estás obligando a irse a los herederos de la fortuna de los pozos de los deseos? –exclamó Conner tan fuerte como para que todos lo escucharan.

–*Conner. Solo. Cierra. La. Boca* –susurró Alex en su oído.

–¿Hay algún problema? –preguntó el otro guardia mientras se acercaba hacia los mellizos.

–¡Ninguno! –Alex comenzó a retroceder, obligando a Conner a moverse junto a ella.

–No tienen invitación –repuso su compañero.

–¡Ya nos íbamos! –dijo Alex—. Lamentamos la confusión.

–Tonterías –dijo el guardia de barba–. Acabo de ver a sus padres dentro del palacio. ¿Les muestro dónde están?

Alex y Conner permanecieron quietos.

–¿Los viste? –preguntó Conner, y de pronto recordó que debía mantener su propia mentira–. Es decir, ¡por supuesto que los viste! – le dedicó una mirada asesina al otro guardia.

–Sígueme y los llevaré directamente con sus padres –les pidió el guardia de la barba delgada.

Antes de que pudieran reaccionar, Alex y Conner estaban siendo escoltados hacia el interior del palacio. Se encontraban en serios problemas. ¿Sabía ese guardia que estaban mintiendo y ahora los estaba escoltando hacia el calabozo? O, tal vez la mentira de Conner era más verdadera de lo que creían, y conocerían a una pareja que definitivamente no eran sus padres.

–Permítanme que me presente –dijo el guardia–. Soy Sir Lampton, Comandante de la Guardia Real de la Reina. ¡Bienvenidos al palacio!

–Gracias –dijo Conner–. Yo soy Conner Deseory, y esta es mi hermana, Alex.

–¿De dónde son, señor y señora Deseory? –preguntó Sir Lampton.

–Del norte del Reino del Norte –dijo Conner. Incluso él parecía sorprendido por las palabras que salían de su boca–. Pero nuestros padres tienen una casa de verano en el sur del Reino Durmiente y una mansión en el Reino de las Hadas.

Alex tenía los ojos tan abiertos que tuvo que recordarse que tenía que parpadear.

–Ah... ya veo –dijo Lampton con una mirada curiosa–. ¿Desean que lleve sus bolsos?

–No, está bien –dijo Alex–. Nosotros podemos.

Lampton guio a los mellizos por un pasillo largo, con cuadros de antiguos monarcas en las paredes y una alfombra roja bajo sus pies. Alex y Conner observaban todo con atención; jamás habían estado dentro de un palacio real. Había muchas cosas brillantes que ver.

Sir Lampton parecía estar disfrutando del entusiasmo de los mellizos. Se inclinó hacia ellos y dijo con suavidad:

–Están entrando a escondidas en el palacio, ¿verdad?

Alex miró con desesperación a Conner, pero a él se le habían acabado las mentiras.

–¡Por favor, no nos meta en el calabozo! –rogó Alex–. No quisimos causar ningún daño.

Conner miró a su hermana con una ceja levantada. ¿No quería causar ningún daño *aparte de* irrumpir en el palacio y robar un objeto preciado?

Lampton rio.

–He visto varios jovencitos intentar ingresar a un baile real sin autorización, pero jamás me había entretenido tanto con uno de sus intentos –dijo.

–Entonces, ¿no nos meterá en una celda y nos colgará de las uñas de los pies, de cabeza? –preguntó Conner.

–Dejamos de hacer eso hace años –repuso Sir Lampton–. Al contrario, sería un honor para mí mostrarles el lugar.

–¿De verdad? –preguntó Conner.

–¡Eso sería maravilloso! –exclamó Alex, aplaudiendo–. ¡Gracias!

Al final del pasillo, Sir Lampton y los niños atravesaron un par de puertas doradas, que llevaban al salón de baile.

Al principio, la vista era abrumadora; había tanto que ver que era imposible enfocarse en una cosa por suficiente tiempo como para saber qué era. Había demasiado movimiento y color.

El candelabro más grande que habían visto, con miles de velas, colgaba del techo sobre la enorme pista de baile. Cientos de hombres y mujeres con ropa formal llenaban el recinto. Algunos circulaban por ahí, y otros bailaban al ritmo de la música que tocaba una pequeña orquesta en una esquina.

Todo era dorado: desde los arcos de entrada hasta las decoraciones en las paredes. Una imponente escalera bajaba desde el fondo de la habitación, justo detrás de dos tronos vacíos.

Conner sabía que era cuestión de segundos para que su hermana empezara a llorar.

–¡Es tan hermoso! –Alex tenía lágrimas en los ojos–. ¿Aquí fue el baile en el que Cenicienta y el príncipe Encantador se conocieron?

–Así es –respondió Lampton–. Nunca lo olvidaré. Yo no era más que un simple guardia en ese entonces. El príncipe estaba conociendo a todas las jóvenes del reino, con la esperanza de

encontrar una esposa. Cenicienta fue la última en llegar esa noche. Entró en la sala, como nosotros, y todos se detuvieron para verla.

–¿Cómo se veía? –preguntó Alex.

–Mágica –dijo Lampton con una sonrisa, perdido en su propio recuerdo–. Tenía un largo vestido violeta que brillaba mientras se movía. Recuerdo haber oído el suave tintineo de sus zapatos de cristal cuando caminaba. En cuanto el príncipe la vio, fue amor a primera vista; todo el palacio podía sentirlo.

–Damas y caballeros –anunció un hombre con una trompeta–. Con gran honor, les doy la bienvenida al baile real de esta noche. ¡Ahora, por favor denle una cálida bienvenida a sus altezas reales el Rey Encantador y la Reina Cenicienta!

Los invitados dieron vítores y aplaudieron efusivamente. La pareja real ingresó al salón de baile, acercándose con lentitud hacia la gran escalera. Alex tomó el brazo de su hermano y le dijo:

–Conner, ¡es Cenicienta! ¡Es Cenicienta!

Aunque los mellizos habían visto ilustraciones de ella, era más hermosa de lo que jamás hubieran esperado. Su cabello castaño estaba recogido detrás de una tiara de cristal. Llevaba guantes blancos y un largo vestido turquesa que caía a su alrededor, acentuando su embarazo. A pesar de todo el oro y del glorioso candelabro, sus ojos y su sonrisa eran lo más brillante de la habitación.

El Rey Encantador era la definición de elegancia. Era tan guapo como se decía en todas descripciones que se habían escrito sobre él. Tenía una sonrisa cautivadora y cabello grueso y ondulado, y llevaba una gran corona de oro. Fácilmente podría haber sido una estrella de cine en el mundo de los mellizos.

El rey y la reina tomaron asiento en los tronos, y el guardia tocó con la trompeta unas notas musicales que precedían otro anuncio.

–¡Que comience el baile! –proclamó el mismo guardia y una ronda de aplausos muy entusiastas sonó a modo de respuesta.

La mayoría de los invitados se apresuró a ir a la pista de baile. La orquesta comenzó a tocar una sinfonía rápida. Todos los invitados se pusieron en parejas y empezaron a bailar alrededor del salón, cada uno mirando con amor los ojos de su pareja, sin despegar la mirada ni por un segundo.

El rey y la reina permanecieron sentados. Era evidente que Cenicienta quería bailar, pero su embarazo no se lo permitía. El Rey Encantador solo tenía ojos para su esposa; disfrutaba verla observar la danza más que el baile en sí mismo.

Llegado un momento, cada uno de los hombres tomaba un zapato de su pareja de baile, daba una vuelta a su alrededor y luego volvía a ponerle el zapato en el pie, un homenaje cenicientés, sin duda.

El tiempo voló mientras observaban el baile.

El futuro hijo que Cenicienta tenía en el vientre debía estar dando patadas debido a la emoción. Cenicienta parecía algo incómoda, y había estado masajeadando su panza y acomodándose en el asiento por un rato. Después de un tiempo, le susurró algo en el oído al Rey Encantador. Él tomó la mano de su esposa y con delicadeza la ayudó a subir por la gran escalera.

El guardia hizo sonar la trompeta otra vez.

–La reina está agotada y desea descansar, pero ella y el rey quisieran que continúen con la celebración sin su presencia.

La multitud les agradeció, feliz, y continuó divirtiéndose.

–¿Les gustaría hacer un recorrido por el palacio? –les preguntó Sir Lampton a los mellizos.

–¡Más que nada en el mundo! –dijo Alex.

Lampton los escoltó fuera del salón de baile y los guio por un pasillo similar al que habían usado para ingresar al castillo. Ese también tenía varios retratos de antiguos monarcas y una larga alfombra roja.

–Este palacio fue construido hace más de quinientos años –les contó mientras caminaban–. Desde ese entonces, ha sido el hogar de la dinastía Encantador. Este es el retrato del Rey Chester Encantador, el suegro fallecido de Cenicienta.

Señaló la gran pintura de un hombre viejo y barbudo con una corona. Se veía exactamente como su hijo, pero mucho más mayor.

–¿Cuántos reyes Encantador han habido? –preguntó Conner.

–Hemos perdido la cuenta –dijo Lampton–. Hoy en día, hay tres. El Rey Chester tuvo cuatro hijos: Chance Encantador, Chase Encantador, Chandler Encantador y Charlie Encantador.

Cada uno de los hermanos tenía su propio retrato colgado en la pared.

–El Rey Chance Encantador es el mayor y está casado con la Reina Cenicienta –explicó Lampton, señalando el retrato del hombre que acababan de ver en el salón de baile.

»El Rey Chase Encantador es el que le sigue y está casado con la Reina Bella Durmiente –continuó Lampton.

Chase era casi igual a su hermano, excepto que era un poco más alto y usaba barba candado.

–Y el tercero es el Rey Chandler Encantador, que es el esposo de la Reina Blancanieves –finalizó.

Chandler se parecía a sus hermanos, pero tenía el pelo más largo que ellos.

El último retrato en la pared fue el que más llamó la atención de los mellizos. Estaba apenas más alejado del resto de los cuadros y mostraba al hermano menor de los Encantador. Era joven y tenía una gran sonrisa. Una vela estaba encendida junto al retrato; parecía ser algún tipo de símbolo conmemorativo.

–¿Quién es ese? –le preguntó Conner a Lampton.

La expresión feliz de Lampton se desvaneció.

–Es el príncipe Charlie, el cuarto hijo del Rey Chester. Es el príncipe Encantador que está perdido desde hace mucho tiempo –explicó–. Desapareció una noche hace muchos años, y nadie lo volvió a ver.

–¡Qué horrible! –dijo Alex.

–Sus hermanos lideraron búsquedas masivas por todos los reinos, pero jamás lo encontraron –dijo Lampton con tristeza–. Afortunadamente, algo bueno salió de la búsqueda. En medio del camino, el príncipe Chandler se encontró con el ataúd de cristal de Blancanieves, y el príncipe Chase descubrió a la Bella Durmiente dormida en su castillo. Ambos rompieron el hechizo bajo el que estaba cada doncella y se casaron.

–¡Eso es increíble! –exclamó Alex–. Entonces, si el príncipe Charlie nunca hubiera desaparecido, ¡la Bella Durmiente y Blancanieves seguirían inconscientes!

–Es probable –dijo Lampton–. Y dado que sus hermanos encontraron a las princesas idóneas, el príncipe Chance tuvo que organizar el baile donde conoció a Cenicienta. Todo sucede por una razón, supongo.

Alex y Conner no podían dejar de mirar el retrato del príncipe Charlie. Ese sector del pasillo tenía una energía triste, y los mellizos eran particularmente perceptivos a ella. El príncipe perdido no podría haber sido mucho más grande que ellos cuando había desaparecido.

Lampton apreciaba de verdad el interés de ambos.

–Ahora, síganme, hay algo muy especial que quiero mostrarles – les dijo.

Tomaron otro pasillo que se adentraba más en el palacio. Ese sector del edificio parecía completamente vacío y ponía a los mellizos cada vez más nerviosos a medida que avanzaban. No tenían idea a dónde los estaba llevando Lampton, y eran demasiado tímidos para preguntar.

Doblaron en una esquina, y al final de otro pasillo largo había un par de puertas dobles negras. Dos guardias se encontraban apostados a cada lado de las puertas y un gran arco de piedra que se erguía sobre ellos decía: SALA DE EXHIBICIÓN REAL DE LA REINA CENICIENTA.

Alex y Conner se miraron con brillo en los ojos. ¡Lo habían logrado!

–Hola, Sir Lampton –dijo uno de los guardias.

–Buenas noches –respondió él. Empujó una de las puertas y los mellizos lo siguieron adentro. Dejaron los bolsos en el suelo y miraron alrededor de la habitación.

La sala de exhibición era una habitación amplia con columnas blancas y un suelo celeste como el cielo. El techo formaba un domo y estaba cubierto de estrellas doradas. La luz de la luna iluminaba la habitación a través de un ventanal que se encontraba en el fondo del lugar, y luego varios espejos reflejaban su luz por toda la sala.

Varios objetos especiales estaban exhibidos dentro de gruesas cajas de cristal y ubicados sobre unos pilares bajos. Escobas, cubetas y vestidos viejos y harapientos eran parte de la exhibición. Una familia de ratones vivía en un recipiente de vidrio, en una réplica en miniatura del palacio.

En el centro de la habitación estaban los zapatos de cristal de Cenicienta. Eran hermosos y pequeños, y estaban hechos de cristal puro y decorados con diamantes.

Los mellizos sintieron que el corazón les daba un vuelco al verlos.
¡Estaban tan cerca!

–Son hermosos –dijo Alex. Los zapatos la habían hecho entrar en trance.

–Yo también tengo bastante debilidad por ellos –dijo una voz suave que no pertenecía ni a Alex, ni a Conner ni a Lampton.

Sentada en el alféizar de la ventana en el otro extremo de la habitación, se encontraba la mismísima Cenicienta. Estaban tan asombrados por la sala de exhibición que no habían notado su presencia.

–Su Majestad –dijo Lampton–. Por favor, perdóneme; no la vi. Solo estaba mostrándoles el palacio a algunos invitados.

–Está bien, Sir Lampton –respondió Cenicienta, y cruzó la habitación para saludarlos–. Me gusta venir aquí cada tanto, especialmente después de un día largo, para despejar mi mente. ¿Y quiénes son estos dos?

Los mellizos no podían hablar. Estaban deslumbrados.

–Alex y Conner –respondió Lampton.

–Es un placer conocerlos –dijo Cenicienta, extendiendo su mano.

–*¡Somos grandes fanáticos!* –respondió Conner, y le apretó la mano un poco fuerte.

Alex no podía moverse.

–Eres... mi heroína –comentó Alex, y eso fue todo lo que logró articular.

–Gracias, cariño –respondió Cenicienta–. Bienvenidos a mi pequeña habitación de recuerdos.

–¡Es... *sorprendente!* –chilló Alex.

–¿Quieren que se las muestre? –preguntó Cenicienta.

Alex todavía no podía mover sus extremidades, pero logró asentir.

Cenicienta les hizo un pequeño recorrido y los paseó alrededor de la habitación mostrándoles cada uno de los objetos exhibidos.

–Estas son las escobas y las cubetas que usaba para limpiar la casa de mi madrastra todos los días –explicó la Reina Cenicienta–. Fueron mis primeros compañeros de baile. Recuerdo que, cada vez que estaba sola en casa, bailaba con ellos por todos lados imaginando que estaba en un gran baile real. Aunque debo admitir que no eran muy buenos conversando.

Cenicienta y Lampton rieron. Los mellizos seguían asombrados de estar en su presencia. *¡Estaban parados junto a Cenicienta! ¡Y era graciosa!*

–Por aquí está la ropa vieja y harapienta que mi Hada Madrina transformó en un hermoso vestido de baile –continuó Cenicienta–. No parece una prenda muy atractiva ahora, pero cada vez que mi Hada Madrina nos visita, lo vuelve a transformar en el mismo vestido que creó para mí.

–Eso es genial –dijo Conner.

–Estos son mis ratones –continuó Cenicienta y les mostró a los mellizos la réplica en miniatura del palacio que estaba llena de roedores. Abrió un pestillo y sacó uno del recipiente. Lo acarició con gentileza, y el animalito se acurrucó con tranquilidad en su mano.

–¿Ellos son los ratones que se convirtieron en caballos y en cochero para tu carruaje? –preguntó Alex, recuperando el habla por fin.

–Los ratones originales fallecieron, pero estos son sus hijos y los hijos de sus hijos –explicó Cenicienta–. Los cuido como una forma de agradecimiento. Tienen una reputación horrible, pero los ratones, en realidad, son criaturas muy gentiles. Solo hay que darles una oportunidad.

Cenicienta puso al ratón en su lugar, junto a los otros, y caminó hacia el centro de la habitación.

–Estos, creo, no necesitan una explicación –dijo y guio a los niños hacia los zapatos de cristal. Quitó la caja que los recubría y sujetó uno de los zapatos con la mano.

–Deben haber sido incómodos –dijo Conner.

–Fue sorprendentemente fácil caminar con ellos puestos –respondió Cenicienta.

–¿Nunca te transpiraban los pies? –inquirió Conner–. Eso no debe haber sido muy... ¡Ayy ! –Alex le pegó con el codo en las costillas.

Cenicienta soltó una carcajada.

–¿Quieren sostener uno? –les preguntó la reina.

Alex asintió con más ímpetu de lo que lo había hecho en toda su vida. Cenicienta levantó un zapato con delicadeza del pilar y se lo entregó. Una sensación mágica la atravesó. Estaba sosteniendo una parte de la historia de los cuentos de hadas. Quizás el objeto más

famoso de todos los tiempos del mundo de los cuentos estaba en sus manos. No pudo evitar ponerse un poco sensible.

Conner, en cambio, continuaba pensando en formas de robarlo. Alex levantó la vista y miró a su hermano, y supo lo que estaba pensando por la intensidad que expresaban sus ojos. Por un segundo, compartieron el mismo pensamiento: ¿Era posible escapar con el zapato? Conner estaba pensando seriamente si era capaz de esquivar a Lampton y a los dos guardias a cada lado de la puerta.

–¿Cómo fue? –le preguntó Alex a Cenicienta–. ¿Cómo fue pasar de ser una sirvienta a ser la reina? ¿Cómo se sintió ser rescatada de una situación tan horrible? Tu vida es literalmente... bueno... un cuento de hadas.

La tristeza invadió el rostro de Cenicienta.

–Nunca pensé que mi vida iba a cambiar de forma tan drástica, por eso siempre disfruté al máximo lo que tenía –respondió Cenicienta–. Siempre me hacen reír los términos *cuento de hadas*, porque, si me preguntas a mí, no importa qué vida estés viviendo, la vida no tiene una solución. No importa qué tan terribles sean las dificultades que superes, siempre habrá nuevos desafíos que enfrentar.

»La gente se olvida de que el pueblo del Reino Encantador no me quería mucho cuando me mudé al palacio –continuó Cenicienta–. Muchos no estaban felices con la idea de que una sirvienta se convirtiera en su reina. Varios me llamaban *la princesa calabaza* o *la monarca de los ratones*, cuando supieron los detalles de cómo llegué al baile aquella noche. Tuve que ganarme el respeto del reino, y no fue nada fácil.

–Pero ser reina debe tener sus ventajas, ¿no? –preguntó Conner–. Ya no tienes que restregar los pisos o bailar con escobas ni hablar con ratones.

–Conocer al hombre de mis sueños y empezar una familia es lo mejor que me va a pasar en la vida –repuso Cenicienta con una sonrisa y acarició su panza–. Y eso es lo que me hace la mujer más feliz y afortunada del mundo. Sin embargo, tener una vida pública es algo difícil de llevar, y todavía me parece un poco abrumador. No importa lo que hagas, jamás podrás complacer a todo el mundo. Y esa fue la lección más difícil de aprender. De hecho, aún la estoy aprendiendo.

Todo eso era una gran relevación para Alex. De pronto, el mundo de los cuentos de hadas parecía ser más real de lo que había sido hasta entonces. No pensó que podría respetar a Cenicienta aún más de lo que lo hacía, pero jamás había pensado en su historia desde el punto de vista de *ella*.

Alex dejó el zapato de cristal junto al otro. Al principio, Conner le lanzó una mirada: *¿Qué estás haciendo? ¡Tenemos que robar eso!* Pero ambos sabían que no podían llevárselo; al menos no esa noche, no después de la amabilidad que les habían mostrado.

–Después de todas las cosas mágicas que sucedieron en mi vida, esta es la posesión más valiosa –dijo Cenicienta con las manos sobre su panza de embarazada–. Y ella llegará en cualquier momento.

–¿Cómo sabes que es una niña? –preguntó Alex.

–Intuición materna –respondió Cenicienta–. Nunca se queda quieta cuando escucha música. Por lo que debe tener mi gusto y la energía de su padre.

Uno de los guardias del pasillo entró de golpe en la sala de exhibición.

–Su Majestad, Sir Lampton, se ha requerido su presencia en el salón de baile –dijo muy serio. Algo andaba mal.

–¿Qué sucede? –preguntó Sir Lampton.

–Soldados del Reino del Norte. Han venido a traer un mensaje para el rey y la reina –respondió.

Lampton les dio los bolsos a los mellizos y antes de darse cuenta de lo que hacían, los niños los estaban siguiendo por el pasillo, hacia el salón de baile.

–¿Ahora cómo haremos para conseguir uno de los zapatos de cristal? –le susurró Conner a Alex.

–Primero, tendremos que encontrar el resto de los objetos y luego regresar a buscarlo –dijo Alex–. Debería ser más fácil de explicar si tenemos los otros objetos. Ya hemos establecido una relación de confianza con ellos.

–Sabía que tendría que haber tomado uno cuando tuve la oportunidad –dijo Conner.

Regresaron al salón de baile. Todos los invitados estaban quietos, y la orquesta no producía el más mínimo sonido. Cenicienta se

reunió con su esposo en los tronos. Decenas de los mismos soldados con armaduras plateadas que Alex y Conner habían visto en su primer día en la Tierra de las Historias estaban distribuidos por todas partes del salón.

–Perdone nuestra intromisión, Su Majestad. Mi nombre es Sir Grant. Soy el comandante de la Guardia Real de la Reina Blancanieves. Tenemos noticias sobre la Reina Malvada –dijo el líder de los soldados.

–¿Qué sucedió? –preguntó el Rey Encantador.

Todos los presentes podían darse cuenta de que no eran buenas noticias por el tono del mensajero. La tensión en el aire podía cortarse con un cuchillo.

–En la noche de ayer, el espejo mágico que le pertenecía a la Reina Malvada fue robado de sus antiguos aposentos –dijo Sir Grant–. La Reina Malvada aún está en libertad, y que posea su viejo espejo la convierte en una peor amenaza para todos nosotros. Estamos pidiéndole, no, mejor dicho *rogándole* que si alguien en el Reino Encantador sabe algo sobre el paradero de la Reina Malvada, por favor nos lo haga saber de inmediato.

Los soldados de Blancanieves marcharon fuera del salón. El Rey Encantador y Cenicienta se abrazaron, preocupados tanto por ellos mismos como por lo que significaba la noticia para su reino.

–Fue un placer conocerlos, niños, pero debo irme ahora –les dijo Lampton. Les dio una palmada en el hombro y salió detrás de los soldados.

Muchos invitados también comenzaron a marcharse. Alex y Conner los siguieron, bajando los escalones de la entrada y alejándose del palacio.

–Toda esa situación de la Reina Malvada me está empezando a preocupar –comentó Alex.

–Lo sé, pero en realidad no es nuestro problema –dijo Conner–. Nos habremos ido mucho antes de que algo ocurra.

–Supongo –respondió Alex.

–¿A dónde vamos ahora? –preguntó Conner.

–El Reino de la Capa Roja está al norte. Creo que es lo mejor que podemos hacer. Espero que tengamos más suerte para conseguir madera de la canasta de Caperucita Roja.

–Más nos vale no acobardarnos esta vez –dijo Conner–. ¡Cielos, *estuvimos tan cerca* ! –apretó el puño con fuerza.

–No podíamos llevárnoslo, no sin pedir permiso –replicó Alex–. No hubiera sido lo correcto.

–Estoy tan cansado de ser una buena persona.

A pesar de no haber podido conseguir el zapato de cristal y del fin abrupto de la velada, los mellizos habían pasado una noche fantástica. No todos los días tenían la oportunidad de tener una conversación íntima con una de las mujeres más famosas de la historia.

Por suerte, los hermanos encontraron un cochero nocturno que conducía una carreta llena de peras hacia una aldea al norte del Reino Encantador. Lo convencieron de que los dejara viajar en la parte trasera de su vehículo a cambio de algunas monedas de oro. Desde allí, solo tendrían que caminar un par de kilómetros para llegar al Reino de la Capa Roja.

Conner se quedó dormido en cuanto subieron a la carreta. Alex, en cambio, no podía dormir, entonces decidió volver a leer el diario. Metió la mano en su mochila y se sorprendió con lo que encontró adentro.

–¡Conner! –dijo con un grito ahogado.

El chico se sobresaltó, recuperando la conciencia.

–¿Qué sucede? –preguntó.

Miró hacia su hermana y vio algo muy brillante en su mano. Sus ojos todavía estaban un poco nublados por el sueño, y tuvo que dejar que se ajustaran a la luz antes de darse cuenta de qué se trataba.

–¡Un zapato de cristal! –exclamó Conner y Alex le hizo un gesto para que hiciera silencio, y así evitar que el cochero los escuchara.

–¿Cómo hiciste para conseguir uno? ¿Lo robaste?

–¡Pensé que habías sido tú! –la boca de Alex estaba tan abierta que hubieran cabido una docena de peras dentro.

–¡No, no fui yo, lo juro! ¿Crees que Lampton o Cenicienta lo pusieron en tu bolso? –preguntó Conner–. ¿Crees que uno de los dos sabía que lo necesitábamos?

–No tengo la menor idea –dijo Alex. No podía creer que de verdad estuviera sosteniendo uno de los zapatos de cristal de Cenicienta.

Estaban completamente anonadados.

–Parece que nuestro viaje al Reino Encantador no fue una pérdida de tiempo después de todo –dijo Conner.



CAPÍTULO DIEZ

EL REINO DE LA CAPA ROJA

El movimiento suave de la carreta de peras hizo que, finalmente, Alex y Conner se quedaran dormidos. Si no hubieran estado tan exhaustos por no haber podido descansar la noche anterior y por el día agitado que tuvieron, el impacto de haber encontrado el zapato de cristal en la mochila los habría mantenido despiertos durante toda la noche.

A la mañana siguiente, se despertaron justo cuando la carreta estaba llegando a la aldea norteña a la que se dirigía. Lo primero que hizo Alex fue asegurarse de que todavía estaba sujetando con fuerza el zapato de cristal con la mano, al igual que antes de haberse quedado dormida. No podía soltarlo; temía que, si dejaba de estar en sus manos por un segundo, pudiera desaparecer con la misma facilidad con la que había aparecido.

El misterio sobre cómo había llegado a su bolso todavía era el foco de atención de la mente de los mellizos.

—¿Crees que fue magia? —preguntó Conner—. ¿El zapato supo que lo necesitábamos y se teletransportó hasta tu bolso?

—Leí la cantidad suficiente de libros fantásticos como para saber que eso puede ser una posibilidad —dijo Alex—. Y después de todo lo que vivimos, no me sorprendería. Pero la cuestión es que ahora está en nuestro poder. Implica que hay que encontrar un objeto menos, así que enfoquemos nuestra energía en conseguir la canasta de Caperucita Roja.

Envolvió el zapato con una manta para mantenerlo a salvo y lo guardó. No querían atraer ningún tipo de atención no deseada por llevarlo encima.

–Espero que Cenicienta o Sir Lampton no envíen soldados a buscarnos cuando se den cuenta de que no está –comentó Conner.

Alex no había considerado esa posibilidad. ¿Y si, mientras ellos hablaban, Lampton estaba reuniendo un grupo de soldados para encontrarlos y meterlos en el calabozo?

–En ese caso le diremos la verdad y nos preocuparemos por eso cuando suceda –dijo Alex–. Pero mientras tanto, sigamos avanzando.

Aparentemente, no había ninguna calle o sendero en el mapa que llevara al Reino de la Capa Roja, así que los mellizos se vieron forzados a viajar en línea recta a través de un bosque de olmos.

Mientras caminaban, Alex leía el diario.

Como todos saben, el Reino de la Capa Roja está rodeado por una muralla de gran altura para mantener alejados a los lobos.

Hay entradas, en el perímetro de la muralla, fuertemente custodiadas.

–Entonces, encontramos la muralla, localizamos una entrada, y estaremos dentro del reino en cuestión de segundos –dijo Alex.

–¿Y si no nos dejan entrar? –preguntó Conner.

–No se me ocurre un motivo por el que no nos dejarían ingresar. Pero si sucede algo, esta vez déjame hablar a mí.

Después de caminar por alrededor de una hora, los mellizos pudieron divisar en la distancia una muralla que rodeaba el reino. Era enorme. Tenía diez metros de alto y estaba hecha de unos ladrillos grises gigantes. Había un aviso que estaba puesto sobre la muralla cada un par de metros:

CUIDADO LOBOS

POR DECRETO DE LA R.A.C.A.L. Y APROBACIÓN
DE LA ASAMBLEA DEL FELICES POR SIEMPRE,
LOS LOBOS DE CUALQUIER TIPO, RAZA O COLOR
TIENEN ESTRICTAMENTE PROHIBIDO
EL INGRESO AL REINO DE LA CAPA ROJA.
TODOS LOS INTRUSOS SERÁN EJECUTADOS
Y CONVERTIDOS EN ALFOMBRAS, ABRIGOS O DECORACIÓN.

ESTÁN ADVERTIDOS.

AHORA FUERA DE AQUÍ.

–Guau –dijo Conner–. Está claro que los lobos no son nada bienvenidos.

Caminaron junto a la pared por algunas horas más pero nunca encontraron una entrada. Alex relejó el diario y vio una parte que se había salteado.

Hay una entrada al norte, una al sur, una al este y una al oeste. Cada entrada tiene un camino que lleva hasta el corazón del reino, donde está el pueblo. Hay un solo pueblo en el Reino de la Capa Roja; el resto son tierras de cultivo.

–Ay, no –exclamó Alex–. Leí algo mal. Parece que hay solo cuatro.

–¿Y qué tan cerca estamos de una de ellas? –preguntó Conner. Alex miró con detenimiento el mapa y agrandó los ojos un poco. Su hermano sabía que no iba a darle buenas noticias.

–Parece que estamos justo en el medio de la entrada oeste y la entrada sur, lo que significa que...

–¿Hay que seguir caminando? –preguntó Conner con el ceño fruncido y las manos en la cadera.

–Sí... –respondió Alex–. Por un día o dos más.

Conner caminó en círculos, completamente frustrado.

–¡Esto es tan molesto! –gritó–. ¿Por qué nada es fácil?

–Conner, todo está bien. Solo nos llevará un poco más de tiempo llegar a...

–¡No, Alex, no está bien! –gritó Conner–. ¡Hemos estado en este mundo por casi una semana! ¡Quiero regresar a casa! ¡Extraño a mamá! ¡Extraño a mis amigos! ¡Hasta estoy empezando a extrañar a la *señora Peters* ! ¡Listo, lo admití!

Conner estaba tan enojado que pateó un árbol, lo que hizo que le doliera el pie.

–¡Ay! –exclamó.

–¡Yo también extraño nuestro hogar, pero no hay nada que pueda hacer al respecto! –dijo Alex–. Regresaremos a casa *cuando sea que regresemos* , y eso es todo. Pero mientras tanto, no nos sirve de nada enojarnos. ¡Solo tenemos que sobreponernos a la situación!

Conner se cruzó de brazos y se le cayeron los hombros. Estaba exasperado, al borde de las lágrimas. Alex pensó que estaban más cerca de la entrada sur, por lo que comenzó a caminar hacia allí. El chico verbalizó su frustración durante todo el camino.

–Extraño el pavimento y la acera de las calles –despotricó Conner–. Extraño nuestra fea casa alquilada. Extraño nuestro vecindario. Extraño a ese perro al final de la calle que ladra sin parar toda la noche. Extraño la tarea. Extraño que me castiguen por *no* hacer la tarea.

–Continúa desahogándote, Conner –dijo Alex–. Hará que te sientas mejor.

–Odio este lugar –continuó–. Odio los senderos de tierra. Odio a las brujas come humanos. Odio a los lobos mutantes. Odio dormir al aire libre. Odio a los trolls de los puentes. Odio todos los árboles... ¡espera, eso es ! ¡Los árboles !

Conner buscó con la mirada a su alrededor y corrió hacia un gran árbol que estaba junto a la muralla del reino.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Alex.

–¡Estoy entrando al reino! ¡Treparé este árbol y saltaré por encima de la muralla! –respondió con un grito. Luego, comenzó a subir con paso rápido y decidido.

–¡Es una caída de diez metros, por lo menos! –le advirtió.

–¡Vamos, Alex! –dijo Conner, haciéndole un gesto para que lo siguiera.

–¡No voy a subir a ese árbol! –respondió la chica.

–¿Subiste a la torre de Rapunzel pero un árbol está más allá de tus límites? –la desafió con tono burlón.

–¡Y no debería haberlo hecho! ¡Estoy de acuerdo! –respondió ella, pero su hermano la ignoró.

Conner estaba casi en lo alto de la copa. Alex corrió hacia el árbol y trepó detrás de él.

–¡Conner, por favor, baja de ahí! ¡Prefiero viajar de manera lenta y segura que rápida y peligrosa! –gritó.

El chico se puso de pie en la rama más alta del árbol. La parte superior de la muralla estaba solo a pocos metros de distancia.

–Voy a saltar hasta la muralla y veré si puedo localizar algún lugar donde aterrizar –dijo Conner.

–¡Conner! ¡No seas estúpido! ¡Baja de ahí ahora! ¡Vas a lastimarte!
–ordenó Alex.

–¡Deséame suerte! –exclamó, y se preparó para saltar–. Uno...
dos... ¡tres! –saltó desde la rama, y salió disparado hacia la muralla.

–¡No! –gritó Alex.

Había calculado mal el salto. Esquivó la muralla por unos pocos centímetros y voló sobre ella, de cabeza.

–¡Allleeeexxx! –bramó Conner mientras caía.

Ella escuchó un gran *golpe fuerte* al otro lado de la muralla, pero no podía ver nada.

–¡Conner! –gritó Alex–. ¿Conner, estás bien? ¿Estás vivo? –estaba histérica.

Alex trepó el árbol más rápido que cualquier animal que hubiese visto en un documental.

–¡Conner, respóndeme! –rogó–. ¿Puedes oírme? ¿Estás herido?

Alex escuchó risas al alcanzar la copa. Del otro lado de la muralla, vio a su hermano, a salvo, recostado sobre una gran pila de paja.

–¡Hola, Alex! –le dijo con una gran sonrisa en el rostro.

–¡Conner, me mataste del susto! –gritó Alex.

–¡Lo sé! ¡Fue tan divertido! –respondió el chico–. ¿De verdad pensaste que habría saltado si no veía algo sobre lo que aterrizar?

–Me alegra que estés vivo, así puedo matarte yo misma.

–¡Salta! ¡Es un aterrizaje suave, lo prometo! –dijo Conner.

–¡Está bien! –exclamó Alex. Le lanzó su mochila con cuidado antes de saltar por encima de la pared.

Conner tenía razón: el aterrizaje fue suave. Estaban cubiertos de paja, y se ayudaron entre ellos a quitársela.

–Mira este lugar –dijo Alex mientras viajaban por el Reino de la Capa Roja. Sentían como si hubieran vuelto a entrar en otra dimensión.

Había colinas redondas de tierras de cultivo que se extendían hasta perderse en el horizonte. Vacas y ovejas pastaban en los campos. Pastores con cayados y pastoras con sombreros cuidaban de los animales con la ayuda de sus perros.

–¡Todo es tan tranquilo aquí! –dijo Alex–. Siento que estoy dentro de una canción infantil.

–Deben aburrirse demasiado –agregó Conner.

–¿De quién serán estas tierras? –preguntó Alex.

Unos minutos después, obtuvo la respuesta que buscaba. Pasaron por un gran cartel de madera que estaba clavado en el suelo y que decía:

GRANJAS FAMILIARES DE BO PEEP

El paisaje era tan agradable que el tiempo pasaba bastante rápido. Después de haber viajado un poco más, los techos puntiagudos del pueblo se hicieron visibles. No podían ver demasiado mientras se acercaban caminando desde las afueras, pero una vez que llegaron al centro del lugar, el pueblo cobró vida.

–¡Es adorable! –chilló Alex apenas lo vio.

Era tan delicado y pintoresco que sentían que estaban dentro de un parque temático. Había pequeñas casitas de campo y tiendas hechos de ladrillos o con paredes de piedra y techos de paja por todas partes. La campana de una vieja escuela sonó. Muchos pastores con cayados y pastoras con sombreros como los que habían visto en los campos caminaban por el pueblo arriando cabras y ovejas.

Entre la gran cantidad de almacenes y negocios, se encontraban el banco de Henny Penny, la tienda de pasteles de Jack Horner y la pastelería del Pastelero Pattycake. La Posada del Zapato, que estaba al lado del pueblo central, era una bota de proporciones enormes convertida en un hotel.

En el corazón del pueblo, había un parque verde que albergaba varios tributos y monumentos. Alex estaba dando saltitos mentalmente al ver cada uno de ellos.

Una pequeña pared de ladrillo solitaria tenía una placa dorada que decía:

**PARED DE SIR HUMPTY DUMPTY FUISTE UN BUEN HUEVO Y SERÁS
EXTRAÑADO POR TODOS, NO SOLO POR LOS CABALLOS
DEL REY Y SUS HOMBRES.
QUE TUS RESTOS DESCANSEN EN PAZ.**

Apenas pasada la pared de Humpty Dumpty, había una pequeña colina con un pozo en la cima. Un cartel señalaba en esa dirección y decía:

COLINA DE JACK Y JILL

En el medio del parque había una fuente circular. La estatua de un joven niño pastor se erguía en el centro y salía agua de la boca de las ovejas que estaban a sus pies. La dedicatoria grabada en la fuente decía:

**EN MEMORIA DE PEDRO, EL NIÑO
QUE BROMEABA SOBRE EL LOBO.
ERAS UN MENTIROSO, PERO TE QUERÍAMOS.**

Los mellizos estaban tan cautivados por todo lo que veían que empezaron a recibir miradas extrañas de los aldeanos.

–Este lugar me recuerda al campo de mini golf de la ciudad –dijo Conner–. No el que estaba cerca de nuestra casa, sino el verdadero, que estaba al otro lado de la ciudad, donde vivían los niños ricos.

Al límite de la ciudad, con la mejor vista al parque, se alzaba el castillo de Caperucita Roja. Tenía cuatro torres altas que se veían desde cualquier punto del pueblo. Como no podía ser de otra manera, tenía paredes rojas y techos de un rojo oscuro. Estaba rodeado por un foso, con su propio molino de agua.

La estructura se veía gigantesca desde la distancia. Sin embargo, a medida que se acercaban, notaron que no era tan inmensa como creían; solo estaba construida para *parecer* de gran tamaño. El foso a su alrededor era tan pequeño que uno de los mellizos podía haberlo cruzado de un paso con facilidad.

–Apuesto a que la canasta de Caperucita está ahí dentro, en algún lugar –dijo Conner.

Alex tomó el diario de su bolso y comenzó a leerle a su hermano las instrucciones para conseguir la canasta.

A diferencia de cualquier otro palacio o castillo, no es muy difícil entrar en el de Caperucita. Fue construido tan rápido después de la R.A.C.A.L. que los obreros olvidaron incluir algunas necesidades básicas. Por ejemplo, las ventanas de la cocina ubicadas en la parte trasera del castillo no tienen cerrojo.

El Reino de la Capa Roja es el más seguro y pequeño de todos; por lo tanto, cuenta con pocos guardias y soldados. Los pasillos del castillo están patrullados tan solo hasta la medianoche, y los guardias no regresan hasta el amanecer.

Ingresen al castillo entre la medianoche y el amanecer a través de las ventanas de la cocina y manténganse alejados de los pasillos principales. Si hacen eso, deberían estar a salvo.

La Reina Caperucita Roja posee una habitación especial en sus aposentos destinada a todas las canastas que ha obtenido y que le dieron a lo largo de los años. Encuentren esa habitación, y hallarán la canasta original, la que llevó a la casa de su abuelita hace tanto tiempo atrás.

No necesitan llevarse toda la canasta, solo un trozo pequeño de la madera que recubre el borde. Debería ser fácil de identificar, dado que le falta un trocito de madera que yo le saqué.

–Y yo que esperaba que pudiéramos tocar la puerta y pedírsela – dijo Conner.

Alex levantó la vista para observar todas las torres y ventanas. Se preguntó cuál pertenecía a la habitación en la que encontrarían la canasta. Y mientras observaba el castillo, algo totalmente diferente le llamó la atención.

–¡Mira allí! –exclamó Alex y señaló el cielo.

Conner se dio vuelta para mirar en la dirección que le indicaba su hermana. Salía desde el suelo y se elevaba unos treinta metros en el aire; era un tallo de frijol gigante.

–¡Debe ser el tallo de Jack! –dijo Alex–. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

–No, pero estoy seguro de que quieres ir a verlo... –dijo Conner, y, antes de que pudiera terminar de hablar, Alex se había lanzado hacia allí.

Los mellizos corrieron a través del pueblo y tuvieron que tomar un sendero que se alejaba del lugar para llegar al tallo. Dejaron atrás un par de casitas y más campos en su camino. Era mucho más lejos de lo que habían pensado. Después de un rato, vieron en la distancia la base del tallo.

Era grueso y enrulado y tenía hojas enormes. Crecía justo al lado de una casa mal construida, vieja y deteriorada que solo tenía espacio suficiente para albergar una habitación en su interior. Un poco más alejada, detrás del tallo y de la casa, había una mansión elegante de ladrillos amarillos; por la cantidad de chimeneas y ventanas que tenía, también debía contar con una docena de habitaciones.

–¿Cuál de esas es la casa de Jack? –preguntó Conner mientras se acercaban al tallo.

Alex reflexionó un momento antes de darle la respuesta.

–Esa casa debe haber sido donde Jack vivió con su madre cuando eran pobres, y luego de derrotar al gigante y de volverse rico, ¡deben haber construido un nuevo hogar detrás del anterior! –dijo con alegría–. ¡Las casas son de él!

Conner se encogió de hombros. No tenía motivos para dudar de la suposición de su hermana.

–¡Mira qué alto es! –exclamó Alex una vez que habían llegado a la base del tallo–. ¡Debe haber sido muy valiente para treparlo!

En ese momento, escucharon un portazo, y un hombre salió de la mansión. Era joven y alto, tenía el cabello corto y hombros anchos. Era muy atractivo, pero tenía una expresión melancólica. Llevaba un hacha y un tronco.

–¡Mira, Alex! –susurró Conner–. ¡Crees que ese es Jack?

–No lo sé –respondió Alex en el mismo tono–. Vamos a preguntarle.

El hombre puso el tronco sobre un tajo que se encontraba en el jardín delantero y comenzó a cortarlo en piezas más pequeñas.

–¡Hola! –saludó Alex, siendo amistosa por demás.

–Hola –respondió el hombre, sin siquiera levantar la vista y continuando con su trabajo.

–¿Eres Jack? –le preguntó Conner.

–Sí –dijo el hombre–. ¿Necesitan algo?

–No, solo estamos de paso –respondió Alex–. Vimos tu tallo desde el pueblo y queríamos verlo de cerca.

–A muchas personas les pasa lo mismo –comentó Jack–. Tengo que talarlo una vez por semana porque crece muy rápido.

La expresión en su rostro apenas cambió mientras cortaba leña. Tal vez estaba acostumbrado a que desconocidos se acercaran a su casa y a su tallo, y por eso se había vuelto indiferente a la atención.

–Tienes una casa hermosa –dijo Alex.

–Excepto por esa monstruosidad en el frente –agregó Conner y señaló con la cabeza la casa mal construida que estaba a sus espaldas.

–¡Conner, sé amable! –exclamó la chica.

–La transformé en un taller –comentó Jack. Terminó de cortar la leña, recolectó las piezas, ingresó en la casa mal construida y cerró la puerta de un portazo.

–Bueno, alguien no es muy conversador –lanzó Conner.

–Me pregunto qué le sucede. Parece tan diferente –comentó Alex.

–¿Ya lo conocías? –preguntó Conner. A veces se preguntaba si ella se había olvidado de que pertenecían a otro mundo.

–No, me refiero a que es muy distinto a la forma en que siempre se lo describió –dijo Alex–. Él siempre fue aventurero y enérgico. Me pregunto qué lo está molestando.

–Tal vez no le gusta que las personas se acerquen a su casa –comentó Conner–. Si yo fuera él, a mí también me molestaría muchísimo...

Conner tenía otro comentario sarcástico para hacer, pero se distrajo por un sonido agudo que provenía del interior de la mansión.

–¿Escuchas eso? –le preguntó a Alex–. Suena como si alguien estuviese *cantando*.

Ambos se dieron vuelta para observar la mansión cuando los postigos de una ventana se abrieron de un empujón. Los mellizos no lo habrían creído de no haber estado tan cerca, pero detrás de la ventana abierta había una mujer dorada.

Estaba cantando alegremente, con su voz de soprano, una balada tan fuerte como podía. Unas cuerdas sonaban como acompañamiento, pero los mellizos no podían ver de dónde salía la música.

*Oh, el día está aquí, al igual que mi voz,
para soñar con las aves de vuelo veloz.*

*Si tuviera piernas, quisiera el mundo ver y por él viajar,
pero solo soy un arpa, y en esta ventana me debo quedar.*

Giró para enfrentar a los mellizos mientras cantaba la última nota, y ellos notaron que tenía un grupo de cuerdas conectado a su espalda. Las cuerdas mágicamente tocaban al ritmo de su voz. Era un arpa mágica.

–¡Hola, niños! ¡No los vi! –dijo el arpa.

–¿Eres el arpa mágica? –preguntó Alex, saltando–. ¿La misma que Jack rescató del gigante?

–¡La mismísima, única e incomparable! –dijo el arpa, e hizo una pose teatral–. ¡Y gracias al cielo que me rescató, porque los gigantes tienen muy mal gusto para la música! ¡No podrían creer las canciones horribles que me obligaban a interpretar! ¡Todas las letras eran sobre comer ovejas o pisar aldeanos! ¿Quieren que cante para ustedes?

–No, gracias –respondió Conner.

El arpa se ofendió ante su respuesta.

–¡Lo recuerdo como si fuera ayer! –continuó–. Allí estaba yo, ocupada con mis asuntos, siendo la esclava del gigante, cuando de pronto este aldeano flaco pasó caminando, entonces yo le dije: “¡Hola! ¿Por qué no me rescatas? ¡Me vendría bien que lo hicieras!”. De repente, estábamos bajando a toda velocidad por un tallo, ¡mientras nos perseguía el gigante! Jack taló el tallo y el gigante cayó y murió. ¡Pum! ¡Justo en las granjas de Bo Peep! ¡Fue un día agitado!

–¡Qué aterrador! –exclamó Alex.

–¡Fue el día más emocionante que había tenido en cien años! De todas maneras, todo terminó de manera maravillosa. Jack y su madre se volvieron ricos, yo dejé de ser una esclava, ¡y la familia de Bo Peep dijo que el gigante fue el mejor fertilizante que habían tenido sus granjas!

Eso está muy mal, se dijo Conner a sí mismo.

–¿Qué están haciendo ustedes dos aquí? –les preguntó el arpa con una gran sonrisa.

Alex y Conner se miraron, ambos con miedo de responder.

–Solo estamos de visita –dijo Alex–. Jamás habíamos venido al Reino de la Capa Roja.

–Estábamos en el pueblo, vimos el tallo y quisimos verlo de cerca –agregó Conner.

–Entonces, ¡bienvenidos! –exclamó el arpa–. ¿No les encanta este lugar? ¡A mí me fascina! ¡He viajado por el mundo y jamás me he sentido más cómoda! ¡Es un sitio tan seguro! Las personas son todos granjeros amables, y lo mejor es que no se le permite la entrada a ningún lobo. ¿Están considerando mudarse aquí? ¿No sería agradable? ¡Creo que deberían mudarse aquí y visitarme todos los días!

El arpa era muy conversadora, y los mellizos podían notar que estaba desesperada por llamar la atención. Pasar todos los días encerrada en una casa no debía ser fácil.

–De hecho, estamos de camino a casa –dijo Conner–. Solo tenemos que hacer una parada en el castillo de Caperucita Roja, y luego nos iremos. Jamás hemos estado en...

–¡Deberían dejar que Jack los lleve! –sugirió el arpa–. Él irá esta tarde para reunirse con la Reina Caperucita Roja.

–¿Sí? –preguntó Alex.

–Oh, sí –respondió el arpa–. La visita al fin de cada semana y siempre le lleva una canasta hecha a mano.

El arpa miró de lado a lado para asegurarse de que nadie estaba escuchándola. No había nadie a la vista.

–Bueno, no se enteraron de esto por mí –comentó el arpa, ansiosa, con el tono de una chismosa–. ¡La Reina Caperucita lo cita en el castillo todas las semanas y le propone matrimonio! ¡Pobrecita! ¡Ha estado enamorada de él desde que eran niños!

–¿De verdad? –preguntó Alex–. ¿Eso significa que se van a casar?

–Oh, por todos los cielos, no –respondió el arpa–. ¡Jack no la soporta! Siempre la rechaza.

–¿Por qué haría eso? ¿No quiere convertirse en rey? –preguntó Conner.

–Su corazón le pertenece a otra persona –dijo el arpa con tristeza, y las cuerdas en su espalda tocaron un acorde melancólico.

–¿A quién ama? –preguntó Alex.

–Déjame adivinar –dijo Conner–. ¿A la señorita Mufete?

–Claro que no –respondió el arpa–. La señorita Mufete se casó con Georgie Porgie pero, como todos saben, él ha tenido varias amantes, aunque eso no viene al caso...

–Volvamos a Jack –dijo Alex.

–Ah, sí. Bueno, no estoy segura de quién está enamorado. Jamás la he visto –comentó el arpa–. Todo lo que sé es que él ya no es el mismo desde que ella se mudó.

Alex y Conner intercambiaron miradas con la misma expresión curiosa. ¿Quién podría ser? ¿Ese era el motivo por el cual estaba tan triste?

La puerta de la casa mal construida se abrió, y Jack salió con una canasta hecha de las piezas de madera que había cortado hacía unos minutos.

–Oye, Jack, ¡tengo una idea maravillosa! –gritó el arpa–. ¿Por qué no llevas a estos dos chicos al castillo? ¡Jamás lo visitaron!

Jack parecía dubitativo.

–¡Por favor, señor Jack! –rogó Alex–. ¡No le causaremos ningún problema!

–¡Vamos, Jack! ¡Alégraos el día! –suplicó el arpa.

–De acuerdo –respondió él.

Se dio vuelta y comenzó a caminar hacia el pueblo. Los mellizos corrieron detrás de él.

–Muchísimas gracias –le dijo Alex al arpa.

–¡De nada! –respondió ella–. Vuelvan y visítenme... ¡por favor!

Jack caminaba muy rápido. Sus piernas eran mucho más largas que las de los mellizos, por lo que les resultaba difícil seguirle el paso.

–Es muy amable de tu parte dejarnos ir contigo –le dijo Alex a Jack, pero él nunca levantó la vista del suelo.

–No eres muy conversador, ¿verdad? –preguntó Conner.

–No tengo mucho que decir –respondió Jack.

Conner asintió; él lo entendía perfectamente. Mientras se acercaban al pueblo, Alex hizo que su hermano se le acercara.

–Qué suerte tenemos –le dijo–. ¡Si entramos al castillo y obtenemos la canasta, ¡estaremos fuera de este reino en cuestión de segundos!

Pasaron por el pueblo y llegaron a destino. Había un par de puertas de madera enormes en la entrada del castillo. Jack las golpeó. Un minuto después, una ventanita que estaba en el centro de la puerta se abrió y aparecieron un par de ojos.

–¿Quién está ahí? –preguntó una voz al otro lado.

–Soy Jack –dijo él–. De nuevo.

–¿Quiénes son esos que están detrás de ti? –preguntó la voz, y los ojos miraron por encima del hombro de Jack y se enfocaron en Alex y Conner. Los chicos saludaron con la mano con torpeza.

–Ah... ¿Cómo se llamaban? –les preguntó.

–Alex y Conner –respondió la chica, mostrándole los pulgares levantados.

–Estos son mis amigos, Alex y Conner. Me acompañarán hoy –dijo Jack.

Las puertas se abrieron, y los mellizos siguieron a Jack dentro del castillo.

Parecía una versión condensada del palacio de Cenicienta. Los pasillos no eran tan largos, y los muebles no eran tan lindos. Había muchos retratos colgados de las paredes, pero todos eran de la Reina Caperucita Roja con distintas edades y en diferentes poses, cada una más ostentosa que la anterior.

Los mellizos esperaron junto a Jack en un pasillo, delante de otro par de puertas. Jack golpeó y se sentó en un banco.

–Esto siempre tarda un poco –explicó Jack.

Una sucesión de pasos y de sonidos rápidos provenían del otro lado de la puerta.

–*Espera, no abras. ¡No estoy lista todavía!* –susurró alguien–. *¡Alcánzame la capa! ¡No, esa no, la otra, con la capucha! ¡Rápido!*

Jack comenzó a silbar mientras esperaba.

–*¿Cómo me veo? ¿Y mi vestido? ¿Te parece bien?* –los murmullos continuaban–. *Está bien, estoy lista. ¡Déjenlo entrar! ¡Rápido!*

Jack se puso de pie cuando una sirvienta con el rostro rosado y sin aliento abrió las puertas. La mujer escoltó a Jack adentro, y los mellizos lo siguieron.

Ingresaron en una habitación larga con ventanas altas a ambos lados. Las paredes estaban cubiertas por más retratos de la reina. La cabeza de un lobo gigante con ojos rojos y dientes filosos los miraba desde el suelo. Era igual a los lobos que los mellizos habían visto en el Bosque de los Enanos. Al principio se asustaron, pero luego descubrieron que solo era una alfombra extendida de piel de lobo. Ellos sabían sin necesidad de preguntar que la alfombra debía haber sido el mismísimo Gran Lobo Feroz en algún momento.

En el otro extremo de la habitación, sentada en un gran trono en una posición elegante, casi *demasiado* elegante, estaba la Reina Caperucita Roja.

–¡Hola, Jack! –dijo la reina.

Caperucita Roja era una joven muy bonita, que aparentaba más o menos la misma edad que Jack. Tenía ojos azules vibrantes y cabello rubio, que estaba peinado seductoramente detrás de su corona. Llevaba un largo vestido rojo, una capa con capucha que combinaba con él y un corsé rosa. Tenía puesto un collar con un diamante enorme, los hombros descubiertos, y guantes largos con una docena de anillos brillantes en los dedos.

Estaba mostrando demasiada piel, usando demasiado maquillaje y vestida demasiado bien para ser mediodía.

–Hola, Roja –dijo Jack.

–¡Qué sorpresa! ¡No te estaba esperando! –comentó ella.

–Ajá –dijo Jack.

–Y veo que trajiste a tus... ¿*invitados*? –preguntó Roja. No estaba feliz de ver que Jack y ella no estaban solos.

–Sí, ellos son Alex y Conner –respondió Jack.

–¡Hola! –dijo Alex con timidez.

–¿Cómo estás, Roja? –le dijo Conner, y luego recibió un codazo de su hermana.

–Hoooola –repuso Roja detrás de una sonrisa apretada y muy falsa–. Bienvenidos a mi castillo. Por favor, tomen asiento.

Roja aplaudió, y dos sirvientes colocaron una gran silla acolchonada junto a su trono para que Jack se sentara. Les trajeron a Alex y a Conner un taburete pequeño para cada uno, para que se ubicaran alejados de Roja y Jack.

Jack movió la silla hacia atrás, alejándola un par de metros del trono antes de tomar asiento. Le entregó a Roja la canasta que había hecho para ella.

–¿Esto es para mí? –le pregunto la reina–. ¡Oh, qué considerado de tu parte! ¡Eres más dulce que la miel! ¡La voy a cuidar bien!

–Siempre lo haces –dijo Jack.

–Bueno, cuéntame, ¿alguna novedad? –le preguntó Roja a Jack. Se estaba inclinando hacia él lo más que podía sin caerse del trono.

–Nada nuevo –dijo Jack–. Lo mismo de siempre –su lenguaje corporal dejaba en evidencia que él estaba listo para partir desde el momento en que se había sentado–. ¿Cómo está el reino?

–Oh, nunca me preocupo por esas cuestiones como la economía, la seguridad, necesidades de los aldeanos y bla, bla, bla... –respondió Roja–. Mi abuela se ocupa de todos esos menesteres por mí. De todos modos, es mucho mejor que yo para hacerlo.

La reina se cansó de sostener la canasta. Chasqueó los dedos, y su sirvienta se acercó a buscar el objeto.

–Ponla con el resto –ordenó Roja.

La sirvienta se llevó la canasta y salió de la habitación. Los mellizos calcularon que era su oportunidad.

–¿Podemos ver el resto? –preguntó Alex.

–¿El resto? –repitió Roja.

–El resto de las canastas –dijo Alex. Roja la miraba con extrañeza–. Mi hermano adora las canastas.

Conner asintió, siguiéndole el juego.

–¡Me fascinan! ¡Son mi objeto favorito en todo el mundo! –dijo Conner–. Ya sabes lo que dicen, ¡la vida es mejor con canastas!

Roja los observaba como si fueran las personas más raras que había conocido en su vida.

–Si quieren... –dijo ella, y los echó.

Alex y Conner se levantaron de un salto y siguieron a la sirvienta fuera de la habitación hasta el final del pasillo.

–¿Dónde guarda la Reina Caperucita Roja todas sus canastas? –le preguntó Alex a la sirvienta, y luego le guiñó un ojo a Conner. No era muy buena para disimular.

–Tiene una recámara dedicada exclusivamente a ellas –respondió la sirvienta.

–Entonces, ¿tiene una habitación para canastas? –preguntó Conner.

–Sí, y si ustedes recibieran tantas como ella lo hace todos los años, también tendrían una –dijo la sirvienta.

–¿De cuántas canastas estamos hablando? –inquirió Conner.

–Ya lo verás.

La sirvienta abrió una puerta y los tres entraron. La habitación tenía el doble de tamaño que la habitación en donde habían estado

recién, y estaba llena, del suelo al techo, de miles y miles de canastas.

Algunas estaban en estantes; otras, ordenadas con prolijidad, y otras apiladas por la habitación. La sirvienta arrojó la canasta de Jack sobre una pila que estaba a un costado.

–La reina recibe varias en cumpleaños, festividades y en cualquier otra ocasión especial –explicó la sirvienta–. Algunas son de los aldeanos, otras de amigos y otras de monarcas de reinos vecinos.

Alex y Conner observaron la habitación con la boca abierta. ¿Cómo iban a encontrar la canasta que buscaban en ese desorden?

–¿Te importa si miramos un poco? –logró preguntar Alex después de superar el estado de shock.

–Supongo que no hay problema –dijo la sirvienta. Observó a los mellizos con curiosidad y luego los dejó dentro de la habitación.

Los mellizos apenas podían respirar. Sentían como si, de pronto, alguien les hubiera atado una pesa en el pecho.

–¡Nunca en mi vida me he sentido tan abrumado! –confesó Conner–. Esto es como intentar hacer toda la tarea de las vacaciones el día anterior a que empiecen las clases, pero mil veces peor. ¿Cómo vamos a revisar todas?

–No es tan grave... –dijo Alex, intentando convencerlo, pero ni siquiera podía convencerse a ella misma–. Solo tenemos que empezar. Tú revisas ese lado, y yo el otro. Vamos.

Se separaron y comenzaron a revisar a toda prisa las interminables pilas y pilas de canastas, para encontrar la que tuviera el borde de madera. Sabían que no tenían demasiado tiempo y con cada segundo que pasaba, se ponían más ansiosos.

Nunca pensaron que podía haber tantas formas, tamaños y diseños de canastas. Al igual que un copo de nieve, cada una era distinta a la anterior.

Alex estaba paranoica, pensando que había pasado por alto la que necesitaban. Conner seguía clavándose astillas y gritando: “¡Ay!”.

Habían estado allí alrededor de una hora y aún no habían revisado ni un cuarto de la habitación. Estaban desordenando todo. Desde que entraron, el lugar se había vuelto el doble de caótico. Incluso Alex no dudaba al tirar canastas por doquier una vez que ya las había examinado.

–¡Es imposible! –gritó Conner, pateando una pila de canastas.

Justo cuando las pateaba, la puerta se abrió de par en par, y la sirvienta regresó.

Alex y Conner se quedaron quietos. Ella estaba horrorizada por el caos que habían causado.

–No sé qué demonios estaban haciendo, pero creo que es hora de que se vayan –dijo.

La sirvienta los escoltó de vuelta a la sala del trono. Esta vez, los miró como un halcón mientras se sentaban en los taburetes.

La Reina Caperucita Roja estaba, literalmente, colgada del trono, sujetándose a la silla de su invitado mientras le hablaba. Los mellizos jamás habían visto a Jack tan aburrido e inerte. Ninguno de los dos notó que los hermanos habían regresado.

–Sabes, Jack –dijo Roja, dibujando círculos con el dedo en el antebrazo de él–, el Reino de la Capa Roja no es un *reino* sin un *rey*

...

–Tal vez deberías cambiarle el nombre al Reino sin rey de la Capa Roja –dijo Jack.

Roja se rio más de lo debido.

–¡Eres tan gracioso! Pero no me refería a eso. Lo que estoy tratando de decirte, Jack, es que nunca he estado tan lista para casarme como en este momento. Si *alguien* me propusiera casamiento hoy, ¡le diría que sí! ¿Conoces a *alguien* que tal vez esté interesado en casarse conmigo? ¿En ser rey? ¿*Alguien* ?

De pronto, una paloma blanca pasó volando cerca de una de las ventanas y se posó en el alféizar. En cuanto Jack la vio, el rostro se le iluminó. Sus ojos se agrandaron, y sonrió; por una vez, parecía feliz.

Giró para enfrentarse a Roja. Claramente, ella tampoco estaba acostumbrada a verlo en ese estado. Los mellizos casi podían ver cómo el corazón le latía aceleradamente mientras el entusiasmo le recorría el cuerpo. ¿Le iba a proponer matrimonio? ¿Era este el momento que ella había estado esperando por tanto tiempo?

–Roja –dijo Jack.

–¿Sí, Jack? –respondió ella.

–Tengo que irme –dijo el hombre, dando un salto y dirigiéndose hacia la puerta. Roja casi se cae del trono.

–¿Irte? ¿Irte a dónde?

–A casa –respondió Jack, sin siquiera mirarla–. Te veré la próxima semana.

Roja se cruzó de brazos e hizo una mueca de disgusto. Él era lo único que evitaba que ella lo tuviera *todo*.

Los mellizos creyeron que lo mejor era irse con Jack, por eso lo siguieron para dejar el castillo.

–Fue maravilloso conocerlos, Alex, Conner –les dijo, y les dio la mano.

–Igualmente –respondió Alex–. Gracias de nuevo por traernos hasta el castillo.

–¡Fue un placer! Espero volver a verlos pronto –dijo Jack, y luego se dirigió en dirección a su hogar, con paso alegre.

Era muy extraño. Ahora actuaba como la persona que Alex siempre había pensado que sería.

–¿Qué le pasa a ese tipo? ¿Cómo hace alguien para pasar de zombie a animador de fiestas en cuestión de segundos? –preguntó Conner.

–No lo sé –respondió Alex, mirándolo mientras se alejaba–. Es un hombre muy raro.

–Parece que vamos a tener que entrar a escondidas al castillo después de todo –dijo Conner, sentándose en el piso de golpe.

–Al menos sabemos qué esperar esta noche, y ya revisamos una gran parte del lugar –comentó Alex–. Solo debemos esperar hasta la medianoche.

–Y mientras tanto, me vendría muy bien una siesta –respondió su hermano.

Los mellizos caminaron por la calle y reservaron una habitación en la Posada del Zapato. Su habitación tenía una vista perfecta al castillo de Caperucita Roja. Estaban cerca de alguna parte de la lengüeta del zapato, porque un par de agujetas atravesaba sus paredes. La habitación también tenía una tina, por lo que ambos se turnaron para bañarse, dado que no habían podido hacerlo en mucho tiempo.

–Creo que ese fue el mejor baño que tendré en mi vida –lanzó Conner.

Ambos decidieron descansar un rato y, en cuanto sus cuerpos tocaron la cama, se sumieron en un profundo sueño. Durmieron por un par de horas y se despertaron unos minutos antes de la medianoche.

–¿Cuál es nuestro plan para esta noche? –le preguntó Conner a su hermana—. Será la primera vez que entremos a escondidas a un lugar, así que estoy extra ansioso.

–Repasemos todo lo que tenemos hasta ahora –propuso Alex, y desparramó el contenido de sus mochilas sobre la cama.

»Tenemos dos mantas, una bolsa de monedas de oro, una daga, un mechón de pelo de Rapunzel, un zapato de cristal, un mapa, un diario y un paquete de comida –dijo Alex—. Podemos usar la daga para cortar un trozo de madera de la canasta, pero va a estar muy oscuro. Necesitaremos alguna luz.

–Llévemonos estos faroles –propuso Conner, tomando los dos que estaban junto a sus camas.

–Genial –dijo Alex—. Debemos planear cómo nos marcharemos del reino apenas terminemos, por si tenemos algún problema. Podemos ir a la entrada Este, así nos acercaremos a la frontera del Reino de las Hadas.

Conner bajó la cabeza.

–Y yo que esperaba regresar a esta cama...

Quince minutos antes de la medianoche, Alex y Conner juntaron sus cosas, encendieron los faroles, y dejaron la Posada del Zapato. Atravesaron el pueblo para llegar al castillo. Todo era muy silencioso a la noche; ni siquiera los animales de granja estaban despiertos a esa hora.

Se escondieron detrás de la pared de Humpty Dumpty y vieron a través de las ventanas del castillo cómo los guardias patrullaban los pasillos.

–Solo faltan unos minutos para que se vayan –dijo Alex.

Unos minutos después, veían cada vez menos guardias caminando detrás de las ventanas.

–¿Se fueron? –preguntó Conner.

–¡Así parece! Vamos –dijo Alex.

Corrieron hasta la parte trasera del castillo y vieron una gran cocina detrás de un par de ventanas. Saltaron por encima del foso,

¡sabían que podrían hacerlo!, y abrieron la ventana. Tal como decía en el diario, no tenía cerrojo, y se abrió con facilidad.

Alex entró primero, gateando en la cocina. Intentó hacer el mayor silencio posible; el único ruido que hacía provenía de los intensos latidos de su corazón. Conner entró después y se chocó contra una pila de cuencos y sartenes.

–¡Voy a matarte! –le dijo a Conner, moviendo los labios. Estaba mortificada.

–¡Lo siento! –respondió él de la misma manera.

Esperaron un instante para corroborar si alguien había escuchado el ruido, pero nadie apareció.

Los mellizos dejaron la cocina y se encontraron en un pasillo que tenía, para sorpresa de nadie, más retratos de Caperucita Roja.

–A Caperucita sí que le gusta que la retraten –comentó Conner.

–Tal vez hay muchos retratos de ella porque es la primera monarca que el reino ha tenido. No es un lugar con la historia del Reino Encantador –supuso Alex.

–O solo es una imbécil egocéntrica –añadió Conner.

Caminaron por el pasillo, luego tomaron otro, subieron unas escaleras y luego bajaron otras que llevaban a otro pasillo.

–¿Sabes a dónde estás yendo? –le preguntó Conner.

–¡Pensé que te estaba siguiendo a ti! –dijo Alex.

–¿Qué? ¿Desde cuándo me sigues a mí? –preguntó Conner.

Una sombra se dirigía hacia ellos desde el final del corredor. A medida que se acercaba, pudieron ver que era la silueta de un guardia.

–¡Un *soldado* ! –susurró Alex, y señaló la sombra. Corrieron por el pasillo y entraron en la primera habitación que encontraron.

El lugar estaba oscuro como boca de lobo.

–¿Y ahora dónde estamos? –preguntó Conner.

–¿Por qué me haces preguntas de las que sabes que no sé la respuesta? –respondió Alex.

La chica esperó junto a la puerta y escuchó a través de ella para saber cuándo pasaba el guardia. Conner caminó por la habitación con las manos estiradas en la oscuridad para no chocarse contra nada.

Sus ojos comenzaron a adaptarse a la penumbra.

–Alex, creo que puedo ver algo... –Conner se acercó hacia lo que creyó que era una entrada y, de pronto, vio un rostro pálido observándolo. Se cayó al suelo, asustado. Gritó lo más despacio que pudo.

»¡Alex! ¡Hay alguien parado en la entrada! ¡Es tan escalofriante y feo! –dijo Conner, señalándolo.

La chica corrió a su lado y entrecerró los ojos para ver de qué hablaba su hermano.

–Eso no es una entrada; ¡es un espejo, idiota! –le dijo Alex.

–Ah –respondió Conner, y su hermana lo ayudó a ponerse de pie.

–Qué garras tan grandes tienes –dijo una voz detrás de ellos, haciéndolos saltar en el aire.

Se dieron vuelta y vieron una enorme cama con dosel que tenía sábanas rojas y estaba rodeada de cortinas blancas. Allí, hablando dormida, estaba la Reina Caperucita Roja.

–¡Estamos en la habitación de la reina! –le susurró Conner a su hermana.

–Qué nariz tan grande tienes, abuelita –dijo Roja, que seguía bajo un sueño profundo.

–¿Está teniendo una pesadilla? –preguntó Conner.

–Pero qué dientes tan filosos tienes... ¡Loobo! –gritó Caperucita, sentándose de golpe en la cama, despierta. Para alejarse de la vista de la reina, Alex y Conner se hundieron hacia el piso en el lugar donde estaban.

No podía respirar, y perlas de sudor aparecieron en su frente. Finalmente, recobró el aliento.

–Otra vez no –dijo la reina y luego, frustrada, se volvió a acostar.

Los mellizos tenían miedo de moverse.

–¿Ya se durmió? –preguntó Conner.

–¿Cómo nos vamos a dar cuenta? –preguntó Alex.

–Qué brazos tan fuertes tienes, Jack –balbuceó Roja.

–Creo que ya está dormida –comentó Conner, y se puso de pie con seguridad.

–Qué labios tan suaves tienes, Jack –dijo Roja.

–¡Salgamos de aquí antes de que continúe con la descripción! –propuso Conner.

Volvieron al corredor y caminaron por el castillo un rato más. Todos los pasillos eran parecidos, y creían que era imposible encontrar la habitación con las canastas. Cada vez que pensaban que habían dado con la puerta correcta, terminaban en una sala de estar, un comedor o un salón de baile.

–Busquemos la entrada principal del castillo y volvamos sobre nuestros pasos hasta llegar al salón del trono... –comenzó Alex, pero Conner la interrumpió.

–No hace falta. Las canastas están ahí dentro –dijo, señalando una puerta que estaba junto a ellos.

–¿Cómo lo sabes? –le preguntó Alex.

–Porque recuerdo que ese retrato de Roja estaba junto a la habitación de las canastas –respondió Conner, y señaló un retrato en el que Caperucita Roja apenas llevaba ropa, solo estaba cubierta por una piel de lobo.

Alex le dedicó una mirada fulminante a su hermano.

–¿Qué? –preguntó él con una sonrisita cómplice–. Es memorable.

Empujaron la puerta y encontraron la habitación en la que habían pasado toda la tarde.

–Retomemos donde nos habíamos quedado –propuso Alex. Se dividieron y se dirigieron hacia las zonas donde habían estado buscando antes.

Ya había sido difícil buscar durante el día, pero lo era aún más durante la noche, ya que solo tenían la luz de sus faroles. Después de algunas horas, el nivel de ansiedad de los mellizos era tan alto como el tallo de Jack.

De repente, los niños escucharon un fuerte *¡clank!*

–¿Qué fue eso? –preguntó Alex.

–¡Mira ahí arriba! –dijo Conner, señalando la ventana. En el borde había un objeto brillante en forma de X.

–¿Qué es eso? –preguntó Alex.

–¡Es un garfio para escalar! –comentó Conner. La cuerda se tensó con fuerza–. ¡Creo que alguien está subiendo! *¡Escóndete!*

Dejaron los faroles en el suelo y se ocultaron detrás de una pila de canastas.

Un momento después, una silueta apareció en la ventana. Sacó un cuchillo filoso, cortó un gran círculo en el vidrio, y silenciosamente

ingresó en la habitación. Era una mujer que los mellizos jamás habían visto. Su ropa estaba hecha de hojas de plantas unidas por costuras, y su cabello era de un tono rojizo tan oscuro que casi parecía violeta.

La mujer observó con detenimiento la habitación y miró con cautela los faroles. ¿Sabía que los mellizos estaban ahí? Al igual que un animal, comenzó a olfatear distintas áreas del lugar. Revisaba las canastas mientras olisqueaba, y descartaba algunas, arrojándolas detrás de ella.

Se movía usando su nariz como guía, hasta que finalmente un área le llamó la atención. Se subió a una pila de canastas para alcanzar un estante, estiró la mano hasta el fondo y sacó una canasta. Tenía el borde recubierto en madera.

Alex y Conner intercambiaron miradas.

¡Ahí estaba!

La mujer tomó un gran trozo de madera y lo guardó en su cinturón por seguridad. Luego, puso de nuevo la canasta en el estante, bajó y se dirigió hacia la ventana.

Estaba a punto de salir cuando escuchó un *¡Ay!*, que provenía del otro lado de la habitación. Conner se había clavado otra astilla mientras permanecía oculto detrás de las canastas.

–¡Conner! –dijo Alex, solo moviendo los labios.

–¡Lo siento! –susurró el chico.

La mujer se acercó hasta su escondite y entrecerró los ojos en dirección a ellos por un segundo. Alex y Conner estaban demasiado asustados como para siquiera respirar. Estaban seguros de que ella sabía que estaban allí. ¿Qué les iba a hacer?

La mujer miró al suelo, donde se encontraba uno de sus faroles, y una sonrisa tímida iluminó su rostro. Lo pateó contra una pila de canastas y desapareció por la ventana, usando la cuerda que estaba sujeta al garfio para bajar.

–¡Eso estuvo cerca! –dijo Conner–. Qué bueno que no nos encontró. De otra manera, estaríamos en...

–¡Conner! ¡Mira! –gritó Alex. La pila de canastas que se encontraba cerca de donde la mujer había pateado el farol estaba incendiándose.

–Ay, no –dijo Conner–. Tenemos que salir de aquí.

–No hasta que hayamos conseguido lo que vinimos a buscar – repuso Alex. Introdujo la mano en su mochila y sacó la daga. Trepó corriendo la pila de canastas hasta alcanzar el estante, tal como había hecho la mujer. No era tan alta como la extraña, así que tuvo que extender el brazo un poco más para poder sujetarse.

–¡Alex, apresúrate! –exclamó Conner. El fuego estaba creciendo y expandiéndose por la habitación, y consumía todo lo que había en su camino.

Conner intentó apagarlo soplando, pero no funcionó. Eran llamas grandes, no velas de cumpleaños.

Alex tuvo que subir al estante para llegar a la canasta, pero finalmente logró alcanzarla.

–¡La tengo! –gritó mientras la acercaba. A la madera que estaba alrededor del borde le faltaban dos trocitos, uno de quien sea que haya escrito el diario y otro de esa mujer.

Alex hundió la daga en la canasta y comenzó a recortar un trozo más.

–¡A menos que quieras irte de aquí siendo extra crocante, te aconsejo que te apresures! –gritó Conner. La mitad de la habitación estaba en llamas. El interior estaba tornándose demasiado caliente, y era casi insoportable. El humo negro invadía el aire y les dificultaba la respiración.

–Lo logré –dijo Alex, bajando y acercándose a Conner. Las llamas habían cubierto la puerta por la que habían ingresado.

–¿Cómo salimos de aquí? –preguntó Alex.

Escucharon el sonido de pasos apresurados que provenían del corredor. A través de las llamas, podían ver el rostro de varios guardias asustados.

–*¡Fuego! ¡Fuego en el castillo!* –gritó uno de ellos–. *¡Pongan a la reina a salvo! ¡Traigan agua!*

Otro guardia señaló directamente a los mellizos.

–*¡Ustedes dos! ¡Quédense ahí!*

–¡Eso no pasará! –gritó Conner. Sujetó una canasta particularmente pesada y la lanzó contra la ventana para romper el vidrio. Luego, le tomó la mano a su hermana y la arrastró hacia allí. Respiraron el aire fresco del exterior.

–¡Mira, el molino de agua está justo debajo de nosotros! –dijo Conner, y salió por la ventana, para bajar por la pared. Ayudó a su hermana a salir y descendieron juntos hacia el molino. A mitad de la bajada, las llamas explotaron por las ventanas de la habitación de las canastas; el lugar era un infierno.

El molino de agua comenzó a girar gracias al peso de los mellizos, haciendo que se cayeran al foso; no habría sido un aterrizaje tan brusco si el foso hubiese contado con una profundidad de más de un metro.

Los chicos salieron de allí y comenzaron a correr tan rápido como podían para alejarse del castillo. Ningún guardia ni soldado los estaba persiguiendo. Todos debían estar dentro, intentando apagar el incendio.

Alex y Conner salieron del pueblo corriendo y, en cuestión de minutos, ya estaban en camino hacia la entrada este del Reino de la Capa Roja. Solo miraron una vez hacia atrás y vieron que la mayor parte del castillo ahora estaba en llamas. Una estela gruesa de humo inundó el cielo.

–¿Fue la cuarta o la quinta vez que escapamos de la muerte esta semana? –preguntó Conner.

–¿Quién era esa mujer? –indagó Alex–. ¿Y por qué estaba buscando la canasta?

–Gracias a Dios que la encontró, si no nosotros no lo hubiéramos hecho –dijo Conner.

Un pensamiento muy preocupante apareció en la mente de Alex.

–Conner, no crees que alguien más esté buscando los objetos para el Hechizo de los Deseos, ¿verdad?

El chico tuvo que pensarlo un momento, pero ella podía notar que para él también era sumamente perturbador considerar esa idea.

–Lo dudo –dijo Conner–. Piensa en todo lo que tuvo que pasar el hombre que escribió el diario para enterarse de su existencia. Me sorprendería que alguien más sepa algo al respecto.

Alex asintió. Los dos sabían que era muy poco probable, pero la duda aún persistía en sus cabezas.

Pocas horas después, pudieron ver en la distancia la entrada este del Reino de la Capa Roja. Seguramente, los guardias ya habían extinguido el fuego del castillo, porque ya no había humo en el aire.

El cielo tenía tonalidades grises, justo antes del amanecer. Al acercarse a la puerta, pudieron ver a alguien moviéndose por allí. Asustados por todo lo que había sucedido, Alex y Conner se ocultaron detrás de un arbusto y observaron desde lejos.

Un hombre estaba caminando cerca de la entrada; era alto y parecía joven, y había algo que les resultaba extrañamente familiar en él.

–¿Ese no es Jack? –preguntó Alex.

Conner lo miró con más atención.

–¡Es él! ¿Qué está haciendo aquí, tan lejos de su casa?

De pronto, una silueta encapuchada apareció del otro lado de la puerta.

–¿Quién es ese? –susurró Conner.

Jack se acercó con cuidado a la entrada. Había tanta tensión entre él y quien sea que fuese la persona que estaba del otro lado, que los mellizos podían sentirla. Había estado esperando por esa persona durante toda la noche.

–Hola, Jack –dijo la silueta encapuchada.

–Hola, Rubia –respondió él.

Y en ese momento los mellizos se dieron cuenta de quién era: Ricitos de Oro.

Llevaba puesto el abrigo oscuro color granate con el que la habían visto en el Bosque de los Enanos.

–¿Cómo se conocen? –preguntó Alex.

–No tengo idea –respondió Conner, negando con la cabeza.

–Vi tu paloma –dijo Jack–. Sabía que tú debías de haberla enviado.

–Lo hice –respondió la mujer–. Estaba segura de que ibas a reconocerla. Es difícil entrenar palomas en estos días.

Por la manera en que estaban parados, los mellizos se daban cuenta de que Ricitos de Oro y Jack tenían mucho para decirse, pero dijeron muy poco. En lugar de eso, solo se miraron a los ojos con el cuerpo apretado contra los barrotes que los separaban.

–Odio estos barrotes –dijo Jack.

–Me temo que son los barrotes de esta puerta o los de una celda en prisión –respondió Ricitos.

–Estoy preocupado por ti todo el tiempo.

–Soy una niña grande. Puedo cuidarme sola –dijo Ricitos de Oro.

–Desearía que me dejaras ir contigo –confesó Jack–. Sabes que empacaría mis cosas y me marcharía ahora mismo si me lo permitieras.

–No tiene sentido arruinar dos vidas –replicó ella–. Encontrarás a alguien más algún día.

–Has dicho eso desde que te fuiste, pero mira, aquí estoy, año tras año, encontrándome contigo en secreto.

–¡Está enamorado de ella! –exclamó Alex, uniendo las piezas del rompecabezas–. Ella es la razón por la que Jack no se casa con Caperucita Roja. Ella es la muchacha de la que hablaba el arpa.

–¡Ah, bueno! –exclamó Conner–. ¡Esto parece una telenovela! Jack posó sus manos sobre las de Ricitos de Oro.

–Lo juro, si alguna vez encuentro a la persona que te escribió esa carta, la mataré –prometió Jack–. Es la persona responsable de todo este lío.

–Lo hecho, hecho está, y no puede revertirse –replicó Ricitos de Oro. Las frentes de ambos se tocaban a través de los barrotes.

–Un día, limpiaré tu nombre. Lo prometo. Así podremos estar juntos.

–¿Limpiar mi nombre? –exclamó Ricitos de Oro, alejándose de él–. ¡Soy una fugitiva, Jack! ¡Robo! ¡Huyo! ¡Hasta mato cuando tengo que hacerlo! Nadie puede limpiar eso. Es lo que soy; es en lo que me he convertido.

–No comenzó por tu culpa, y lo sabes –dijo Jack.

Ricitos de Oro dejó de hablar.

–Te amo. Y sé que tú me amas. No tienes que decírmelo. Solo lo sé –lanzó Jack.

–Soy una criminal, y tú eres un héroe –respondió ella con los ojos llorosos–. Una llama puede amar a un copo de nieve, pero no pueden estar juntos sin lastimarse el uno al otro.

–Entonces, deja que me derrita –propuso Jack. Se estiró por la puerta, acercó a Ricitos de Oro hacia él, y se besaron. Fue un beso apasionado, puro y deseado por mucho tiempo.

A Alex se le empañaron los ojos. Conner encogió el rostro como si hubiera oído algo espantoso.

–Menos mal que hay barrotes entre ellos –dijo Conner.

–Cállate –replicó Alex.

Ricitos de Oro se alejó de Jack dándole, un suave empujoncito.

–Tengo que irme –le dijo–. Debo estar lo más lejos que pueda de este lugar para el amanecer.

–Déjame ir contigo –suplicó Jack.

–No...

–¿Cuándo volveré a verte? ¿En una semana? ¿Un mes? ¿Un año? –preguntó Jack.

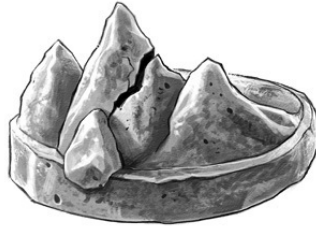
Avena caminó hasta Ricitos de Oro. Ella la montó de un salto y tomó las riendas.

–Solo espera a la paloma –esas fueron sus últimas palabras antes de cabalgar hacia la noche sobre su yegua.

Jack observó cómo se marchaba, hasta que desapareció. De pronto, toda la vida de su cuerpo se desvaneció y se volvió a convertir en el hombre triste que los mellizos habían conocido antes. Se alejó con pena y lentitud de la puerta, y se dirigió a casa.

–Supongo que no todos los personajes de los cuentos de hadas tienen un final feliz –dijo Alex.

Alex y Conner corrieron hasta la entrada. Como estaba cerrada, tuvieron que trepar sobre ella y, al hacerlo, lograron dejar atrás al Reino de la Capa Roja justo cuando el sol comenzaba a salir.



CAPÍTULO ONCE

EL TERRITORIO DE LOS TROLLS Y LOS GOBLINS

Alex y Conner estaban perdidos.
–No estamos perdidos, solo no sé con exactitud en dónde nos encontramos –le dijo Alex a su hermano.

–Entonces, en otras palabras, estamos *perdidos* –respondió Conner.

–¡Está bien, Conner, *estamos perdidos* ! –exclamó Alex, y lo golpeó con el mapa.

Se habían marchado tan apresurados del Reino de la Capa Roja que pensaron que tal vez habían tomado el camino equivocado.

Alex continuaba mirando el mapa, intentando descubrir dónde habían tomado la dirección equivocada, mientras se llevaba por delante arbustos y árboles.

–Podríamos estar en el Reino de las Hadas o, tal vez, de vuelta en el Reino Encantador –comentó–. Pero por lo poco que sé, como la puerta Este del Reino de la Capa Roja se encuentra cerca de varias fronteras, podríamos estar en el Reino Durmiente.

–¿Cómo se supone que alguien encuentre qué camino tomar en este lugar? ¡Solo hay árboles y senderos de tierra con algún que otro castillo! –exclamó Conner enojado–. ¡Nunca vamos a regresar a casa!

–Solo es un pequeño contratiempo. Retomaremos nuestro camino antes de que te des cuenta –dijo Alex.

–¿Y en qué camino estamos ahora exactamente? –preguntó su hermano–. Lamento tener que molestarte con esto, pero solo hemos

encontrado tres de los ocho objetos del Hechizo de los Deseos, y no sabemos cuáles son dos de ellos. Y, para ser honesto, ni siquiera estamos seguros de que el hechizo vaya a funcionar cuando consigamos todo. Si es que lo hacemos.

–No seas tan pesimista, Conner.

–Alex, solo estoy siendo realista. Aún tenemos que ir a muchos lugares y nos queda bastante terreno por cubrir. Y después de haber visto a esa extraña mujer selvática tomar un trozo de la canasta en el castillo de Caperucita Roja, creo que podríamos no ser los únicos que están buscando los objetos para usar el Hechizo de los Deseos. ¿Y si no tenemos éxito? ¿Pensaste en lo que haremos si nos quedamos atrapados aquí?

Ella no había pensado en eso y no quería hacerlo. Tenía miedo de que el hecho de pensar al respecto lo hiciera mucho más posible.

Alex miró con más detalle el mapa, recorriéndolo con el dedo índice.

–De acuerdo, creo que descubrí dónde nos equivocamos –dijo.

–¿Nos? Tú eres la que acaparó el mapa desde que lo obtuvimos – se quejó Conner.

–Está bien, creo que descubrí dónde *me* equivoqué –las mejillas de Alex se enrojecieron–. El sendero que deberíamos haber tomado se encuentra al otro lado del bosque que está junto a nosotros. Atravesaremos el bosque, seguiremos el sendero correcto y así estaremos en camino hacia el Reino de las Hadas.

–Genial –dijo Conner.

Se alejaron del sendero y entraron en el bosque. Después de caminar por un tiempo, notaron que todo estaba muy silencioso y extrañamente tranquilo; demasiado tranquilo, sobre todo para Conner. Él había tenido un mal presentimiento en el fondo del estómago desde que habían ingresado allí.

Los árboles eran más altos, pero cada vez que los niños miraban hacia arriba, no había pájaros, ni insectos ni nada que se balanceara de árbol en árbol. Todo el bosque, con excepción de los árboles, parecía inerte.

–Oye, Alex.

–¿Sí, Conner?

–¿Has notado que no hemos visto ningún animal ni ningún pájaro por un rato? –preguntó el chico.

–No, no lo había notado; he estado un poco preocupada –le dijo, todavía con la vista fija en el mapa.

–Solo digo, ¿no crees que es un poco extraño que seamos los únicos...? ¡Aaaaah!

Sin previo aviso, los mellizos se elevaron y quedaron suspendidos en el aire. Estaban colgando sobre el suelo en algún tipo de red hecha de sogas. Habían caído en una trampa.

–¿Qué está pasando? –gritó Alex–. ¿Qué es esto?

–¡Es una trampa! –exclamó Conner.

–¡Ayuda! –gritó Alex–. ¡Que alguien nos ayude!

Por desgracia para ellos, sus gritos fueron escuchados por las personas equivocadas. Dos siluetas corrieron por el bosque hacia ellos. Una era alta y delgada, la otra baja y regordeta.

–¡Hueverno, hemos atrapado algo! –dijo la voz grave y gruñona del más pequeño.

–¡Ya era hora! –dijo la voz aguda y áspera del más alto.

Se acercaron, y los mellizos pudieron ver que frente a ellos estaban los espeluznantes rostros de un goblin y de un troll. El goblin era desgarrado y flaco y tenía grandes ojos amarillos y piel verdosa como una arveja. El troll era gordo y desaliñado y tenía una nariz enorme y cuernos. Ambos poseían grandes orejas puntiagudas que sobresalían de los costados de sus cabezas.

–¡Déjennos ir! –ordenó Conner.

–¡No pueden hacer esto! –gritó Alex.

El goblin y el troll no le prestaron atención a lo que estaban diciendo. Los observaron a los mellizos como si fueran insectos en un recipiente de vidrio.

–¡Aaaaah, mira qué jóvenes son, Verrugón! –exclamó el goblin.

–¡Van a servir por mucho tiempo! –dijo el troll.

–¿Qué quieres decir con *servir*? –preguntó Conner–. ¡Más les vale que no nos lastimen!

–Déjennos salir de esta red ahora mismo, o voy a denunciarlos a las autoridades locales –dijo Alex, sin saber a quiénes se refería por “autoridades locales”.

–¡Y cada día crecerán más y se volverán más fuertes! –exclamó el troll.

–¡Verrugón, trae la carreta! –ordenó el goblin–. Van a ser los esclavos perfectos.

Cuando escucharon la palabra *esclavos*, los mellizos intentaron liberarse aún con más ahínco de la red. Recordaron lo que Rani les había dicho cuando tomaron el té. Los trolls y los goblins habían sido desterrados por secuestrar personas inocentes y convertirlas en esclavos... y ahora Alex y Conner eran la prueba viviente de que eso todavía sucedía. ¿Cómo iban a escapar de esa situación?

Verrugón se alejó corriendo y regresó al poco tiempo conduciendo una pequeña carreta tirada por un burro débil. Hueverno, el goblin, cortó una soga, y los mellizos cayeron bruscamente dentro de la carreta. Continuaron luchando contra la red que les impedía moverse, pero fue en vano.

Hueverno subió al vehículo y se sentó junto a Verrugón. Ambos tomaron las riendas y le dieron latigazos al burro hasta que la carreta alcanzó su velocidad máxima.

Viajaron por el resto del día. Lo único que los mellizos podían ver a través de la red eran las copas de los árboles y el cielo moviéndose con velocidad a medida que avanzaban.

–Alex, ¿qué vamos a hacer? –preguntó Conner, todavía luchando contra la red.

–No lo sé –la chica estaba temblando como un perro pequeño.

Alex se retorció hasta que logró sentarse debajo de la red para ver a dónde los estaban llevando. Se dirigían en línea recta hacia unas rocas del tamaño de montañas. Alex dio un grito ahogado. De inmediato, reconoció la formación rocosa del mapa.

–¿Qué sucede? ¿Qué ves? –preguntó Conner.

–Nos están llevando al Territorio de los Trolls y los Goblins –dijo Alex, con el rostro completamente blanco–. ¡Puedo ver las rocas que lo rodean!

Recordaron que Rani les había dicho que las rocas habían sido ubicadas alrededor del territorio para mantener a los trolls y a los goblins dentro, pero, obviamente, mientras la carreta se metía por una grieta que había entre dos rocas, comprendieron que los

habitantes habían encontrado formas de salir de su encarcelamiento.

La carreta avanzaba entre las rocas, adentrándose en el reino, pero no había nada que ver. No había árboles, ni edificios ni ningún tipo de vida. Por varios kilómetros a la redonda, la tierra solo estaba poblada por pilas de escombros y mugre.

–No lo entiendo –dijo Conner–. ¿Dónde viven?

–Esto parece un depósito de chatarra medieval –dijo Alex.

La carreta pasó a través de un agujero gigante que se encontraba en el suelo, y se adentró en lo profundo de la tierra. Estaba totalmente oscuro, y los mellizos apenas podían verse las manos delante del rostro. El olor a putrefacción y a moho era nauseabundo.

–¡Todo el reino debe estar bajo tierra! –supuso Alex.

Después de descender varios metros en la oscuridad, vieron unas luces pequeñas delante de ellos. Provenían de los faroles que estaban distribuidos alrededor de un grupo de humanos que cavaba túneles.

–¿Qué están haciendo esas personas aquí? –preguntó Conner, y luego vio a los trolls y a los goblins que estaban detrás del grupo.

–¡Más rápido! –ordenaron las criaturas, dándoles latigazos a los humanos.

Alex tuvo que cubrirse los ojos ante esa imagen.

–¡Deben ser esclavos! ¡Ay, Conner, esto es horrible! ¡Esto es *tan* horrible! –susurró la chica.

El chico abrazó a su hermana, y ella rompió en llanto sobre su hombro.

–Está bien, Alex. Vamos a encontrar la forma de escapar –la consoló, pero él también estaba asustado.

Había cientos de chozas y pequeñas casas amontonadas, una sobre la otra. Era un enorme mundo subterráneo.

–Este lugar debe ser como una colonia gigante de hormigas –comentó Conner.

La carreta avanzó a través de un arco de piedra que tenía dos estatuas enormes: de un lado, la de un goblin y del otro, la de un troll. Eran atemorizantes, con facciones duras, y eran todo menos acogedoras. En el arco, había un cartel tallado que decía:

SÉ UN TROLL, SÉ UN GOBLIN, O TEME...

–La mayoría de las personas solo tiene una alfombra de bienvenida –dijo Conner.

Luego del arco, había un largo túnel. La carreta atravesó el arco y, al final del túnel, se podía ver una luz. De allí provenía mucho ruido; era una combinación de risas agudas, conversaciones sinsentido y un sonido metálico estridente.

De pronto, llegaron a una gran sala común con cientos de goblins y trolls, que estaban por todas partes en distintos niveles del suelo. Incluso, algunos estaban colgando del candelabro.

Todo estaba hecho de piedra. Comían y bebían en platos y copas de piedra, sentados en sillas de piedra y mesas de piedra mientras otros hombres y mujeres esclavizados los atendían. Cada troll y cada goblin se comportaba de forma más vulgar que el anterior.

En medio del caos, sobre una plataforma con vista a la sala, había dos tronos. El Rey Troll se sentaba en uno y el Rey Goblin en otro. Entre ellos, justo sobre sus cabezas, se exhibía una corona de piedra, demostrando que compartían el poder sobre el reino de manera equitativa.

Observaban a los ciudadanos con sonrisas groseras, disfrutando de la celebración que tenía lugar a su alrededor.

Mientras la carreta atravesaba la sala, varios trolls y goblins los abucheaban y les gritaban; algunos les tiraban trozos de comida. Alex y Conner se abrazaron más fuerte que nunca, temblando por el miedo que sentían.

Los goblins y los trolls eran grotescos y espantosos; tenían verrugas y dientes afilados, y estaban mugrientos. Eran el tipo de monstruos con los que Alex y Conner solían tener pesadillas cuando eran pequeños.

Una niña troll, que aparentaba la misma edad de los mellizos, se encontraba sentada en la plataforma de los reyes. Tenía el rostro redondo, con un pequeño hocico, y su cabello estaba sujeto en dos coletas debajo de sus cuernitos. Tenía la cabeza apoyada sobre sus manos y parecía aburrida y solitaria; no mostraba interés alguno en las actividades que se desarrollaban a su alrededor. Cuando los mellizos pasaron a su lado, levantó la vista y dio un grito ahogado cuando observó a Conner, lo que sorprendió al chico.

–¿Qué está mirando? –preguntó–. ¿Crees que quiera comerme?

La carreta dobló en una esquina y descendió por otro largo túnel.

Se encontraban a tanta profundidad bajo tierra que se preguntaron si alguna vez volverían a salir a la superficie.

La carreta ingresó en un calabozo pequeño y sombrío, que tenía una fila de celdas dentro. Había otros esclavos encerrados en aquellas celdas: hombres, mujeres, niños y ancianos por igual. Todos se veían exhaustos y tenían una palidez fantasmal. Estaban en silencio y se encogieron de miedo al ver la carreta de Hueverno y Verrugón ingresar en el recinto.

Los capttores cortaron la red que cubría a los mellizos, les arrebatron los bolsos de las manos y, con violencia, los obligaron a entrar en una celda.

–¡Quédense ahí! –gritó Hueverno, y cerró la puerta de la celda de un golpe.

–¿Qué tenemos aquí? –dijo Verrugón. Llevó los bolsos de los mellizos hasta una mesa que estaba en el costado de la habitación y desparramó sus pertenencias sobre ella.

–¡Dejen eso! –lanzó Alex mientras los observaba con impotencia. Allí, a la vista de toda la habitación, estaba el zapato de cristal, el mechón de cabello, el trozo de canasta, el mapa, el diario, la daga, la bolsa de monedas de oro y todas las otras cosas que llevaban con ellos.

Por suerte, el troll y el goblin solo parecían interesados en la daga y en las monedas. Se llevaron los dos objetos y arrojaron el resto en una pila de desechos que estaba junto a la mesa.

–¡Descansen, tendrán un largo día mañana! –exclamó Verrugón, y luego compartió una risa con Hueverno y dejaron la habitación con su carreta.

El resto de los esclavos observaba a Alex y Conner a través de los barrotes de sus celdas. Les dedicaban miradas compasivas, lamentando profundamente que los mellizos estuvieran a punto de vivir todo lo que ellos habían soportado desde que habían llegado allí.

–¿Alguno sabe cómo salir de aquí? –preguntó Alex, pero nadie respondió, como si hubieran sido entrenados para no hablar. Incluso los niños estaban en silencio.

–¿Cómo puede ser que nos esté sucediendo esto? –gruñó Conner. Sacudió con violencia los barrotes de la celda, pero no se movieron.

–No sirve para nada... –dijo una voz detrás de los mellizos—. Esos barrotes están hechos de piedra sólida.

Alex y Conner se volvieron para ver al prisionero que estaba en la celda de al lado. Había un anciano, agazapado en el rincón más oscuro. Era flaco y tenía una larga barba gris y ropas rasgadas.

–Tiene que haber una forma de salir de aquí –dijo Conner.

–He oído a todos los hombres y mujeres decir eso cuando los trajeron por primera vez –respondió el prisionero—. Pero lamentablemente, no hay salida.

–¿Por cuánto tiempo has estado aquí? –le preguntó Alex.

–Años –dijo el hombre mientras se inclinaba hacia delante. La luz le inundó el rostro, dejando a la vista una expresión cansada y la piel tan desgredada como su ropa. Tenía un ojo desviado, por lo que no sabían a quién de los dos le estaba hablando.

–¿No los conozco de algún lado? –preguntó.

Los mellizos no creían que eso fuera posible, pero el hombre parecía convencido y, por alguna razón, a ellos también les parecía familiar.

–Lo dudo –dijo Alex—. Somos bastante nuevos en la zona.

–Podría jurarlo –insistió—. ¿Están seguros de que nunca intercambiaron una flauta mágica por una gallina? ¿O tal vez una flor cantante por un cordero?

–No, lo siento, no hemos intercambiado nada con usted... –dijo Alex, y luego se dio cuenta de quién era: el ojo desviado, la barba larga, las ropas harapientas... ¿Era él? Llevó a Conner hacia un costado.

–¡Es el Comerciante Itinerante, el del diario!

Conner no podía creerlo.

–¿Estás segura? –preguntó.

–Señor –dijo Alex, arrodillándose a su lado—. ¿Por casualidad usted es conocido como el Comerciante Itinerante?

Tuvo que pensarlo un momento. Era evidente que los años de encarcelamiento habían afectado su mente.

–Sí, creo que así me llamaban –respondió. Estaba feliz de que le recordaran un tiempo en el que no era esclavo.

Los mellizos se alegraron al oír su respuesta.

–¡Pregúntale si sabe qué le ocurrió al dueño del diario! –le susurró Conner a Alex en el oído, y ella asintió.

–Señor Comerciante –dijo la chica–. ¿Recuerda a un hombre que se acercó a usted preguntándole sobre el Hechizo de los Deseos?

–¿El Hechizo de los Deseos? –preguntó el Comerciante. Al principio, parecía no saber de qué estaba hablando, pero después una expresión de reconocimiento iluminó su rostro–. ¡Pues, sí, lo recuerdo! Fue uno de los últimos clientes con los que hice un trato antes de que me trajeran aquí. Un muchacho tonto, que hablaba de querer viajar a otro mundo. Y yo que pensaba que yo estaba loco.

–¿Lo logró al final? –preguntó Alex–. ¿Encontró todos los objetos para el hechizo?

–No lo sé –respondió el Comerciante, y los mellizos perdieron toda la esperanza al oír eso–. No volví a verlo, así que es posible que lo haya logrado –levantó la vista y los observó con curiosidad–. ¿Por qué lo preguntan?

Alex y Conner intercambiaron miradas. No sabían qué responderle.

–¿Ustedes también están intentando conseguir todo para el hechizo? –preguntó.

Los chicos se miraron con culpa. Conner se inclinó hacia abajo, acercándose a Alex, y comenzó a hacerle sus propias preguntas.

–Estamos intentándolo, pero no sabemos cuáles son todos los objetos que estamos buscando –repuso Conner.

El Comerciante rio.

–Nadie lo sabe y ahí reside su belleza. Algunas personas conocen las descripciones de los objetos que se necesitan, pero nadie sabe qué son con seguridad.

–Como Hagatha –comentó Alex–. Ella solo conocía los acertijos. Le dijo al hombre que tenía que descubrir qué eran por sí solo, pero él se podría haber equivocado.

–¿Y si encontramos a Hagatha y le pedimos su opinión...? –comenzó a decir Conner.

–Hagatha está muerta –dijo el Comerciante.

–¿Muerta? –exclamó Alex y lanzó un grito ahogado–. ¿Cómo murió?

–Cayó dentro del Pozo de Espinas –repuso el Comerciante.

–¿Qué es el Pozo de Espinas? –preguntó Alex.

–Por todos los cielos, niña, ¿eres tonta? Después de romper la maldición en el Reino Durmiente, sacaron todos los arbustos de espinas y las matas salvajes que habían crecido alrededor del reino y los tiraron en un pozo profundo –dijo el Comerciante–. Hagatha estaba recolectando unas ramas de espinas para su casa y cayó dentro.

–Es terrible... –dijo Alex.

–Pidió ayuda por días, pero nadie la rescató; nadie quería ayudar a una bruja vieja –continuó el Comerciante–. Justo antes de morir, maldijo el arbusto de espinas para que creciera sobre cualquier persona o cosa que se acercara a él, succionándolo hasta el fondo del pozo, donde ella quedó atrapada por toda la eternidad.

–Eso es intenso –dijo Conner.

–Desde ese entonces, el pozo ha sido utilizado como un basurero. Personas de todos los reinos viajan hasta allí para deshacerse de cualquier cosa que no quieran volver a ver jamás –añadió el hombre.

–Me pregunto si habrá alguien más con quien podamos hablar –comentó Alex.

–Sea cual sea el viaje que emprendieron, me temo que aquí terminó –replicó el Comerciante–. Una vez que te atrapan, estás aquí, y no hay nada que puedas hacer al respecto –se dio vuelta, alejándose de ellos.

Se oía un tumulto que provenía del túnel que llevaba al calabozo. Trolls y goblins estaban guiando a los hombres y mujeres que habían estado trabajando en los túneles y en la sala común de vuelta hacia sus celdas. Todos tenían el aspecto de que podrían dormir por un año si se lo permitieran.

–¡Hora de dormir! –ordenó un troll, y luego extinguió el fuego de todas las antorchas con un balde de agua–. Y si alguno emite un sonido, ¡nadie comerá mañana! –los trolls y los goblins abandonaron el calabozo entre risas.

–Lo único que quiero es que mamá no se preocupe –dijo Alex con los ojos llorosos–. Mientras más tiempo estemos aquí, más tiempo estará sola.

–Estoy seguro de que la abuela está con ella –comentó Conner–. Probablemente, ya se encargaron de que todo el departamento de policía nos esté buscando. Vamos a tener una conversación interesante cuando regresemos y les contemos dónde hemos estado todo este tiempo.

–Gracias por ser optimista, Conner –dijo Alex.

A pesar del poco ánimo que le había dado su hermano, Alex lloró hasta quedarse dormida.

Conner no pudo dormir. No podía dejar de pensar que, solo una semana atrás, él había estado sano y salvo en su cama, sin temerle a nada más que a la tarea y a la señora Peters. Y ahora, aquí estaba, en el calabozo de otra dimensión, enfrentándose a una vida de esclavitud. Qué rápido había cambiado todo...



Conner se acababa de dormir cuando, de pronto, se despertó; sentía que alguien lo observaba. Abrió un ojo y vio a la niña troll, de pie del otro lado de la puerta de la celda, sosteniendo una vela. Lo había estado observando mientras dormía.

–¿Puedo ayudarte? –preguntó Conner, muy asustado.

–¿Cómo te llamas? –preguntó la niña. Su voz era desagradable y sonaba interesada.

–¿Por qué quieres saberlo?

–Porque me gustaría saber todo sobre ti –dijo la niña con una sonrisa soñadora que provocó que a Conner le dieran náuseas.

–Soy Conner. ¿Quién eres tú?

–Mi nombre es Trollbella –respondió la niña–. Soy una princesa troll. Mi padre es el Rey Troll. ¿Tienes novia, Conner?

Ay no, pensó. Estaba *enamorada* de él. De pronto, se sintió agradecido de tener barrotos entre ellos.

–Mmm... no puedo decir que tengo una –dijo Conner, incómodo–. Es difícil conocer a alguien desde que un grupo de trolls y goblins me esclavizaron.

–¡Ay, lo sé! –dijo Trollbella, con mirada seductora–. ¡Los trolls y goblins son los peores! Odio vivir aquí. Me mudaría a otro lugar si pudiera. Todo es tan desorganizado y todos son tan malos, y ¡ni hablar de los niños troll! ¡No saben cómo tratar a una dama!

–Lamento escuchar eso –dijo Conner, esperando que un goblin entrara y se lo llevara a trabajar en un túnel, para salvarlo de esa situación.

–Soy una romántica incurable –comentó Trollbella, haciéndole ojitos y jugando con una de sus coletas–. ¿Puedo llamarte Mantecoso?

–Definitivamente no.

–Conner, ¿qué sucede? –preguntó Alex con los ojos entreabiertos.

–¿Quién es *ella* ? –preguntó Trollbella. Su expresión juguetona cambió a un ceño amenazante.

–Cálmate, es solo mi hermana.

–¿Hola? –saludó Alex, muy confundida por lo que estaba sucediendo.

–No me cae bien –dijo Trollbella y señaló a Alex.

La chica se sorprendió. ¿Había hecho algo mal?

–Le tomas cariño –confesó Conner–. Y si tuviera que ser un esclavo de por vida con alguien, me alegraría que fuera con ella.

–¿Has disfrutado de tu estadía con nosotros por ahora? –preguntó Trollbella.

–En realidad, no –respondió Conner. ¿Estaba bromeando o solo era estúpida?

–Realmente, quisiéramos salir de aquí si pudieras ayudarnos –dijo Alex.

–¡No estoy hablando contigo! –le gritó Trollbella. Luego giró la cabeza con lentitud y le sonrió a Conner–. Tal vez pueda dejarte libre a cambio de otra cosa.

–¿Qué cosa? –preguntó Conner. Los mellizos habrían estado al borde del asiento por la emoción si no se hubieran encontrado sentados en el sucio suelo del calabozo.

–Un beso –respondió Trollbella, mirando a Conner con pasión.

El chico tragó con fuerza.

–Bueno, supongo que seremos esclavos para siempre.

Trollbella frunció el ceño y Alex golpeó a Conner en la cabeza.

–¡Bésala, idiota, y luego podremos irnos de aquí! –dijo Alex.

–¡No golpees a mi Mantecoso! –exclamó Trollbella–. Y nunca dije que te dejaría ir a *ti* , solo dije que lo dejaría ir a *él* .

–Creo que estaría más convencido de hacerlo si prometieras dejarnos ir a los dos –dijo Alex.

–¡No, no es cierto! Por favor, no hables en mi nombre –comentó Conner, pero ninguna de ellas lo estaba escuchando.

Los orificios nasales de Trollbella se movían con furia. No le gustaba negociar. Se dio vuelta y desapareció sin decir ni una palabra.

–¡Bien hecho, Conner! –dijo Alex–. ¡Esa podría haber sido nuestra única oportunidad para escapar!

–¡No hay forma de que bese eso ! –replicó Conner–. ¡Libres o no, me estás pidiendo demasiado!

Los mellizos se alejaron de un salto de la puerta de la celda. La niña troll había regresado rápidamente con una llave; estaba lista para hacer un trato.

–Frunce los labios, Mantecoso –dijo Trollbella, y empujó su cabeza contra los barrotes de la puerta de la celda.

–No puedo hacer esto. ¡Físicamente, no puedo hacerlo! –exclamó Conner.

–¿Quieres volver a ver nuestro hogar? –le preguntó Alex.

Conner parecía estar a punto de vomitar y de llorar al mismo tiempo. A paso de tortuga, se acercó a Trollbella con los labios fruncidos. No estaba haciéndolo lo suficientemente rápido para Alex, así que ella lo empujó hacia la puerta de la celda, y Trollbella lo sujetó a través de los barrotes. Le dio un gran beso húmedo en los labios.

–¡*Puajjj* ! –exclamó Conner, separándose de ella. Estaba limpiándose la boca frenéticamente e intentando respirar. Trollbella tenía una gran sonrisa de satisfacción en el rostro.

–¡Eso fue lo peor que me has hecho en la vida! –dijo Conner, señalando a Alex y sintiéndose completamente traicionado–. ¿Cómo pudiste?

–De acuerdo, Trollbella –dijo Alex, ignorando la escena dramática de su hermano–. Un trato es un trato. Déjanos ir.

La sonrisa de Trollbella se esfumó y frunció el ceño. De mala gana, destrabó la puerta de la celda y la abrió. Mientras lo hacía, Alex vio al resto de los esclavos en el calabozo. Los pocos que estaban despiertos habían estado en silencio observándolos atentamente.

Jamás habían visto que liberaran a alguien; no habían creído que fuera posible.

–Pueden irse.

Los mellizos salieron a paso rápido de la celda, pero mientras Alex pasaba junto a Trollbella, tomó con rapidez la llave de sus manos y empujó a la princesa troll dentro de la celda, cerrando la puerta detrás de ella.

–¡Déjame salir ahora mismo! –gritó Trollbella–. ¡Esto no era parte del trato!

–No puedo irme sin los otros –dijo Alex. Corrió por la habitación destrabando las puertas de todas las celdas–. ¡Despiértense todos! ¡Nos vamos de aquí! ¡Vamos!

Corrió hacia la pila de desechos que estaba al costado de la habitación y recuperó sus pertenencias.

–¡Guardias! –aulló Trollbella–. ¡Guardias! ¡Los esclavos están escapando!

–¿Trollbella? ¡Por favor, no grites! ¿Harías eso? ¿Por favor? ¿Por tu Mantecoso? –le pidió Conner.

Trollbella se ruborizó.

–De acuerdo, Mantecoso. Por ti, me quedaré callada.

Todos los esclavos volvieron a la vida. Les llevó un momento entender lo que Alex estaba diciendo; habían soñado con ese día por mucho tiempo. Varios se levantaron de un salto, con entusiasmo, y dejaron sus celdas, pero otros dudaron, incluso el Comerciante Itinerante.

–Vamos –dijo Alex–. ¿Qué estás esperando?

–¿Ustedes están locos? Nos despellejarán vivos si intentamos escapar –dijo el Comerciante. Esto preocupó a algunos de los otros, especialmente a los niños.

–¿Preferirías morir en tu celda o morir intentando recuperar la vida que te arrebataron? –preguntó Alex.

Las palabras de la chica debieron inspirarlos, porque todos se reunieron a su alrededor. Incluso el Comerciante estaba dispuesto a arriesgarse por su libertad. Asintió en dirección a Alex y se unió al grupo.

–¿Alguno conoce cuál es la mejor forma para salir de aquí? –preguntó Alex.

–¡Necesitamos ir a los túneles! –dijo un hombre.

–¡Sí, los túneles! –coincidió una mujer.

–¿Cómo llegamos allí? –preguntó Conner.

–Subimos hasta la sala común y atravesamos el arco de piedra. Los trolls y los goblins han construido túneles que llevan a todos los reinos. Así es como se trasladan –comentó el Comerciante.

–¿Tenemos que preocuparnos por que alguien nos descubra? –preguntó Conner.

–Ahora, están todos durmiendo –dijo Trollbella luego de lanzar un suspiro desde su celda–. Incluso los guardias. Por eso nadie vino cuando los llamé.

–De acuerdo, vámonos –ordenó Alex–. Todos manténganse lo más callados que puedan y ayuden a los ancianos y a los niños.

El grupo asintió, y Alex lideró el camino para salir del calabozo, rezando por que esa fuera la última vez que alguno de ellos estuviera en esa habitación de nuevo.

–Hasta la próxima, Mantecoso –dijo Trollbella, y le lanzó un beso a Conner.

–Como sea –dijo Conner, y luego siguió a los otros, dejando el calabozo atrás.

Trollbella sonrió de cuerno a cuerno. Había sido el día más emocionante de toda su vida.

El grupo de fugitivos caminó por el túnel que llevaba a la sala común y logró pasar delante de una fila de guardias goblin sin ser descubierto. Tal como les había dicho la princesa Trollbella, dormían mientras estaban de guardia.

Finalmente, llegaron a la sala común y se cubrieron la boca ante el horror de lo que veían. Todos los trolls y todos los goblins que Alex y Conner habían visto bebiendo y celebrando cuando entraron por primera vez al lugar, ahora estaban desparramados por el suelo, inconscientes.

¿Cómo iban a llegar al otro lado de la sala sin pisar a ninguno?

Algunos roncaban; otros, se movían entre sueños. Incluso el Rey Troll y el Rey Goblin estaban durmiendo en sus tronos. Apenas podía verse el suelo entre los monstruos inconscientes y despatarrados por toda la sala.

–¡Rápido y en silencio! –le susurró Alex al grupo–. Podemos hacerlo. Solo tengan mucho cuidado.

Comenzaron a caminar en puntillas alrededor de las criaturas dormidas. Con cuidado, ponían un pie entre las extremidades estiradas de los monstruos, entre los platos y las copas rotas sobre el piso de tierra, y entre las sillas y las mesas tumbadas.

Cada vez que un troll o un goblin emitía algún sonido o se movía, todos se quedaban quietos, y el corazón les dejaba de latir por un momento. Si alguno de los monstruos despertaba y veía a sus esclavos caminando por la sala hacia la salida, sería una catástrofe.

Ya casi llegaban al túnel de piedra. Alex se detuvo en medio de la sala y se aseguró de que todos hubieran logrado cruzar a salvo y que nadie se quedara atrás. Un momento después, todos lo habían logrado menos su hermano, que estaba muy quieto al fondo de la sala. Observaba al Rey Troll y al Rey Goblin con los ojos y la boca muy abiertos.

–¡Conner! ¿Qué estás haciendo? –preguntó Alex con el susurro más fuerte que pudo emitir.

–¡Mira! –repuso–. ¡Mira esa corona! ¡Es *la* corona!

Alex levantó la vista hacia la corona de piedra que estaba sobre las cabezas de los reyes.

–¿Qué pasa con la corona? –preguntó Alex.

–¡Es la corona del Hechizo de los Deseos! –dijo Conner–. *¡Una corona de piedra compartida, que está en lo profundo de una tenebrosa guarida!*

Alex podía sentir los latidos de su corazón en la garganta. Conner estaba en lo cierto. Encajaba con la descripción.

–¿Qué están haciendo ustedes dos? ¡Los estamos esperando! –dijo el Comerciante desde la entrada del túnel de piedra.

Alex y Conner intercambiaron una mirada. Sabían que no podían irse sin la corona.

–¡Continúen sin nosotros! –dijo Alex.

–¡Como quieran! –respondió el Comerciante, y luego se alejó con los otros por el túnel.

–¡Voy a tomarla! –le susurró Conner a Alex.

–¡Ten cuidado!

Conner se movió con lentitud por la sala. Sin querer, pateó una copa que hizo un fuerte *tin* , lo que causó que algunos trolls y goblins se movieran entre sueños.

–¡Lo siento! –murmuró Conner en dirección a Alex. Subió a la plataforma de los tronos. La corona estaba bastante alta, por lo que tuvo que trepar sobre los tronos para alcanzarla.

Se subió al brazo del trono del Rey Troll. Su pierna izquierda estaba tan cerca del rostro del troll que Conner podía sentir su aliento cálido a través de su pantalón. El chico balanceó su pierna derecha hasta apoyarse en el brazo del trono del Rey Goblin y se estiró para tomar la corona. Todavía estaba demasiado alta. Tendría que saltar para alcanzarla.

Alex tuvo que cubrirse los ojos. Las manos le temblaban.

Conner saltó e intentó tomar la corona, pero falló por unos pocos centímetros. Volvió a saltar, y esta vez la tocó con la punta de los dedos. Saltó de nuevo, impulsándose lo más alto que pudo, y la alcanzó. Por desgracia, mientras bajaba, no logró pararse en el apoyabrazos y aterrizó sobre el regazo del Rey Goblin.

–¡Ahhhhhh! –gritó el Rey Goblin.

Alex alejó las manos del rostro justo a tiempo para ver a su hermano aterrorizado, despatarrado sobre el regazo del Rey Goblin mientras sostenía la corona con fuerza. Conner saltó y corrió lo más rápido que pudo. Sujetó el brazo de su hermana y se dirigieron hacia la salida.

–¡Síguenlos! –ordenó el rey–. ¡Que alguien los atrape!

Todos los trolls y los goblins de la sala comenzaron a despertarse con los gritos del rey.

A Alex y a Conner les dejó de importar si pisaban a alguien o algo. Corrieron en línea recta a través de la sala común y descendieron por el túnel de piedra. Decenas de trolls y de goblins los perseguían.

Los mellizos dejaron atrás las dos estatuas horribles que estaban en la entrada del túnel. La estatua del goblin de pronto se derrumbó, justo después de que atravesaron el arco, bloqueando el túnel. Alex gritó: “De haber estado ahí un segundo antes, los hubiera aplastado”.

Se dieron vuelta para ver al Comerciante Itinerante, sin aliento y con la mano sobre el corazón. Acababa de derrumbar la estatua

para bloquear el paso. Los trolls y los goblins habían llegado al final del túnel y estaban luchando para pasar a través de la estatua derrumbada.

–Eso debería mantenerlos ocupados por un rato –dijo el Comerciante–. ¡Ahora corran!

–¿Dónde están los demás? –preguntó Alex.

–¡Huyeron a los túneles! ¡Están a salvo!

–¿Y tú por qué estás aquí? –preguntó Alex.

–No podía irme sin ustedes –dijo el hombre–. Soy viejo, niños. De todos modos, nunca podría correr más rápido que ellos. Ustedes dos tienen mucha vida por delante, así que apresúrense antes de que atravesen la estatua. ¡Rápido!

–¡No nos iremos sin ti! –dijo Alex.

–Me buscan en todos los reinos –replicó el Comerciante entre jadeos–. Sin importar a donde vaya, voy a terminar detrás de las rejas. Hice muchas cosas malas en mi juventud, niños, demasiados intercambios y tratos que jamás debería haber hecho. Me merezco esto. Ustedes no. ¡Ahora, corran!

Los pies de los mellizos se movieron antes de que su mente pudiera decidir si quedarse un poco más o no. Corrieron hacia adelante y encontraron varios túneles que iban en direcciones diferentes. Cada uno tenía un cartel sobre la entrada que decía hacia dónde iba.

–Vamos –dijo Alex, y sujetó a Conner por el brazo, jalando de él para dirigirse hacia el túnel que desembocaba en el Reino de las Hadas. Guardaron la corona del troll y del goblin en el bolso de Alex, donde estaría a salvo.

–¿Hicimos lo correcto? –le preguntó Alex a Conner mientras corrían–. ¿Estuvo bien dejarlo atrás?

–No iba a venir con nosotros. Había tomado una decisión –respondió Conner. Sabía que habían hecho todo lo posible, pero él también se sentía culpable.

–¿Cómo es posible que un extraño haya sacrificado tanto por nosotros? –comentó Alex.

–Tal vez pensó que intercambiar su libertad por la nuestra sería el único trato honesto que haría en su vida –dijo Conner.



CAPÍTULO DOCE

EL REINO DE LAS HADAS

Alex y Conner emergieron de las profundidades de la tierra entre un árbol y una gran roca. Estaban cubiertos de polvo y telarañas, y les resultaba difícil respirar. La transpiración continuaba cayendo por sus rostros, el aire del túnel estaba muy viciado.

–Lo logramos –dijo Alex–. Estamos en la superficie.

–Nunca creí que estaría tan feliz de ver el sol y el cielo –comentó Conner.

Era cerca del mediodía, y los mellizos se encontraban en un agradable campo de césped que estaba junto a un sendero bien arreglado.

–¿Ese es el camino que deberíamos haber tomado desde el Reino de la Capa Roja? –preguntó Conner.

–Sí –dijo Alex mientras miraba el mapa–. Pero piensa en toda la diversión que nos hubiéramos perdido.

Compartieron una risa. Se quitaron el polvo y emprendieron la marcha. Se sentían muy seguros en ese lugar. Todos los árboles y los campos estaban acicalados a la perfección y eran atractivos. De todas formas, cualquier cosa hubiera parecido atractiva después de haber escapado, por los pelos, de una vida de esclavitud bajo el mando de los trolls y los goblins.

–¿Estamos seguros de que este es el Reino de las Hadas? –preguntó Conner mientras observaba a su alrededor.

–Creo que es muy posible –dijo Alex, que ya no estaba mirando el mapa.

–¿Cómo lo sabes?

–Bueno, eso es una señal –dijo ella y señaló hacia delante.

Pastando cerca de un pequeño arroyo frente a ellos, había, para su asombro, una manada de unicornios. Eran hermosos: blancos con cuernos plateados, al igual que sus cascos y sus crines.

La frente de Conner se arrugó, y su boca se abrió de golpe.

–Oh, por Dios. ¡Esa es la cosa más repulsiva que he visto en mi vida! –exclamó.

–¡Quiero acariciar uno! –dijo Alex, y corrió hacia ellos.

–¡Alex, ten cuidado! –le gritó Conner–. ¡Podrían tener rabia!

–¡Los unicornios no tienen rabia!

–¡No sabes dónde estuvieron esos cuernos! –le advirtió Conner.

La chica se acercó a la manada, caminando despacio para evitar asustarlos. Eran tan majestuosos y elegantes que tuvo que detenerse para admirarlos por un momento. Uno la vio y caminó hacia ella.

Cualquier persona en su sano juicio se hubiera asustado por el acercamiento de un animal salvaje, pero Alex no. Por cualquiera que fuera la razón, ella sabía que el unicornio no le haría daño. El animal bajó la cabeza, y ella lo acarició.

Conner se acercó y se paró detrás de ella. El resto de los unicornios los rodeó con lentitud.

–Alex –dijo Conner–. Esto me está poniendo increíblemente nervioso.

Los unicornios formaron un círculo perfecto alrededor de los mellizos y les hicieron una reverencia.

Alex sonrió de oreja a oreja y Conner alzó una ceja con expresión dubitativa.

–Esto es una locura.

–Tal vez nos están dando la bienvenida a su reino –supuso Alex.

Los unicornios permanecieron quietos, como si estuvieran congelados, y no daban ninguna señal de movimiento. Conner sujetó la mano de su hermana, y dejaron el círculo para retomar el sendero. El arroyo corría junto al camino mientras los mellizos avanzaban por él.

–¿Soy yo o el agua está brillando? –preguntó Conner.

Tenía razón. Mientras más caminaban junto al arroyo, el brillo y el resplandor del agua se hacía más evidente.

–¡Eso debe significar que estamos acercándonos! –exclamó Alex con alegría–. Ese es el arroyo Pulgarcita. Debería guiarnos directo hasta el Reino de las Hadas.

–Yo digo que sujetemos a la primer hada que veamos y que la insultemos, diciéndole cosas como “insecto mutante” o “carnada para pescar” hasta que llore –propuso Conner–. Así conseguiremos las lágrimas.

–¡No! Tenemos que pensar en una historia muy triste para contarle –dijo Alex, y de pronto se le ocurrió algo–: ¿Cómo vamos a recolectar las lágrimas una vez que las haya soltado?

–Tal vez tengamos que secuestrar un hada y mantenerla cerca hasta que necesitemos que llore. ¿Qué hay que hacer según el diario?

Alex lo abrió y encontró una sección sobre el Reino de las Hadas.

Conseguir una lágrima de un hada no es nada fácil.

–Vaya sorpresa –dijo Conner.

Dado que las hadas son, en su mayoría, seres muy felices, será difícil encontrar una que esté tan triste como para llorar. Sin importar cómo hagan que llore, y espero que sea de manera ética, pueden usar el recipiente que está oculto dentro del lomo de este diario para guardar la lágrima.

Alex puso el libro de costado y miró en detalle a través del agujero donde las páginas se conectaban con el lomo. En lo profundo del lomo, había un pequeño recipiente de vidrio con un corcho.

–¡Mira esto! –dijo Alex, tomando el recipiente–. Dice que pongamos la lágrima en este frasco.

–Genial. Ahora solo necesitamos un hada sensible –dijo Conner.

–¿Escuchas eso? –preguntó Alex, dejando de caminar.

Un sonido suave de alguien sorbiéndose la nariz provenía de las cercanías. Los mellizos miraron a su alrededor, pero no pudieron ver de dónde venía el sonido.

–¿Qué es eso? –preguntó Conner. Miró hacia abajo junto a él y tuvo que pestañear un par de veces para asegurarse de que no

estaba imaginando lo que veía—. No, esto no puede ser real. Es demasiado fácil... *Nada* ha sido así de fácil.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Alex.

Conner tomó sus hombros y la hizo girar para que observara lo que él estaba viendo.

Había un hada sentada sobre una roca al costado del camino... y estaba *llorando* .

Medía pocos centímetros y tenía grandes alas azules, parecidas a las de una mariposa. Su cabello era oscuro y llevaba un vestido púrpura hecho de hojas. Sus zapatos estaban hechos de capullos. Sus manitos cubrían sus grandes ojos, y las lágrimas caían por sus mejillas.

Los mellizos solo se quedaron de pie y la observaron. Temían que su mente los estuviera engañando, puesto que ambos realmente querían ver eso.

—¿Qué miran? —le dijo el hada a los mellizos con una vocecita aguda.

—Lo sentimos —le contestó Alex—. ¿Por qué estás llorando?

Conner giró la cabeza hacia su hermana, y ella sabía que estaba pensando: *¿A quién le importa? ¡Toma una lágrima!*

—¡No les importa! —respondió el hada de mala manera, y continuó sollozando.

—Discúlpame —dijo Alex—. Puedo notar que algo te está molestando, y no sería yo misma si no te preguntara si hay algo que pueda hacer para ayudarte.

—Eso es dulce, gracias —respondió el hada, cambiando su actitud—. Solo estoy teniendo un día muy malo, eso es todo.

Conner continuaba intentando sacarle el recipiente de la mano a Alex, pero ella no lo dejaba.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Trix.

—Hola, Trix. Mi nombre es Alex, y este es mi hermano, Conner —comentó la chica—. ¿Te gustaría conversar sobre lo que te está preocupando?

Conner estaba asombrado. Ella de verdad estaba más interesada en *ayudar* a esa hada que en recolectar una de sus lágrimas.

—Mi juicio es en unos minutos, y tengo miedo —dijo Trix.

–¿Tu juicio? –preguntó Conner–. ¿Mataste a alguien?

–Por supuesto que no –respondió–. Usé magia contra una compañera, y ahora el Consejo de las Hadas podría desterrarme del reino.

–Lamento mucho escuchar eso –dijo Alex.

–¿Qué le hiciste? –preguntó Conner.

–Transformé sus alas en hojas de ciruelo –dijo Trix, y lloró un poco más–. ¡Solo fue por un momento! ¡Luego las regresé a la normalidad! ¡Pero me estaba provocando! ¡No dejaba de burlarse de mi tamaño!

–¿Te van a desterrar de todo el reino solo porque transformaste las alas de alguien en hojas por unos segundos? –preguntó Conner.

–Han sido muy estrictos desde que esa Hechicera lanzó la maldición sobre la Bella Durmiente –dijo Trix–. El Consejo de las Hadas cree que cada hada es representante de su orden y que debe actuar como tal.

–Esas son expectativas altas –dijo Alex.

–No puedo dejar el reino –lloró Trix–. Sería muy solitario, ¡y yo odio estar sola! ¡Para empezar, no tengo muchos amigos!

Alex permitió que Trix usara el borde de su camiseta para secarse las lágrimas. Conner se puso de un rojo intenso al observar que su hermana desperdiciaba las lágrimas sin prestar atención. Tendría que hacer que el hada llorara más.

–El destierro sí que sería terrible, ¿verdad? –exclamó Conner–. Probablemente tendrías que vivir en un nido viejo en el Bosque de los Enanos, y los lobos y las brujas te perseguirían todos los días. Eso solo si un ogro no te captura en un frasco y te cocina primero.

Trix comenzó a llorar sin consuelo al escuchar eso.

–Conner, ¿cuál es tu problema? –gritó Alex.

El chico le arrebató el recipiente de la mano y recolectó una lágrima del rostro de Trix antes de que cayera por su barbilla. Alex le lanzó una mirada fulminante.

–¿Quieres que vayamos contigo a tu juicio? –preguntó Alex, inclinándose para poder mirar a los ojos a Trix–. ¿Como apoyo emocional?

–Sí, me encantaría –dijo Trix–. ¡Es muy amable de tu parte!

–Bueno, yo sé lo que se siente pensar que todo el mundo está en tu contra –respondió Alex.

–Será mejor que nos vayamos. ¡No quiero llegar tarde! –Trix voló y siguió el sendero, aleteando.

Los mellizos la siguieron.

–Alex, ¿estás loca? –le preguntó Conner–. Tenemos una lágrima. ¡Vámonos de aquí!

–Somos las únicas personas en el mundo que tiene esta hada –replicó Alex–. Vamos a ser buenas personas y la ayudaremos.

Conner gruñó con frustración.

–Ayudar a esta hada no va a hacer que tus malos recuerdos de la escuela desaparezcan, Alex.

La chica lo ignoró y siguió a Trix por el sendero. Conner fue detrás de ella, y estuvo enfurruñado todo el camino.

Se adentraron en el Reino de las Hadas. Todo en la distancia parecía brillar. Al principio, creyeron que era un espejismo, pero a medida que se acercaban, vieron que todos los árboles, el césped y el sendero resplandecían bajo la luz del sol.

–¿Qué es toda esa brillantina? –preguntó Conner.

–No creo que sea brillantina; debe ser magia –respondió Alex.

Llegaron al corazón del reino y quedaron deslumbrados por lo que vieron. Era como si estuviesen parados en un jardín tropical gigante, con enormes flores coloridas de todas las especies y formas. Había sauces llorones sobre pequeñas lagunas, enredaderas que crecían sobre el suelo y trepaban a los árboles y puentes hermosos que cruzaban varias lagunas y arroyos.

Las hadas estaban por todas partes. Algunas revoloteaban en el aire; otras solo flotaban sobre el suelo y otro grupo caminaba por pequeños senderos adyacentes al que estaban usando los mellizos. Todas eran de tamaños, formas y colores diferentes. Algunas, más altas que Alex y Conner, otras tan pequeñas como Trix, y otras que ni siquiera parecían ser corpóreas, sino que estaban hechas de luz pura.

Había tantas hadas masculinas como femeninas. Algunas usaban vestidos mientras que otras llevaban ropas hechas totalmente de materiales vegetales, y otro grupo no llevaba ropa alguna. Varias habían construido pequeñas casas en las ramas de los árboles o en

las setas del suelo, y había algunas que incluso vivían bajo el agua junto a peces coloridos.

Allí se percibía algo que hacía que Alex sintiera que todo estaba bien en el mundo. Sentía más esperanza, entusiasmo y felicidad con cada paso que daba. Era el paraíso.

–¿Alguna vez en tu vida habías visto algo tan hermoso? –le preguntó Alex a su hermano.

–No está nada mal.

–El Consejo de las Hadas funciona en el Palacio de las Hadas. Está allí arriba, adelante –dijo Trix, y le hizo una seña a los mellizos para que la siguieran por encima de una laguna. Ellos, por supuesto, usaron un puente.

Caminaron hacia el palacio, que estaba hecho de pilares y arcos de oro. Se trataba de una estructura abierta: no había más que dos paredes que delineaban cada habitación, y todas las ventanas eran altas y no tenían vidrios. Al vivir en un lugar tan hermoso como ese, ¿quién querría dejar afuera a la naturaleza?

Trix llevó a los mellizos al centro del palacio, hasta una habitación larga con muchos asientos posicionados hacia el frente.

–¡Este sería el lugar ideal para una boda! –comentó Alex.

En la parte delantera, había siete hadas del tamaño de Alex y Conner. Se veían como un arcoíris viviente: cada una estaba vestida de un color distinto, y estaban de pie detrás de podios ubicados por encima de un arco.

–Ese es el Consejo de las Hadas –señaló Trix–. Rosette es el hada roja; Tangerina, el hada naranja; Amarello, el hada amarilla; Emerelda, el hada verde, que suele estar a cargo; Cielene, el hada azul; Violetta, el hada púrpura, y Coral, el hada rosa.

Rosette era baja y rechoncha y tenía las mejillas muy rosadas. Tangerina, en cambio, era elegante y llevaba su cabello color naranja con un peinado que simulaba una colmena, con abejas de verdad que revoloteaban a su alrededor. Amarello era hombre, llevaba un traje brillante, y algunas partes de su cuerpo estaban en llamas. Emerelda era alta y hermosa, tenía piel oscura y llevaba puesto un largo vestido color esmeralda que combinaba con sus ojos y sus joyas. Cielene tenía la piel muy pálida y su cabello era del color del cielo, y llevaba puesto un vestido que flotaba, del color del

mar. Violetta, la mayor, tenía el cabello púrpura entrecano. Coral, la más joven, o al menos parecía tener solo unos años más que los mellizos, llevaba un vestido simple y tenía un par de alas color rosa.

Había dos asientos vacíos a cada lado de los podios.

–¿Quién se sienta ahí? –le preguntó Alex a Trix.

–El Hada Madrina se sienta a la izquierda y Mamá Gansa a la derecha –explicó Trix–. Ellas completan el Consejo de las Hadas, aunque es muy raro que estén presentes. Están siempre de viaje por los reinos, ayudando a distintas personas.

–¿Eres tú, Trix? –preguntó Emerelda.

–Sí, aquí estoy –Trix se asomó nerviosa, y voló hasta el frente de los podios.

–Llegas tarde. Por favor, acércate –dijo Emerelda. Era gentil pero autoritaria, alguien que a los mellizos definitivamente les gustaría tener de su lado durante un altercado–. Trix, ¿sabes por qué has sido llamada ante el Consejo de las Hadas?

–Sí, señora –dijo Trix, avergonzada, asintiendo con la cabeza.

–Ser un hada requiere un gran sentido de la responsabilidad –dijo Tangerina–. Responsabilidad que tú no has demostrado.

Trix volvió a asentir, con los ojos hinchados y llenos de lágrimas.

–Lo sé –chilló ella.

–Por desgracia, no podemos dejar que tus acciones queden impunes –anunció Violetta.

–Necesitamos que seas un ejemplo, para reforzar la regla número uno que conlleva ser un hada –dijo Rossette.

–Nunca, bajo ninguna circunstancia, debes usar magia para lastimar a otra persona, lugar o ser –comentó Amarello.

–Por desgracia, solo hay una cosa que podemos hacer –añadió Cielene.

–Tenemos que desterrarte del Reino de las Hadas –sentenció Coral.

Trix se cubrió los ojos y lloró más de lo que lo había hecho en todo el día.

–Lo entiendo –dijo entre sollozos.

–¡Ey, ey, ey! –gritó Conner desde el fondo–. ¡Esperen! ¿Están bromeando?

Caminó con rapidez hacia el frente del recinto y se quedó de pie junto a Trix.

–¡Conner! –dijo Alex, e intentó sujetarlo, pero era demasiado tarde.

–¿De verdad van a desterrarla solo por haber cometido un pequeño error? –le preguntó Conner al Consejo con las manos en la cadera.

Una serie de susurros y murmullos recorrió el recinto. Estaban asombrados de que alguien cuestionara su sentencia tan abiertamente.

–¡Por favor, no intentes ayudarme! –le susurró Trix.

–Jovencito, ¿quién se cree que es? –inquirió Amarello.

–Bueno, solo soy un niño, pero incluso yo puedo darme cuenta de que su gobierno es ridículo –respondió Conner.

Todos ahogaron un grito, excepto Emerelda, quien mantuvo su calma y conducta imponente. Alex se golpeó la frente con la palma de la mano.

–¡¿Cómo te atreves?! –exclamó Tangerina, y las abejas que revoloteaban alrededor de su cabello enloquecieron y comenzaron a volar aún más rápido.

–¡Has cruzado el límite! –dijo Violetta.

–¡Qué irrespetuoso! –agregó Coral.

–¡Qué grosero! –añadió Cielene.

Emerelda fue el único miembro de la asamblea que se mantuvo en silencio. Inspeccionó a Conner con sus ojos color esmeralda.

–Silencio –ordenó. Alzó una mano y el resto de sus compañeras, las hadas miembro de la asamblea, hicieron silencio—. Dejen que el niño hable. Quiero escuchar lo que tiene para decir. Adelante, jovencito.

Conner no estaba seguro de si se trataba de un truco o no, pero no se contuvo.

–Escuchen, no soy un hada, gracias a Dios, y tampoco soy perfecto. Intento ser la mejor persona o el mejor estudiante que puedo, pero cada tanto me equivoco, me olvido la tarea o me quedo dormido en clase. Mi mayor esfuerzo no es tan bueno como puede serlo el de otra persona, ¡pero nadie debería tener el derecho de retarme, de castigarme o de humillarme públicamente por eso! –arguyó Conner.

–Trix conocía las reglas, y aun así cometió una infracción contra uno de sus pares –repuso Rosette.

–Nadie puede ser perfecto –argumentó Conner–. Y por lo que escuché, ¡el tipo se lo merecía! ¿Dónde está su juicio? ¿Por qué no está aquí? ¿Por qué siempre me castigan a mí por dormirme cuando es la antigua Mesopotamia la que debería ser castigada por ser tan aburrida?

El consejo continuaba enfurecido por su exabrupto. Muchos miembros, que no tenían intención de tolerarlo, intentaron marcharse.

–Entiendo lo que el niño está diciendo –dijo Emerelda.

–Pero no podemos simplemente perdonar a Trix. Somos el Consejo de las Hadas; no enviaría un buen mensaje al resto de los reinos –replicó Tangerina.

–Mire, señora naranja –dijo Conner–, la última semana, a mi hermana y a mí casi nos come una bruja; por los pelos nos salvamos del ataque de una manada de lobos y casi nos mata un troll del puente; sobrevivimos a un castillo en llamas, ¡y apenas escapamos de una vida de esclavitud en el Territorio de los Trolls y los Goblins! Si pide mi opinión, creo que tienen problemas más graves que un hada que transformó las alas de un imbécil en hojas. ¡Me parece que ocupan su tiempo con pequeñeces estúpidas para sentir que están haciendo algo, cuando en realidad no pueden manejar lo que realmente está pasando allí afuera!

El consejo permaneció en silencio. Todos los miembros parecían estar muy preocupados.

–¿Esclavitud? –preguntó Cielene–. ¿Quieres decir que los trolls y los goblins aún están secuestrando y esclavizando personas?

–¡Sí! –confirmó Conner–. ¡Había decenas de personas ahí abajo! Nos hubiera venido muy bien su ayuda, pero supongo que estaban muy ocupados pegándole en las muñecas a unas hadas que hicieron alguna broma.

Aunque mantenían la expresión estoica, el Consejo estaba secretamente avergonzado de sí mismo. Conner estaba en lo cierto. Intercambiaron miradas por un momento antes de que Emerelda rompiera el silencio.

–En nombre de este Consejo y por medio de la presente, perdono a Trix por sus crímenes –anunció Emerelda–. Amarello, Cielene y Tangerina, propongo que hagamos una visita al Rey Troll y al Rey Goblin de inmediato. Y, además, que sea una lección para todos.

Amarello, Cielene y Tangerina asintieron, y luego se desvanecieron con un ¡pop!

–Gracias, ¿señor...? –dijo Emerelda.

–Deseory –dijo el chico–. Conner Deseory.

Emerelda sonrió, y luego desapareció como los demás. Trix voló hasta el rostro de Conner y le dio un gran abrazo.

–¡Eso fue lo más valiente y más amable que alguien haya hecho por mí! –exclamó Trix.

Conner miró a su hermana. Estaba resplandeciendo, más que orgullosa de su hermano. Era una mirada que Conner pocas veces había podido ver.

–Sabes, ayudar a un hada no va a hacer que tus malos recuerdos de la escuela desaparezcan –le dijo Alex cuando se reunió con Conner y Trix cerca de los podios.

–Tenía que decir algo. Me habría arrepentido si no lo hacía –respondió Conner, sonriendo con picardía.

El resto de las hadas del consejo comenzaron a irse. Algunas simplemente se marcharon caminando, y otras desaparecieron y ya, dejando un rastro de chispas o burbujas. Coral estaba buscando algo alrededor de la habitación y dando palmaditas sobre su falda.

–¡Ven, Pececín! ¿Dónde estás? –dijo Coral.

Un pez con cuatro piernas pasó corriendo junto a Alex y Conner y saltó a los brazos de Coral.

Los mellizos intercambiaron miradas, confundidos, cada uno preguntándose si el otro también acababa de ver lo mismo.

–¿Es eso lo que creo que es? –preguntó Conner.

–Creo que sí –dijo Alex.

Coral estaba a punto de irse cuando los mellizos la detuvieron.

–Disculpa –dijo Alex–. ¿Dónde conseguiste ese pez?

–Oh, ¿te refieres a Pececín? –preguntó Coral–. Una vez, se me cayó una varita en el lago y le concedí un deseo cuando nadó hasta el fondo y la recuperó para mí. Deseó tener piernas, el tontito, para

poder jugar con un niño que vivía en una aldea cercana. El niño murió, por desgracia, así que Pececín vino a vivir conmigo.

Las alas de Coral empezaron a aletear, y se fue volando con su pez mascota.

–Entonces eso *sí era* lo que creíamos –exclamó Conner.

–Sí –dijo Alex, con miles de preguntas dándole vueltas en la cabeza–. ¡Ese era el Pez Caminante del cuento de papá!



CAPÍTULO TRECE

PACTO DE LOBOS

Había sangre por doquier. El suelo estaba cubierto de plumas blancas y trozos de madera. Un cochero estaba transportando una carreta llena de gansos al Reino del Norte cuando la Manada del Gran Lobo Feroz lo atacó. Lo único que permanecía en una pieza era la gran capelina verde que el cochero había usado.

Los lobos se encontraban estirados bajo los árboles, masticando los huesos de sus víctimas. Malagarra levantó la cabeza y clavó la vista en el bosque. Alguien se acercaba; podía olerlo. Fuera quien fuera, su aroma lo estaba poniendo ansioso.

–Tenemos compañía –gruñó.

Todos los lobos se levantaron de un salto, listos para atacar de nuevo de ser necesario. Pero no eran un rival para quien se aproximaba.

Una silueta oscura y encapuchada avanzó con lentitud entre los árboles hasta llegar a los lobos. Se detuvo por un momento, sin miedo, delante de ellos, antes de revelar su identidad.

–Hola, Malagarra –respondió la Reina Malvada.

–¿Quién eres? –ladró Malagarra. La mujer que estaba frente a él, que tenía la mitad de su tamaño, estaba haciendo que se le erizaran los pelos de la nuca.

–No me conoces, pero escuchaste hablar de mí –dijo–. Todos lo han hecho.

–Es la Reina Malvada –gruñó un lobo.

Malagarra puso todo el peso de su cuerpo sobre sus patas delanteras. Esa mujer lo había intimidado, y eso no le gustaba.

–Tienes agallas para acercarte a mi manada –lanzó–. Debería hacer que uno de mis lobos te desgarre la garganta.

–Si te atreves... –dijo la Reina Malvada. No había ni una pizca de miedo en su cuerpo. Se acercó más a ellos, y los lobos retrocedieron asustados, incluso Malagarra.

–¿Qué quieres de nosotros? –exigió saber.

–He venido a hacer un trato.

–Nosotros no hacemos tratos.

–Lo harán una vez que sepas lo que tengo para ofrecer –replicó la Reina Malvada. Esto intrigó al lobo.

–¿Qué tipo de *trato* ? –preguntó.

–Un intercambio –respondió la Reina–. Hay dos niños viajando por los reinos, un niño y una niña, mellizos. Quiero que los encuentres y que me los traigas. *llesos* .

–¿Quieres *niños* ? –se burló Malagarra.

–Tienen algo, bueno, muchas cosas en realidad, que necesito –dijo ella–. Lo haría yo misma, pero no tengo la fuerza suficiente ahora.

–Y si los atrapamos por ti, ¿qué nos darás a cambio? –preguntó el lobo.

–*Cuando* los atrapen y me los traigan, les daré la cosa que más desean en el mundo –respondió.

Malagarra rio.

–Los lobos no *desean* nada –dijo él.

La Reina Malvada lo observó como si estuviera mirando dentro de su alma.

–¿Es cierto? –preguntó–. Entonces, ¿por qué tú y tu manada viajan por las tierras aterrorizando a todos los que se cruzan en su camino? ¿Qué estás intentando probar? ¿A quién quieres vengar?

Malagarra permaneció en silencio. No podía negarlo.

–Te daré la única cosa que vengará la muerte de tu padre –dijo la Reina Malvada–. Te daré a la Reina Caperucita Roja a cambio de los mellizos.

Todos los lobos, incluso Malagarra, gruñeron, dudosos, pero la idea los intrigaba.

–¿Y cómo podrías hacer eso? –inquirió.

La Reina Malvada lo miró con tanta dureza que se le aceleró el corazón.

–No me cuestiones. Tendré a la joven reina en mis manos para el final de la semana. Tráeme a los niños, y te la entregaré. ¿Tenemos un trato?

Malagarra miró a los lobos asustados de su manada. Ellos asintieron, no querían hacer enojar a la reina.

–Trato hecho. Pero déjame advertirte algo: si no cumples con tu parte del trato, voy a quebrarte el cuello como si fuera una rama.

La Reina Malvada caminó hacia el lobo y se detuvo a unos pocos centímetros de su rostro, mirándolo con intensidad.

–Déjame que yo te advierta algo –dijo–. Si no cumples con tu parte del trato, haré que todos se conviertan en alfombras, al igual que lo hizo Caperucita Roja con tu padre. Y si vuelves a amenazarme, yo misma te despellejaré.

Malagarra permaneció quieto. La Reina Malvada sabía que lo tenía exactamente donde quería.

–Hasta pronto –dijo la mujer, volvió a colocarse la capucha sobre la cabeza y desapareció entre los árboles en la misma dirección por la que había venido.

Todos los lobos permanecieron quietos por un momento, con miedo a moverse.

–¿Qué están esperando? –gritó Malagarra, con el orgullo herido–. ¡Tenemos unos mellizos que encontrar!

Se dirigieron con rapidez hacia el horizonte, aullando al unísono. El sonido era ensordecedor.



CAPÍTULO CATORCE

EL REINO DURMIENTE

Trix insistió en que Alex y Conner se quedaran a dormir la noche después del juicio. Por supuesto, eso significó que los mellizos tuvieron que dormir en el suelo, debajo de su hogar, que era del tamaño de una casa para pájaros y que colgaba de la rama de un árbol. Pero había sido un gesto amable de todos modos.

Alex y Conner no pudieron dormir después de haber visto en persona al Pez Caminante. Se recostaron bajo las estrellas del Reino de las Hadas, de las cuales la mayoría eran en verdad hadas que estaban durmiendo en el aire, y dejaron vagar sus pensamientos.

–Siempre creí que el Pez Caminante era uno de esos cuentos de papá, uno que él mismo había inventado –dijo Alex–. Me pregunto cómo escuchó hablar de él.

–Probablemente de la misma manera en la que nosotros escuchamos hablar de todas las otras historias que vienen de este lugar –supuso Conner.

–Pero entonces, ¿por qué no fue tan famosa como la historia de Cenicienta o la de Blancanieves? ¿Por qué no se encontraba escrita en *La tierra de las historias*? –preguntó Alex, y luego soltó la pregunta que había estado en su mente por un buen tiempo–: ¿Crees que papá o la abuela hayan venido aquí alguna vez? ¿Crees que viajaron a la Tierra de las Historias y nunca nos lo dijeron?

Conner tuvo que pensar al respecto. La idea ya se le había cruzado por la cabeza una o dos veces al considerar que *La tierra de las historias* había pertenecido a su abuela y a su papá, antes de que ella se los hubiera dado. ¿Podrían haberse transportado a este mundo con la misma facilidad con que lo habían hecho Alex y Conner? Y si así fue, ¿cómo habían logrado regresar a casa?

–Creo que no –decidió Conner finalmente–. Amaban con todo su ser los cuentos de hadas. Si hubieran estado alguna vez en este mundo y hubieran visto todo lo que nosotros vimos, dudo que se hubiesen marchado de aquí.

A la mañana siguiente, Trix les agradeció con generosidad varias veces, y luego de despedirse, los mellizos comenzaron su viaje hacia el siguiente reino.

–¡Reino Durmiente, aquí vamos! –dijo Alex.

–¿Por qué tengo el presentimiento de que el huso va a ser el objeto más difícil de conseguir? –comentó Conner.

Alex abrió el diario para ver si la predicción de Conner era cierta.

El huso que pinchó el dedo de la Bella Durmiente fue el objeto que menos me costó conseguir. No había trazado un plan para llevármelo, así que simplemente le presenté mi caso a la reina, suplicándole, y ella fue muy comprensiva.

Me permitió llevarme el huso con la condición de que se lo devolviera cuando hubiera terminado de usarlo. La Reina Bella Durmiente es muy sabia, sobre todo para alguien que ha estado dormida por un siglo, y creo que sabía más sobre lo que yo buscaba de lo que estaba dispuesta a admitir.

–Bueno, ¡qué suerte tuvo! –comentó Conner–. Me pregunto qué efectos tendrá en uno dormir durante cien años. Cada mañana, cuando me despierto para ir a la escuela, después de posponer la alarma cuatro o cinco veces, pienso que podría dormir por cien años. Me pregunto si uno se despierta como nuevo, o si sigues somnoliento.

–Es una reflexión interesante –respondió Alex–. Me pregunto si soñó con algo. Asumo que debe haber sido un sueño muy largo.

A los mellizos ya no les quedaba dinero pero, después de asegurarles que se habían separado de sus padres, lograron convencer a dos cocheros que transportaban cabras de que les permitieran viajar con ellos hasta el Reino Durmiente. No les importaba estar sentados en la parte de atrás con las cabras, pero los animales no estaban muy entusiasmados por compartir el espacio con ellos.

–¿Qué estás mirando? –le dijo Conner a una de ellas después de que lo hubiera estado observando durante una media hora.

El sendero iba paralelo a un gran océano resplandeciente con agua tan azul como el cielo. Era como un océano de su mundo, excepto que este se veía mil veces más vibrante.

–¡Mira qué hermoso es! –dijo Alex–. ¡Y mira allí! ¡Es la Bahía de las Sirenas!

Se refería a una gran bahía que estaba justo adelante y que se curvaba bordeando la costa.

–Es bastante cool saber que, ahora mismo, mientras estamos sentados en esta carreta, hay sirenas de verdad nadando allí abajo –comentó Alex.

–Sí –coincidió Conner–. Qué lástima que no trajimos el equipo de buceo.

Alex hojeaba el diario mientras hacía una lista en su cabeza.

–Hemos conseguido cinco objetos –comentó–. Solo nos falta el huso, las joyas del ataúd de Blancanieves y *el sable de lo más profundo del mar*.

–Sea lo que sea eso... –dijo Conner.

Alex observó el mar con ansias. ¿Qué podría ser el “sable de lo más profundo del mar”? A pesar de todo su conocimiento sobre cuentos de hadas, todavía no había podido descubrir qué era, y eso comenzaba a afectarla. Esperaba que en cualquier momento apareciese solo en medio del océano.

–Descubriremos qué es –alentó Conner a su hermana–. O debería decir: *tú* descubrirás qué es, y yo voy a fingir que colaboré.

Un rato después, los mellizos no pudieron evitar escuchar a escondidas la conversación que tenían los cocheros.

–¿Te enteraste de lo que pasó en el Reino Encantador? –le preguntó un cochero al otro.

–No –respondió él.

–¡Le robaron los zapatos de cristal a la Reina Cenicienta! – exclamó.

–¿Se los robaron? ¿Quiénes?

–No lo sé, pero supongo que hay una recompensa para cualquiera que pueda dar información al respecto –respondió.

Los mellizos no sabían cómo reaccionar ante la noticia. Si el reino aseguraba que los zapatos habían sido robados, ¿eso quería decir que Cenicienta o Sir Lampton *no* habían puesto el zapato en la mochila de Alex? ¿Había un pedido de captura para arrestar a los mellizos? Y luego, la pregunta más preocupante de todas: si ellos tenían un zapato, ¿quién tenía el otro?

–¿Robaron *los dos* zapatos? –le susurró Alex a su hermano.

–Tiene que haber sido la mujer que vimos en el castillo de Caperucita Roja –supuso Conner–. ¡Ella también debe estar recolectando los objetos para el hechizo! ¡Lo sabía!

–Solo esperemos conseguir el huso antes que ella –deseó Alex.

El sendero hacía una curva, alejándose del océano, y la carreta se dirigió hacia el norte, e ingresó en el Reino Durmiente.

Era un lugar con muchas colinas, rodeado de imponentes cadenas montañosas. La tierra era sorprendentemente lúgubre, aunque los mellizos no sabían con certeza qué habían esperado encontrar. Todos los campos estaban secos, y los árboles desnudos. Parecía como si todo hubiera estado muerto por mucho tiempo.

–¿Por qué está todo muerto? –preguntó Conner.

–No creo que estén muertos –dijo Alex–. Creo que están *durmiendo* .

El castillo de la Bella Durmiente se encontraba en el centro de una aldea llamada el Valle Dormido, y una vez que los mellizos llegaron allí y bajaron de la carreta, entendieron de dónde provenía ese nombre. Toda la aldea que rodeaba al castillo parecía desierta.

Encontraron a un hombre de pie, detrás de la ventana abierta de una panadería. Tenía la cabeza apoyada sobre una mano y el codo sobre el alféizar de la ventana. Estaba durmiendo. De pie.

–¿Disculpe? –dijo Alex, intentando no sonar grosera por despertarlo.

–¿Sí? –preguntó el hombre con los ojos aún cerrados.

–¿Dónde están todos? –preguntó Alex.

–Descansando –respondió el hombre con un bostezo, y luego comenzó a roncar.

En efecto, a medida que los mellizos caminaban por la aldea, podían ver a varios comerciantes y sirvientes moverse semidormidos dentro de las tiendas, haciendo su trabajo con lentitud. Parecía que todos se quedarían dormidos de un momento a otro.

–Pensé que la maldición sobre el reino se había roto –comentó Conner.

–No parecen estar durmiendo porque *deban* hacerlo, sino porque *quieren* hacerlo –afirmó Alex.

Alex y Conner caminaron a través del pueblo inactivo y encontraron el castillo de la Bella Durmiente. Era una estructura espectacular a la vista, y la más alta que los mellizos jamás habían visto. Estaba hecho de piedras color durazno, y muchas de sus torres se alzaban hacia el cielo, con la más alta de todas en el centro. Cuando los mellizos miraron con atención, detectaron los restos que habían dejado las enredaderas que una vez habían abrazado los muros del castillo.

Varios jardines rodeaban el castillo o, mejor dicho, así debería haber sido si algo en todo el reino estuviese vivo.

Los jardineros dormitaban en sus lugares de trabajo, apoyados en sus herramientas. Cada tanto se despertaban y continuaban trabajando, pero volvían a rendirse al sueño casi de inmediato.

Había guardias por todas partes, pero los mellizos pasaron frente a ellos sin hacer ningún esfuerzo. Cada tanto, uno abría un ojo y consideraba decirles algo pero, en cambio, decidía volver a dormir.

Encontraron la puerta principal y entraron. Luego, atravesaron un largo pasillo con techos elevados que llevaba a la sala del trono. El recinto tenía columnas blancas y suelo a cuadros como un tablero de ajedrez; el techo estaba pintado del color del atardecer, con tonalidades rosas y naranjas vívidas. Un grupo de guardias, completamente inconscientes, bordeaba la sala.

Sentada en el trono delante de ellos, había una mujer hermosa. Estaba hablando con dos hombres: uno era alto y atractivo; y el otro, bajo y viejo, con barba blanca.

La mujer llevaba una tiara hecha de flores plateadas y tenía cabello rubio largo y ondulado. Su vestido era sencillo, de un tono rosa pálido que combinaba con sus guantes.

Los mellizos supieron sin ninguna duda que era la Bella Durmiente.

Hablaba con el consejero real y con su esposo, el Rey Chase. Se la veía preocupada y en un estado de reflexión profunda. También se la notaba cansada, al igual que la madre de los mellizos cuando tenía muchas preocupaciones en la cabeza.

–Tal vez, deberíamos imponer una nueva ley que prohíba dormir durante el día –sugirió el consejero.

–Por supuesto que no –respondió la Bella Durmiente–. No voy a imponerle algo tan agobiante a mi pueblo. No olvidemos que esto no es su culpa.

–La maldición terminó, Su Alteza –dijo el consejero–. Es hora de que el reino despierte y se dé cuenta de ello.

–En lo que a mí concierne, la maldición estará sobre nosotros hasta el día en el que este reino vuelva a estar en las mismas condiciones que antes de que lanzaran el hechizo –aseguró la Bella Durmiente–. Puede que yo esté despierta, pero el hecho de haber estado dormidos por cien años los ha afectado. No deben ser castigados ni tratados como los responsables de todo esto.

–Cariño, puede que no tengas otra opción –intervino el Rey Chase, tomándole la mano–. El reino se cae a pedazos. Las cosechas no crecen y no hay negocios activos.

–Déjame pensarlo bien –le pidió la reina, y soltó un suspiro largo.

–¿Puedo hacer una sugerencia? –preguntó Conner, caminando hacia el trío.

Se sorprendieron, ya que no esperaban que nadie más en la sala estuviera despierto. Alex se sentía un poco asustada; no tenía idea de lo que su hermano estaba a punto de decir. Esperaba que su discurso en el Reino de las Hadas no lo hubiera vuelto un engreído.

–¿Quién eres? –preguntó el consejero.

–Soy Conner, y ella es mi hermana, Alex –dijo el chico.

–¡Qué castillo más bonito tienen! –agregó Alex, saludando con incomodidad detrás de Conner.

–¿Cómo entraron aquí? –preguntó el Rey Chase.

–¿En serio? –replicó Conner, señalando a los guardias dormidos a sus espaldas–. Esto no es exactamente Fort Knox.

–*No saben qué es eso, Conner* –susurró Alex.

–Jovencito –dijo el consejero–. Con todo respeto, estamos discutiendo un asunto muy importante, y...

–Hemos intentado encontrar una solución durante años y aún no se nos ha ocurrido nada que no viole las libertades humanas básicas –intervino la Bella Durmiente–. Así que, si este jovencito cree que tiene una solución, yo sugiero que lo dejemos hablar.

Los hombres no discutieron con la reina. Conner tenía la palabra.

–¿Alguno de ustedes ha escuchado hablar del café? –preguntó Conner.

Lo miraron sin comprender a qué se refería.

–No importa. De todos modos, me han dicho que retrasa el crecimiento –dijo el chico–. Me quedo dormido muchas veces en la escuela. No es mi culpa, pero mi cerebro se apaga cuando se aburre. Un truco que descubrí, cuando me acuerdo de usarlo, es llevar una bandita elástica en la muñeca y tirar de ella justo cuando siento que me estoy quedando dormido. El pellizco me mantiene despierto por cinco minutos, seguro.

Mostraron confusión ante su propuesta.

–Miren, no es una solución sofisticada, pero funciona –continuó Conner–. Y sus ciudadanos pueden hacérselo ellos mismos, por lo que ustedes no estarían obligándolos a nada. Y tal vez, si lo hicieran lo suficientemente seguido, con el tiempo ya no lo necesitarían.

No estaban convencidos del todo. Conner recurrió a Alex para que lo ayudara.

–Alex, ¿tienes alguna bandita elástica encima?

–Puede que tenga unas gomitas para el cabello en mi bolso –respondió su hermana.

Apoyó la mochila en el suelo y buscó en su interior, dejando caer accidentalmente el zapato de cristal. El *clank* resonó por toda la sala del trono.

Los mellizos entraron en pánico. Fue como si el tiempo se hubiera detenido. La Bella Durmiente, su esposo y su consejero se pusieron muy tensos.

–¿Cómo consiguieron eso? –preguntó la Bella Durmiente.

–¡Es el zapato de cristal de la Reina Cenicienta! –dijo el consejero.

–¡No, no es lo que parece! –exclamó Alex, volviendo a guardarlo con rapidez dentro de la mochila.

–¡No lo robamos! –exclamó Conner.

–¡Guardias! –gritó el Rey Chase.

De pronto, algunos soldados que estaban detrás de los mellizos se despertaron, en estado de alerta.

–¡Arréstenlos! –gritó el rey.

–¡Otra vez lo mismo! –dijo Conner mientras los guardias corrían a toda velocidad hacia ellos. Sujetó la muñeca de Alex y jaló de ella para que empezara a correr.

–¡Su Majestad! –le suplicó Alex a la Bella Durmiente—. ¡Hemos venido a pedirle prestado el huso! ¡Estamos recolectando los objetos para el Hechizo de los Deseos!

La Bella Durmiente permaneció de pie, a punto de hablar, pero los mellizos no pudieron quedarse a oír qué tenía para decir. Estaban corriendo en círculos por la sala, esquivando a duras penas las manos extendidas de los guardias que intentaban atraparlos.

Corrieron a través de un par de puertas abiertas que llevaban fuera de la sala del trono. No tenían idea de hacia dónde se dirigían, pero sabían que no podían dejar de moverse.

Habían pasado por demasiadas cosas hasta el momento como para permitir que los atraparan esta vez.

–¡Estoy harto de que nos persigan! –gritó Conner.

Corrieron pasillo por pasillo, doblando con brusquedad cada vez que podían, para perderlos. Se movían tan rápido que la hermosa arquitectura y las decoraciones del castillo no eran más que una mancha borrosa.

De pronto, el corredor en el que se encontraban se convirtió en un callejón sin salida.

–¿Qué vamos a hacer ahora? –preguntó Alex.

–¡Rápido! ¡Entremos aquí! –dijo Conner, y la arrastró a través del par de puertas abiertas más cercano. Encontraron una escalera de piedra del otro lado, así que subieron corriendo. Era una espiral que iba cada vez más y más alto, y los mellizos se preguntaron si terminaría alguna vez. Estaban a una altura increíble; debían estar dirigiéndose a la torre más alta del castillo.

Llegaron al final de la escalera y encontraron una gran puerta negra. Se apresuraron a entrar y la trabaron de inmediato desde adentro.

–¿Ahora en dónde estamos? –preguntó Conner, y miró alrededor.

Los mellizos estaban en una gran habitación circular que tenía ventanas altas. Había cortinas violetas y una alfombra color lavanda. Un balcón envolvía por fuera a toda la habitación. Había solo dos muebles dentro de ella: una cama enorme y una rueca hecha de madera oscura.

–Conner –dijo Alex con suavidad–. Creo que estamos en la habitación de la Bella Durmiente. El lugar donde durmió durante cien años.

Conner caminó hacia la cama. Había un grabado hermoso en el respaldo que decía:

Por cien años ella durmió, y el corazón de su pueblo la acompañó,
así que con paciencia esperaron la bendición del amor verdadero y
de su primer beso certero.

Alex se acercó a la rueca, pero el huso no estaba allí.

–¡El huso no está! –exclamó Alex–. No entiendo. ¡El hombre que escribió el diario le prometió a la Bella Durmiente que se lo devolvería al terminar de usarlo!

–¿No está aquí o solo no se lo devolvió porque el hechizo no funcionó? –preguntó Conner.

El cerrojo de la puerta comenzó a hacer ruido mientras alguien del otro lado intentaba abrirlo.

–¡Escóndete! –susurró Alex. Los mellizos se ocultaron debajo de la cama.

La puerta negra se abrió de golpe. Alex y Conner esperaban ver las botas anticuadas de los guardias, pero, en cambio, solo vieron un par de tacones rosas.

–¿Es...? –susurró Alex.

–Es qué... ¡Ay! –Conner se golpeó fuerte la cabeza contra la base de la cama.

–Pueden salir de ahí –les dijo la Bella Durmiente.

Los mellizos no sabían si se trataba de una trampa o no.

–Detuve a los guardias –añadió–. Nadie va a hacerles daño.

Los mellizos salieron de debajo de la cama, arrastrándose con lentitud.

–Nosotros no robamos el zapato –explicó Alex–. Es difícil de explicar, pero juro que no somos ladrones.

–Les creo –afirmó la reina, asintiendo.

–¿De verdad? –preguntó Conner. Estaba sorprendido–. Porque si yo fuera tú, realmente creería que somos ladrones.

La Bella Durmiente les sonrió y se sentó en la cama.

–Entonces, ¿ustedes están intentando realizar el Hechizo de los Deseos?

Los mellizos asintieron con timidez.

–Es una historia muy larga –agregó Conner.

–Seguro lo es –dijo la Bella Durmiente–. Y han venido a pedirme permiso para llevarse el huso de mi rueca, ¿verdad?

Los mellizos volvieron a asentir, sintiéndose culpables. La Bella Durmiente se rio sola.

–Saben, no hace mucho tiempo, un hombre vino a mi castillo y me lo pidió prestado. Al principio, estaba totalmente en contra de la propuesta, pero me convenció.

–¿Cómo lo hizo? –preguntó Alex.

–Me contó todo sobre el Hechizo de los Deseos y sobre cómo había viajado a otro mundo y se había enamorado, y me dijo que estaba desesperado por regresar allí. Y como soy una persona algo romántica, dejé que me entretuviera con la historia –les contó, y su sonrisa se desvaneció hasta transformarse en la expresión reflexiva que habían visto antes–. Y luego comenzó a describirme ese mundo: un lugar con máquinas y tecnología, lleno de enormes estructuras, tierras y personas que eran diferentes a todo lo que yo había visto antes... y le creí.

–¿Por qué? –preguntó Alex.

–Porque había soñado con ese lugar –repuso la Bella Durmiente–. Es complicado y ni siquiera yo lo entiendo, pero mientras me encontraba bajo el efecto de ese hechizo horrible, soñé con el lugar que él describía. Soñé con tantas cosas que asumí que eran producto de mi imaginación. Nunca le conté ni una palabra a nadie, así que sabía que tenía que estar diciendo la verdad.

–¿Alguna vez te lo devolvió? –preguntó Alex, desesperada por saber–. ¿Logró realizar el hechizo?

La Bella Durmiente inspeccionó sus rostros.

–Ustedes vienen de allí, ¿no? –preguntó–. Y están intentando encontrar una forma de regresar a casa.

Alex y Conner no tenían que responder, ella ya sabía que era cierto. Metió la mano debajo de una de las almohadas de la cama y sacó un huso metálico.

Los mellizos se entusiasmaron. ¡Allí estaba! El hombre lo había devuelto... *¡El hechizo debía haberle dado resultado!*

–Lo único que voy a pedirles a cambio es que también lo devuelvan una vez que terminen –dijo la Bella Durmiente, y se lo entregó a Alex–. Como estoy segura de que podrán imaginar, tiene valor sentimental para mí.

Los mellizos se sentían radiantes. Ahora sabían que había una posibilidad de regresar a casa, que no estaban atrapados en *La tierra de las historias* para siempre.

–Solo somos un par de desconocidos –dijo Alex–. ¿Por qué eres tan amable con nosotros?

–Hay muchas cosas que están fuera de mi control –la sonrisa de la Bella Durmiente volvió a desvanecerse–. Así que me gusta ayudar lo más que puedo, cuando puedo.

Se puso de pie y salió al balcón. Los mellizos la siguieron.

Aunque el reino no estaba en su mejor momento, la vista era espectacular; Alex y Conner podían ver todo el reino y partes de otros. El océano brillaba en la distancia, y se podía observar una hermosa cascada en las montañas cercanas. Era tan hermoso que habían olvidado lo alto que estaban.

–Este solía ser el más hermoso de todos los reinos –les contó la Bella Durmiente–. Las colinas verdes onduladas, las flores salvajes, los ríos que corrían... Ahora son tan solo recuerdos. Incluso la belleza natural de la tierra quedó doblegada bajo esa horrible maldición.

–¿Van a mejorar las cosas? –preguntó Alex.

–Espero que sí, de verdad –respondió la Bella Durmiente–. ¿Puedo contarles un secreto? –les preguntó a los mellizos, y recibió

como respuesta un movimiento ansioso de cabezas—. No he dormido desde que Chase me despertó con un beso.

Los mellizos estaban impactados.

—¡Uf! —dijo Conner—. Debes estar exhausta.

—Después de dormir cien años, voy a estar descansada por un tiempo —respondió la Bella Durmiente—. Me prometí a mí misma y a este reino que no descansaría hasta que recuperara su estado original. Si mis padres me hubieran dejado morir, que era la verdadera intención de la maldición, nada de esto habría sucedido. Así que estoy lista para pasar el resto de mi vida, la vida que ellos me dieron, trabajando para que todo vuelva a la normalidad.

Alex y Conner sintieron lástima por la joven reina. Habían estado tan distraídos pensando en el hechizo que sumió al reino en un sueño profundo, que jamás pensaron en la responsabilidad que debía asumir un monarca para ponerlo en funcionamiento de nuevo.

—Creo que es por eso que el Hechizo de los Deseos siempre me dio curiosidad —confesó la Reina Bella Durmiente—. Es una prueba de que si alguien desea algo realmente, y está dispuesto a trabajar para conseguirlo, se pueden lograr cosas maravillosas. Guardo el huso como un recordatorio de que incluso las peores maldiciones lanzadas por las hechiceras más poderosas pueden vencerse con el tiempo.

—El reino tiene mucha suerte de tener una reina como tú —dijo Alex—. Alguien más débil se habría rendido.

—Prueba el truco de la bandita elástica —le sugirió el chico—. Te prometo que no te arrepentirás.

—Lo haré —la Bella Durmiente sonrió—. Probablemente ya sea hora de que se vayan. Puede que yo les crea, pero lograr convencer a mi esposo y al consejero real de su inocencia no será fácil. Síganme, conozco un pasadizo secreto para salir del castillo.

Los mellizos abandonaron el castillo inspirados por la Reina Bella Durmiente.

El cuento de hadas siempre había idealizado el valor del joven príncipe y el horror de la maldición que había recaído sobre la tierra, pero no había mencionado la mujer fuerte y valiente que era en verdad la Bella Durmiente.



CAPÍTULO QUINCE

EL REINO DEL NORTE

Alex y Conner viajaron hacia el Reino del Norte en bote, una experiencia nueva para ellos. Encontraron un pescador que estaba a punto de viajar río arriba hacia el reino y lo convencieron de que les permitiera ir a bordo. Alex le dijo que estaban perdidos y fingió ponerse a llorar. Su actuación fue muy convincente también. Sin embargo, la de Conner, no. Intentó unírsele en el engaño y las cosas se tornaron incómodas. Por suerte, el pescador les permitió viajar con él de todos modos.

El bote era pequeño y chato, y apenas tenía lugar para los tres. Se movía perfectamente con la corriente del río, así que ni siquiera tuvieron que remar. Los mellizos disfrutaron del viaje e incluso pudieron apreciar el paisaje, señalando cada aldea pesquera que veían. Era agradable viajar sin miedo a que un lobo o un ogro los estuviese persiguiendo.

En el Reino del Norte había mucha niebla y hacía frío; los mellizos sabían que era el tipo de lugar que durante el invierno se helaba. El reino estaba cubierto de campos de césped verde y de varios cursos de agua, y una cadena montañosa gélida y empinada que bordeaba el norte. El bote navegó río arriba y desembocó en el Lago de los Cisnes, que se encontraba, obviamente, habitado por muchos cisnes y otras aves.

El castillo de Blancanieves se erguía a orillas del lago. Era bajo pero ancho, y tenía paredes de mármol bronceado, domos verde oscuro, y ventanas con varios vidrios de colores vívidos, incluyendo uno especialmente grande con la forma de una brillante manzana roja.

–¿Por qué tantos tributos a la manzana? ¿No fue la manzana lo que casi mata a Blancanieves? ¿Por qué hace alarde de ella cada vez que puede? –preguntó Conner.

–Supongo que simboliza al reino, como una cruz simboliza a la Iglesia –dijo Alex, ofreciéndole la mejor deducción que podía sacar basada en los hechos.

No había pueblos ni aldeas cerca del palacio. Lo habían construido lejos de todo lo demás y constituía un mundo aislado. Parecía un lugar muy solitario.

Alex había pasado un buen tiempo con la nariz dentro del diario, releendo todo lo que podía, por si había pasado algo por alto. Lo dejó a un lado y comenzó a observar la orilla, hasta que encontró lo que buscaba.

–Disculpe señor –le dijo Alex al pescador–, ¿podríamos bajar en esa orilla, por favor?

El pescador guio el bote en esa dirección y los mellizos bajaron y se despidieron de él.

–¿Por qué bajamos aquí? –preguntó Conner–. El palacio queda en esa dirección.

–Conner, estoy cansada de explicarte todo. *Aquí* –dijo, y le entregó el diario. Él leyó las páginas que Alex había estado leyendo durante el viaje.

El palacio de Blancanieves tiene vista al Lago de los Cisnes, y parte del lago fluye dentro del foso que rodea al palacio, lo que resulta una ventaja para cualquiera que esté intentando ingresar a escondidas al lugar.

Hay una puerta oculta al fondo del palacio, que está atravesada por el foso. Está justo junto al calabozo y se usa para transportar prisioneros dentro y fuera del palacio en bote. Es sencillo nadar por debajo de la puerta y luego subir al muelle que está del lado de adentro.

El ataúd de cristal está en un gran depósito que solía ser los aposentos privados de la Reina Malvada, en el tercer piso. En el segundo piso encontrarán un retrato de la Reina Malvada, justo después de la imponente escalera de la entrada principal. El

retrato es, en realidad, una puerta secreta que conduce a sus aposentos.

Viajen de noche para que sea difícil divisarlos en el agua. Pero tengan en cuenta que las aguas del Lago de los Cisnes son muy profundas y pueden estar agitadas después del atardecer. Usen algo para mantenerse a flote, como un tronco o un trozo de madera.

Alex se encontraba de pie junto a un tronco que había quedado varado en la orilla del río, y ella lo señaló.

–¿Ves? –dijo Alex.

–Entendido –repuso Conner.

Los mellizos esperaron hasta el anochecer para viajar por el río hacía el palacio. Con cuidado, pusieron el tronco sobre el agua y luego se sumergieron. Estaba tan fría que era difícil de tolerar. En cuanto el agua le cubrió la cintura, Conner soltó un grito ahogado que sonó agudo.

–¡*Auch!* Está tan fría que creo que somos mellizas ahora –comentó mientras le tiritaban los dientes–. ¡Nunca tuve tanto frío en mi vida!

–¡Sigue pensando en que solo nos faltan encontrar dos objetos más y luego nos iremos a casa! –dijo Alex, temblando.

–Joyas del ataúd de Blancanieves y el “sable de lo más profundo del mar” –se repitió Conner a sí mismo–. Joyas del ataúd de Blancanieves y el “sable de lo más profundo del mar”... No, ¡aún tengo frío!

Se sujetaron del tronco y dejaron que la corriente los llevara hasta el palacio. Usarlo fue una buena decisión, dado que el agua estaba agitada, y los mellizos ya se estaban cansando solo de sujetarse al tronco. Probablemente, se hubieran ahogado sin él.

Mientras más se acercaban al palacio, más soldados veían marchando por el territorio.

–Hay muchos soldados –dijo Conner mientras le castañeteaban los dientes.

–Es por la Reina Malvada –afirmó Alex–. Dudo que haya habido tanta vigilancia cuando vino el hombre del diario.

Los mellizos se sumergían por completo cada vez que pensaban que un soldado podía llegar a verlos. Dirigieron el tronco dentro del

foso del palacio, teniendo cuidado de no causar revuelo ni muchas ondulaciones en el agua. Tuvieron que rodear el palacio dos veces, pero eventualmente encontraron la puerta secreta.

Soltaron el tronco y nadaron por debajo de la puerta. Fue una zambullida más profunda de lo que habían pensado. Conner salió a la superficie del otro lado, respirando con dificultad. Flotó por un momento, esperando a que su hermana emergiera, pero no lo hizo.

–¿Alex? –preguntó Conner, buscándola en el agua a su alrededor–. ¡Alex!

Conner volvió a sumergirse. Encontró a Alex luchando debajo de la puerta; una de las tiras de su bolso se había trabado cuando se sumergió. Estaba atorada, y necesitaba aire desesperadamente. Conner nadó hacia ella y jaló de su bolso lo más fuerte que pudo para liberarla, pero no cedía. Lo intentó de nuevo con más fuerza, y la tira finalmente se rompió.

Ayudó a Alex a salir a la superficie. Conner jamás había visto que le costara tanto respirar. Había estado a punto de ahogarse.

La ayudó a acercarse al muelle y ambos subieron a su superficie. Estaban tan asustados que se habían olvidado del frío que sentían.

–Gracias... –dijo Alex, una vez que había recuperado el aliento–. Eso fue muy valiente de tu parte.

–No tuve alternativa –repuso Conner–. Tienes todos los objetos para el Hechizo de los Deseos en tu bolso.

Alex lo golpeó, bromeando, y ambos se rieron por lo bajo.

Se encontraban empapados, y la mandíbula les temblaba tanto que el sonido retumbaba a su alrededor.

La única forma de salir era a través de una puerta de piedra. Los mellizos espionaron dentro y vieron un pasillo largo. De un lado, al final, había una escalera en espiral que bajaba (asumieron que al calabozo) y del otro, había otra escalera en espiral que subía. Eligieron esta última.

La escalera llevaba directamente a otro corredor con olor a humedad. Estaba muy húmedo en ese sector del palacio, y los mellizos pronto pasaron por una puerta abierta y entendieron por qué.

–¡Mira, es el fregadero! –dijo Alex.

La habitación tenía grandes tinas de agua humeante, y varias prendas y toallas, que se encontraban colgadas alrededor del lugar, para secarse. Ya había terminado la jornada laboral, así que la habitación estaba vacía.

–Tengo una idea –exclamó Alex, entrando con velocidad.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Conner. Alex estaba escarbando en una pila que Conner esperaba que fuese de ropa y mantelería limpia.

–Si lo que ocurría afuera era un indicio, apuesto que los pasillos del palacio están llenos de soldados.

–¿Y?

–Vamos a parecer muy sospechosos si caminamos por ahí empapados, con jeans y camisetas –explicó la chica. Luego, sacó dos vestidos y dos cofias de encaje de la canasta.

–De ninguna manera –dijo Conner, dándose cuenta de lo que planeaba hacer con eso–. Definitivamente, no.

–Conner, ¡deja el orgullo de lado y vístete! ¡Hemos llegado muy lejos para que nos atrapen ahora! –repuso Alex mientras se ponía el vestido.

–Los chicos de la escuela jamás pueden enterarse de esto –le advirtió Conner con una expresión muy seria.

–Si tus amigos se enteran de que viajaste al mundo de los cuentos de hadas, dudo que esto sea lo que más les interese escuchar.

Los mellizos se vistieron y se veían casi idénticos con la misma ropa. Envolvieron sus prendas mojadas y sus mochilas con toallas y las llevaron en las manos, para parecer ocupados.

Se adentraron en el palacio, disfrazados a la perfección como dos sirvientas que trabajaban durante la noche. Por dentro, el palacio también tenía suelos y paredes de mármol hermosas. Las ventanas con vidrios de colores eran aún más bellas cuando la luz de la luna brillaba a través de ellas.

Alex tenía razón: cada pasillo se encontraba bajo vigilancia constante de los soldados. Conner estaba demasiado avergonzado como para mirarlos a los ojos. Sin embargo, encontró un par de monedas de oro en el bolsillo del uniforme de su sirvienta, lo que lo hizo sentir mejor.

Los mellizos encontraron la imponente escalera en el medio del palacio. Subieron al segundo piso y comenzaron a buscar por los corredores el retrato de la Reina Malvada. Al igual que en el palacio de Cenicienta, había retratos de los monarcas anteriores enmarcados en las paredes y estatuas de los siete enanitos que habían ayudado a Blancanieves.

–¿Cómo sabremos cuál es la Reina Malvada? –preguntó Conner–. Jamás la hemos visto.

–Tendremos que adivinar –dijo Alex mientras pasaban frente al retrato de una mujer que estaba sentada en un jardín. Todas las plantas y flores resplandecían con colores, pero ella usaba un vestido largo y negro. Era una mujer hermosa, pero tenía una expresión vacía y fría en el rostro.

–Es ella –afirmó Alex.

Había algo en los ojos de la mujer del retrato que hacía que Alex se sintiera segura. Eran hermosos, pero parecían vacíos, como si hubieran drenado toda la felicidad de su alma.

Alex esperó a que dos soldados abandonaran el pasillo y luego intentó abrir el retrato. Estaba trabado. Jaló con más fuerza, pero seguía sin ceder.

–¿Estás segura de que es este? –le preguntó Conner.

–Cien por ciento –repuso Alex, y volvió a dar un tirón. En esta ocasión, el retrato se despegó de la pared como si fuera una puerta. Detrás de él, había una escalera de madera que llevaba al tercer piso.

–¡Bien hecho! –exclamó Conner y chocó los cinco con su hermana. Los mellizos subieron la escalera hasta encontrarse con otra puerta secreta.

Entraron en la habitación que funcionaba de depósito a través de una réplica exacta del retrato que habían atravesado en el segundo piso. El lugar se encontraba repleto de muebles antiguos cubiertos con sábanas blancas, y de baúles y cofres. El retrato que habían atravesado era la única pintura colgada; el resto estaba apilado contra las paredes, alrededor del cuarto.

La habitación era larga y tenía un par de puertas dobles pesadas de un lado y, del otro, una plataforma alta cubierta con una cortina.

Los mellizos sabían sin duda alguna que ese debía ser el lugar donde la Reina Malvada tenía sus espejos mágicos.

Sobre un mostrador había tubos, frascos y contenedores de vidrio. Estaban todos vacíos, pero los mellizos tenían la certeza de que debía ser donde la Reina Malvada había guardado sus venenos.

–Esta habitación me asusta –dijo Conner–. Parece que nadie ha entrado aquí en años.

–No veo el ataúd de cristal por ningún lado –comentó Alex. Comenzó a destapar los muebles para intentar encontrarlo, pero no estaba en la habitación.

» El ataúd no está aquí –continuó, sintiendo cómo una ola de pánico le recorría el cuerpo–. Solo busquemos.

–¿Busquemos qué? –preguntó Conner.

–¡Cualquier cosa! –gritó Alex, frustrada y enojada–. Intentemos encontrar cualquier cosa que diga a dónde pueden haber llevado al ataúd de cristal.

Los mellizos registraron la habitación de arriba abajo. Buscaron en todos los cofres y los baúles, pero no encontraron nada que les pudiera brindar una pista clara del paradero del ataúd.

Había tantos años de recuerdos acumulados en la habitación que era imposible determinar qué había pertenecido a la Reina Malvada o a Blancanieves, o quizás a los monarcas anteriores.

Mientras Alex revisaba una pila de pergaminos, encontró entre ellos unas interesantes cartas que no pudo evitar leer.

La primera carta estaba escrita con letra claramente masculina y decía:

Querida Evly:

Te amo más que lo que un pájaro ama al sol de la mañana. Cada segundo lejos de ti es tiempo perdido.

Soy tuyo para siempre.

Mira

La siguiente estaba escrita por una mujer y decía:

Queridísimo Mira:

Eres lo último en lo que pienso antes de dormir, y lo primero en lo que pienso al despertar, y el tiempo en el medio está repleto de deseos de estar en tus brazos. Mi corazón es tuyo. Solo tuyo.

Evly

El intercambio de cartas entre los amantes continuó; la siguiente parecía escrita con apuro.

Evly:

Que me hayan alejado de ti es el castigo más cruel de todos. No ser capaz de tocar tu piel ni de besar tus labios ha herido mi alma. Estoy vacío sin ti. Te salvaré de esta maldad, lo juro.

Mira

Alex podía ver pequeños círculos sobre el papel: lágrimas... eran lágrimas. Las cartas estaban arrugadas porque habían sido sujetadas con fuerza.

Mira:

Pensar en que volveré a estar contigo es lo que me mantiene viva. Paso los días buscando una forma de volver a estar a tu lado. Vivo por ti. Te amo con cada latido de mi corazón.

Evly

Eran cortas pero apasionadas. Alex sintió que su propio corazón latía con más fuerza después de leerlas. Buscó más, pero no encontró ninguna.

–Alex –dijo Conner–. Ven a ver esto –estaba revisando las pinturas que se encontraban apiladas contra la pared y había encontrado una que hizo que se le detuviera el corazón. Conner tomó un retrato grande de la pila: mostraba a un hombre alto, con cabello entrecano, y abundante barba color café. Usaba un abrigo largo y llevaba una ballesta.

–Ese debe ser el Cazador de la Reina Malvada –comentó Alex.

–Apuesto que sí –dijo Conner–. Pero míralo de nuevo.

Alex se tomó un segundo para observarlo bien y vio que, parcialmente oculta detrás del Cazador del retrato, había una niña pequeña. Tenía brillantes ojos verdes y cabello de un rojo tan oscuro que parecía violeta.

–No puede ser –dijo Alex.

Los mellizos sintieron náuseas. Era la mujer que habían visto en el castillo de Caperucita Roja; sus facciones y el color de su cabello eran demasiado peculiares como para que fuera alguien más.

–Entonces... ¿ella es la hija del Cazador? –le preguntó Conner a su hermana.

–Debe serlo –dijo Alex.

–Ni siquiera sabía que tenía una hija. ¿Por qué querría el Hechizo de los Deseos?

Alex se puso a pensar al respecto. Apenas sabía algo sobre el Cazador; no sabía nada sobre su hija. Mientras los engranajes de su cabeza giraban, considerando las distintas posibilidades, un pensamiento aterrador la invadió.

–¿Y si no está recolectando los objetos para sí misma? ¿Y si los está juntando para la Reina Malvada?

El rostro de Conner se tornó pálido y negó con la cabeza.

–No. ¿Para qué querría el Hechizo de los Deseos?

–Tiene sentido –dijo Alex. No podía negar los hechos–. Se escapó del calabozo por una razón. Tiene algún asunto pendiente, tal vez una venganza o algo *más grande*. Algo que no puede terminar por sí sola.

–¿Y si lo necesita por la misma razón que nosotros? –preguntó Conner–. ¿Y si está intentando viajar a nuestro mundo?

A Alex no se le había ocurrido esa posibilidad. Volvió a mirar el retrato de la Reina Malvada en la pared. Observó el rostro pintado e intentó encontrar respuestas en sus ojos inertes. ¿Qué podría estar planeando?

Los mellizos escucharon un par de pasos fuera de la habitación. La puerta estaba destrabada, y alguien del otro lado comenzó a abrirla.

–¡Rápido! ¡Escóndete! –dijo Conner.

Los mellizos se metieron con velocidad dentro de uno de los baúles más grandes y cerraron la tapa, dejando solo una pequeña abertura para poder ver la habitación.

–Su Majestad –dijo la voz resonante de un hombre que estaba alejado del pasillo, y quien fuera que estaba abriendo la puerta se detuvo.

–Sí, ¿qué sucede? –repuso la voz de una mujer.

–Mis hombres y yo regresamos –informó el hombre–. Buscamos por todas partes, y aún no hay rastros de su madrastra.

Los mellizos reconocieron la voz. Era Sir Grant, el soldado que había dado el anuncio sobre la Reina Malvada durante el baile en el Reino Encantador.

–¿Y? –dijo la mujer.

–Su Alteza, disculpe que vuelva a preguntar esto, pero usted fue la última persona que la vio en el palacio antes de que escapara. ¿Está segura de que no hay nada que pueda decirnos sobre esa noche? ¿Algún detalle o pista, o algo que pueda darnos una idea de hacia dónde se dirigía? –preguntó Sir Grant.

–Se lo he dicho miles de veces, no recuerdo ningún detalle –repuso la mujer–. Solo fui a decirle algunas cosas que pensaba, y luego me fui.

–Su Alteza, es solo cuestión de tiempo para que la Reina Malvada ataque, o envenene el río o, incluso, haga algo peor –dijo Sir Grant–. Usted la conocía mejor que nadie. Por su propia seguridad, por favor, infórmenos de inmediato si recuerda algo más.

–Será el primero al que acuda si algún recuerdo aparece. Ahora, si me disculpa, quisiera estar sola.

Sir Grant se alejó por el pasillo. La reina giró la manija de la puerta con lentitud y la abrió. Era una mujer hermosa con el cabello más oscuro y la piel más blanca que los mellizos habían visto.

–¡Es Blancanieves! –le susurró Alex a Conner, y le apretó el brazo.

Tenía puesto un camisón blanco y un abrigo del mismo color. Por un momento, se quedó de pie en la puerta, solo mirando la habitación antes de entrar. Le resultaba difícil estar en el cuarto donde una vez habían sido planeados tantos intentos para acabar con su vida. La manera en la que inspeccionaba los objetos a su alrededor hizo que los mellizos asumieran que no había estado en ese lugar por un largo tiempo.

Blancanieves entró y cerró la puerta detrás de ella. Caminó por el lugar y revisó todas las cosas con cuidado, al igual que lo habían hecho los mellizos.

Se dirigió hacia una pila de libros. Hojeó las páginas de uno que era negro y tenía una gran calavera en la cubierta. Pasó las hojas hasta que dio un pequeño grito ahogado y dejó caer el libro. Como había caído abierto al suelo, los mellizos pudieron ver que se trataba de la receta para la manzana envenenada.

Tomó asiento en la plataforma que había detrás de ella y comenzó a llorar, hundiendo el rostro entre sus manos. Toda la situación parecía haber afectado a la joven reina.

–Deberíamos preguntarle dónde está el ataúd –le susurró Alex a Conner.

–¿Estás segura? Parece que necesita un momento a solas –dijo Conner.

–Por desgracia, no tenemos tiempo que perder –comentó Alex, y se puso de pie con lentitud dentro del baúl mientras empujaba la parte superior para abrirlo.

»¿Su Majestad? –dijo con suavidad.

Blancanieves soltó un grito ahogado. Se sorprendió y avergonzó al darse cuenta de que no estaba sola.

–¿Quiénes son? –preguntó–. ¿Cómo entraron aquí?

–Uf, si nos dieran un centavo por cada vez que alguien nos pregunta eso, podríamos comprar nuestro propio palacio para entrar a escondidas en él –dijo Conner, ubicándose junto a su hermana.

–No queremos hacerle daño, Blancanieves, solo necesitamos hacerle una pregunta, y luego nos marcharemos –explicó Alex.

–Primero, díganme cómo entraron –exigió la reina.

–El retrato –dijo Conner–. Hay una escalera secreta que lleva al segundo piso.

–Conner, no cuentes todos nuestros secretos –lo reprendió Alex.

–Ya sabía eso –los tranquilizó Blancanieves–. La usaba para entrar a esta habitación cuando era una niña. ¿Cómo sabían que existía?

–Leímos sobre él en algún lado –explicó Conner, moviendo las manos como si el tema no fuera importante.

–Parecen niños buenos –dijo Blancanieves–, pero no deberían entrar a escondidas a lugares a los que no pertenecen. Estamos viviendo tiempos peligrosos.

–Ni que lo diga –comentó Conner con un bufido.

–Estamos completamente de acuerdo y prometemos no volver a hacerlo nunca más –dijo Alex–. Solo nos preguntábamos dónde podría estar su ataúd de cristal.

Blancanieves los miró con incomodidad; era una pregunta muy extraña.

–Lo trasladaron –dijo.

–¿A dónde? –preguntó Conner.

–Se lo devolví a los enanos –respondió Blancanieves–. Era hermoso, pero, como podrán imaginarse, era raro tener el ataúd en

el palacio. Lo guardan en alguna parte de las minas.

Los mellizos suspiraron ante la noticia. El camino frente a ellos acababa de volverse mucho más largo.

–¿Por qué razón querrían ustedes mi ataúd? –pregunto Blancanieves.

Los chicos intercambiaron miradas, sin estar seguros sobre qué decirle y qué no.

–Estamos en una especie de búsqueda del tesoro –dijo Alex–. Y tenemos algo de prisa, sabe, porque su madrastra puede estar buscando las mismas cosas que nosotros.

Blancanieves los miró muy seriamente.

–Niños, mi madrastra es una mujer muy peligrosa. Si ella está buscando algo y ustedes están en su camino, no dudará en matarlos. *No tiene corazón*. Si hay alguna posibilidad de que se crucen con ella, deben dejar de hacer lo que sea que están haciendo. De inmediato.

Un golpe fuerte provino de la puerta.

–Su Majestad, ¿está ahí? –preguntó un soldado–. El rey no podía encontrarla y está preocupado.

–Sí, un minuto, por favor –dijo Blancanieves, y giró para enfrentar a los mellizos–. Deben irse.

Los mellizos asintieron y atravesaron el retrato.

–Prométanme que pensarán sobre lo que he dicho –les dijo Blancanieves, justo antes de que cerraran la puerta.

–Por supuesto –mintió Alex.

Blancanieves sonrió aliviada y dejó la habitación.

Los mellizos decidieron salir del palacio a través de la entrada principal, ya que iban disfrazados de sirvientas.

–Las minas están en el Bosque de los Enanos, no muy lejos de aquí –dijo Alex, mirando el mapa–. Recuerda que Blancanieves corrió a pie hasta allí después de que el Cazador no pudiera matarla.

–¿Vamos a *regresar* al Bosque de los Enanos? –le preguntó Conner–. ¿Acaso deseamos morir?

–No tenemos otra opción –respondió Alex.

Los mellizos acamparon en una zona segura del bosque, cerca del palacio de Blancanieves, y durmieron durante las pocas horas de

noche que quedaban antes del amanecer. Antes de dormirse, colgaron la ropa húmeda en una rama para que estuviera seca a la mañana siguiente.

Cuando amaneció, comenzaron el camino de regreso hacia el Bosque de los Enanos.

Ahora la mochila de Alex tenía solo una tira, pero de todas maneras seguía siendo útil. Caminaron por un largo tiempo antes de encontrar a un cochero que estuviese dispuesto a llevarlos.

–¿Están seguros de que quieren ir allí? Es un lugar muy peligroso –les advirtió el cochero.

–Créanos que lo sabemos –repuso Conner y, para persuadirlo un poco más, le dio las monedas que había encontrado en el vestido de la sirvienta la noche anterior.

La carreta avanzó por el sendero, pasando frente a la Laguna del Patito Feo (que a Alex le pareció sorprendentemente entretenida), y atravesaron un bosque que había sido deforestado. Por kilómetros a la redonda no había nada más que bases de árboles talados. Los mellizos no estaban tristes de ver tantos árboles muertos; habían visto la cantidad suficiente de árboles vivos hacía poco como para compensar sus emociones.

–Honestamente, espero que no nos encontremos con la Reina Malvada –comentó Conner durante el viaje–. Eso no sería nada bueno.

–Solo espero que todavía no haya conseguido el “sable de lo más profundo del mar” –dijo Alex–. Si no, tal vez *tendremos* que hacer que nuestros caminos se crucen.

–Me pregunto si sabe algo sobre nosotros –comentó Conner–. Si envió a la hija del Cazador en busca del huso de la Bella Durmiente y de la corona del Rey Troll y del Rey Goblin, y ambas cosas desaparecieron, se dará cuenta tarde o temprano de que alguien más está recolectando los objetos para el hechizo.

–Espero que no –dijo Alex, y suspiró–. Parece que entre más tiempo estamos aquí, peor se vuelve la situación. Algo siempre sucede y complica las cosas...

El rostro de Alex se tornó pálido, y se le cayó la mandíbula. Parecía que acababa de ver un fantasma.

–¿Qué sucede? –preguntó Conner–. Te ves como si te hubieras sacado un ocho en un examen.

Giró para mirar en la misma dirección que su hermana. En la distancia, de pie en medio de un campo deforestado, había un árbol que, en lugar de crecer en línea recta desde el suelo, estaba torcido y crecía en espirales, como si fuese una gran enredadera. Era sin dudas el Árbol Sinuoso, el mismo sobre el que su padre les había contado que vio cuando era un niño.

–Tienes razón, Alex –dijo Conner–. Las cosas siempre encuentran la manera de volverse más complicadas.



CAPÍTULO DIECISÉIS

A TRAVÉS DE LAS MINAS

Los mellizos no hablaron durante el resto del viaje hacia el Bosque de los Enanos. No podían. Había demasiado que decir y no encontraban palabras suficientes para expresar lo que estaban sintiendo. El cochero los dejó a casi un kilómetro de distancia de las minas, y recorrieron el resto del camino en silencio.

Ni siquiera se sentían asustados o amenazados por el bosque a su alrededor. Tenían la cabeza tan invadida de pensamientos que no había espacio para ponerse nerviosos ni asustarse por los gruesos y escalofriantes árboles que los rodeaban.

–Las minas están justo detrás de esa colina –indicó Alex, mirando el mapa. Al menos ahora estaban hablando, solo que no sobre el tema que debían discutir.

Los mellizos llegaron a la cima de la colina, y del otro lado, debajo de ella, había varios túneles que se adentraban en la ladera de la montaña. Eran muy distintos a los que habían visto en el Territorio de los Trolls y los Goblins; estos estaban perfectamente redondeados y sólidos. Montones de enanos trabajaban en ellos, transportando vagones de joyas y piedras de un túnel al otro.

Una fuerte campanada sonó desde alguna parte dentro de las minas, y más enanos emergieron de allí, junto con sus faroles y sus picos. Era el final de la jornada, y todos regresaban a casa en varias filas que llevaban a distintas partes del bosque.

Los mellizos esperaron en la colina unos minutos antes de ingresar en las minas, asegurándose de que ninguno se hubiera quedado

atrás. Tomaron el túnel más largo y encontraron una fila de faroles colgando cerca del suelo, en la pared de tierra, cerca de la entrada. Cada uno tomó uno y se adentraron más en la ladera de la montaña.

Las minas eran enormes. Las palas estaban alineadas contra las paredes y había rieles para los vagones mineros, que se expandían dentro de la montaña por kilómetros. Los mellizos continuaron caminando y caminando con los faroles en alto, buscando con atención cualquier cosa que pudiera parecerse a un ataúd de cristal.

–¿Vamos a hablar sobre esto? –le preguntó Alex a Conner mientras continuaban la búsqueda.

–¿Sobre las minas?

–No. Ya sabes a lo que me refiero –dijo Alex.

–No quiero hablar sobre nada que no esté relacionado con encontrar el ataúd –respondió su hermano.

–Conner, ignorar la situación no va a servir de nada –insistió la chica.

–¿Ignorar qué situación? –no la miró a los ojos–. Vimos el Árbol Sinuoso. Solo fue otra historia que papá escuchó y que nos contó cuando éramos pequeños. No le des más importancia de la que tiene.

–¡No es así y lo sabes! –esta vez, Alex alzó la voz.

–Alex, basta.

–¡Deja de negarlo!

–¡No sigas!

–¡Lo has sabido desde el primer minuto en que llegamos aquí! ¡Tú también lo sentiste! –exclamó la chica–. ¡Sé que lo hiciste! ¡Tal vez puedas mentirte a ti mismo, pero no puedes mentirme a mí!

–¡No estoy mintiendo! ¡Tú estás imaginando cosas que quieres que sean reales! –comentó Conner, intentado ocultar las lágrimas que se formaban en sus ojos.

–¡Toda mi vida sentí que me estaba perdiendo algo! ¡Como si en algún lugar del mundo estuviese sucediendo algo de lo que se suponía que yo debía ser parte! Y ahora, lo encontramos; ¡es este lugar! ¡Una parte de nosotros pertenece aquí! –dijo la chica, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

–¡NO PUEDES DEMOSTRARLO! –gritó Conner.

–¡CONNER, ACÉPTALO! ¡PAPÁ ES DE AQUÍ! ¡NACÍÓ EN LA TIERRA DE LAS HISTORIAS!

–ENTONCES ¿POR QUÉ NO NOS LO DIJO? –gritó Conner, y su voz retumbó en las minas–. ¿POR QUÉ NOS LO OCULTÓ? –se sentó en el suelo y sollozó en silencio, con el rostro entre sus manos.

Alex se sentó junto a su hermano y lloró con él. Era tanta información que procesar, tanto que digerir.

–Tal vez sintió que no podía hacerlo –supuso Alex–. Siempre decía que nos llevaría al lugar donde había crecido cuando fuéramos más grandes. Aún somos bastante jóvenes. Tal vez pensó que nos lo contaría cuando considerara que éramos lo bastante grandes como para comprenderlo.

–Creo que decir: “Hola, chicos, ¿alguna vez les conté que vengo de otra dimensión?” es algo bastante impactante sin importar la edad que tengas –argumentó Conner.

–Es algo tan difícil de confesar... Debe haber estado esperando el momento oportuno. Por desgracia, el momento oportuno no llegó hasta que fue demasiado tarde.

–Entonces, ¿esto significa que la abuela también es de aquí? –preguntó Conner.

–Supongo que sí.

–Entonces, ¿cómo llegaron a nuestro mundo? Debe haber más de una forma de hacerlo, sin contar el Hechizo de los Deseos –razonó Conner.

–Debe haberla –respondió Alex–. Pero lo único que tenemos hasta ahora es el Hechizo de los Deseos, así que necesitamos seguir buscando el ataúd de cristal si queremos volver a ver a mamá.

Los mellizos se secaron las lágrimas y continuaron su búsqueda por las minas.

–No crees que mamá también sea de aquí, ¿verdad? –preguntó Conner.

–Lo dudo –respondió Alex–. Tiene álbumes con fotos de su infancia. Papá solo tenía historias.

–¿Crees que ella lo sabe? –preguntó Conner.

–Seguramente –dijo Alex–. ¿Cómo podría no saberlo? Estuvieron casados por más de una década.

–Entonces, tal vez sepa dónde estamos –sugirió Conner–. Tal vez no está tan preocupada como pensábamos.

Los mellizos pasaron otra hora caminando por las minas. Conner había visto tantos túneles que sentía que su mente comenzaba a engañarlo. Hubiera jurado que continuaba viendo siluetas correr a su alrededor entre las sombras.

–¿Viste eso? –preguntó, paranoico.

–Solo estás viendo sombras –respondió Alex.

–Ah –dijo Conner–. Hubiera jurado que era... No importa.

Los mellizos encontraron una mesa larga muy pequeña, con varias sillas miniaturas a su alrededor. Parecía ser el área en la que los enanos descansaban del trabajo. Había un gran retrato de Blancanieves colgado en la pared de tierra que estaba detrás de la mesa, y un ataúd de cristal con rubíes y diamantes reposaba sobre la pared debajo de la pintura.

–¡Bingo! –exclamó Conner. Utilizó un pico que alguien había dejado sobre la mesa para sacar, con cuidado, algunas joyas del ataúd y las colocó en el bolso de Alex. Se veían los lugares en donde ya faltaban algunas piedras, que alguien había quitado antes que ellos.

–Eso fue fácil –comentó Conner.

En cuanto giró sobre sí mismo para mirar a su hermana, deseó no haberlo dicho.

–¿Conner? –preguntó Alex, mientras miraba a su hermano, que estaba petrificado.

A través de la luz tenue de los faroles, los mellizos vieron una docena de enormes lobos negros caminando en círculos a su alrededor.

Se encontraban rodeados por la Manada del Gran Lobo Feroz. Los animales gruñeron y apretaron los dientes.

–¡No se acerquen! –exclamó Conner, alzando el pico hacia ellos. Su gesto no los afectó en lo más mínimo. Incluso, algunos rieron.

–¿Son estos? –preguntó uno de los animales.

–Sí –respondió otro lobo–. ¡Hemos estado rastreando su olor por días!

–Hola, niños –dijo Malagarra, caminando sigilosamente hacia ellos–. Diría que es un gusto conocerlos, pero sé por su olor que

nuestros caminos ya se han cruzado antes.

–¡Por favor, no nos lastime! –rogó Alex. Estaba temblando de miedo, y se aferraba a Conner.

–¿Al menos, podemos comernos sus extremidades? –preguntó otro lobo–. *Ella* no las necesita, ¿verdad?

–¿*Ella* ? –preguntó Alex–. ¿Quién es *ella* ?

–Acordamos llevárselos sin un rasguño –se lamentó Malagarra, y les dedicó una mirada a los mellizos–. ¡Ustedes vienen con nosotros!

–Conner –le susurró Alex a su hermano–. ¿Qué vamos a hacer?

–Tengo una idea –dijo el chico, apoyó el farol en el suelo y dio un paso hacia Malagarra.

–*¡Perro malo! ¡Muy malo! ¡Sentado!*

Los lobos y Alex tenían la misma expresión de confusión en el rostro. ¿Qué estaba haciendo?

–*¡Dije sentado! ¡Perro malo! ¡Ve a tu canasta!* –siguió Conner, moviendo el dedo en dirección a Malagarra. Lo que sea que estaba haciendo, no funcionaba en lo más mínimo. Solo insultaba a los lobos.

–Cambié de opinión –le dijo Malagarra a su manada–. Pueden comerse sus extremidades.

–Bueno, se me acabaron las ideas –Conner se rindió y miró a su hermana.

–¡A mí no! –exclamó Alex.

Con un movimiento rápido, la chica pateó la farola que Conner había apoyado en el suelo; salió despedida por el túnel, cayó sobre uno de los lobos y lo prendió fuego. Los otros miembros de la manada se apresuraron a ayudar a extinguir las llamas del cuerpo de su amigo. Alex tomó la mano de Conner, y corrieron hacia la parte más profunda del túnel, adentrándose en las minas.

–¡Síguenlos! –ordenó Malagarra, y el resto de la manada corrió tras los niños.

Los mellizos iban lo más rápido que podían. Solo les quedaba una farola, así que estaban casi a oscuras. Oían la estampida de lobos a sus espaldas. Sus aullidos eran tan fuertes y retumbaban tanto en las paredes que apenas podían soportarlo.

El túnel comenzó a descender, haciendo que se les dificultara correr.

–¡Salta aquí! –dijo Conner, señalando un vagón minero sobre unos rieles.

–¡Ni hablar! –replicó Alex, pero Conner la levantó del suelo y la ubicó dentro. Él también subió de un salto y jaló la palanca de freno, y el vagón comenzó a bajar por el túnel a gran velocidad.

Algunos lobos los atacaron con sus garras. Los mellizos se hundieron lo máximo que pudieron, pero antes de hacerlo, uno de los lobos alcanzó a Conner y le dejó un rasguño sangriento en el antebrazo. Alex logró patear a un lobo justo en el hocico, y este se alejó gimoteando. Otro casi los atrapa entre sus garras, pero falló y arrancó la palanca de freno.

Ganaron velocidad y así, pronto, les sacaron ventaja.

–¡Lo estamos logrando! ¡Estamos escapando! –festejó Conner, sosteniéndose el brazo herido con la otra mano.

–¡Todavía no celebrarías si fuera tú! –le advirtió Alex y señaló un cartel que estaba adelante y decía:

PELIGRO:

**UTILICE LA PALANCA DE FRENO
MIENTRAS DESCIENDE POR EL TÚNEL**

–¡Eso no es nada bueno! –gritó Conner, deseando que la palanca pudiera volver a crecer.

El vagón comenzó a ganar más velocidad al descender por el túnel en un ángulo más empinado. Estaban yendo muy rápido, *¡demasiado rápido!* Apenas podían abrir los ojos debido al viento que les golpeaba el rostro. Las vías doblaron y se adentraron más en la montaña. Los mellizos tenían miedo de salir disparados del vagón, si es que este no se descarrilaba primero. Era la montaña rusa más aterradora a la que habían subido.

–¡Esto sería genial si no fuera por el miedo a morir! –gritó Conner. Incluso estaba tentado de alzar las manos en el aire, pero supo que no era el momento adecuado.

El vagón avanzaba a toda velocidad por las minas, sin dar ninguna señal de detenerse. En cuestión de segundos, el mayor miedo de los mellizos había pasado de ser que se los comieran vivos los lobos a estrellarse en las minas de los enanos. Las vías los llevaron a través de una cueva gigante, llena de estalactitas que señalaban estalagmitas, que tenía un charco de agua en el fondo.

Para el horror de los mellizos, pasaron frente a otro cartel que decía:

SIN SALIDA

Aparentemente, una avalancha de rocas había caído sobre las vías hacía muchos años, y ahora ellos se dirigían a toda velocidad hacia una pared de piedra sólida que se había formado allí. Se agacharon lo más bajo que pudieron dentro del vagón, preparándose para las heridas traumáticas que estaban a punto de sufrir.

El vagón chocó contra las rocas, y se tambaleó con violencia al atravesar la pared. Algunas rocas cayeron dentro y otras sobre los mellizos. Alex gritó, y Conner se cubrió la cabeza todo lo que pudo con su brazo. Justo cuando pensaron que de seguro iban a morir, el vagón comenzó a detenerse lentamente.

Los mellizos espionaron a su alrededor sin abandonar el vagón. Estaban afuera, en algún lugar del Bosque de los Enanos, del otro lado de la montaña.

–No puedo creer que acabamos de sobrevivir a eso –dijo Conner.

Se habían golpeado bastante, pero salieron sin heridas graves.

No perdieron ni un minuto cuestionando su suerte. Se alejaron del vagón corriendo hacia los árboles.

–Tenemos que salir de aquí –dijo Alex–. ¡No pasará mucho tiempo antes de que los lobos nos encuentren de nuevo!

–¿De quién hablaban? ¿Con quién nos iban a llevar? –preguntó Conner.

–Me da miedo siquiera decirlo... ¡Aaaaaahhhh! –gritó Alex.

No habían estado dentro del bosque ni siquiera por un minuto cuando sintieron un golpe brutal en la nuca. Cayeron al suelo, y lentamente perdieron la consciencia.

Antes de desmayarse por completo, vieron el rostro de Verrugón, el troll, y de Hueverno, el goblin, mirándolos desde arriba, cada uno con un garrote en la mano.



Se despertaron con un dolor de cabeza espantoso. Estaban amarrados juntos, con cuerdas en la parte trasera de una carreta que les era muy familiar.

–Mira quién despertó, Hueverno –dijo Verrugón.

–Los ladroncitos se han levantado –respondió Hueverno.

El goblin y el troll estaban conduciendo la misma carreta, pero esta vez había un burro diferente tirando de ella; el anterior probablemente había muerto. Tenían el bolso de Alex entre ellos mientras avanzaban por el sendero. Los mellizos tenían las manos y los pies amarrados con nudos triples.

–¿Dónde estamos? –preguntó Conner.

Alex estiró el cuello para ver por encima de la carreta y logró reconocer algunos árboles que ahora les resultaban familiares.

–¡Estamos en el mismo lugar donde nos atraparon por primera vez! –dijo ella–. ¡Debemos haber estado un día entero desmayados!

–¿Quieres que sean dos días? –preguntó Hueverno, alzando el garrote.

–Esto no puede estar sucediendo de nuevo –dijo Conner–. ¡No pueden volver a esclavizarnos! ¡Les contamos a las hadas sobre ustedes!

–Ah, sí, lo sabemos –respondió Verrugón.

–Vinieron y nos dieron varios y largos sermones al respecto –agregó Hueverno.

–¡Y cerraron todos nuestros túneles gracias a ustedes! –Verrugón se veía enojado–. ¡Ahora tenemos que tomar el camino largo hasta nuestro territorio!

–¡Entonces déjenos ir! –exigió Conner.

–Esta vez no –replicó Hueverno–. Robaron la corona de nuestros reyes cuando estuvieron en nuestro reino. Según las reglas de la Asamblea del Felices por Siempre, tenemos todo el derecho de llevarlos y juzgarlos por su delito.

–¡Va a ser un gran juicio! –dijo Verrugón–. ¡Todos los trolls y los goblins estarán presentes!

–¡Y ya hemos armado un cronograma para golpearlos una vez que el juicio termine! ¡Cada habitante del territorio tiene un turno! –se mofó Hueverno, y los dos aullaron de la risa.

Conner mantuvo la calma. Sacó las manos amarradas por fuera de la carreta. La herida en su brazo aún no había cicatrizado, así que se estiró para que un par de gotas de sangre cayeran sobre el suelo a medida que viajaban.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Alex.

–Dejando un rastro.

No sabía qué pensar al respecto, pero confiaba en él. Sin importar lo que estuviera haciendo, tenía un plan.

Un par de horas después, los mellizos habían logrado cambiar de posición y sentarse. El troll y el goblin continuaron divirtiéndose mientras predecían las cosas horribles que les harían a los mellizos una vez que estuvieran en el Territorio de los Trolls y los Goblins.

Conner comenzó a ver siluetas oscuras corriendo entre los árboles en la distancia, al igual que lo había hecho en la cueva.

–Prepárate. Están aquí.

Alex se preparó mentalmente para lo que fuera a suceder.

–Fue más rápido de lo que esperaba –dijo ella.

Un aullido pequeño salió de los árboles. Hueverno y Verrugón jalaban de las riendas del burro y le ordenaron que se detuviera. La carreta dejó de moverse.

–¿Escuchaste eso? –preguntó Hueverno.

–Sí, lo escuché –respondió Verrugón.

Ambos tomaron sus garrotes, bajaron de un salto de la carreta, y la rodearon por un momento.

–¡Por allá! –exclamó Verrugón–. ¡Veó algo!

El troll y el goblin se adentraron en el bosque.

–¡Ayúdame a alcanzar mi bolso! –le dijo Alex a Conner. Comenzaron a moverse con lentitud hasta que se ubicaron frente a la carreta. Alex tomó su mochila con los dientes y la arrastró hasta la parte de atrás. Aterrizó junto a sus manos atadas, y ella forcejeó hasta que logró abrirla y sacar el zapato de cristal de Cenicienta, aunque casi se torció la muñeca en el proceso.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Conner.

–Algo que me va a romper el corazón y que hará que me odie a mí misma por el resto de mi vida –respondió Alex. Golpeó con fuerza el zapato contra el suelo de la carreta y lo rompió en tres pedazos. Usó uno para cortar las cuerdas que los ataban.

–Guau –dijo Conner–. ¡Ni en un millón de años hubiera pensado que harías eso! Fue bastante increíble.

–Podemos pegar el zapato, ¿verdad? –preguntó Alex, intentando frenéticamente unir las piezas del zapato de cristal como si fuera un rompecabezas.

–Todavía sirve para el Hechizo de los Deseos, ¿no? –preguntó Conner.

–El hechizo no decía en ninguna parte que tenía que estar en una pieza.

Guardaron las partes en la mochila de la niña y bajaron de la carreta. Corrieron hacia el bosque, en la dirección opuesta a la que se habían ido el troll y el goblin. Unos minutos después, escucharon gritos escalofriantes y aullidos, cuando sus captos fueron atacados por la Manada del Gran Lobo Feroz.

El horrible sonido hizo que los mellizos corrieran más rápido. Sabían que era cuestión de segundos para que los lobos rastrearán su olor y estuvieran justo detrás de ellos. Ni siquiera sabían hacia dónde estaban yendo; su única certeza era que debían encontrar un lugar seguro lo más rápido posible.

Alex miraba el bosque. Había un profundo rugido que venía de algún lugar cercano. ¿Podrían estar cerca del océano?

–¡Estamos más al sur de lo que pensaba! –exclamó Alex–. ¡Creo que regresamos al Reino de las Hadas!

–¡Entonces, encontremos un hada que convierta estos lobos en perritos chihuahuas! –sugirió Conner.

Se dio vuelta: en la distancia podía distinguir varios lobos corriendo a toda velocidad hacia ellos. Y un segundo después, los vieron corriendo un poco más adelante que ellos, rodeándolos, ganando terreno y preparándose para atacar.

Los mellizos corrieron a través de unos árboles espesos y, de pronto, se detuvieron de forma abrupta. Estaban de pie en el borde de un acantilado muy alto que daba al océano.

–¿Cómo llegamos tan rápido al océano? –gritó Conner.

–Mira –dijo Alex–. ¡Es la Bahía de las Sirenas! Estamos en algún lugar entre el Reino de las Hadas y el Reino Durmiente.

Conner miró hacia atrás. Los lobos estaban a pocos metros de distancia, a punto de saltar sobre ellos.

–No, ¡estamos entre la muerte y morir! ¡Alex, lamento mucho esto!

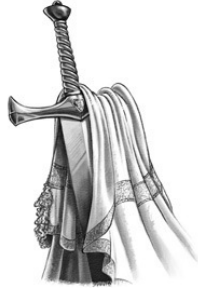
–¿Qué lament...? ¡Ahhhhhh!

Conner empujó a su hermana, y luego se lanzó él por el acantilado, justo antes de que los lobos los atacaran.

Estaban cayendo tan rápido que no podían respirar ni escuchar al otro gritar. Todo lo que oían era el aire pasando junto a ellos.

Cayeron en picada. Los lobos permanecieron sobre el acantilado por unos minutos, esperando a que salieran a la superficie, pero no vieron nada.

Los mellizos habían desaparecido.



CAPÍTULO DIECISIETE

RICITOS DE ORO: SE BUSCA VIVA O MUERTA

Faltaban solo unos segundos para el amanecer, y los soldados del Reino del Rincón seguían los pasos de Ricitos de Oro; estaban a punto de alcanzarla. La habían visto en las afueras de la Aldea de los Panaderos en las primeras horas de la tarde, y desde ese entonces se había dado a la fuga.

Un grupo de veinte hombres la perseguía a caballo, decidido a hacer lo que fuera necesario para arrestarla. Por suerte para ella, estaba montada en la yegua más rápida de todos los reinos.

–Vamos, Avena –le susurró a su yegua–. Tú puedes hacerlo, chica. Ya casi llegamos a la frontera.

Pasaron por la torre de Rapunzel y atravesaron el Bosque de los Enanos, pero los soldados continuaban tras ellas. Estaban violando las leyes que la Asamblea del Felices por Siempre había aprobado, pero a su vez, Ricitos de Oro había roto tantas leyes que había perdido la cuenta. Por eso dudaba de que los soldados enfrentasen repercusiones por sus actos.

Avena tenía una ventaja sobre los otros caballos, dado que conocía el Bosque de los Enanos de memoria, por eso ganaron mucho terreno; sabían qué había detrás de cada árbol y a dónde llevaba cada sendero.

–¡Divídanse y encuéntrénla! –ordenó un soldado detrás de Ricitos de Oro.

Podía sentir que Avena se estaba cansando. Habían estado cabalgando durante horas, y sabía que el animal necesitaría un descanso pronto si planeaban continuar huyendo.

Se cruzaron con un granero abandonado que estaba parcialmente oculto por los árboles. Ricitos de Oro lo había usado varias veces para esconderse de cualquiera que estuviera a punto de atraparla.

–Avena, voy a esconderme aquí y esperaré a que se vayan. Encuentra un lugar seguro y descansa. Nos encontraremos aquí al amanecer.

Avena asintió y se alejó galopando. Ricitos de Oro desenfundó su espada y se acercó al granero. La puerta estaba fuera de las bisagras; parecía como si alguien o algo la hubiera forzado para entrar.

El interior del granero era un desastre. Había pilas de heno por todo el suelo; de los establos solo quedaban trozos de madera, y había manchas de sangre en el suelo y en las paredes. Pero por suerte, lo que fuera que había causado ese desastre ya no estaba en el lugar.

Guardó su espada. El granero no la intimidaba en lo más mínimo; había visto cosas mucho peores, había vivido situaciones mucho peores, y había causado daños mucho peores en sus días de fuga.

Se quitó su abrigo largo y la espada, y comenzó a desatarse las botas, preparándose para pasar la noche. Algo colorido le llamó la atención mientras se acomodaba. Un trozo de tela azul eléctrico sobresalía debajo de una pila de heno. Jaló de ella para examinarla: se trataba de un hermoso vestido azul brillante con bordados delicados. Le recordó a uno que había tenido cuando era niña. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que lo había usado.

Descubrió que había un espejo colgado en la pared del granero. Estaba apenas inclinado y tenía rajaduras en la parte inferior, pero aún podía ver a la perfección su reflejo. No le gustó lo que vio: Ricitos de Oro era joven, pero se había avejentado mucho desde la última vez que había visto su reflejo con tanta claridad. Ahora era una mujer adulta.

Se desvistió y se puso el vestido azul. Luego, se soltó el cabello y lo despeinó un poco. Limpió la suciedad de su rostro con un pañuelo, y volvió a observar su reflejo. Se miró a sí misma, completamente sorprendida. Había olvidado lo hermosa que podía ser. Solo deseaba que Jack pudiera verla así.

–Tanta belleza desperdiciada –dijo una voz.

En un abrir y cerrar de ojos, Ricitos había desenfundado su espada, extendiéndola frente a ella.

–¿Quién está ahí? –exigió saber, pero no vio a nadie más en el granero.

–Si tan solo el mundo pudiera ver lo que estoy viendo ahora: Ricitos de Oro, una mujer temida en todos los reinos, de pie, vulnerable en un vestido –dijo la voz.

–No seas cobarde. ¡Muéstrate! –gritó Ricitos de Oro. Luego, volvió a mirar el espejo, pero no vio su reflejo. Otra mujer, con el rostro pálido y una capa oscura con capucha, le devolvió la mirada.

–Hola, Ricitos de Oro.

–¡Tú! –dijo. Había una sola mujer en el mundo capaz de comunicarse de un espejo a otro–. Te conozco. Eres la reina que todos están buscando.

–Sí –respondió la Reina Malvada–. Ambas somos mujeres fugitivas.

–¿Qué quieres?

–¿Por qué asumes que necesito algo de ti? –preguntó la Reina Malvada–. Me presenté solo para darte información que he adquirido recientemente.

–Buen intento, pero no soy una sirvienta despistada a la que puedas engañar –respondió Ricitos de Oro, acercándose al espejo–. Intenta darme *a mí* una manzana envenenada, y haré que te la tragues de un golpe.

–No, por supuesto que no –dijo la Reina Malvada con tono burlón–. Solo eres la pobre Ricitos de Oro, una niña a la que le hicieron pensar que iba a una cita con el niño que amaba y que ha estado huyendo de la ley desde entonces.

Ricitos de Oro dio un paso atrás, alejándose del espejo.

–¿Cómo puedes saber eso? –preguntó. Su mirada era penetrante.

–Sé más sobre ti que nadie –respondió la Reina Malvada–. Sé que cuando eras una niña pequeña, recibiste una carta escrita por el niño que amabas, se llamaba Jack. Te pedía que te encontraras con él en una casa que estaba un poco alejada del pueblo, y te dio instrucciones para llegar allí. Fuiste y esperaste y esperaste por horas, pero él nunca apareció.

–¿Cómo sabes todo eso?

–Tuviste sueño en esa casa, ¿no? –continuó la Reina Malvada–. Así que decidiste dormir en una de las camas esperando encontrarlo allí al despertar. Pero al hacerlo, él no estaba ahí, ¿verdad? Te despertaste y viste a tres osos observándote y casi te asesinan. Apenas escapaste con vida, pero de todos modos los osos te denunciaron por irrumpir en su hogar y, al ser joven y estar asustada, huiste. Huiste y has huido desde entonces.

»Durante años te preguntaste cómo Jack pudo hacerte eso. ¿Cómo pudo ser capaz de tenderte una trampa? Y luego, finalmente, una noche te escabulliste en el Reino de la Capa Roja y se lo preguntaste. Pero Jack te dijo que él había crecido siendo pobre y que era analfabeto; no te había enviado la carta porque nunca aprendió a escribir. Alguien *más* la envió. Alguien *más* te tendió una trampa.

»Jack había estado buscándote por años. Estaba devastado cuando desapareciste. Incluso escaló un tallo para encontrarte. Ustedes dos han estado teniendo encuentros en secreto por casi una década ya.

–¿Quién te dijo eso? –preguntó Ricitos de Oro.

–Toda persona motivada surge de una montaña de dolor que desearía mantener oculta –explicó la Reina Malvada–. Te investigué, Ricitos de Oro, y tú y yo no somos tan distintas. Excepto que yo sé quién te escribió esa carta.

Ricitos de Oro negó con la cabeza sin poder creer lo que oía. ¿Cómo era posible que ella supiera algo que Ricitos había estado intentando descubrir toda su vida?

–¿Y quién es el culpable? –preguntó.

–Caperucita Roja, por supuesto –respondió la Reina Malvada.

–¿Qué? –exclamó Ricitos de Oro. Por un instante pareció que había dejado de respirar.

–Es cierto –afirmó la Reina–. La joven tiene un gran espejo en su habitación y habla dormida. Te sorprenderían las cosas que confiesa durante sus pesadillas.

Ricitos de Oro tuvo que sentarse. Ya ni siquiera se sentía humana, sino un ser hecho de furia pura.

–Caperucita siempre ha amado a Jack, y tú estabas en su camino –continuó–. Era joven cuando escribió la carta. No tenía idea de las

consecuencias que traería. Pensó que te irías con el corazón roto antes de que los osos llegaran a su hogar, y luego Jack sería todo suyo.

–Pero tuvo muchos años llenos de oportunidades para corregir su error –dijo Ricitos de Oro. Tenía la vista fija en el suelo, pero estaba ciega de furia. Se puso de pie, arrojó el vestido azul, y volvió a ponerse su propia ropa, incluyendo su espada.

–¿Qué harás ahora que sabes la verdad? –preguntó la Reina Malvada.

–Voy a llevar a Roja de viaje. Y no va a regresar.

–Hay un solo lugar donde realmente puede desaparecer para siempre... –dijo la Reina Malvada, y su reflejo se desvaneció del espejo.

Ricitos de Oro salió a toda prisa del granero y se adentró corriendo en la noche, silbando para llamar a Avena. Estaba a punto de hacer exactamente lo que la Reina Malvada quería, pero lo más importante era que se encontraba a punto de conseguir su deseada venganza.



CAPÍTULO DIECIOCHO

EL MENSAJE DE LA SIRENA

Conner tenía la certeza de que había muerto. La caída en el océano debía haberlo matado porque, donde fuera que estuviera, jamás había estado tan relajado. Sentía que estaba en algún lugar glorioso entre estar dormido y despierto; un lugar que él conocía muy bien. Tenía los ojos cerrados y se encontraba recostado sobre la superficie más suave que había tocado en toda su vida.

El aire era fresco y agradable. Oía algo salado, pero estaba seguro de que solo se lo estaba imaginando, porque lo último que había visto había sido el océano. Abrió muy poco los ojos y vio a su hermana recostada a su lado. De seguro ella también debía haber muerto, pero parecía tan tranquila que no se preocupó. No habría podido preocuparse por nada ni aunque lo hubiera intentado. Se sentía tan maravilloso que todo lo que percibía era placer.

Debemos estar en el cielo, pensó.

Conner abrió los ojos un poco más. Tenía la visión borrosa, pero podía notar muchos objetos coloridos moviéndose en todas direcciones sobre él. Mientras más se ajustaban sus ojos, más humanos parecían. *Deben ser ángeles*, se dijo, y volvió a dormir.

Mientras comenzaba a caer en un sueño, lo invadió un pensamiento: *¿Puedes dormir cuando estás muerto? ¿Puedes sentir y oler el aire a tu alrededor?* Debía estar vivo después de todo para poder experimentar todas esas cosas. Pero ¿en dónde estaba? Abrió los ojos lo más que pudo, para que se ajustaran más rápido.

Él y su hermana se encontraban recostados dentro de una gran ostra en el fondo del océano. Estaban en algún tipo de cueva submarina, pero eran capaces de respirar gracias a una gran burbuja de aire que los rodeaba. En la cueva con oscuras paredes rocosas, había corales. El suelo arenoso estaba bajo sus pies, y veían el infinito océano azul.

Sobre la burbuja, había un grupo de sirenas nadando. Eran preciosas y coloridas; pálidas pero con el cabello largo que combinaba con el vibrante color marítimo de sus colas; había sirenas azules y verdes, violetas y rosas. Parecían amistosas y saludaron a Conner en cuanto notaron que estaba despierto.

El chico miró la herida en su brazo y vio un vendaje de algas cubriendo el rasguño. Alguien debía habérselo puesto.

–¡Alex! Alex, ¡despierta! –le tocó el hombro a su hermana, y ella regresó a la vida.

–¿Mmm? –preguntó la chica, inmersa en su propio estado de profunda relajación.

–¡Sirenas! –dijo Conner–. ¡Hay sirenas nadando a nuestro alrededor!

Esto llamó la atención de la chica, y sus ojos pestañaron hasta abrirse por completo. Le tomó unos minutos darse cuenta de dónde se encontraba y entender que todo eso estaba sucediendo de verdad.

Se irguió dentro de la ostra.

–Conner, ¿por qué estamos en el fondo del océano?

–No tengo idea –dijo el chico–. ¡Mira esta burbuja a nuestro alrededor! –descubrió que cuanto más tiempo pasaban dentro de ella, más pequeña se hacía a medida que respiraban el aire.

–Lo último que recuerdo es que nos perseguían los lobos y luego tú... ¡*idiota!* –exclamó la chica, recordando que la había empujado por el acantilado. Lo golpeó varias veces con las palmas de las manos.

–¡Ey, ey, ey, basta! ¡Era eso o que nos atacaran los lobos! ¡Había que elegir el mal menor! –se defendió Conner.

–Si sobrevivimos a la caída, ¿cómo llegamos hasta aquí abajo? –preguntó Alex.

–Nosotras los trajimos –dijo una sirena que nadaba sobre ellos. Tenía el cabello color turquesa, largo, suave, que combinaba con las escamas resplandecientes de su cola–. El Espíritu de Espuma quiere hablar con ustedes.

–¿*El Espíritu de Espuma* ? –preguntó Conner.

–¡Está por llegar! –dijo otra sirena con cabello y cola rosas.

–Dudo que estas sirenas salgan a pasear a menudo –le susurró Conner a Alex.

–¡Aquí está! –dijo otra con cabello de tonos violáceos.

En efecto, una masa amorfa de espuma de mar nadó a través del océano hacia Conner y Alex. Ingresó en su burbuja y dio vueltas antes de quedarse inmóvil, flotando frente a ellos. Lentamente tomó la forma de una sirena.

–Hola, niños –los saludó una voz etérea que salía de la espuma de mar.

–Hola –dijo Alex, inclinando la cabeza como un cachorro que observa algo extraño.

–Hola –le respondió Conner, tensando cada músculo de su frente.

–Espero que estén bien –dijo el espíritu. Su figura espumosa cambiaba constantemente–. Les indiqué a mis sirenas que los cuidaran bien. Pobrecitos, casi se ahogan cuando cayeron en el océano.

–¿De verdad? –preguntó Alex lanzándole una mirada asesina a su hermano–. ¿Tú eres el Espíritu de Espuma?

–Sí –repuso–. Pero puede que ustedes me conozcan mejor como la Sirenita.

El rostro de Alex se iluminó. Esta era una persona que no esperaba conocer en la Tierra de las Historias.

–¿Eres *la Sirenita* ? –preguntó, estaba completamente cautivada.

–Por Dios, ¿qué te sucedió? –inquirió Conner.

–Pensé que habías muerto –confesó Alex.

–No exactamente –dijo el espíritu–. Cuando la Bruja del Mar me convirtió en humana hace muchos años, tenía que casarme con el príncipe para que perdurara mi forma humana. Por desgracia, como todos saben, el príncipe se casó con otra, y mi cuerpo se transformó en espuma de mar. Ya no tengo forma física, pero mi espíritu aún vive.

–Eso es extraño –comentó Conner.

–¡Ay, es maravilloso! –exclamó Alex–. Siempre me ponía muy triste al leer tu historia. No hay muchos que conozcan la *verdadera* ; siempre asumen que tuviste un final feliz.

–Hay muchos que no –dijo el espíritu–. Creo que ustedes dos están buscando algo que una vez me perteneció...

–No lo creo –comentó Conner.

–Espera, ¿te refieres al *sable de lo más profundo del mar* ? –preguntó Alex ansiosa–. ¿Conoces su ubicación?

–¿Cómo sabes que lo estamos buscando? –preguntó Conner con sospecha.

–Sé muchas cosas que los seres comunes no conocen –dijo el espíritu–. Sobre todo cosas dichas o sentidas cerca del agua.

–¡El Lago de los Cisnes! –exclamó Alex–. Estábamos hablando de los objetos que nos faltaban para el Hechizo de los Deseos mientras viajábamos por el Lago de los Cisnes.

–Entonces, señorita de espuma antes conocida como la Sirenita –dijo Conner–. ¿Qué es *el sable de lo más profundo del mar* ? Hemos intentado descubrir de qué se trata desde que llegamos aquí.

–Como saben, intercambié con la Bruja del Mar mi capacidad de habla por un par de piernas, para poder estar con el príncipe en tierra firme –respondió el espíritu–. Después de que se enamorara de la otra mujer, mis hermanas intercambiaron su cabello por un cuchillo que le pertenecía a la Bruja del Mar. Ella dijo que si yo mataba al príncipe con él, podría regresar al mar como sirena, pero al final no pude hacerlo y me convertí en lo que soy hoy.

–¡*El cuchillo!* –exclamó Alex con entusiasmo–. ¡*El sable de lo más profundo del mar* es el cuchillo que te dio la Bruja! ¡Por supuesto! ¡Estaba esperando que fuese más grande!

–Así es –confirmó el espíritu.

–Espera –dijo Conner–. ¿Pasaste por todo eso por un *hombre* ? ¿No había *sirenos* disponibles?

–Tal vez, esa es la lección de mi historia –confesó.

–¿Y ahora, en dónde está el cuchillo? –preguntó Alex ansiosa.

–Se lo di a un hombre, no hace mucho tiempo, que lo necesitaba por la misma razón que ustedes –respondió el espíritu–. Se lo

entregué con una condición: que lo destruyera cuando terminara de usarlo.

–Ay, no –dijo Conner, poniendo las manos sobre su cabeza y jalándose el cabello.

–Entonces, ¿no lo tienes? –preguntó Alex al borde de las lágrimas.

–No lo tengo, pero no fue destruido –dijo el espíritu–. El hombre no cumplió con su parte del trato, por miedo a necesitarlo de nuevo.

–Entonces, ¿dónde lo puso? –preguntó Conner.

–Está en un lugar donde las personas dejan las cosas que no quieren volver a ver jamás.

–¿La arrojó por el retrete? –sugirió Conner.

–No, ¿recuerdas el lugar sobre el que nos contó el Comerciante Itinerante? –dijo Alex–. ¡Debe haberlo tirado dentro del Pozo de Espinas!

–¡Ah, fantástico! –la voz de Conner expresaba sarcasmo–. ¿Por qué tenía que arrojarlo dentro de un maldito pozo? ¿Por qué no pudo simplemente dejarlo dentro de una madriguera?

–Jamás vamos a conseguirlo –se lamentó Alex–. Si llegamos a acercarnos a ese lugar, las enredaderas y el arbusto de espinas nos arrastrarán hasta el fondo para siempre.

–A menos que tengan esto –dijo el espíritu de espuma, y extendió sus manos. De inmediato, se materializaron dos collares, cada uno con una ostra dorada–. Usen esto cuando vayan a recuperar el cuchillo del fondo del Pozo de Espinas, y las plantas hechizadas no los lastimarán.

–Gracias –respondió Alex.

Los mellizos se inclinaron hacia adelante para tomar los collares de sus manos espumosas, pero el espíritu las retiró.

–Solo se los daré si prometen destruir el cuchillo en cuanto terminen de usarlo –les advirtió.

Los mellizos intercambiaron una mirada y asintieron.

–Por supuesto –le prometió Alex.

–No hay problema –aseguró Conner.

–Muy bien –dijo el espíritu, y les entregó los collares–. De todas maneras, tengan cuidado. Las ostras son mellizas también. Si una se rompe, la otra también lo hará. Recuerden eso.

–¿Por qué estás haciendo esto por nosotros? –preguntó Alex.

–¿Por qué siempre cuestionas los motivos de alguien que te ayuda? –inquirió el espíritu.

La pregunta tomó a Alex con la guardia baja.

–Porque, en el lugar de donde venimos, las personas no se ayudan entre ellas –dijo la chica–. A veces lo hacen, pero rara vez es sin una razón. Las personas buenas son difíciles de encontrar.

–No puede ser demasiado difícil. Estoy viendo dos de esas personas ahora mismo –respondió el Espíritu de Espuma–, y ese es el motivo por el cual decidí ayudarlos y la razón por la cual les diré esto: no son los únicos que están en busca del Hechizo de los Deseos.

–Lo sabemos –comentó Conner–. La Reina Malvada también lo busca.

–Ella fue la que envió a los lobos a perseguirnos, ¿verdad? –adivinó Alex.

–Sí –confirmó el espíritu–. Está tan decidida a conseguir ese cuchillo como ustedes. Es por eso que deben apresurarse para llegar hasta el Pozo de Espinas. Por desgracia, el Hechizo de los Deseos únicamente puede usarse una vez más.

–¿Qué? –exclamó Conner. Los mellizos se sentían como si algo los hubiera pateado en el estómago. Eso definitivamente complicaba el asunto–. Quieres decir que si ella consigue el cuchillo primero, ¿ya está, se acabó?

–Lamentablemente, sí.

La burbuja alrededor de ellos estaba por desaparecer. Apenas cubría la ostra donde se encontraban sentados. Se les acababa el tiempo bajo el agua.

–No podemos permitirlo –exclamó Alex, negando con la cabeza–. ¡Tenemos que llegar primero! ¡Tenemos que marcharnos ahora mismo!

–Haré que mis sirenas los lleven hasta allí lo más rápido que puedan, pero una vez que estén en tierra firme, deberán recorrer el resto del camino solos –dijo el espíritu–. Cuídense, niños.

El Espíritu de Espuma se consumió y desapareció.

Las sirenas descendieron hasta los mellizos y sujetaron con fuerza la ostra en la que Alex y Conner estaban sentados. Juntas, los trasladaron a través del océano, hacia su siguiente aventura.



CAPÍTULO DIECINUEVE

EL POZO DE ESPINAS

Las sirenas transportaron a los mellizos a través del océano, y luego nadaron río arriba para llegar al norte del Reino Durmiente. Alex y Conner estaban a pocos kilómetros del Pozo de Espinas, así que comenzaron su caminata hacia el lugar donde encontrarían el último objeto para el Hechizo de los Deseos.

–¿Cómo haremos funcionar el hechizo una vez que tengamos el cuchillo? –preguntó Conner.

–Creo que solamente tenemos que poner todos los objetos juntos y dejar que ellos hagan el resto –respondió Alex, adivinando.

–Supongo... –dijo Conner.

La tierra a su alrededor estaba muerta y seca. Los senderos eran irregulares y se encontraban cubiertos de piedra. Era por lejos el área menos atractiva en la que habían estado de toda la Tierra de las Historias.

–No sé tú, pero yo muero de ganas de salir de este lugar –comentó Conner.

–Entiendo a qué te refieres –Alex no estaba entusiasmada–. Extraño tanto a mamá...

–No puedo esperar a volver a tener aire acondicionado y televisión. Sí que extraño esas cosas. Y la *comida* ... ¡Ni hablar de la comida!

–Apuesto a que también tenemos mucha tarea pendiente por hacer –supuso Alex con alegría.

–No había pensado en eso –Conner lanzó un gruñido. También se preguntaba si tendría que cumplir con su castigo cuando regresara a

casa. ¿Podría librarse por haber estado atrapado una o dos semanas en el mundo de los cuentos de hadas?

Alex entendía los sentimientos de su hermano a la perfección. Había estado muy entusiasmada por recorrer la Tierra de las Historias, pero habían tenido tantas experiencias traicioneras que incluso ella deseaba volver a casa. Pero ahora, mirando el paisaje a su alrededor, un área particularmente fea del reino, no podía evitar pensar en lo mucho que iba a extrañar ese mundo.

–Hemos visto cosas maravillosas –dijo Alex.

–Muy cierto –respondió Conner.

–Y hemos conocido personas extraordinarias –añadió su hermana.

–No puedo negarlo –coincidió el chico, moviendo la cabeza de lado a lado.

–Es una lástima que no podamos ir y venir de este lugar a nuestro antojo –se lamentó Alex–. ¿No crees que lo extrañarás aunque sea un poquito?

Conner negó con la cabeza, y sus labios se prepararon para decir “no”, pero cuando lo pensó un poco más, dudó.

–Tuvimos buenos momentos –admitió–. Por supuesto que nos llevaremos recuerdos que nadie más tendrá. Piensa en todas las historias que algún día les podremos contar a nuestros hijos.

–Sí –coincidió su hermana, pero eso solo la hizo pensar en su padre.

Sin darse cuenta, estar en la Tierra de las Historias había llenado el vacío que sentían desde que su papá murió. Descubrir que él era del mundo de los cuentos de hadas había sido el momento más significativo de la aventura.

–Mamá y la abuela van a tener que darnos muchas explicaciones –aseguró Conner.

–Es cierto –reconoció Alex–. Me pregunto dónde vivía papá.

–Lo descubriremos –respondió Conner, y sonrió–. Me pregunto si conocía a alguna de las personas con las que nos cruzamos o que vimos. ¡Imagínate si tuviéramos *familiares* aquí!

Alex se detuvo. Sus ojos se agrandaron casi tanto como su boca abierta.

–¿Y si estamos emparentados con la dinastía Encantador o Nieves? –se preguntó, entusiasmada.

–¡O tal vez tenemos un sexto de sangre de ogro o duende, o algo así de genial! –lanzó Conner.

La idea le dio un nuevo impulso a su caminata.

Finalmente, llegaron al Pozo de Espinas y se detuvieron en seco en el sendero: la vista era espeluznante. El pozo era muy ancho y demasiado profundo, y estaba lleno de plantas que llegaban hasta la parte superior, algunas muertas y otras vivas. Las enredaderas y los arbustos de espinas parecían miles de serpientes; el pozo estaba vivo y hambriento. En el borde, se encontraban las ruinas de un viejo castillo, que consistían en un par de muros y una escalera de piedra que no llevaba a ninguna parte.

–¿De verdad vamos a entrar ahí? –preguntó Conner.

–Pongámonos los collares –dijo Alex.

Cada uno se puso uno de los colgantes alrededor del cuello, y luego caminaron con lentitud hacia el borde del pozo. Las enredaderas y los arbustos de espinas se lanzaron hacia ellos como la lengua de una rana se lanza hacia una mosca, pero de pronto retrocedieron, ahuyentados por las ostras mágicas.

–Parece que funcionan –comentó Conner.

Comenzaron a descender por el pozo. Utilizaron los arbustos de espinas muertos al costado de las paredes como escalera, rasguñándose y sangrando en distintas partes de sus cuerpos. Las enredaderas y los arbustos vivos se alejaban de ellos a medida que avanzaban. Los observaban como serpientes hambrientas, listas para atacar en cualquier momento.

Alex y Conner descendieron lo máximo posible. El fondo del pozo se encontraba cubierto de desechos, como un basurero gigante. El olor era insoportable, por lo que los mellizos tuvieron que taparse la nariz mientras buscaban.

–Guau –dijo Conner–. Esto parece un cesto de basura gigante. ¿Te imaginas la cantidad de secretos que podríamos descubrir si revisáramos este lugar?

–Recuerda para qué vinimos –le indicó Alex y, de pronto, gritó.

–¿Qué ocurre? –preguntó Conner.

La chica estuvo a punto de pisar la mano de un esqueleto.

–¿Quién es ese? O, mejor dicho, quién era .

–No quiero saberlo –respondió Alex, temblando ante el descubrimiento–. Jamás había visto un esqueleto.

Fue el primero de muchos. Había cadáveres enteros y en pedazos por todas partes. Cada vez era más difícil mirarlos; algunos habían estado ahí abajo por más tiempo que otros. Alex tuvo que respirar hondo para evitar sentir náuseas.

Encontraron una cantidad innumerable de cuchillos, dagas y espadas distribuidas por el pozo.

–¿Es este? –preguntó Conner, alzando uno para que su hermana lo viera.

–No, ese es de madera –dijo Alex.

–¿Y este? –volvió a preguntar Conner, mostrándole otro.

–No, ese es de acero –respondió la chica–. Recuerda que lo hicieron en el océano.

–Ah –dijo Conner–. ¡Como a *este* !

Alzó un cuchillo que encajaba a la perfección con la descripción de su hermana. Tenía el mango curvo, hecho de coral, decorado con caracolas, y una hoja larga de brillante vidrio de mar.

–¡Tiene que ser ese! –exclamó Alex con alegría–. ¡Conner, lo logramos! ¡Encontramos el último objeto para el Hechizo de los Deseos!

Le dio un abrazo de oso a su hermano y un beso en la mejilla. Estaban tan felices que los ojos se les llenaron de lágrimas. ¡Iban a regresar a casa!

–Salgamos de este pozo ya mismo –dijo Conner–. Me da escalofríos.

Los mellizos se acercaron a los arbustos de espinas muertas y comenzaron a trepar.

Cuando habían subido más de un tercio, una rama se enredó con el collar de Conner y se lo arrancó del cuello. Como si fuera en cámara lenta, Conner vio cómo la ostra comenzaba a caer al fondo del pozo. Intentó alcanzarla, pero era demasiado tarde. No pudo sujetarla. La ostra golpeó el fondo y se hizo trizas.

Alex y Conner la observaron y luego intercambiaron las mismas miradas horrorizadas.

–Ups –susurró Conner.

Las enredaderas y los arbustos de espinas vivos temblaron de entusiasmo. Ahora, las ostras eran inútiles. Las plantas salieron disparadas hacia ellos.

–¡Tenemos que salir de aquí! –gritó Alex. Se apresuraron a subir por el costado del pozo lo más rápido que pudieron.

Sus dedos estaban a punto de alcanzar el borde del pozo cuando unas enredaderas se retorcieron alrededor de sus pies y los jalaban hacia abajo. Conner clavó el sable en el suelo, fuera de la boca del pozo, y junto a su hermana se aferraron a él, mientras las plantas intentaban arrastrarlos al fondo. Estaban decididos a no terminar como las otras víctimas.

Más enredaderas se retorcieron a su alrededor, complicando la lucha. Alex y Conner por poco no estaban cubiertos de plantas. Alex no pudo continuar sujetándose del cuchillo y comenzó a caer dentro del pozo, pero su hermano lo atrapó justo a tiempo. No podía soportar el peso de ambos mucho más. Sus dedos comenzaron a deslizarse, uno a uno, del mango del cuchillo.

Conner se soltó, y él y su hermana fueron arrastrados hacia abajo. Pero justo cuando comenzaban a caer, sintió que algo frío y pegajoso los sujetaban, intentando sacarlos del pozo. Fue una verdadera batalla, ya que las plantas no se rendían. Los mellizos se sentían como una cuerda que era jalada de ambos extremos.

–¡Malditas sean estas plantas miserables! –dijo una voz muy educada que los mellizos reconocieron—. ¡Suéltelos, arbustos colosales!

Con un último tirón, la mayoría de las plantas se quebraron, y Alex y Conner fueron rescatados. El impulso los hizo caer encima de su salvador.

–¡Rani! –exclamó Alex, y le dio un enorme abrazo a su viejo amigo.

–¡Eres tú! –dijo Conner. Aunque le había resultado difícil darle la mano a Rani la primera vez que lo vieron, ahora le dio un abrazo como si fuera un familiar al que no veía hacía mucho tiempo.

–Hola , niños –los saludó Rani. Casi se asfixió por tanto afecto.

–¡Nos salvaste la vida! –exclamó Alex.

–¿Cómo sabías que estábamos aquí? –preguntó Conner.

Rani se puso de pie, acomodó la corbata de su traje, y los ayudó a levantarse.

–¡Los he buscado durante dos días! –respondió Rani–. ¡Es extraordinaria la cantidad de kilómetros que recorrieron! Gracias al cielo que me crucé con esas sirenas, ¡si no nunca los habría encontrado!

–Estoy tan orgullosa de ti –dijo Alex–. ¡Saliste de tu casa! ¡Saliste al mundo!

–¿Qué te hizo dejar tu agujero en el suelo? –preguntó Conner.

–El Hada Madrina los está buscando –dijo Rani.

Los mellizos se sintieron sorprendidos y confundidos al oír eso.

–¿Qué? –exclamó Conner–. ¿Y por qué *ella* nos quiere ver?

–Ay, no –dijo Alex–. ¡El zapato de cristal! ¡Debe estar furiosa porque sabe que lo rompí!

–¿Zapato de cristal? –preguntó Rani con la expresión equivalente a una ceja levantada. Alex miró a su alrededor con timidez.

–Bueno, sí, es cierto que estuvimos ocupados con la búsqueda –explicó, y abrió la mochila para que Rani pudiera ver el interior.

–¿Encontraron todos los objetos para el Hechizo de los Deseos? ¿Ya? –preguntó Rani. No sabía si estar orgulloso o asombrado.

–Sí –dijo Conner, sacando el cuchillo del suelo–. Y créeme, no fue fácil.

–¡Tenemos el último objeto! –festejó Alex con alegría–. ¡Podemos regresar a casa!

Rani se quedó sin habla. Esos dos niños habían logrado algo con lo que él solo había soñado hacer por años.

–Eso es extraordinario, niños –los felicitó Rani, pero su expresión alegre se transformó en preocupación–. Pero todavía no pueden regresar a casa.

–¿Por qué no? –preguntó Alex.

–Sí –repitió Conner–. ¿Por qué no?

Rani fue el que les habló sobre el Hechizo de los Deseos por primera vez. ¿Por qué les decía que ahora no podían usarlo?

–Le prometí al Hada Madrina que los llevaría con ella –les contó Rani–. Y, a cambio, dijo que me devolvería mi forma humana. Por favor, déjenme que los lleve hasta ella.

Los mellizos se dieron cuenta de que él no quería pedirles aquel favor, pero estaba esperando con desesperación que accedieran.

–Rani, no tienes idea de todo lo que pasamos para conseguir estos objetos –argumentó Alex.

–Queremos regresar a casa –añadió Conner–. Ahora.

–Queremos ayudarte –le dijo la chica–. Pero ¿y si el Hada Madrina se queda con algunos de los objetos que nosotros, cómo decirlo, *tomamos prestados a la fuerza* ?

–Si eso sucede, estaríamos de nuevo atrapados aquí quién sabe por cuánto tiempo –agregó Conner.

Rani parecía avergonzado de sí mismo.

–Lo entiendo, niños. Perdónenme; no esperaba que hubieran reunido todos los objetos para el hechizo tan rápido –intentó cubrir su decepción con una falsa sonrisa–. Entonces, ¿puedo ayudarlos a preparar el Hechizo de los Deseos?

Los mellizos intercambiaron miradas, sintiéndose muy culpables. Querían regresar a casa más que nada en el mundo, pero ¿cómo podían decirle que no? Los había ayudado tanto.

–Supongo que quedarnos un día más no sería tan terrible –accedió Conner, sabiendo que su hermana estaba pensando lo mismo.

–Sería una lástima terminar *aquí* nuestro viaje –agregó Alex.

–Niños, no deben quedarse por mí –exclamó Rani–. Tienen todo lo que necesitan. ¡Por favor, no permitan que yo los detenga!

–Seguiríamos perdidos en alguna parte del Bosque de los Enanos si no fuera por ti, Rani –reconoció la chica.

–Y si el Hada Madrina intenta quitarnos nuestras cosas, tan solo tendremos que correr como locos lejos de ella –explicó Conner–. ¡Nos hemos vuelto muy buenos en eso! ¡Tienes que vernos en acción!

Los grandes ojos redondos de Rani se humedecieron más de lo común.

–Niños, son las almas más amables que tuve la fortuna de conocer.

Los mellizos le sonrieron. Haber tomado esa decisión por Rani los hizo sentir mejor de lo que se habían sentido en todo su viaje a través de la Tierra de las Historias.

–¿Hacia dónde vamos? –le preguntó Alex.

De pronto, un grito desgarrador atravesó la tierra. Los tres giraron la cabeza hacia el lugar de donde provenía.

–¡Suéltame! –gritó una mujer.

–¿Qué sucede? –preguntó Alex.

Escucharon un galope cercano y sintieron el golpeteo de los cascos en el suelo. En la distancia, una yegua familiar color crema se acercaba hacia ellos a toda velocidad.

–¡Es Avena! –exclamó Conner–. ¡Y Ricitos de Oro!

Ricitos y Avena se dirigían hacia el Pozo de Espinas, *¡y estaban arrastrando a sus espaldas a la Reina Caperucita Roja!*

Tanto los mellizos como Rani permanecieron inmóviles ante la escena. Pensaron que los ojos estaban engañando a sus cerebros.

–¿Ustedes también lo ven? ¿O me lo estoy imaginando? –preguntó Conner.

–¡Te ordeno que me sueltes ahora mismo! –exigió la Reina Caperucita Roja. Su vestido era tan grande y tenía tanta tela que no resultó herida, pero estaba completamente exasperada–. ¿Tienes idea de lo que mis soldados te harán una vez que te atrapen?

–¡Ah, cállate, maldita ramera! –lanzó Ricitos de Oro.

Ella y Avena se detuvieron a pocos metros de los mellizos y de Rani. Ricitos de Oro bajó de su yegua y arrastró a Caperucita frente a ellos, hacia el Pozo de Espinas. Apenas reconoció a los chicos.

–Yo los recuerdo.

–Hola, Ricitos de Oro –dijo Alex.

–¿Necesitas ayuda? –preguntó Conner.

–No –respondió la muchacha–. Solo estoy sacando la basura.

–¿Qué están haciendo ustedes tres ahí? –gritó Roja–. ¡Ayúdenme!

–¡Dije *silencio*, maldita! –exclamó Ricitos de Oro, y la arrastró más cerca del pozo.

–¿Qué ocurre? –preguntó Alex y, junto a Conner y a Rani, las siguieron, sin saber cómo o a quién ayudar.

–¡Esta lunática destruyó una de las puertas de mi reino, cabalgó hasta la sala de mi trono, me amarró con cuerdas y me arrastró durante todo el camino hasta aquí! –les contó Roja–. ¡Y ahora va a matarme!

–¡Sí, lo haré! –confirmó Ricitos de Oro.

–Espera, ¿por qué vas a matar a la Reina Caperucita? –preguntó Rani.

–¡Porque está loca! –gritó Roja.

–¡Ella sabe por qué!

Llegaron al borde del pozo, y los mellizos se pusieron nerviosos, preocupados por estar a punto de presenciar un asesinato.

–¡Te ahorcarán por esto! –la amenazó Roja.

–No podrán probar nada. ¡Nunca encontrarán tu cuerpo!

Ricitos de Oro hizo que Roja se pusiera de pie, aún atada. Comenzó a empujarla con agresividad hacia el borde del pozo.

–¡Por favor, no lo hagas! –suplicó Roja–. ¡Fue hace mucho tiempo! Solo éramos niños.

–Hemos dejado de ser niños hace años –dijo Ricitos de Oro–. Tuviste suficientes oportunidades para redimirte.

–¡Yo también lo amaba! ¡Solo hice lo que creí que debía hacer! –se defendió Roja.

–¡No pudiste soportar que yo tuviera algo y tú no! –gritó Ricitos.

Ricitos de Oro se acercó para darle el último empujón, pero Roja la esquivó y Ricitos estuvo a punto de caer dentro del pozo. Roja se alejó de ella lo más rápido que pudo, bordeando el pozo.

Las plantas dentro de él se movieron con entusiasmo; sabían que una de ellas tarde o temprano iba a caer.

–¡Ven aquí! –gritó Ricitos de Oro.

–¡Aléjate de mí, fugitiva idiota! –exclamó Roja.

Le dieron una vuelta completa al pozo, y Roja se chocó con las ruinas del castillo. Ricitos de Oro desenfundó su espada y la atacó, aunque Caperucita se salvó por unos pocos centímetros.

–¡Esto es horrible! –dijo Alex con las manos sobre las mejillas.

–¡Esto es genial! –la contradujo Conner–. ¡Apuesto cinco dólares a que Ricitos de Oro gana!

Los mellizos querían ayudar, pero no había nada que pudieran hacer sin resultar heridos.

–¡Solíamos ser tan buenas amigas! –recordó Roja, esquivando sin cesar los golpes de la espada.

–¡Tú no sabes lo que es una amiga! –dijo ella, acercándose más con cada ataque–. ¡Podrías haber limpiado mi nombre el día en que te convertiste en reina de ese patético reino!

–¡En primer lugar, yo ni siquiera quería ser reina! ¡Solo quería impresionarlo! –confesó Roja–. ¡Mantuve tu status de fugitiva para mantenerte lejos de él! ¡No era un problema personal!

–¿*Personal* ? –dijo Ricitos de Oro absolutamente furiosa–. ¿Obligarme a vivir huyendo y cometiendo crímenes para sobrevivir porque querías robarme a mi novio no fue un problema personal? – intentó golpearla con fuerza con la espada, pero derribó una gran parte de la pared de piedra de las ruinas.

Roja subió corriendo por la escalera deteriorada; era el único lugar donde podía ir. Ricitos de Oro la persiguió, acorralándola. La única forma de escapar era saltando dentro del pozo.

–¡Si me dejas ir, limpiaré tu nombre! –suplicó Roja.

–¡Mentirosa! –lanzó Ricitos de Oro.

–¡Te daré mi castillo! ¡Están reconstruyendo la mitad porque hubo un incendio y está quedando maravilloso! –propuso Roja.

–¡No quiero tu castillo! ¡Quiero venganza! –dijo Ricitos de Oro, y la empujó por la escalera.

Roja gritó y cayó en el pozo. Las enredaderas se lanzaron hacia ella, felices de al fin recibir alimento. De pronto, una cuerda salió de la nada y enlazó a Roja por la cintura, justo cuando caía dentro del pozo y las plantas comenzaban a intentar tragársela.

–¿Qué demo...? –dijo Ricitos de Oro.

Los mellizos y Rani giraron al ver a una mujer sobre un caballo negro del otro lado del pozo, sosteniendo el extremo de la cuerda.

–¡Es la hija del Cazador! –exclamó Conner, señalándola.

Roja gritó mientras las enredaderas la llevaban hacia el fondo del pozo. La hija del Cazador amarró la cuerda a su caballo y comenzó a cabalgar. Roja salió disparada del pozo, y el animal la arrastró detrás de ellos.

–¡No de nuevo! –gritó Roja. Se la llevaron hacia el horizonte; ahora era una prisionera de la Cazadora.

–¡Hija de bruja! –gritó Ricitos de Oro, observando cómo la extraña se alejaba con su oportunidad de venganza. Bajó de la escalera, y Avena se le unió junto a las ruinas.

–¿Qué acaba de suceder? –preguntó Conner, completamente abrumado por tanta emoción.

–No lo sé... –dijo Alex–. Pero después de ver a la hija del Cazador, tengo un mal presentimiento.

–¿Quién era esa mujer? –inquirió Ricitos de Oro.

–La hija del Cazador –respondió Conner–. Trabaja para la Reina Malvada.

–¿La Reina Malvada? –murmuró Ricitos de Oro, enojándose aún más.

–Tenemos que marcharnos lo más lejos posible de este lugar –ordenó Alex.

–Ay, no –dijo Rani en voz baja. Los mellizos nunca antes lo habían visto tan asustado.

En la distancia, la Manada del Gran Lobo Feroz se acercaba hacia ellos.

Los lobos estaban gruñendo, más enojados y sanguinarios que nunca. Parecía que les salía humo de la nariz. Rodearon a los mellizos, a Rani, a Ricitos de Oro y a Avena.

Ricitos se paró delante de los mellizos. Incluso ella estaba asustada. En general, no hubiera considerado que fuera incapaz de manejar a los lobos, pero por la manera en la que miraban al grupo, hambrientos y enojados, supo que no iba a ser uno de esos típicos encuentros del bosque.

–¡Después de lo que nos hicieron pasar, tendremos que arrancarles el corazón! –gruñó Malagarra, dirigiéndose a los mellizos, con los dientes apretados–. ¡Y miren quién decidió unírseles! ¡Supongo que cenaremos a Ricitos de Oro y a Caperucita esta noche!

El resto de los lobos aulló con entusiasmo.

–Solo para que sepan, Caperucita se *acaba* de ir –repuso Conner.

–Buen intento –dijo Malagarra.

–¿Para qué quieren niños y una rana gigante? –preguntó Ricitos de Oro.

–Llevaremos a los niños con la Reina Malvada –respondió Malagarra–. No nos interesa la rana... ¡Ataquen!

El rostro de Rani se tornó de un verde pálido. Los lobos se acercaron, abriendo y cerrando sus fauces enormes en dirección a él.

Rani giró para mirar a Alex y a Conner.

–Traeré ayuda, niños –le susurró a los mellizos, que estaban asustados. Un lobo se lanzó sobre él, pero Rani saltó el doble de alto en el aire, esquivándolo. Luego, aterrizó del otro lado del círculo

que los animales habían formado a su alrededor y se alejó corriendo. Un par de lobos lo persiguieron mientras se perdía en la distancia.

–¡Rani! –gritó Alex a sus espaldas. Todo lo que podían hacer era rezar por que estuviera bien.

–Avena, quiero que te vayas de aquí, ¿entiendes? Esta es una batalla que no podremos ganar –le dijo Ricitos de Oro a su yegua.

Al principio, la yegua vaciló, pero luego asintió. Se alejó en la misma dirección que Rani. Un lobo intentó atacarla mientras se marchaba, pero Avena lo golpeó con las patas traseras, y el lobo aterrizó en el Pozo de Espinas. Gimoteó mientras las enredaderas se enroscaban a su alrededor y lo arrastraban hacia lo profundo del pozo.

Para siempre.

El resto de los lobos no iba a permitir que nadie más se escapara.

–Vamos a ver a la reina –gruñó Malagarra–. Y si alguno más intenta huir, será lo último que hagan.

Los mellizos temblaron.

Ricitos de Oro puso las manos sobre los hombros de los niños, se inclinó hacia ellos y les susurró en el oído.

–Sean valientes, niños. El valor es algo que nadie puede quitarles.



CAPÍTULO VEINTE

CORAZÓN DE PIEDRA

Los lobos guiaron a los mellizos y a Ricitos de Oro a través de la tierra muerta y desolada. Caminaron por kilómetros y kilómetros por el suelo rocoso, sin detenerse jamás. Los animales vigilaban de cerca a los prisioneros; si los mellizos inspiraban profundamente, recibían un gruñido amenazador.

Los lobos habían confiscado la espada de Ricitos de Oro y el bolso de Alex, para que no pudieran tomar los objetos del Hechizo de los Deseos. La niña observaba con atención cómo un lobo llevaba su mochila en la boca; todo lo que ella y su hermano necesitaban estaba allí. La oportunidad para irse a casa estaba a pocos metros de distancia, aunque fuera de su alcance.

Los mellizos no sabían si estaban más enojados o asustados. Hacía unos minutos habían estado seguros de que iban a regresar a su hogar, y ahora ni siquiera sabían dónde estaban, hacia dónde iban o si sobrevivirían a lo que vendría.

Tener tanto miedo les dio una extraña sensación de valentía. Estaban llevándolos como prisioneros hacia uno de los villanos más infames de todos los tiempos; sabían que la situación no podía empeorar demasiado.

El área por la que caminaban parecía ser desconocida hasta para Ricitos de Oro, quien, según creían los mellizos, había visto *cada* parte de *cada* reino. Sus ojos miraban alrededor con la misma curiosidad que los de ellos.

La tierra era distinta al resto del Reino Durmiente. No se veía dormida como el resto del reino; parecía que había sido asesinada.

Finalmente, un castillo deteriorado apareció en la distancia. Estaba hecho de piedra, pero parecía tan frágil que un viento fuerte podría derrumbarlo. Alex y Conner supieron, sin que les dijeran ni una palabra, que ese era el lugar hacia donde los llevaban los lobos y que, allí adentro, la Reina Malvada los estaba esperando.

Llegaron al frente del castillo, y Malagarra aulló. Un puente levadizo desvencijado bajó con lentitud, y un hombre altísimo, con barba entrecana que vestía distintas pieles de animales, recibió a los lobos.

–Los ha estado esperando –dijo el Cazador.

Los animales llevaron a los prisioneros a través del puente. En cuanto los mellizos ingresaron al castillo, quisieron irse. Todo el polvo y las telarañas que había no eran una bienvenida agradable.

El Cazador empujó a los mellizos por un pasillo de piedra y luego atravesaron un par de grandes puertas, que crujían con un ruido horrible, hasta llegar a una gran sala. El recinto estaba vacío, excepto por algunas sillas y una mesa pequeña.

Capercita estaba amarrada a una de las sillas, con un largo pañuelo blanco en su boca. Tenía los ojos húmedos e hinchados. Al principio, se alegró al ver a los mellizos, feliz de no ser la única prisionera, pero luego comenzó a entrar en pánico cuando vio a Ricitos de Oro y a los lobos detrás de ellos.

La Cazadora estaba de pie junto a Roja, vigilando de cerca a la reina, inquieta.

En el centro de la sala, mirando dos espejos altos, uno dorado y uno negro, había una mujer encapuchada. Estaba muy quieta y silenciosa.

–Siéntelos –ordenó la mujer, todavía dándoles la espalda. Los mellizos sabían sin ninguna duda que era la Reina Malvada; podían sentirlo. Jamás habían estado tan tensos.

El Cazador y la Cazadora obligaron a Alex, a Conner y a Ricitos de Oro a sentarse en las sillas, y los ataron con cuerdas alrededor del torso, las manos y los pies.

–¡Despacio! –se quejó Ricitos de Oro, mirando con ferocidad a la Cazadora, que ajustó los nudos–. ¿Nadie te dijo que no es nada amable secuestrar a los prisioneros de otras personas?

Roja lanzó un grito agudo y, entre dientes, dijo algo como: “esto es tan injusto”. Ahora los mellizos comprendían por qué tenía un pañuelo en la boca.

–Le hemos traído a los mellizos y algo más, Su Majestad – Malagarra inclinó la cabeza, haciendo una reverencia despectiva y burlona. Había mucha tensión entre los dos.

–¿Alguno escapó? –preguntó la Reina Malvada.

–Solo una rana gigante y una yegua –gruñó Malagarra.

–Entonces, no tenemos demasiado tiempo –anunció la mujer–. Pongan los objetos sobre la mesa.

El Cazador tomó la mochila de Alex de la boca de un lobo de la manada, y la puso sobre la mesa, junto a los mellizos. La Reina Malvada tenía su propia colección de objetos para el Hechizo de los Deseos desplegada sobre la superficie: un mechón de cabello rubio, una porción de la canasta de Caperucita Roja y el otro zapato de cristal.

–¡Un trato es un trato! –dijo Malagarra–. Te entregamos a los mellizos. ¡Ahora danos a Caperucita!

Caperucita Roja sollozó y murmuró, a través del pañuelo, algo que sonaba a “¿por qué me está sucediendo esto?”.

–La tendrán cuando termine con los niños –dijo la Reina Malvada–. Ahora, esperen afuera.

–*¡Eso no era parte de nuestro acuerdo!* –bramó Malagarra, y su manada gruñó detrás de él.

–*¡Dije que esperen afuera!* –ordenó la Reina Malvada. Su voz era tan poderosa que los mellizos sintieron cómo los ojos se les llenaban de lágrimas de solo escucharla–. Tendrán a Caperucita Roja, a Ricitos de Oro y a los niños cuando yo esté satisfecha.

Los lobos estaban furiosos, pero dejaron la sala y esperaron fuera del castillo.

–Vacía el bolso –ordenó la Reina Malvada.

El Cazador hizo lo que le pidió. Sacó los objetos que los niños habían encontrado, uno por uno, y los ubicó sobre la mesa: el mechón de cabello rubio, el zapato de cristal, una parte de la canasta, la corona de piedra, el recipiente con la lágrima del hada, el huso, las joyas y el cuchillo.

–¡Necesitamos todo eso! –dijo Conner, luchando contra las ataduras–. De todos modos, ¿por qué necesitas el Hechizo de los Deseos? ¿No tienes poderes o algo así?

–El único poder que tengo es el de la intimidación –respondió la Reina Malvada. Luego, se alejó de sus espejos y miró a los mellizos.

No era el monstruo sanguinario que habían esperado. Aún se veía bastante parecida al retrato en el castillo de Blancanieves, pero el cansancio y el tiempo la habían afectado. Su rostro era normal, pero poseía el tipo de simpleza que le daba un gran potencial de belleza, si el tiempo y las circunstancias lo hubieran permitido. Sus ojos eran oscuros y sombríos; parecía estar vacía y fría hasta lo más profundo de su alma.

La Reina Malvada caminó hacia la mesa y observó todos los objetos para el Hechizo de los Deseos. Tomó el recipiente que contenía la lágrima del hada y lo miró con atención.

–En cuanto esta lágrima toque la mesa, el Hechizo de los Deseos será mío –dijo.

Ver a la Reina Malvada cerca de los objetos que ellos se habían esforzado tanto por conseguir encendió la furia en Conner. Quería regresar a casa, y no iba a permitir que ella los detuviese. Si ellos no iban a utilizar el Hechizo de los Deseos, entonces *ella tampoco*.

Conner luchó contra sus ataduras con todas sus fuerzas. Fue doloroso, pero logró liberar un pie. Dio patadas fuertes lo más alto que pudo y logró que el recipiente saliera disparado de la mano de la Reina Malvada.

–¡Atrápenlo! –ordenó la mujer.

El Cazador corrió lo más rápido que pudo, lanzándose al suelo con las manos extendidas para sujetarlo, pero el recipiente cayó contra el polvoriento suelo de piedra a pocos centímetros de sus dedos, y se hizo trizas. La lágrima se hundió y desapareció.

La Reina Malvada clavó la mirada en Conner. Su rostro no expresaba mucho, pero los pocos movimientos que hacían lograron que Conner entendiera a la perfección que estaba furiosa.

–Niño estúpido –dijo la reina. Le dio un golpe fuerte en el rostro con el dorso de la mano, haciendo que el cuerpo de Conner se estremeciera por completo.

–¡Conner! –gritó Alex.

–Estoy bien –la tranquilizó el chico, levantando la cabeza con lentitud para mirar a la Reina Malvada. El costado de su rostro comenzó a hincharse.

–¿Cuánto tiempo llevará conseguir nuevas lágrimas de hada? –preguntó la reina.

–Días, Su Alteza –respondió el Cazador, poniéndose de pie–. El hada que atrapamos solo gritó cuando intentamos recolectar sus lágrimas; no soltó ni una sola lágrima. Si mi hija se va ahora, podría regresar antes del atardecer, dentro de dos días.

–No tenemos ese tiempo –se dijo a sí misma en voz baja. Se dio vuelta de inmediato para enfrentar a los espejos–. Espejito, espejito, ¿cuánto falta para que la armada invada la sala? –preguntó.

El reflejo del espejo negro se llenó de humo y gotas de vapor comenzaron a caer por el vidrio.

–Conner, mira. ¡Es el Espejo Mágico! –exclamó Alex.

La silueta oscura de un hombre apareció. Una voz grave y ronca invadió la sala.

*Este castillo fue por semanas un refugio importante para mi Reina,
Pero ahora un ejército se acerca, guiado por una rana parlante.*

Cabalgan velozmente en esta dirección, listos para atacar, junto a una yegua color crema y un hombre llamado Jack.

–¿Jack? –exclamó Ricitos de Oro.

–¡Jack! –intentó decir Roja.

–¡Los soldados están en camino! –le susurró Alex a su hermano–. ¡Rani está vivo! ¡Consiguió ayuda!

–Es probable que esos sean mis soldados. Están viniendo a rescatarme y a matarlos a todos ustedes, en especial a *tí* –dijo Roja, mirando con odio a Ricitos de Oro.

Los ojos de la Reina Malvada pasaron de su Espejo Mágico al Espejo de la Verdad, y observó a Alex en el reflejo. La miró fijo, completamente fascinada; era la primera vez desde que llegaron allí que los mellizos la veían tan expresiva.

–¿Qué debemos hacer, Su Majestad? –preguntó el Cazador.

La Reina Malvada lo ignoró; tenía la atención puesta en Alex.

–¿Por qué te está mirando así? –preguntó Conner.

–No lo sé –repuso la niña, mientras un estremecimiento le recorría la mandíbula. Todos sabían que a la Reina Malvada nunca le habían

gustado las niñas pequeñas, y Alex temía que ella fuera la próxima víctima a la que le ofrecería una manzana envenenada.

–Su Alteza, ¿cuáles son sus órdenes? –suplicó el Cazador–. Si hay soldados en camino, ¡debemos marcharnos!

–No –respondió la Reina Malvada–. Terminaré antes de que lleguen. Ahora, quiero estar a solas con los niños. Lleva al resto al calabozo.

El Cazador vaciló, pero luego, él y la Cazadora desataron los pies de Roja y de Ricitos de Oro, y las empujaron hacia la puerta.

–Con cuidado, abuelo –lanzó Ricitos de Oro.

–¿Nos pondrán en celdas separadas? –masculló Roja–. ¡No pueden hacerme compartir una celda con ella! ¡Para eso entréguenme a los lobos!

La puerta se cerró de un golpe detrás de ellas. Los mellizos quedaron a solas con la Reina Malvada.

–Alex –susurró Conner–. No quiero sonar melodramático, pero sin importar lo que pase, solo quería decirte que te quiero. Eres la mejor hermana que pude haber tenido, y estos últimos días han sido los más extraordinarios de toda mi vida.

–No hagas eso, Conner –dijo Alex, conteniendo las lágrimas con todas sus fuerzas–. ¡Te estás despidiendo! ¡No lo hagas! Vamos a estar bien... los soldados están en camino. Van a rescatarnos... –no sabía a cuál de los dos estaba convenciendo–. Van a rescatarnos.

–Por desgracia, nadie puede salvarlos ahora –se mofó la Reina Malvada.

–Entonces, ¿nos matarás? –preguntó Alex.

La Reina Malvada permaneció en silencio. No movió ni un solo músculo.

–¿Por qué nos hace esto? –preguntó Conner–. ¿Por qué es *tan* mala?

–Ah –respondió la Reina Malvada–. La eterna pregunta: ¿qué hace que uno sea como es? Déjenme preguntarles esto, niños: ¿qué hace que ustedes *no* sean malos?

Los mellizos no entendían la pregunta. Estaban seguros de que quería engañarlos, pero le respondieron con orgullo y honestidad.

–Nos criaron bien –dijo Alex–. Tuvimos dos padres maravillosos que nos enseñaron a ser buenas personas, y creemos que las

cosas buenas les pasan a aquellos de buen corazón.

–Entonces, ¿su entorno los influenció para que fueran buenas personas? Eso es adorable –dijo la Reina Malvada–. ¿Dijiste que *tuvieron* dos padres? ¿Qué les sucedió?

Sintieron náuseas cuando les preguntó sobre algo tan importante para ellos.

–Nuestro papá murió –dijo Conner–. ¡No es asunto suyo!

–¿Era él una *buen*a persona? ¿Tenía un buen corazón? –preguntó la Reina Malvada.

–El *mejor* –respondió Conner.

–Ya veo. Entonces se equivocó, ¿verdad? Porque ¿cómo es posible que una buena persona haya sufrido semejante tragedia? Debe haberles enseñado una mentira.

–¿A dónde quiere llegar, señora? –preguntó Conner.

–Yo también tuve padres una vez. Me enseñaron una mentira parecida –dijo la reina.

Los mellizos intercambiaron miradas luego de oír esto, y la reina vio la sorpresa en sus ojos.

–Impactante, ¿verdad? Saber que alguien como yo ha tenido padres, ha tenido una vida y ha *amado* una vez... –continuó, perdida en sus pensamientos.

–Entonces, si tuvo padres decentes, ¿quién le arruinó? el corazón –preguntó Conner–. ¿O simplemente nació para ser miserable?

La Reina Malvada clavó la vista en el suelo.

–Al igual que a ustedes dos, a mí también me influenció el entorno para ser lo que soy hoy.

Le dio la espalda a los mellizos y miró a los espejos de nuevo.

–Les contaré una historia, niños, una historia que rara vez ha sido contada.

–Dudo que exista una historia que no conozcamos –lanzó Alex.

–No conocen esta –les aseguró la reina–. Es la mía.

Alex y Conner se miraron, nerviosos. ¿Querían escuchar esa historia?

–Había una vez, una hechicera –comenzó la Reina Malvada–. Era diferente a todas las brujas y las hadas que habían existido antes que ella; vivía sin pensar en las consecuencias, guiada solo por el

deseo y nada más que el deseo. Conseguía todo lo que quería, sin importarle cómo o a quién lastimaba al hacerlo.

»Muchos años antes de que yo naciera, la Hechicera decidió que quería tener al *mundo*, y lo obtuvo, reino por reino. No había tantos que conquistar en ese entonces, sobre todo después de que lanzó la maldición del sueño que afectó al reino de la Bella Durmiente.

»Muy tarde, una noche de invierno, dos aldeanos escucharon golpes en su puerta y encontraron a una joven doncella temblando de frío. Estaba embarazada y cansada de correr; acababa de escapar de algo, o de alguien, pero los aldeanos no hicieron preguntas, porque ella comenzó a parir ahí mismo. La joven murió durante el parto. A pesar del misterio que había alrededor de ella, los aldeanos adoptaron al bebé. Era una niña, a quien llamaron Evly.

–¿Evly? –preguntó Alex, con los ojos muy abiertos. La Reina Malvada la ignoró y continuó con la historia.

–Evly creció y se convirtió en una joven hermosa. Era amable y de buen corazón, y todos en la aldea la amaban, especialmente un muchacho de su misma edad, llamado Mira.

»Era un poeta y solía recitarle poemas todo el día a orillas del lago que estaba muy cerca de la aldea. Evly intentaba impresionarlo con sus propios poemas, aunque nunca fueron muy buenos. Todos los días le decía: “Mira, Mira, junto al lago, mi corazón es tu esclavo”. Se reían juntos y se abrazaban hasta el atardecer. *Todos los días*. Se enamoraron profundamente y se comprometieron.

»Sin embargo, en la víspera de la boda de Evly, la Hechicera vino a buscarla, diciendo que ella y su madre biológica le pertenecían.

»La Hechicera mató a los padres adoptivos de Evly, y se la llevó lejos, hacia el noreste, a este mismo castillo. Evly se convirtió en uno de los tantos esclavos que le pertenecían a la Hechicera. Tenía planes para su nueva adquisición: la joven se casaría con el Príncipe Nieves, el futuro rey del Reino del Norte, y la Hechicera controlaría el reino a través de ella. Pero Evly se resistió, por supuesto; su corazón ya le pertenecía a otro hombre.

»Mira buscó a Evly durante años y después de un tiempo la encontró. Se escribían cartas y las intercambiaban a través de los barrotes de la celda de Evly. Finalmente, la Hechicera descubrió la correspondencia. Pero era inteligente; sabía que si mataba a Mira,

Evly estaría desconsolada y ya no le sería útil. Por eso, en cambio, lo encerró dentro de un espejo mágico por toda la eternidad. Evly tenía el corazón roto –finalizó la Reina Malvada.

–¡Tú eres *Evly*! –exclamó Alex.

–¿El hombre en el Espejo Mágico era tu *prometido* ? –preguntó Conner.

–Sí –respondió la reina–. Me convertí en Evly, la Reina Malvada del Reino del Norte. Suena bien, ¿verdad? Las personas suelen ser creativas cuando condenan a otros.

–Entonces, así fue cómo te volviste reina –añadió Alex.

–No exactamente –respondió la Reina Malvada–. En cuanto Mira fue encerrado dentro del espejo, me negué a continuar con el plan de la Hechicera. Pretendía seguirle la corriente, ganándome su confianza y convirtiéndome en su protegida. Tenía una habitación llena de pociones aquí, en el castillo. Todos los días, pasaba varias horas allí dentro, inmersa en las sustancias, aprendiendo todo sobre ellas.

»Inventé una poción tan fuerte y mortal que, después de echar tres gotas sobre el suelo que estaba fuera de la ventana de mi celda, todos los árboles y las flores de kilómetros a la redonda murieron. Estaba segura de que podría acabar con la Hechicera, y lo hizo. El veneno la debilitó, hasta convertirla en un humano enfermo. Huyó del castillo y murió en alguna parte del bosque, incapaz de cuidar de sí misma y sin magia.

»Liberé a sus esclavos del castillo, incluyendo al hombre que luego sería mi Cazador. Sin embargo, la única persona a la que no pude liberar fue a Mira. Estaba atrapado en el espejo, y no había manera de sacarlo de allí.

»Viajé por todos los reinos durante años, pidiéndole ayuda a cada bruja y hada con la que me crucé, pero nadie sabía cómo liberarlo; la maldición era muy poderosa. Ver al hombre que amaba todos los días a través de un reflejo, incapaz de tocarlo, de besarlo, o de abrazarlo, era intolerable. Estaba más que descorazonada. El dolor era tan profundo que apenas podía respirar. Estaba segura de que con el tiempo mi corazón dejaría de latir si no hacía algo al respecto.

»Encontré una vieja bruja llamada Hagatha en las profundidades del Bosque de los Enanos y le supliqué que me ayudara. Ella, como

todos los otros a los que acudí, tampoco podía hacer nada con el espejo, pero me ayudó con mi sufrimiento. Me quitó el corazón del pecho y lo convirtió en piedra –continuó la Reina Malvada.

–Qué asco –murmuró Conner.

Se acercó a un taburete que se encontraba cerca de sus espejos. Sobre él había una piedra que parecía un corazón humano.

Alex soltó un grito ahogado cuando se dio cuenta de lo que era.

–Solo cuando toco la piedra siento sufrimiento, dolor o cualquier otra emoción –confesó la Reina Malvada.

Tomó la piedra y la sujetó fuerte con la mano. El reflejo de la Reina Malvada en el Espejo de la Verdad cambió mientras la sostenía; en su lugar, vieron el reflejo de Evly, la joven y hermosa doncella que la Reina Malvada había sido alguna vez.

Apoyó la piedra de nuevo sobre el taburete y su reflejo volvió a mostrar a la mujer encapuchada y fría en la que se había convertido.

–Entonces, de verdad *no tienes corazón* –dijo Alex.

–¿Por qué te convertiste en reina? –preguntó Conner.

–Creí que convertirme en reina y tener el poder de un monarca me daría la autoridad que necesitaba para encontrar la forma de liberar a Mira –respondió la Reina Malvada–. El Príncipe Nieves se convirtió en rey y se había casado hacía poco. Pronto anunciaron que su esposa estaba esperando a su primer hijo. Decidí atacar antes de que el heredero naciera.

»Le di al rey una poción de amor, y él se enamoró de mí. Eso fue fácil, pero librarme de su esposa embarazada era la parte difícil. Envenené sus agujas de tejer y esperé que se pinchara. Una noche fría, mientras tejía una manta para su futuro hijo, entró en trabajo de parto y se pinchó con una de las agujas por la sorpresa. Murió, pero sus damas de compañía lograron salvar al bebé, y así nació Blancanieves.

» Unos meses más tarde, me casé con el rey, y él murió un tiempo después de la boda. Podía continuar mi búsqueda para liberar a Mira. Su mente, su memoria y su apariencia comenzaron a desaparecer. Comenzó a hablar en rima, como lo hacía con sus poemas cuando era más joven. Podía ver cosas que sucedían en el mundo a miles de kilómetros de distancia, pero era incapaz de recordar su propio nombre. Ya no era una persona, se había

convertido tan solo en un reflejo. De no haber transformado mi corazón en piedra, ver al hombre que amaba con todo mi ser olvidar lentamente quién era yo, sin lugar a dudas, me habría matado.

»Estaba envejeciendo, y Mira apenas me reconocía ya. Le ordené a cada esteticista del reino que viniera al palacio, y me sometí a todos los tratamientos de belleza posibles para mantener la poca juventud que me quedaba. Rápidamente, se filtró información sobre mis nuevas actividades, y el reino me criticó, diciendo que yo era una egocéntrica obsesionada con la belleza.

»A medida que envejecía, Blancanieves también lo hacía. Se volvía más y más hermosa cada día. Deseaba encontrar una compañía maternal en mí, pero no podía brindarle eso. Solía escabullirse en mi habitación y ver cómo me sometía a los tratamientos de embellecimiento durante horas.

»Un día, entró en mi habitación mientras yo no estaba y descubrió a Mira en el espejo. Se veía muy parecida a mí a su edad, y Mira creyó que ella era yo. Durante meses, de lo único que hablaba era de Blancanieves: “Mi reina es una hermosa doncella, pero Blancanieves es de todas la más bella”, decía. Tenía un nuevo rostro y un nuevo nombre al que darle todo el amor que sentía por mí.

»Por eso la quería muerta. Le ordené a mi Cazador que la llevara al bosque y la matara. Escapó, pero intenté una y mil veces matarla yo misma. Estaba convencida de que Mira regresaría a mí una vez que ella estuviera muerta, pero era demasiado tarde; Mira ya no existía. Se desvaneció y se convirtió en lo que es hoy en día.

»He pasado toda mi vida intentando recuperar algo que me quitaron hace muchísimos años. Siempre seré conocida como la reina vanidosa que intentó matar a la pobre, inocente e indefensa Princesa Blancanieves, y nada más –dijo la Reina Malvada–. Pero ¿quién no hubiera ido hasta los confines de la tierra para reunirse con la persona que amaba más que a la vida misma? ¿Quién no se hubiera arrancado su propio corazón para detener ese tipo de sufrimiento?

Alex no podía detener las lágrimas que caían por sus mejillas. Hubo tantos momentos después de la pérdida de su papá en que deseó que todo su dolor desapareciera, que ella habría convertido

su corazón en piedra de haber tenido opción. No podía evitar verse a sí misma reflejada en la Reina Malvada, y eso era perturbador.

–He hecho muchas cosas terribles, pero del mismo modo, también he padecido muchas otras –les contó la Reina Malvada–. Así que, en lo que a mí respecta, el mundo y yo estamos a mano.

–Pero ¡no fue tu culpa! –exclamó Alex–. ¡No estabas pensando con claridad! Si hubieras tenido tu corazón, no les habrías hecho cosas horribles a esas personas. ¡Aún eres Evly!

–¡Piensa qué diferente te verían las personas si supieran esto! –dijo Conner.

–El mundo siempre elegirá la conveniencia sobre la realidad –replicó la Reina Malvada–. Es más fácil odiarme, culparme y temerme que comprender. Nadie quiere la verdad; quieren entretenimiento.

La Reina Malvada giró para mirar a los mellizos y vio lágrimas cayendo por el rostro de Alex. Caminó hacia ella y dejó que una lágrima se apoyara en su dedo. La Reina Malvada clavó la mirada en la gota, al igual que lo había hecho con el recipiente que contenía las lágrimas del hada.

–Una historia triste siempre hace que las niñas como tú reaccionen así –espetó la mujer.

Sacudió la lágrima de Alex sobre la mesa en donde estaban los ingredientes del Hechizo de los Deseos. De pronto, todos los objetos comenzaron a brillar, y una luz dorada empezó a girar sobre ellos.

La Reina Malvada había activado el Hechizo de los Deseos.



CAPÍTULO VEINTIUNO

EL ESPEJO

—¿Qué? —dijo Alex. La cabeza le zumbaba por la confusión—.
—¡Esto no tiene sentido! ¡Necesitaba la lágrima de un *hada*!

—¡Debemos detenerla! ¡No podemos permitir que suceda esto! —exclamó Conner—. ¡No puede usar el Hechizo de los Deseos!

Los mellizos lucharon con fuerza contra sus ataduras, pero no había nada que pudieran hacer. Era demasiado tarde. La luz tenue se elevó por encima de los objetos del hechizo y comenzó a dar vueltas en círculos alrededor de la Reina Malvada.

—¡No! —gritó Conner.

—¡Por favor, no lo hagas! —vociferó Alex.

La Reina Malvada respiró hondo.

—Hechizo de los Deseos, deseo liberar al hombre del espejo —dijo.

La luz se dirigió hacia él como un relámpago. Todo el espejo fue consumido por la luz por unos minutos antes de que se desvaneciera. El vidrio se derritió como hielo bajo el sol. El espejo parecía una puerta que llevaba a una habitación muy oscura.

Los mellizos esperaron con ansiedad. La Reina Malvada se acercó hacia el espejo, manteniendo una distancia cautelosa, pero no ocurrió nada. Se acercó más, tanto que los mellizos se preguntaron si iba a atravesarlo.

—¿Mira? —preguntó la Reina Malvada.

De pronto, un hombre cayó desde el espejo, sobre el suelo. Sus ojos estaban cerrados y tenía la respiración acelerada. Era pálido y parecía paralizado; como si acabara de despertarse de un coma.

El hombre era la persona más normal que los niños hubieran visto. No tenía ninguna característica distintiva ni nada parecido. Había pasado tanto tiempo reflejando a otros que se había perdido a sí mismo por completo.

–¿Dónde estoy? –preguntó entre respiraciones profundas. Tenía energía suficiente como para mantener solo un ojo abierto.

La Reina Malvada tomó su corazón de piedra, y los mellizos vieron el cambio en su rostro mientras su cuerpo se reunía con su alma. Era alguien diferente... *era* un ser humano de nuevo.

–Mira, soy yo, Evly. ¡Eres libre! –dijo la Reina Malvada. Su voz sonaba distinta cuando sostenía la piedra. Hablaba con suavidad, amor y afecto. Las lágrimas caían por sus mejillas.

Los mellizos observaron el reflejo de la Reina Malvada y del hombre en el Espejo de la Verdad. Los reflejos no mostraban al hombre pálido y a la mujer encapuchada que estaban en la habitación, sino que reflejaban a dos jóvenes: una era la hermosa muchacha que la reina había sido tiempo atrás, y el otro, el muchacho muy apuesto que Mira debía haber sido antes de quedar atrapado en el espejo.

Evly tomó a Mira en sus brazos y lo meció con lentitud.

–Eres libre, Mira... Eres libre –repitió suavemente–. Te liberé como lo prometí. Lamento que me tomara tanto tiempo.

El hombre abrió los ojos y la observó. Evly solo había liberado lo poco que quedaba de él. El resto se había desvanecido hacía mucho tiempo.

–Evly –dijo, y una sonrisa débil apareció en su rostro, reconociendo el nombre, pero no duró más que un instante... Luego, pestañeó hasta que sus ojos permanecieron cerrados, y dejó de respirar.

–¿Mira? –preguntó la Reina Malvada–. *¡Mira!*

El hombre no se movió. Estaba tan inerte como parecía. Su reflejo desapareció por completo del espejo dorado.

–*¡¡No!!* –exclamó la Reina Malvada–. *¡¡¡No!!!* –las lágrimas corrían por su rostro cada vez más rápido–. *¡Regresa! ¡Por favor, regresa!*

Alex y Conner se conmovieron con la escena. La Reina Malvada sostenía el cuerpo del hombre del espejo con un fuerte abrazo. Sollozó sobre él, aún sosteniendo el corazón de piedra.

Se había esforzado toda la vida para esto, pero llegó demasiado tarde.



Los lobos comenzaban a ponerse impacientes fuera del castillo. Varios caminaban sin rumbo a lo largo del puente levadizo; otros se echaron en la entrada del pasillo, y uno se afilaba los dientes con la espada de Ricitos de Oro. Habían esperado suficiente tiempo a la Reina Malvada. Ya gruñían y bramaban con impaciencia.

De pronto, las orejas de Malagarra se levantaron, y miró al horizonte. El suelo vibraba a medida que algo grande se acercaba hacia ellos.

–¿Qué es eso? –preguntó.

Un ejército de soldados a caballo se acercaba a toda velocidad al castillo. Vestían armaduras color verde y plata, y venían del Reino del Norte. A la cabeza se encontraban Rani y Sir Grant, compartiendo un caballo. A su lado, Jack cabalgaba en Avena.

Los lobos se levantaron de un salto.

–¡De acuerdo, muchachos! Ya no seguiremos esperando a la reina –dijo Malagarra–. ¡Vamos a entrar a buscar a Caperucita Roja y luego nos marcharemos!

Todos los lobos aullaron con obediencia y entraron al castillo velozmente. Uno de ellos empujó una palanca con el hocico, lo que hizo que el puente subiera.

Los soldados se reunieron al borde del foso.

–¡La Reina Malvada está aquí! –le dijo Rani a Sir Grant–. ¡Los lobos trabajan para ella! ¡Se llevaron a mis amigos!

–¡Reina Malvada! –llamó Sir Grant con su voz poderosa–. Soy Sir Grant, de la Guardia Real de Su Majestad la Reina Blancanieves. Tiene treinta segundos para rendirse, ¡o atacaremos el castillo!

Los soldados alinearon una fila de cañones. Jack desmontó y encontró la espada de Ricitos de Oro en el suelo. *Ella estaba ahí adentro.*

–¡Preparen los cañones! –ordenó Sir Grant y sus soldados apuntaron las armas hacia el castillo–. ¡Disparen !

Una bala de cañón hizo estallar el puente levadizo en pedazos. Todo el castillo se estremeció con el golpe.

–¡Prepárense para volver a disparar! –ordenó Sir Grant.

–¡Alto al fuego! –gritó Jack–. ¡Hay personas inocentes en el castillo! No deben disparar hasta que podamos sacarlas de allí de manera segura. ¡Creo que la Reina Caperucita podría estar dentro!

Grant se veía asustado. No podía tener en sus manos la muerte de una joven reina.

–Tienes diez minutos antes de que vuelva a disparar –le dijo a Jack–. Entra ahí y salva a la mayor cantidad de personas que puedas.

Jack asintió sin dudarlo. Si la mujer que amaba estaba en peligro, nada iba a impedir que la salvara.

–Iré contigo –dijo Rani, secretamente sorprendido de su propia valentía, que lo había invadido de pronto–. Podrías necesitar ayuda.

Él y Jack montaron a Avena. La yegua retrocedió pocos pasos y luego salió disparada hacia el castillo; saltó sobre el foso y atravesó la gran abertura donde segundos antes había estado el puente levadizo.

El calabozo del castillo era pequeño, pero tenía una gran fila de celdas pequeñas. Ricitos de Oro y Caperucita estaban desatadas, pero cada una tenía su propia celda (sobre todo para que Ricitos de Oro no matara a Caperucita antes de que los lobos tuvieran la oportunidad de hacerlo). El Cazador y la Cazadora las vigilaban como halcones.

–¡No entiendo por qué mi ejército no me ha rescatado todavía! ¿No debería ser su prioridad? –se quejó Roja–. ¡Si yo fuera Cenicienta, ninguna de estas estupideces estaría sucediendo!

–Dejé atrás a tus soldados porque, al igual que tú y que tu reino, son *lentos* –dijo Ricitos de Oro–. Además, probablemente ya eligieron una nueva reina.

–¡Eso no es gracioso! –se quejó Roja–. ¡Este ha sido el peor día de toda mi vida! ¡Ni siquiera sabía que uno podía ser secuestrado dos veces en un mismo día!

Los lobos irrumpieron en el calabozo. Roja se tornó pálida del miedo.

–Hay soldados invadiendo el castillo –dijo Malagarra–. ¡No esperaremos a la Reina Malvada ni un minuto más! ¡Nos llevaremos a Caperucita Roja *ahora* !

–Busca a la reina –le ordenó el Cazador a su hija. La Cazadora asintió, alejándose hacia el extremo opuesto del calabozo y subiendo una escalera de piedra. Miró hacia atrás antes de irse, sin saber si era una buena idea dejar solo a su padre.

–¡No! –gritó Roja–. ¡No puedes permitir que me lleven! –miró alrededor del calabozo, sin saber a quién le estaba hablando. No tenía ningún amigo allí–. ¡Estoy lista para que termine el día!

–¡Esta bien, pueden llevársela! –le dijo el Cazador a los lobos. Abrió la celda, y Roja se puso de pie de un salto y golpeó la puerta abierta, empujando al Cazador hacia los lobos. Corrió lo más rápido que pudo hacia el extremo opuesto del calabozo y subió por la escalera de piedra que había usado la Cazadora.

–¡Atrápenla! –ordenó Malagarra, y él y su manada persiguieron a la joven reina. La chica logró sacarles ventaja mientras los lobos intentaban pasar por la escalera.

Un minuto después, Jack y Rani ingresaron al calabozo. Jack blandía la espada de Ricitos de Oro.

–¡Aléjate! –le gritó Jack al Cazador, quien retrocedió hacia una esquina con las manos en alto.

–¡Jack! –dijo Ricitos de Oro, aferrándose a los barrotes de su celda–. ¿Qué haces aquí?

–¡Avena me encontró! –explicó Jack–. Sabía que algo andaba mal porque no estabas con ella. Me trajo hasta aquí, y me encontré con el ejército de Blancanieves en el camino.

Se miraron con tanto amor que Rani se sintió incómodo.

–Espléndido. Yo encontraré a la Reina Caperucita y a los mellizos mientras ustedes se saludan –dijo él, y saltó de regreso en la dirección por la que habían venido.

El Cazador sacó una ballesta de debajo de su abrigo de piel.

–¡Jack! ¡Cuidado! –gritó Ricitos de Oro.

El Cazador comenzó a dispararle flechas a Jack. Él se agachaba y se movía, esquivándolas por poco. Ricitos de Oro también tuvo que evadirlas; estaban rebotando por las paredes de piedra en todas direcciones. El Cazador se movía como una máquina, recargando la ballesta de inmediato cada vez que disparaba.

Ricitos de Oro tomó una de las flechas que había aterrizado cerca de ella y comenzó a usar la punta para intentar abrir el candado de

su celda.

Jack intentaba bloquear los disparos con la espada. Era cada vez más difícil; las flechas se abalanzaban sobre él con más rapidez. Desvió una a la perfección, haciéndola volar detrás del Cazador. El hombre gruñó y se paralizó. Sus ojos se abrieron de par en par y cayó de cara al suelo. La flecha había rebotado en la pared a sus espaldas y ahora sobresalía de su pecho.

El Cazador había muerto.

–*¡Jack! ¡Detrás de ti!* –gritó Ricitos de Oro.

Jack giró, y la Cazadora lo apuñaló en el brazo con su daga. Había visto todo lo sucedido.

–*¡Ahhh!* –gritó Jack.

Soltó la espada y cayó al suelo. Se arrastró y se recostó contra la pared. Luego, aferró su brazo. Había sangre por todas partes.

La Cazadora caminó hacia él con la daga en alto. No hablaba, pero sus ojos eran furia pura; hasta donde ella sabía, Jack había matado a su padre. La daga descendió en picada para dar el golpe mortal.

Ricitos de Oro la bloqueó con su espada. Había logrado romper el candado y tomar su espada justo a tiempo para salvarle la vida a Jack.

–Creo que ya es hora de que tú y yo tengamos una charla de chicas –dijo Ricitos de Oro, y pateó a la Cazadora en el estómago, quien rodó hacia el otro extremo del calabozo y se puso de pie de un salto.

Ricitos de Oro y la Cazadora caminaron en círculos, enfrentadas durante un momento. Intercambiaron miradas, esperando a que la otra hiciera el primer movimiento. Ricitos de Oro atacó a su contrincante con la espada y el duelo comenzó.

La Cazadora arrinconó a Ricitos de Oro, pero esta trepó por la pared, y saltó por sobre su contrincante, y ahora ella la arrinconaba.

–¿Dónde aprendiste a hacer eso? –preguntó Jack.

–¡Luego te cuento! –dijo Ricitos de Oro.

La Cazadora la embistió y se alejó corriendo del calabozo.

–¡Regresa aquí! –gritó Ricitos de Oro, persiguiéndola.

Continuaron la lucha a través del castillo, subiendo cada vez más y más...

Mientras tanto, la Manada del Gran Lobo Feroz perseguía a Caperucita por el lugar. Roja corría por su vida, y las lágrimas caían sobre sus mejillas. Una sola vez en su vida había estado igual de asustada, un día infame en el que había visitado a su abuela, cuando era una niña.

Sin embargo, Roja no solo lloraba por miedo, también la frustraba estar arruinando uno de sus vestidos favoritos. Deseó haber elegido zapatos más cómodos para correr cuando se vistió esa mañana.

Llegó a uno de los niveles más altos del castillo. Había sectores del suelo destruidos, y tuvo que tener mucho cuidado de no caer varios metros a través de ninguno de esos agujeros enormes. Los lobos a sus espaldas no estaban siendo tan cuidadosos; les resultó difícil aferrarse al suave suelo de madera y no dejaban de resbalarse dentro de los agujeros, aullando mientras caían hacia su muerte.

Roja subió corriendo por una escalera de madera. La parte superior se derrumbó detrás de ella en cuanto atravesó el descanso.

Eso no es bueno, se dijo a sí misma.

Miró hacia atrás y vio a Malagarra. Estaba atrapada. El lobo se acercaba a ella escalón a escalón, disfrutando lo nerviosa que eso la ponía.

–He esperado este momento por más de una década –gruñó Malagarra.

–Qué garras tan grandes tienes –dijo Roja, temblando.

–Son para destrozarte mejor, querida.

Roja jamás había esperado morir de esa manera. Siempre había imaginado que lo haría en su castillo, rodeada de las docenas de hijos que tendría con Jack.

–Qué dientes tan grandes tienes.

–Son para morderte mejor, querida –siguió Malagarra. Estaba a pocos metros de distancia. Arqueó la espalda, listo para saltar sobre ella.

De pronto, un silbido bajo provino de las afueras del castillo. Una bala de cañón atravesó la pared y golpeó directamente a Malagarra. Las escaleras se derrumbaron, y el lobo cayó en la habitación contigua. Si había sobrevivido, no lo hizo de una sola pieza.

–Oh, cielos... –dijo Roja. Se aferró al pasamanos del descanso de la escalera como si su vida dependiera de ello. Los escalones a

cada lado de ella habían desaparecido; ahora sí estaba atrapada.

El descanso comenzó a temblar. La madera a sus pies comenzaba a derrumbarse con lentitud.

–¡Oh, cielos... Oh, cielos... Oh, cielos! –gritó Roja. El pasamanos colapsó, y Roja cayó, gritando durante toda la caída.

Pocos segundos antes de que se estrellara contra el suelo, Rani saltó en el aire y la atrapó. Ambos aterrizaron a salvo, gracias a sus fuertes ancas de rana.

–¡Me salvaste la vida! –dijo Roja, con los ojos como platos, pero agradecidos.

–Creo que no nos han presentado formalmente, Su Majestad –dijo Rani–. Mi nombre es...

Rani no pudo terminar de hablar. Roja besaba sin parar su mejilla, provocando que se tornara de un verde oscuro; ¿quién creería que una rana pudiera sonrojarse?

El castillo comenzó a temblar a medida que disparaban más cañones.

–¡Comenzaron el ataque! –exclamó Rani–. ¡Tenemos que encontrar a Conner y a Alex, y salir de aquí!



Los mellizos no sabían lo que estaba sucediendo. Lo único que escuchaban era el sonido metálico de espadas chocándose, los gemidos de los lobos fuera del salón y los anuncios apagados de los soldados fuera del castillo. Sentían cómo temblaban las paredes y se derrumbaban a su alrededor.

Balas de cañón comenzaron a estrellarse contra el gran salón. Trozos del techo comenzaron a caer a su alrededor. Sabían que debían salir de ahí lo más rápido posible.

–¿Su Majestad? –le preguntó Alex a la Reina Malvada–. ¡Tenemos que salir de aquí! ¡El castillo se está derrumbando!

La Reina Malvada no respondió. Todo lo que podía hacer era llorar sobre el cadáver de su primer amor.

–¡Si no salimos pronto, el accidente de Humpty Dumpty parecerá solo un raspón en la rodilla comparado con nosotros! –exclamó Conner.

La Reina Malvada no los estaba escuchando. Estaba tan sumida en el dolor que no podía hacer nada más. Ni siquiera parecía consciente de lo que le estaba sucediendo al castillo.

–¡Evly! ¡Por favor! ¡Tienes que desatarnos! –suplicó Alex–. ¡Solo suelta la piedra y no sentirás todo ese dolor!

Las puertas del gran salón se abrieron con un crujido, y Rani ingresó corriendo. Roja observaba todo desde la entrada, asustada por tanta destrucción.

–¡Rani! –gritó Conner–. ¡Desátanos antes de que nos aplasten!

–¡Estoy en camino, niños! –dijo Rani. Luego, saltó a través de la habitación y de inmediato comenzó a desatarlos lo más rápido que pudo, aunque fue una tarea difícil; los nudos estaban muy apretados. Liberó primero a Conner, y luego ambos intentaron desatar a Alex.

–¡Apresúrense, por favor! –exclamó Roja desde la entrada–. ¡Están remodelando mi castillo y realmente me gustaría verlo antes de morir!

Finalmente, lograron liberar a Alex. Conner y Rani corrieron hacia la puerta, pero Alex se acercó a la mesa y comenzó a guardar todos los objetos del Hechizo de los Deseos en su bolso.

–¿Qué estás haciendo? –gritó Conner–. ¿Qué parte de “el castillo se derrumba” no entiendes?

–¡No me iré sin esto! –dijo Alex–. Prometimos regresar algunos y destruir otros, ¿recuerdas?

El Hechizo de los Deseos comenzaba a desaparecer del Espejo Mágico; el vidrio empezaba a *crecer de nuevo*. Una bala de cañón impactó contra la pared más cercana a los espejos. El espejo dorado cayó al suelo por la explosión y se hizo trizas y el Espejo Mágico comenzó a temblar, a punto de caer en cualquier momento.

–¡Evly! –gritó Alex–. ¡Por favor, ven con nosotros!

Pero la mujer la ignoró. El Espejo Mágico cayó sobre la Reina Malvada y Mira, y miles de pedazos se esparcieron sobre el suelo. Pero la Reina Malvada y Mira habían desaparecido. El espejo se los había tragado antes de romperse.

Alex corrió hacia allí y comenzó a buscar cualquier rastro de la Reina Malvada o de Mira, pero no había nada que encontrar, solo

restos de vidrio roto. Lo único que pudo hallar fue el corazón de piedra de la Reina Malvada.

La chica lo guardó en su bolso. Giró para correr hacia la puerta con su hermano y Rani, pero algo más en el suelo le llamó la atención: un trozo del espejo dorado que la reflejaba. Era muy brillante y colorido, y se vio a sí misma sonriendo en él... había algo detrás de ella, moviéndose como si fueran *alas* .

–¡Vamos, Alex! –gritó Conner–. ¡No quiero ser hijo único!

–¡Ya voy! –gritó Alex. Ignoró el vidrio y se reunió con su hermano, Rani y Roja en la entrada del gran salón, que estaba a punto de derrumbarse.

Luego, se encontraron con Jack en el pasillo externo, que aún se sostenía el brazo herido. Avena esperaba impaciente también, porque no quería irse sin su dueña.

–¡Jack! –dijo Roja, y corrió a abrazarlo–. ¡Viniste!

–¡No vine por ti! –replicó Jack, sin permitir que ella lo tocara–. ¿Dónde está Ricitos de Oro?

Roja puso una mano sobre su pecho y se quedó sin aliento. El sufrimiento comenzó a consumirla como un veneno de efecto tardío. Él realmente amaba a Ricitos de Oro.

–¡Permíteme poner a todos a salvo, y luego regresaré a buscarla! –dijo Rani.

–¡Iré contigo... *ahhh!* –Jack había comenzado a hablar pero gritó cuando intentó mover el brazo.

–No, no lo harás –replicó Rani.

Luego, tomó uno por uno a Alex, Conner, Roja y Jack, y saltó con ellos por encima del foso. No fue fácil convencer a Avena, pero Jack logró persuadirla para que salte como ellos. Se reunieron con los soldados, y varios de ellos hicieron una reverencia al ver a la Reina Caperucita Roja.

–Disculpen mi peinado, caballeros –dijo su reina–. Ha sido un día agitado.

–¿Dónde está la Reina Malvada? –preguntó Sir Grant.

–Desapareció –repuso Alex con tranquilidad.

–¿Desapareció? –repitió él.

–Sí –respondió Alex con tristeza–. Créame, no tendrá que preocuparse por verla otra vez.

Sir Grant asintió. Le habían sacado un gran peso de sus hombros y de los del reino.

–¿Dónde estaba Ricitos de Oro cuando la viste por última vez? –le preguntó Rani a Jack.

–Luchando contra esa mujer. No sé a dónde fueron –dijo Jack.

–¡Allí está! –exclamó Conner, señalando hacia arriba.

Todos levantaron la cabeza para mirar. Cerca de la parte más alta del castillo, Ricitos de Oro y la Cazadora continuaban su duelo... *en el techo* .

Nadie podía decir ni hacer nada. Solo miraron la pelea con la boca y los ojos abiertos de par en par. Ninguna de las mujeres parecía tener ventaja sobre la otra. Iba a ser una pelea hasta la muerte. Mientras tanto, el castillo se desintegraba a su alrededor, pero ellas continuaban peleando, cada una decidida a matar a la otra.

Su lucha se había convertido en una batalla. Blandían sus armas cada vez con más violencia.

Una parte del techo sobre el que estaban se desplomó, y Ricitos de Oro perdió el equilibrio. Se le cayó la espada mientras intentaba recuperar la estabilidad. La Cazadora vio la situación como una oportunidad para atacar, así que alzó la daga en alto, por encima de su cabeza. Estaba apuntándole a Ricitos de Oro, y no había nada que la joven pudiera hacer para defenderse.

–¡No! –gritó Jack. Corrió hacia un cañón y encendió la mecha. Lo apuntó en dirección a la Cazadora, y disparó. Una bala de cañón voló por los aires hacia la mujer y destruyó la parte del techo en donde estaba la Cazadora. Cayó desde lo alto del castillo dentro del foso, lanzando un grito ahogado durante la caída. Era imposible que hubiera sobrevivido.

Ricitos de Oro recuperó el equilibrio y miró con amor a Jack, que estaba abajo. Compartieron un momento de gran felicidad en ese contacto visual antes de que el caos volviera a aparecer. El polvo flotaba a medida que el castillo comenzaba a derrumbarse por completo debajo de Ricitos de Oro.

–¡Ricitos! –gritó Jack.

–¡No puedo mirar! –dijo Alex, y enterró su rostro en el hombro de Conner.

Era difícil divisar algo a través del polvo. El sonido fue atronador; miles y miles de piedras caían, una sobre la otra. Muchas rodaron hasta el interior del foso. Unos minutos más tarde, el polvo se disipó, cuando las piedras dejaron de caer. El castillo no era más que una pila enorme de ladrillos. Y Ricitos de Oro había desaparecido.

–¿Ricitos? –gritó Jack, mientras corría junto al borde del foso intentando encontrar cualquier rastro de ella.

La suerte no parecía estar del lado de Ricitos de Oro. Rani saltó por encima del foso y desapareció entre los escombros. Todo estaba en silencio. Los mellizos pensaron que Jack iba a sufrir un infarto mientras esperaba. Cada segundo que pasaba sin escuchar o ver algo parecía una eternidad.

Lento pero seguro, dos siluetas emergieron de los escombros: era Rani y estaba ayudando a Ricitos de Oro a caminar entre los restos del castillo. Renqueaba, pero estaba viva.

Los mellizos celebraron, y Jack cayó sobre sus rodillas. Jamás habían visto a alguien tan agradecido. Rani saltó por encima del foso con Ricitos de Oro en brazos, y ella y Jack se unieron en un abrazo profundo. Compartieron un beso tan apasionado que algunos de los soldados se sonrojaron. Eran el amor personificado.

Caperucita Roja podía sentir que todo el cuerpo le dolía a causa de su sufrimiento mientras observaba la escena. Esta debía ser la primera vez que no había obtenido lo que quería, y Jack siempre había sido lo que ella quería más que nada en el mundo.

Avena brincó feliz hacia Ricitos de Oro, quien acarició su crin.

–Estoy bien, chica –dijo ella–. Solo estoy un poco golpeada.

–Ricitos de Oro –llamó Sir Grant con voz oficial–. Estás bajo arresto.

–¡Esperen un minuto! ¡Aguarden! –pidió Jack, interponiéndose en el camino de los guardias. Giró y miró a Roja con odio–. ¡Haz algo!

Al principio, la reina no sabía qué decir. En realidad, nunca había hecho nada oficial o relativo a una reina.

–La Reina Caperucita Roja quisiera perdonar a Ricitos de Oro por todos los crímenes que ha cometido –dijo Roja–. Y es una lista muy larga.

–Puede ser –dijo Sir Grant–. Pero no puede perdonar todos los crímenes que cometió en otros reinos. Pasará el resto de su vida en

prisión. *¡Arréstenla!*



CAPÍTULO VEINTIDÓS

EL SECRETO DE BLANCANIEVES

El grupo entero viajó hacia el Reino del Norte en silencio. El golpeteo de los cascos de los caballos sobre el sendero era el único sonido que se escuchaba. El mundo entero parecía haber suspirado de alivio con la desaparición de la Reina Malvada.

A Ricitos de Oro le permitieron cabalgar en Avena hasta el reino, pero sus manos y sus pies estaban atados con cadenas. Tenía una expresión de enojo plasmada en el rostro. Jack caminó fielmente a su lado durante todo el viaje, con su mano sobre las esposas que sujetaban las muñecas de su amada.

Caperucita los observaba desde lejos, apartando la mirada cada vez que alguien la veía mirar a la pareja. Jamás había experimentado tantas emociones a la vez. Permaneció callada y quieta, rezando por que el dolor se desvaneciera.

Los mellizos estaban particularmente callados durante el viaje. Después de todo lo que habían vivido, les resultaba difícil encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que pensaban y sentían. La historia de la Reina Malvada resonaba en sus cabezas. Los atormentaban imágenes de la mujer sujetando el cadáver del hombre al que había amado toda su vida, antes de que el espejo los consumiera. Y además de entristecerse por su historia, también estaban decepcionados porque el Hechizo de los Deseos ya había sido utilizado.

Los asustaba no saber cuánto tiempo pasaría hasta que encontraran otra forma de regresar a casa. ¿Qué obstáculos y

peligros deberían enfrentar cuando encontraran una alternativa, si es que lo hacían? ¿Qué harían mientras tanto? ¿Dónde vivirían?

–Lo siento tanto, niños –dijo Rani mientras avanzaban–. Me siento totalmente responsable. Si hubiera permitido que usaran el Hechizo de los Deseos en lugar de persuadirlos para que me acompañaran, nada de esto habría sucedido.

–No es tu culpa, Rani –lo tranquilizó Alex–. Los lobos iban a alcanzarnos tarde o temprano.

–De hecho, todo esto *sí* es tu culpa –comentó Conner–. Si no nos hubieras contado sobre el Hechizo de los Deseos, nada de esto hubiera sucedido en primer lugar. Nunca nos habrían perseguido los lobos, ni nos hubieran secuestrado unos trolls ni nos hubiéramos convertido en un blanco de la Reina Malvada.

Rani inclinó la cabeza y clavó la mirada en el piso. La culpa le pesaba sobre los hombros. Alex parecía a punto de golpear a su hermano en el rostro.

–Pero... –añadió Conner con una gran sonrisa honesta– nos salvaste la vida como tres veces, así que eso compensa las cosas.

–Son más que bienvenidos a quedarse en mi hogar –les ofreció Rani, después de soltar una risita–. Los ayudaré a encontrar otra forma de regresar a casa. Lo prometo.

Los mellizos asintieron y le dedicaron una sonrisa. Era reconfortante saber que tenían un lugar para vivir, aunque fuera un agujero en la tierra.

Viajaron durante un día y medio antes de pasar por el Lago de los Cisnes y de llegar al palacio de Blancanieves. Caperucita parecía intimidada al ver una construcción tan grande y digna de la realeza.

–Mi castillo se verá igual a este cuando esté terminado –les anunció a todos los que estaban a su alrededor, pero nadie parecía interesado en lo que decía.

Los soldados apresaron a Ricitos de Oro de inmediato y la llevaron al calabozo.

–¡Esperen un minuto! ¡No pueden simplemente condenarla a prisión sin un juicio! –dijo Jack.

–¡Por su bien espero que nunca le permitan ir a juicio! –le respondió un soldado.

–Ve a casa, Jack –le dijo Ricitos de Oro–. Deberían dejarme ir dentro de algunas décadas, por buen comportamiento.

De todos modos, Jack los siguió, quejándose todo el camino, pero incluso él sabía que no había nada que se pudiera hacer.

–Sígueme –le ordenó Sir Grant a los mellizos–. Veremos a la reina.

Los niños, Roja y Rani siguieron al soldado dentro del palacio. Subieron una escalera hasta el tercer piso y caminaron por un pasillo hasta una puerta que debía haber sido la entrada real al depósito.

Grant golpeó.

–Su Majestad, soy Sir Grant. ¿Está ahí dentro? –dijo él.

–Sí. Por favor, pase –respondió Blancanieves del otro lado de la puerta.

Todos siguieron a Sir Grant. La habitación se veía completamente diferente. Todos los muebles estaban destapados, y las pinturas habían sido colgadas en las paredes. Parecía una habitación real de nuevo.

–¿Qué están haciendo ustedes dos aquí? –preguntó Blancanieves. Estaba colgando el retrato del Cazador de nuevo en la pared. Durante los últimos días, había estado restaurando el lugar ella sola.

–Su Majestad –dijo Sir Grant, quitándose el casco–, encontramos a su madrastra escondida en un castillo al noreste del Reino Durmiente.

–¿Y? –preguntó Blancanieves, anticipándose a las noticias.

–Está muerta... –le informó el hombre.

El rostro de Blancanieves empalideció un poco más, algo que los mellizos no pensaron que fuera posible. Se sentó en la plataforma en el otro extremo de la habitación. No lloró, pero cualquiera podía darse cuenta de que era una noticia difícil de digerir.

–¿Cómo ocurrió? –preguntó Blancanieves.

–No estaba allí, pero ellos vieron lo que sucedió –dijo Grant, mirando a los mellizos.

–No murió exactamente –le explicó Alex, intentando ser delicada–. El castillo se estaba derrumbando, y su espejo, bueno, se...

–¡Se cayó sobre ella y se la tragó como a un insecto! ¡Boom! ¡Y luego desapareció! –intercedió Conner entusiasmado–. ¡Fue una locura! ¡No quedó nada!

Alex le dedicó a su hermano una mirada asesina.

–Bueno, no necesariamente –dijo la chica.

Introdujo la mano en su bolso y sacó el corazón de piedra. Blancanieves soltó un grito ahogado al verlo. Alex atravesó la habitación y le entregó el corazón de su madrastra.

–Esto quedó atrás –le dijo Alex–. Creo que deberías tenerlo.

Blancanieves miró el corazón y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos.

–Sir Grant, quisiera estar a solas con los niños –le pidió Blancanieves–. Por favor, ocúpese de encontrarle habitaciones al resto, si es que desean quedarse –dijo, señalando con la cabeza a Roja y a Rani.

–Gracias, Su Majestad –le agradeció Rani, e hizo una reverencia.

–Eso es muy amable, gracias –añadió Roja–. Tal vez me quede hasta que terminen la reconstrucción de mi palacio. Agregué una habitación justo igual a esta...

Sir Grant los guio fuera del recinto antes de que Roja pudiera terminar. Los mellizos se quedaron a solas con Blancanieves. Al principio, se mantuvo callada. Todo lo que podía hacer era observar la piedra.

–Supongo que no escucharon mi consejo, entonces –dijo Blancanieves.

–Lo escuchamos –repuso Conner–. Solo lo ignoramos.

–¿Saben qué es esto? –preguntó Blancanieves, sosteniendo en alto el corazón de piedra.

–Sí –respondió Alex–. Es su corazón. Nos contó todo sobre él y sobre su vida antes de ser, bueno, la Reina Malvada.

–Fue una gran historia –agregó Conner–. ¿Sabías que ese tipo en el espejo era en realidad su novio desaparecido hacía años?

–Sí, lo sabía –respondió Blancanieves–. Por eso la ayudé a escapar.

Los mellizos soltaron un grito ahogado y negaron con la cabeza sin poder creer lo que oían. No podían haber escuchado bien.

–¿Qué? –preguntó Alex–. ¿Tú la ayudaste a escapar?

–¡No puede ser! –exclamó Conner.

–Sí –dijo Blancanieves. No mostró ningún rastro de remordimiento ante su confesión–. Estuve en su celda durante horas escuchando

su historia. Me rompió el corazón. Así que, en un último intento de complacerla, me encargué de que ella y su espejo fueran trasladados por el río hacia el siguiente reino, para que pudiera continuar con su trabajo.

Los mellizos no podían creerlo. Querían hacerle muchas preguntas, pero solo salieron gruñidos y palabras sueltas de su boca.

–Todos estos años, me preguntaba por qué no me quería, y luego, por fin lo comprendí... era porque no podía –explicó Blancanieves–. Creí que un corazón tan roto como el suyo era castigo suficiente por sus crímenes contra mí. ¿Lo liberó, entonces?

–Lo hizo –dijo Alex–. Pero por desgracia, fue demasiado tarde. Murió en sus brazos.

Blancanieves soltó un suspiro de angustia.

–Ya veo –repuso.

–Pero estuvieron juntos –interrumpió Conner–, una vez más.

–Entonces, ¿qué hacemos ahora? –preguntó Alex–. ¿Limpiamos su nombre? ¿Le contamos al mundo la verdad sobre ella?

–Me temo que es más fácil decirlo que hacerlo –respondió Blancanieves–. Creo que lo mejor que podemos hacer para honrar su memoria es vivir cada día con la compasión y la comprensión que nadie le dio.

Los mellizos se miraron e intercambiaron unas sonrisas tristes.

–Creo que lo que he aprendido de todo esto es que los *villanos* son, en su mayoría, personas que no tuvieron otra opción más que volverse así por las circunstancias de la vida –dijo Alex.

Blancanieves asintió, mirando el corazón con afecto.

–Estoy de acuerdo –coincidió Blancanieves–. Esta es la lección trágica que nos enseñó la Reina Malvada.



Ricitos de Oro estaba aprendiendo de primera mano que el calabozo era un lugar deprimente. Su celda era pequeña y húmeda. El olor era horrible y la luz, escasa. Cada tanto, una rata intentaba ingresar a su celda, y ella la miraba con odio y la intimidaba para que corriera en la dirección opuesta.

–Ni lo pienses –le decía más de una vez a los roedores.

Era después de la medianoche y el calabozo estaba en silencio. Ricitos de Oro no pudo dormir la primera noche en prisión. Sabía que ese día llegaría en algún momento, pero, mientras estaba sentada en el suelo duro, no pudo evitar sentirse estafada por que hubiera llegado tan pronto.

De pronto, unos pasos resonaron a través del calabozo, a medida que alguien del palacio bajaba por la escalera en espiral y pasaba delante de las filas de celdas. Una joven que vestía una capa larga con capucha se acercó con lentitud hacia la celda de Ricitos de Oro.

–*¡Qué asco! ¡luu! ¡Puaj!* –dijo la mujer después de cada paso. Ricitos de Oro reconoció esa voz remilgada.

»Hola –susurró incómoda Caperucita Roja.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó Ricitos de Oro–. ¿Has venido a llevarme en persona a mi ejecución?

–Por favor, baja la voz –ordenó Roja–. Los guardias no saben que estoy aquí.

–¿Qué quieres? –le preguntó Ricitos de Oro.

–He venido a liberarte –respondió Roja.

–¿Qué? –preguntó Ricitos de Oro, completamente impactada–. ¿Por qué?

–Porque he decidido arreglar las cosas –repuso Roja con mucha altanería.

–Adelante, entonces, déjame salir –lanzó Ricitos de Oro, casi desafiándola. No se hizo ilusiones. Sabía que debía haber una trampa.

–Lo haré, pero primero, te escribí una carta –le dijo Roja, y extrajo un trozo de pergamino del interior de su capa.

–¿Quieres que la lea primero? –preguntó Ricitos de Oro, sin siquiera intentar disimular la molestia en su voz.

–Por supuesto que no. Sé que probablemente no sabes leer –respondió Roja con honestidad.

Ricitos de Oro levantó las cejas.

–Tienes tanta suerte de que estos barrotes nos estén separando...

–Fue un chiste; relájate, Ricitos. He estado trabajando en esto toda la noche y pensé que lo mejor sería bajar aquí y leértela yo misma –dijo Roja.

–Te escucho –respondió Ricitos de Oro, cruzándose de brazos.

Roja se aclaró la garganta y comenzó:

–*Querida Ricitos de Oro* –comenzó a leer–. *Lamento haber arruinado tu vida* . Guau, ¡ya me siento mejor después de decir esa parte! *Pensándolo bien, sé que enviarte esa carta cuando éramos niñas no fue lo correcto. Nunca tuve la intención de obligarte a ser una fugitiva. Pensé que los osos te rasguñarían o se comerían un brazo en el peor de los casos* .

–¿Se supone que esta carta hará que tenga *menos* ganas de matarte? –preguntó Ricitos de Oro.

–Primero déjame terminar –dijo Roja–. *He amado a Jack tanto tiempo como tú, pero, en cambio, él ha elegido amar a la chica menos atractiva, menos inteligente y menos adinerada. Él te ama a ti, no a mí, y eso es la cosa más difícil que tendré que aceptar. Espero que, después de sacarte del calabozo esta noche, puedas perdonarme. Con amor, tu amiga, Su Majestad la gran Reina Caperucita Roja* .

Ricitos de Oro jamás había estado tan molesta en toda su vida.

–¿Te llevó toda la noche escribir eso? –preguntó.

–Sí, y cada palabra es cierta –respondió Roja–. ¿Qué dices? ¿Me perdonas? ¿Estamos a mano?

–Primero abre la puerta –dijo Ricitos de Oro. Hubiera preferido pasar el resto de su vida encerrada en la celda, que pasar cinco minutos más con Caperucita.

Roja jugueteó con un par de llaves doradas y después de un rato encontró la correcta para abrir la celda. Ricitos de Oro salió, miró a Roja a los ojos, y la golpeó fuerte en el rostro con la palma de la mano.

–¡Ay! –gritó Roja.

–Listo. *Ahora* estamos a mano –dijo Ricitos de Oro.

–Sé que me lo merecía –admitió Roja, con la mano sobre la mejilla–. Ahora, ponte esto antes de que nos atrapen y de que terminemos las dos tras las rejas.

Roja le lanzó su capa a Ricitos de Oro, y las dos se apresuraron a salir del calabozo.

Avanzaron en silencio por los pasillos del palacio y pasaron los jardines del frente. Caminaron por un bosque por poco tiempo y llegaron a la Laguna del Patito Feo. Avena estaba esperando a su

dueña junto a la orilla. Al principio, Ricitos de Oro no podía ver, pero detrás de la yegua, esperando impaciente, estaba Jack.

Ricitos de Oro se detuvo en seco.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

–¡Lo logré, Jack! ¡Te dije que podría! –exclamó Roja con una gran sonrisa.

–Iré contigo –dijo Jack.

–Jack, ya hablamos de esto. No puedes venir conmigo. Sobre todo ahora... Me buscarán más que nunca cuando descubran que escapé –explicó Ricitos de Oro.

–Cada día sin ti es un día perdido –replicó Jack–. No pasaré ni un segundo más de mi vida preguntándome si la mujer que amo está viva o muerta, o pudriéndose en prisión. Pensé que te había perdido en el derrumbe del castillo, y me rehúso a sentirme de esa manera otra vez. Iré contigo, incluso si eso implica que tenga que perseguirte a pie.

Los ojos de ambas mujeres se llenaron de lágrimas por razones distintas. Sus corazones pertenecían al mismo hombre. Roja hubiera dado cualquier cosa por escucharlo decirle esas palabras a ella.

–¿De verdad estás dispuesto a pasar cada minuto de cada día huyendo de la ley por el resto de tu vida, solo para estar conmigo? –preguntó Ricitos de Oro.

–Daría lo que fuera por pasar *cada* minuto de *cada* día contigo –respondió Jack. Montó a Avena y extendió la mano para ayudarla a subir.

La cabeza de Ricitos de Oro estaba atestada de razones y excusas para detenerlo. Quería convencerlo de quedarse a vivir su vida, pero esta vez, su corazón no se lo permitió. Tomó la mano de Jack y montó junto a él.

Juntos, tomaron las riendas y cabalgaron hacia la noche. Para el amanecer serían los fugitivos más buscados del mundo, pero, al menos, estarían juntos.

–¡De nada! ¡No hace falta que me agradezcas! ¡Estaré bien! –gritó Roja a sus espaldas mientras desaparecían en el bosque–. *Estaré bien.*

Caperucita cayó de rodillas y lloró. Las lágrimas caían por su rostro, corriéndole el maquillaje. Jamás había llorado tanto en toda su vida.

–Fue muy noble lo que hiciste –dijo una voz detrás de ella.

Giró y vio a Rani inclinado junto a la laguna. Estaba recolectando moscas con un gran recipiente de vidrio.

–¿Cuánto falta para que esta sensación desaparezca? –preguntó Roja.

–Me temo que los restos de esa sensación te acompañarán por el resto de tu vida –repuso Rani–. Pero mejorará con el tiempo.

–Creí que ayudarla a escapar aliviaría el dolor, pero solo lo empeoró –confesó Roja.

Rani se inclinó a su lado.

–No importa cuánto te han herido o cuánto estás sufriendo, lo que verdaderamente importa es lo que haces con el dolor. Podrías llorar por años, y con razón, o podrías elegir aprender de él y crecer. Créeme: pasé años escondiéndome en un agujero, con miedo a salir porque temía lo que las personas pensarían de mí. Pero un día decidí hacerlo y ¡terminé salvando vidas!

Roja se secó las lágrimas en el abrigo de Rani. Él no se lo ofreció, pero no le importó.

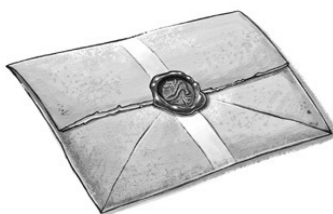
–Eres una rana muy inteligente–le dijo Roja con una gran sonrisa–. Tal vez ahora, con todos mis sueños destruidos, puedo dedicarle todo ese espacio mental vacío y toda esa energía a mi reino. Soy una reina, después de todo.

–Eso suena como una idea maravillosa –dijo Rani. Le ofreció su brazo y ayudó a la triste reina a ponerse de pie. Caminaron juntos hacia el palacio.

–Por cierto, ¿cómo te llamas? –le preguntó Roja–. Nunca supe tu nombre.

Él vaciló antes de responder.

–Rani –respondió–. Solo llámame Rani.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

UNA INVITACIÓN DE LA REALEZA

Alex y a Conner les dieron habitaciones separadas en el palacio. Había sido la primera vez desde su estadía en la Posada del Zapato en la que habían dormido en una cama, y era la primera noche desde que habían llegado a la Tierra de las Historias en la que habían podido descansar. Estaban tan agotados que durmieron hasta la mitad de la tarde del día siguiente.

Les resultaba extraño dormir separados. Se despertaban cada una hora, buscando al otro, y tenían que recordar dónde se encontraban y que, finalmente, estaban a salvo.

Los sirvientes del palacio se llevaron sus camisetas y sus jeans para lavarlos y, mientras tanto, les ofrecieron ropa. A Alex le dieron un hermoso vestido rojo con piel alrededor de los puños y del cuello. Conner, en contra de su voluntad, vestía una camisa abotonada que tenía un cuello con demasiados volados para su gusto, y un par de calzas. Por primera vez en dos semanas, estaban vestidos como si pertenecieran allí.

Corrían rumores por todo el palacio sobre el escape de Ricitos de Oro y la desaparición de Jack. Los mellizos no pudieron evitar sonreír a espaldas de los soldados que corrían desesperados por los pasillos; sabían que, sin importar dónde estuvieran Jack y Ricitos de Oro, estarían juntos.

Los mellizos se ofrecieron a ir a hablar con el Hada Madrina junto a Rani, pero él aún no quería hacerlo.

–¡Después del viaje que han tenido, insisto en que se queden un día o dos, y que recuperen el aliento! –les dijo Rani.

Así fue cómo se quedaron los siguientes dos días. Comían con la Reina Blancanieves y el Rey Chandler en el enorme comedor. Mientras tanto, Blancanieves les contó historias maravillosas sobre crecer en el palacio, vivir con los enanitos, y sobre las diferentes reacciones que tuvieron las personas que creían que ella había regresado de entre los muertos.

Blancanieves invitó a los siete enanitos a cenar esa noche. Los mellizos se habían preguntado por qué una mitad de la mesa del comedor era mucho más baja que la otra, hasta que los enanitos ingresaron marchando y se sentaron en sus lugares. Mientras escuchaban las historias que les contaban, Alex y Conner rieron y rieron hasta que el estómago les dolió. Conner les ganó a los enanitos y a Rani en un juego de cartas, y les sacó todas sus monedas de oro.

Jamás se habían divertido tanto desde que habían llegado al mundo de los cuentos de hadas, pero hubo un momento incómodo cuando Conner le preguntó al Rey Chandler: “¿Por qué te interesaba tanto una chica muerta, de todos modos?”.

Los mellizos pasaban los días en la enorme biblioteca del palacio. Alex revisaba cada libro que se le cruzaba, buscando cualquier cosa que los ayudara a encontrar una nueva forma de regresar a casa. Le llevó muchas horas revisar todas la bibliotecas, pero no encontró nada. Conner la observaba desde un sillón mientras disfrutaba comiendo postre tras postre de la cocina.

–Creo que ya es hora de irnos de aquí –le dijo Alex a Conner.

–¿Quieres irte? –preguntó él–. ¿Por qué? ¡Este lugar es genial!

–No quiero extender nuestra estadía –explicó Alex–. No vamos a encontrar una forma de regresar a casa sentados en el palacio. Rani prometió ayudarnos a buscar una; cuanto antes empecemos, antes regresaremos. Además, sin importar lo que ella pueda hacernos, le prometimos a Rani que lo acompañaríamos a ver al Hada Madrina. Si no está muy enojada por romper el zapato de cristal, tal vez pueda darnos una pista sobre cómo volver a casa.

–Puede ser –dijo Conner, mirando con tristeza el pastel que estaba disfrutando. De pronto, sus ojos se iluminaron.

–Sabes, hay algo que no hemos probado.

–¿Qué cosa? –preguntó Alex.

Se puso de pie, cerró los ojos, y comenzó a golpear sus talones entre sí.

–No hay lugar como el hogar. No hay lugar como el hogar –gritó Conner. Abrió un ojo y se decepcionó al ver que aún seguía en el mismo sitio–. Solo pensé que debía intentarlo.

El día siguiente, los mellizos empacaron todas sus cosas y se vistieron con su ropa. Lanzaron el sable de lo más profundo del mar en la chimenea de la habitación de Alex, destruyéndolo, tal como se lo prometieron al Espíritu de Espuma. Acababan de acordar que partirían con Rani después del mediodía, cuando Sir Grant se acercó a ellos con una noticia.

–Hemos recibido un mensaje para ustedes –les comunicó a los chicos.

Con curiosidad, lo siguieron hasta el comedor, donde Blancanieves, Caperucita Roja y Rani esperaban entusiasmados. Las reinas estaban sosteniendo unos sobres brillantes. Un mensajero de otro reino tocó la trompeta al ver a los mellizos y les entregó un sobre idéntico.

–¡Cenicienta tuvo a su bebé! –les contó Blancanieves–. ¡Es una niña!

Los niños abrieron el sobre con entusiasmo. Era blanco y estaba dirigido a “Alex y Conner Deseory”. Un sello de cera dorada en el dorso del sobre tenía la forma de un zapato de cristal. La invitación decía:

SU ALTEZA, EL REY CHANCE ENCANTADOR,
Y SU REAL MAJESTAD, LA REINA CENICIENTA,
LO INVITAN CORDIALMENTE A UNA CEREMONIA EXCLUSIVA PARA
CELEBRAR EL NACIMIENTO
DE SU HIJA, LA PRINCESA SIN NOMBRE,
EN SU PALACIO MAÑANA A LA TARDE.

–¡Qué maravilloso! –dijo Alex–. Pero ¿por qué nos invitó a *nosotros*?

–No tengo idea –respondió Conner–. Tal vez necesita niños.

–¡Yo tampoco esperaba que me invitaran! –dijo Roja–. Las reinas elegidas por votación suelen ser dejadas de lado.

–Entonces, ¿a *tí* suelen dejarte de lado? –le preguntó Conner.

La Reina Caperucita Roja se puso del mismo color que su abrigo y no respondió.

–¿Vamos a ir? –preguntó Conner.

–¿De verdad crees que voy a perderme esto? –respondió Alex—. Además, debemos devolverle a Cenicienta el zapato de cristal y los pedazos del otro. Es lo correcto.

–¿Y qué haremos con Rani? –inquirió Conner.

Rani hizo un gesto, como si estuviera apagando una llama.

–Ah, no se preocupen por mí –dijo—. No me invitaron personalmente, así que no quiero importunarlos. Nunca me interesó demasiado el Reino Encantador de todos modos.

–¡Tonterías! –exclamó Roja—. Vendrás como mi invitado, y no hay nada más que discutir.

Ella mantuvo la cabeza alta. Rani sabía que no iba a librarse de esa situación.

–Veremos a la princesa, y luego encontraremos al Hada Madrina con Rani –decidió Alex—. Esperemos que todavía quiera devolverte tu forma humana.

–¿Es decir que te convertirás en humano? –preguntó Roja con una mano en el pecho.

–Sí –dijo Rani—. Es una larga historia.

–¡¿Por qué no me lo dijiste?! –exclamó Roja—. ¡No tienes idea de cómo esto cambia lo que pienso de ti! Aunque debo admitir que estoy muy orgullosa de mí misma por haber sido amistosa con un... eh, bueno, con lo que sea que eres ahora.

Si Rani tuviera cejas, ambas estarían levantadas.

–¡Ven conmigo ahora mismo! –dijo Roja, y enlazó su brazo con el de él—. ¡Vamos a planear nuestra vestimenta para mañana!

Guió a Rani fuera de la habitación. Él miró a los mellizos, con los ojos diciendo *¡ayuda!*, pero ellos estaban muy ocupados riéndose como para rescatarlo.

Al llegar la tarde, los carruajes estaban cargados y comenzó el viaje hacia el Reino Encantador. Blancanieves y el Rey Chandler viajaban en un carruaje, y los mellizos, Roja y Rani en otro. Estuvieron rodeados por un ejército de soldados durante todo el camino.

–¡*Esta* sí es manera de viajar! –dijo Conner.

Los mellizos no dejaban de señalar paisajes familiares por los que habían pasado durante su viaje. Eso los inspiró para contarles a Rani y a Roja todo sobre las aventuras que habían tenido. Ellos los escuchaban con atención. Rani croó un par de veces durante los relatos entretenidos de los mellizos, sobre todo en la parte de los trolls y los goblins.

Debido a que Roja escuchaba, omitieron la parte en la que se escabullían dentro de su castillo y en la que eran parcialmente responsables del incendio. Los mellizos no dejaban de interrumpirse entre sí para decir: “No podemos contarle nunca a mamá sobre eso”, cuando llegaban a los momentos más peligrosos de su viaje.

El carruaje estuvo en movimiento durante la noche y llegó al palacio de Cenicienta a la tarde siguiente. Había pétalos de rosas en el aire y las campanas sonaban en la distancia mientras todo el reino celebraba el nacimiento de su futura monarca.

Rani comenzó a comportarse en forma muy extraña en cuanto llegaron. Temblaba de los nervios. Por algún motivo, el palacio lo ponía ansioso. El grupo subió los escalones interminables de la entrada principal y luego fueron acompañados por el pasillo con la alfombra roja, hasta el salón de baile.

El lugar se encontraba casi vacío y parecía mucho más grande cuando no había tantas personas bailando. La Reina Cenicienta estaba sentada en su trono, acunando a su hija recién nacida. A su alrededor, formando un gran círculo, algunas sentadas en sillas y otras en el suelo, estaban la Bella Durmiente, Rapunzel y miembros del Consejo de las Hadas. Los esposos de la Bella Durmiente y de Rapunzel felicitaban al Rey Chance en una esquina del salón.

–¿Cómo la llamarás? –preguntó Rapunzel. Era hermosa, y su cabello era idéntico al mechón que Alex y Conner habían guardado para el Hechizo de los Deseos. Lo llevaba recogido en el rodete más grande que los mellizos habían visto y, aun así, el cabello caía sobre su espalda, dejando un rastro detrás de ella.

–No puedo decidirme –dijo Cenicienta.

–Deberías llamarla como su tía, Rapunzel –sugirió, y todos rieron.

–Te quiero, Rapunzel, pero también quiero a mi hija demasiado como para hacerle eso –dijo Cenicienta, y todos rieron más fuerte.

–¡Miren quiénes llegaron! –exclamó Cenicienta en cuanto levantó la vista y vio al grupo acercándose.

Todos estaban felices de ver a la Reina Blancanieves y a Chandler, pero el ambiente se volvió tenso cuando vieron a Alex y Conner entrar con un hombre rana gigante detrás de ellos. Todos los miraban con incomodidad, como si estuvieran desnudos.

–¿No son esos los mellizos que robaron el zapato de cristal? –dijo el Rey Chance, dando un paso hacia adelante y dejando al grupo de reyes detrás de él.

–¡No! ¡Intentamos decírselos! ¡No fuimos nosotros! –dijo Alex, asustada, con temor a que la historia estuviera por repetirse, y que ella y su hermano estuvieran a punto de ser perseguidos por los guardias.

–¡Relájense todos! –rio Cenicienta–. ¡Nadie robó nada! Yo los invité. Mi Hada Madrina quería hablar con ellos.

–¿Por qué querría hablar con ellos, cariño? –le preguntó el Rey Chance a su esposa.

–No estoy segura –respondió Cenicienta.

Alex y Conner se miraron aterrados. Esto debía ser incluso más serio que el zapato de cristal roto.

–Puede que hayamos roto uno de tus zapatos sin querer –dijo Alex.

Conner jamás la había visto tan avergonzada.

–En realidad no fue nuestra culpa –dijo Conner–. Es decir, lo *fue*, pero era una situación muy complicada y nunca habría sucedido a menos que fuera absolutamente necesario...

–Ah, no hay ningún problema –respondió Cenicienta–. No saben la cantidad de veces que los rompí yo. El Hada Madrina siempre los repara cuando me visita. Tal vez, eso sea lo único que quiere. Llegará pronto.

Los mellizos suspiraron tan profundamente por el alivio que se encogieron unos centímetros. Conner le dio una palmadita en el hombro a su hermana, ya que sabía que había estado muy estresada al respecto. Si había un grupo de personas al que ella quería causar una buena impresión, definitivamente era este.

Blancanieves, Roja, Alex y Conner se unieron a las mujeres reunidas alrededor del bebé. El Rey Chandler arrastró a Rani hacia

el grupo de hombres en la esquina y lo presentó. Él les dio la mano a todos, incómodo; era el primer hombre rana que entraba en el palacio.

–¡Mírenla! –dijo Blancanieves observando a la princesa–. Es hermosa.

–¡Es idéntica a ti, Cenicienta! –dijo Roja–. Yo también fui una hermosa bebé.

La princesa era realmente hermosa. Apenas tenía unos días, pero era igual a su madre, con el cabello castaño y los ojos brillantes.

–¡Estoy tan feliz de ver que ustedes dos estén bien! –exclamó la Bella Durmiente a los mellizos–. ¿Cómo fue todo? –preguntó, guiñándoles un ojo.

Los mellizos clavaron la vista en sus pies.

–No tan bien, por desgracia –dijo Alex; introdujo la mano en su bolso y extrajo el huso–. De todas maneras, gracias por prestarnos esto.

–Fue un placer –respondió la Bella Durmiente, tomando el huso–. Y Conner, tengo que agradecerte por tu... ¿cómo era que lo llamabas? Ah, sí, *el truco de la bandita elástica*. Lo hemos estado probando en algunos ciudadanos, ¡y parece estar ayudando bastante!

Conner estaba resplandeciente.

–¡Te lo dije! –exclamó, algo raro que él dijera.

–Blancanieves, escuché que al fin encontraron a tu madrastra –dijo Cenicienta–. ¡Felicitaciones! Debe ser un gran alivio.

El resto de las reinas y las hadas también la felicitaron. Sin embargo, Blancanieves no parecía feliz al respecto.

–¿Estás bien? –preguntó la Bella Durmiente.

–Sí, por supuesto –respondió ella–. Pero todo tiene un sabor agridulce.

–¿Agridulce? –preguntó Emerelda.

–Es una larga historia –repuso Blancanieves.

–¡Maravilloso! Amo las historias –exclamó Rapunzel, poniéndose más cómoda y sentándose en el suelo.

Blancanieves miró a los mellizos. Ellos sonrieron dándole su apoyo, alentándola para que le contara al resto lo que ellos ya sabían.

Les contó a las reinas y a las hadas todo sobre el pasado de su madrastra. Les explicó cómo la Hechicera la había separado de su familia, que su prometido quedó atrapado en el espejo y les contó sobre el corazón de piedra. Sin embargo, omitió la parte en la que la ayudó a escapar porque, al igual que los mellizos le habían ocultado detalles a Caperucita Roja, Blancanieves conocía su público.

La mayoría parecía estar al borde del llanto. Algunas tenían la mano sobre la boca. Otras solo negaban con la cabeza sin poder creer lo que oían.

–¡No puedo creerlo! –dijo Rosette.

–Es la historia más triste que he oído –dijo Coral, acariciando al Pez Caminante, que estaba descansando en su falda.

–Y aun cuando el mundo entero la odió, ella nunca dejó de intentar liberar al hombre que amaba –añadió la Bella Durmiente.

–Nunca perdió la esperanza –comentó Cielene.

Cenicienta se sentó derecha en el trono.

–*Esperanza* . Eso es... –decidió, mirando a su hija–. Así la llamaré. Princesa Esperanza Encantador, futura reina.

–¡Es hermoso! –dijo el Rey Chance, y le dio un beso en la frente a su hija recién nacida.

Todos hicieron gestos de aprobación y aplaudieron.

–Entonces, creo que es hora de que bauticemos a la Princesa Esperanza con algunos regalos –propuso Emerelda, haciéndole un gesto a las hadas para que se pusieran de pie.

Una por una, las hadas bendijeron a la princesa con un hechizo de bautismo. Le regalaron sabiduría y salud, compasión y riqueza, orgullo y disciplina, y por último, belleza, aunque ya tenía de sobra.

–¿Quieres sostenerla? –le preguntó Cenicienta a Alex.

–¿Yo? –preguntó la niña, señalándose–. Sí. Sería un honor.

Cenicienta colocó con delicadeza a su hija en los brazos de Alex, y la chica se preguntó si la bebé tenía idea de dónde estaba o de quién era. ¿Sabía lo especial que ya era solo por haber nacido? ¿Sabía que era la futura reina de un reino de la Tierra de las Historias? La bebé bostezó; tal vez ya sabía todo eso y estaba agotada de solo pensarlo.

Las puertas del salón de baile se abrieron y los mellizos vieron un rostro familiar acercarse en su dirección; era Sir Lampton, y tenía

una enorme sonrisa.

–Su Majestad, el Hada Madrina ha llegado –anunció.

–Ah, espléndido, Sir Lampton –dijo Cenicienta–. ¿Le dirías dónde estamos?

–Por supuesto, Su Alteza –respondió él–. Pero antes de unírseles, le gustaría hablar con los niños. *A solas*.

Todas las cabezas en la habitación giraron hacia Alex y Conner, que tragaron con fuerza al unísono.

–Está esperando en la torre del reloj –dijo Lampton.

Los mellizos salieron con lentitud del salón de baile junto al guardia. Él los guio por el palacio, escalera tras escalera, hasta la cima de la torre del reloj.

–Es grandioso volver a verlos –les dijo Lampton–. El Hada Madrina los ha estado buscando hace un buen rato.

–Eso no puede ser bueno –exclamó Conner–. ¿Estamos en problemas?

Lampton no respondió. Los mellizos se preocuparon por su silencio. Alex sacó el mapa y el diario de su bolso junto a un trozo del zapato de cristal.

–Si está enojada por algo, solo explicaremos todo desde el principio –dijo Alex–. No hicimos nada malo. ¿Verdad?

–Claro que no –respondió Conner–. Tuvimos muy buenas intenciones con todo lo que hicimos. ¿Cierto?

Los mellizos y Lampton se quedaron sin escalones que subir y encontraron una puerta que llevaba al interior de la torre del reloj. El guardia la golpeó con suavidad.

–Adelante –dijo una voz desde adentro.

–Aquí vamos –le susurró Alex a Conner–. Crucemos los dedos.

Lampton guio a los mellizos adentro. La torre era inmensa. Los niños sentían que estaban en un enorme reloj antiguo, dado que había engranajes gigantes y mecanismos por doquier. Podían ver todo el reino a través de la cara del reloj.

Una mujer baja se encontraba de pie, con la espalda hacia la puerta, mirando el reino. Vestía un largo abrigo con capucha color celeste, que resplandecía como el cielo nocturno.

–Ahora, los dejaré solos –anunció Lampton. Cerró la puerta con rapidez detrás de él y dejó a los mellizos a solas con el Hada

Madrina.

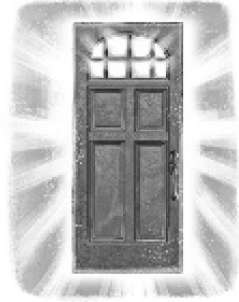
Los niños se acercaron con cuidado, sin hacer ruido, hacia la mujer.

–¿Disculpe? –dijo Conner–. ¿Señora Hada Madrina? ¿Quería vernos?

El Hada Madrina se dio vuelta para mirarlos. Era una hermosa mujer mayor con ojos amables y una sonrisa radiante. Su cabello era castaño claro y estaba recogido en un peinado precioso.

Los mellizos se quedaron paralizados.

–¿Abuela? –gritó Alex, estupefacta.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

EL CUENTO DE UN HADA

— ¡ **E**stoy tan feliz de que estén bien! —dijo la abuela, y corrió hacia ellos. Les dio el abrazo más grande y largo que los mellizos habían recibido de ella—. ¡Su madre y yo hemos estado tan preocupadas!

Los mellizos no le devolvieron el abrazo. No podían. Apenas si respiraban. Estaban sorprendidos de que continuaran de pie, porque ninguno de los dos sentía las piernas.

—¿Cómo están? —les preguntó—. ¿Están heridos? ¿Tienen hambre? ¿Necesitan algo?

—¿Abuela? —preguntó Alex lentamente—. ¿Abuela, de verdad eres tú?

—Soy yo, cariño —respondió—. De verdad estoy aquí.

—¿Tú eres el Hada Madrina? —preguntó Conner.

Ella les sonrió.

—Lo soy —dijo, con tristeza en la voz—. Lo lamento mucho, nunca quise que se enteraran así... —dejó de hablar. Su mirada se posó sobre el objeto que Alex sostenía.

—Por todos los cielos... ¿Qué están haciendo con el viejo diario de su padre? —les preguntó.

Al oír eso, Alex y Conner sintieron que se tragaban su propio corazón.

—¿Este diario es *de papá*? —preguntó Alex, perpleja.

—¿Hemos estado haciendo lo que el diario *de papá* decía todo este tiempo? —preguntó Conner.

—Creo que me voy a desmayar —dijo Alex.

La abuela extrajo una larga varita de cristal del interior de su abrigo. La agitó, y apareció un sillón por arte de magia en la torre del reloj. Tomó las manos de los mellizos y los sentó allí para que recuperaran el aliento.

El gesto sorprendió a los chicos. Aunque era el Hada Madrina, no esperaban que su *abuela* pudiera hacer magia.

La mujer tomó el diario de las manos de Alex y lo hojeó, sorprendida de que hubiera llegado hasta los mellizos.

–¿Dónde consiguieron esto? –preguntó.

–Nos lo dio nuestro amigo Rani –respondió Alex–. Hemos seguido las instrucciones del diario desde que llegamos aquí.

–Hemos estado buscando todos los objetos para el Hechizo de los Deseos –explicó Conner.

–¿*El Hechizo de los Deseos*? –preguntó ansiosa su abuela–. ¡Con razón era imposible encontrarlos!

–¿Papá y tú en verdad son de aquí, entonces? –preguntó Alex–. ¿No me lo estaba imaginando?

–¿Y papá escribió el diario? –preguntó Conner, con la mente aún enfocada en ese asunto.

–Sí, sí, sí... –respondió la mujer–. Todo es verdad. Le di ese diario cuando era un niño. Me alegra que resultara útil.

Los mellizos se habían acostumbrado a que miles de preguntas dieran vueltas en su cabeza, pero ahora las vueltas estaban fuera de control. No sabían qué pregunta hacer primero.

–Entonces, ¿papá quería el Hechizo de los Deseos para poder viajar a nuestro mundo? –indagó Conner.

–Escribió que se había enamorado de una mujer –dijo Alex–. *Era... ¿Podría ser...?*

–Tú madre, sí –respondió la abuela.

Alex y Conner intercambiaron miradas, cada uno observando cómo el otro procesaba la información. Los dos estaban impactados por igual.

–¿Hace cuánto eres un Hada Madrina? –preguntó Alex.

–¿Por qué nunca nadie nos contó sobre todo esto? –inquirió Conner.

–Sé que es probable que tengan cientos de preguntas. Pero antes de que se preocupen demasiado, déjenme explicarles.

–Por favor –dijo Conner.

La abuela respiró hondo. No sabía por dónde ni cómo empezar.

–Siempre planeamos contarles esto cuando fueran más grandes –comenzó–. Su padre contaba los días que faltaban para poder traerlos aquí y mostrarles el lugar. Por desgracia, nunca tuvo la oportunidad de hacerlo. Después de su muerte, ustedes dos estaban pasando por tantas cosas, que su madre y yo no quisimos abrumarlos, así que decidimos esperar.

–Entonces ¿mamá conoce este lugar? –preguntó Alex, sin salir de la sorpresa.

–Jamás ha estado aquí, pero sabe lo suficiente –respondió la abuela–. Mi hijo y yo, por otra parte, nacimos y nos criamos en este mundo. Antes de que naciera su padre, cuando yo solo era una joven hada en entrenamiento, descubrí su mundo por accidente.

–Entonces, ¿tu cabaña en el bosque? ¿Tu auto azul? ¿Todo era para fingir? –preguntó Conner.

–Por supuesto que no –repuso la mujer–. Me quedo en esa cabaña durante mis visitas y amo el auto azul. Desearía que las personas de este mundo supieran de la existencia de los automóviles.

–¿Cómo terminaste en nuestro mundo? –preguntó Alex.

–Sucedió por accidente –respondió–. Acababa de terminar un viaje a través de los reinos, visitando a aquellos que necesitaban ayuda, y estaba ansiosa por seguir ayudando. Agité mi varita, cerré los ojos, y pensé con todo el corazón: “Deseo ir a un lugar donde las personas más me necesitan”. Creí que iba a aparecer en una pequeña aldea del Reino del Norte. Pero cuando abrí los ojos, supe que ya no me encontraba en los reinos.

»Guardé el secreto por años antes de contárselo al resto de las hadas. Conocí un grupo de niños allí que me mostraron el lugar. Estaba fascinada por su mundo, pero ellos estaban aún más fascinados con mis historias. No sabían nada sobre magia o sobre las hadas hasta que yo aparecí. Su mundo estaba tan consumido por la guerra, la hambruna y las enfermedades... Era todo lo que conocían. Se sentaban por horas a escuchar mis historias sobre el lugar del que yo venía. Parecían distraerlos de sus problemas.

»Vi cómo las historias los inspiraron, cómo les dieron esperanza, coraje y fuerza y cómo aprendieron lecciones de ellas. Hacían que

niños sin familia aprendieran a amar y a confiar un poco más que antes, y les devolvían el brillo a los ojos de enfermos, cuyas infancias les habían sido arrebatadas. Decidí que desde ese momento haría todo lo que pudiera para que nuestras historias, nuestra historia, fueran lo más conocidas posible.

»Hasta el día de hoy, yo soy la única que tiene el don de viajar entre mundos, y lo considero una gran responsabilidad. Recluté a Mamá Gansa y a algunas hadas para que viajaran conmigo a su mundo y divulgaran nuestras historias. Encontramos a los niños que necesitaban escucharlas más que ningún otro, los que tenían mala suerte y necesitaban un poco de magia, y así nació el término *cuento de hadas*. Su mundo cambiaba y se expandía tan rápido que ya no podíamos hacerlo solas, así que les pedimos a personas como los hermanos Grimm, Hans Christian Andersen y algunos otros que nos ayudaran con el correr de los años.

–Entonces, ¿sí hay una diferencia temporal? –preguntó Alex.

–Su mundo se mueve a una velocidad mucho mayor que el nuestro –explicó la abuela–. Yo iba una vez por semana, y cada vez que regresaba allí, parecía que habían pasado muchas décadas.

–¡Por eso es que los cuentos han estado en nuestro mundo durante tanto tiempo! –dijo Conner.

–¡Ay, no! –exclamó Alex–. ¡Mamá! ¿Eso significa que se ha convertido en una anciana mientras hemos estado aquí?

–No –respondió su abuela–. Como ven, niños, *había* una diferencia temporal. Pero luego, algo en verdad mágico ocurrió y cambió todo eso.

–¿Qué? –preguntó Conner.

–Nacieron ustedes –respondió la abuela con una sonrisa.

Los mellizos intercambiaron miradas, asombrados.

–¿Por qué somos tan especiales? –preguntó Conner.

–Porque a veces la magia tiene vida propia –respondió y miró sus manos, enfocándose en su anillo de bodas.

»El abuelo amaba su mundo y viajaba conmigo cada vez que yo iba allí. Fue el amor de mi vida, pero por desgracia, murió al poco tiempo del nacimiento de su padre. Lo crié aquí yo sola, pero continué visitando el otro mundo cada tanto, aunque me resultaba doloroso, porque me recordaba a mi esposo.

»Su padre siempre fue un niño aventurero. Desde pequeño, solía escaparse para explorar distintas tierras a través de los reinos. Siempre sintió curiosidad por el otro mundo, y le prometí que lo llevaría algún día, cuando fuera un adulto. Muchos años después, vino con nosotras a un hospital de niños para leerles cuentos a los enfermos. Su madre acababa de empezar a trabajar allí como enfermera, y supe desde el primer minuto en que la vio que su corazón ya no le pertenecía a él mismo.

»Por supuesto, le prohibí que se quedara o que regresara conmigo y con las hadas de nuevo. Fue egoísta de mi parte, pero tenía miedo de que se perdiera en la diferencia temporal entre los mundos y que viviera el resto de su vida sin mí; no podía perder a mi hijo después de haber perdido a mi esposo. Pero su amor por su madre era demasiado fuerte, y encontró su propia forma de regresar usando el Hechizo de los Deseos. No tuve otra opción más que darle mi bendición y dejarlo ir. Fue la cosa más difícil que tuve que hacer como madre.

»Sin embargo, en cuanto ustedes dos nacieron, ocurrió algo muy extraño: su mundo y este comenzaron lentamente a moverse a una velocidad similar. Es la magia más increíble que he visto en mi vida.

»Ser los hijos de su padre implica que ustedes tienen parte de la Tierra de las Historias dentro suyo; siempre la han tenido. Ustedes son los primeros hijos de ambos mundos; son el puente que los conecta.

Los mellizos se sentían tan aliviados de saber que su madre tendría la misma edad cuando regresaran.

–¿Quieres decir...? –comenzó a preguntar Alex, pero hizo una pausa porque parecía demasiado bueno para ser verdad–. ¿Que Conner y yo somos en *parte hadas* ?

–Supongo que sí, si lo pones de esa manera –respondió la abuela.

Alex llevó ambas manos sobre su corazón y su mirada se llenó de lágrimas. Conner puso los ojos en blanco y suspiró.

–¡Eso es maravilloso! –exclamó Alex.

–Ah, genial –dijo Conner con sarcasmo–. Los niños de la escuela *jamás* pueden enterarse de esto.

–¿Cómo ibas sino a activar mi antiguo libro de cuentos? –comentó la abuela.

Alex se enderezó en su asiento. Recordó la noche en la cama, cuando sostuvo *La tierra de las historias* y deseó con todo su corazón poder viajar dentro del libro; la primera noche en que descubrió que no era un libro común.

–¿Quieres decir que yo hice eso? –preguntó–. ¿Yo hice que *La tierra de las historias* nos trajera aquí?

–Así es –respondió la abuela. Una sonrisa orgullosa apareció en su rostro.

Alex no podía creerlo. *Ella* era mágica. *Ella* había hecho que sucediera.

–¡Todo tiene mucho sentido ahora! –exclamó Alex–. En el castillo en el que se escondía la Reina Malvada, ¡*mi* lágrima activó el Hechizo de los Deseos! ¡Y vi mi reflejo en uno de los espejos mágicos! ¡Tenía alas! ¡Creí que me lo estaba imaginando!

–¿La Reina Malvada? –preguntó la abuela–. ¡Parece que ustedes han tenido una aventura más peligrosa de la que pensaba!

–Ni que lo digas –comentó Conner.

–No puedo esperar a que me cuenten todo sobre ella –dijo la abuela–. ¡Su madre ha estado tan preocupada! Ha tenido que darle a la escuela todas las excusas conocidas por el hombre para justificar su ausencia. Creo que es hora de que los lleve a casa.

Casa. Ella iba a llevarlos a *casa*. Nunca antes una palabra había sonado tan hermosa.

–¿Puedes hacer eso? –preguntó Conner.

–Te sorprenderían las cosas que tu abuela puede hacer –dijo riendo. Pero su mirada cambió en cuanto miró con tristeza el diario que había pertenecido a su hijo muerto–. Es increíble, ¿verdad? Aun luego de haber muerto, su padre encontró la forma de mostrarles este lugar. Ese fue siempre su sueño.

Alex y Conner siempre pensaron que su padre era asombroso, pero hasta ahora, jamás habían sabido cuán asombroso era en realidad.

Los mellizos y la abuela abandonaron la torre del reloj y se encontraron con Sir Lampton apoyado sobre la puerta, escuchando la conversación. Los acompañó por la escalera hasta el salón de baile.

–Conocí a su padre –le susurró Lampton a los mellizos–. Crecimos juntos. Supe que debían ser sus hijos desde el primer segundo en que los vi. Por eso coloqué el zapato de cristal en tu bolso.

Los mellizos ni siquiera pudieron agradecerle con una sonrisa. Su mente ya estaba sobrecargada.

Entraron al salón de baile, y todos se pusieron de pie al ver al Hada Madrina.

–Siéntense todos, por favor. He venido a bendecir a la princesa con un don, y luego llevaré a mis nietos a casa –dijo, abrazando a Alex y a Conner.

–¿Nietos? –preguntó Cenicienta–. ¡No sabía! Bueno, ¡eso implica que somos prácticamente familia! –dijo, mirando a los mellizos.

–¿Escuchaste eso, Alex? –murmuró Conner, inclinándose cerca de su hermana–. ¡La mismísima Cenicienta dijo que somos prácticamente su familia!

–Lo sé –respondió Alex–, y estoy intentando no ponerme a llorar.

El Hada Madrina alzó en brazos a la princesa recién nacida. Los mellizos estaban entusiasmados de ver a su abuela en acción.

–Es hermosa, cariño –le dijo a Cenicienta–. Mi regalo para la princesa será valentía. Puede que la necesite en los años venideros.

El Hada Madrina le dio un beso en la mejilla a la bebé. Sus labios dejaron una marca resplandeciente en el rostro de la niña, que luego se desvaneció con lentitud a medida que absorbía el regalo.

–Antes de irme, tengo un regalo más que dar –dijo el Hada Madrina, y tomó su larga varita de cristal–. ¿Podría el caballero conocido como Rani acercarse al frente del salón, por favor?

Rani, que se había estado escondiendo detrás de los reyes Encantador, se acercó con cautela hacia el Hada Madrina, que se encontraba en el centro de la habitación.

–Muchísimas gracias por cuidar de mis nietos –dijo–. Nunca podré agradeceréte lo suficiente, pero por ahora, me gustaría librarte de la maldición que llevas.

La boca de Rani se abrió de par en par. No dejaba de pasear la mirada de los mellizos al Hada Madrina.

–Yo... Yo...Yo... –comenzó a decir, pero la emoción le impidió terminar la frase.

El Hada Madrina agitó su varita, y la maldición que recaía sobre él se extinguió como la llama de una vela. Rani ya no era una rana, ahora era un hombre. De hecho, un hombre muy atractivo, de cabello oscuro y ojos brillantes que iluminaban toda la habitación. Era impactante para los mellizos verlo diferente.

–¿Charlie? –preguntó el Rey Chance–. ¿Eres tú?

Los hermanos Encantador se acercaron a él. Lo miraron fijo como si estuvieran viendo a un fantasma.

–Hola, hermano –dijo Charlie–. Ha pasado mucho tiempo.

El asombro de los Encantador desapareció después de un tiempo y se transformó en una celebración. Corrieron hacia su hermano perdido y lo abrazaron con fuerza. El salón explotó de alegría al ver ese encuentro tan esperado. Caperucita Roja se encontraba en silencio, sonrojándose. Miraba al Príncipe Charlie de una forma completamente distinta; ya no era el amistoso hombre rana que la había salvado del derrumbe del castillo: era un esposo en potencia.

–¡Pensamos que habías muerto! –dijo Chandler, despeinando a su hermano.

–¡Te buscamos por todos los reinos! –exclamó Chase, dándole una palmada en la espalda.

–Ahora saben por qué no podían encontrarme –dijo Charlie, y se encogió de hombros.

–¿Por qué no nos lo dijiste? –preguntó Chance.

–Estaba avergonzado... –respondió Charlie–. No sabía qué hacer. Pensé que debía esconderme. Por favor, perdónenme.

Los mellizos no podían creerlo. Ahora entendían por qué había estado actuando de manera tan extraña desde que habían llegado.

–Entonces, ¿eres un príncipe? –preguntó Alex con una sonrisa enorme en el rostro–. Olvidaste mencionar esa parte.

–Me disculpo –dijo Charlie–. Hubiera jurado que lo mencioné mientras tomábamos té de nenúfar.

Compartieron una risa. Charlie corrió hacia los mellizos y los abrazó casi tan fuerte como sus hermanos lo acababan de abrazar a él.

–Gracias –les dijo–, ¡por inspirarme a salir de ese agujero en el suelo!

–Gracias a ti –respondió Alex.

–Voy a seguir llamándote Rani –le advirtió Conner.

El Hada Madrina agitó su varita de cristal una vez más, y una puerta apareció en medio del salón de baile. Caminó hacia los mellizos y les puso una mano en el hombro.

–Es hora –dijo.

Los mellizos reconocieron la puerta de inmediato; era la entrada de su casa. Jamás habían estado tan contentos de verla. Una luz brillaba a través de ella; sabían que su madre los estaba esperando del otro lado.

Todos los reyes, las reinas y las hadas en la habitación miraron a Alex y a Conner con dulzura. Aunque la mayoría había pasado alguna situación tensa con los mellizos, los entristecía verlos partir.

–Despídanse –les dijo su abuela.

Conner no pudo esperar más y corrió hacia la puerta.

–¡Adiós! –le gritó a todos los que se encontraban en el salón, sin mirarlos. Atravesó la puerta corriendo y desapareció. Por fin iba a casa.

–¿Vamos a regresar alguna vez? –preguntó Alex, mirando a su abuela, deseando con todo su corazón que la respuesta fuera la que ella esperaba.

–Algún día –respondió.

Alex se acercó a los hombres y mujeres sobre los que había leído toda su vida mientras crecía. Habría jurado que había tenido un sueño igual alguna vez. Había querido decirles algo y decidió que esa podría ser la última oportunidad para hacerlo.

–Sé que esto puede no tener sentido, pero gracias por haber estado siempre para mí –dijo Alex–. Son los mejores amigos que he tenido.

No entendieron muy bien qué quiso decir, pero aun así estaban muy conmovidos por sus palabras.

–Vamos, cariño –le dijo su abuela, y la acompañó hasta la puerta.

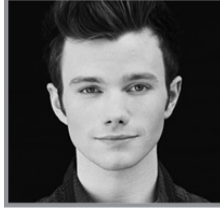
Alex secó las lágrimas que habían aparecido por la despedida. De todas formas, no pudo evitar sonreír mientras atravesaba la puerta junto a su abuela, porque sabía en lo profundo de su corazón que en realidad ese no era un *adiós* .



CONTINUARÁ...

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecerle a mi familia, a Rob Weisbach, a Alvina Ling, a Brandon Dorman, al equipo de Little Brown, a Glenn Rigberg, a Meredith Fine, a Alla Plotkin, a Erica Tarin, a Ashley Fink, a Pam Jackson, a Jamie Greenberg, al reparto y al equipo de *Glee* , y por último pero para nada menos importante, a Hans Christian Andersen y a los hermanos Grimm.



SOBRE EL AUTOR

Chris Colfer , ganador del Golden Globe, es actor, reconocido principalmente por su papel como Kurt Hummel en *Glee* . Colfer fue mencionado en la lista 2011 TIME 100, de la revista *Time* , que anualmente distingue a las cien personas con mayor influencia en el mundo.

La tierra de las historias: El Hechizo de los Deseos es su primera novela.



Título original: *The Lands of Stories. The wishing spell*

Traducción: Daniela Taboada

Edición: Leonel Teti

Diseño de portada e interior: Brandon Dorman • © 2012 Hachette Book Group, Inc.

Armado y adaptación de diseño: Marinela Acuña /Tomás Caramella

Armado de ebook: Tomás Caramella

©2012 Christopher Colfer

©2016 V&R Editoras

www.vreditoras.com

Publicado en virtud de un acuerdo con Little, Brown, and Company, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

Argentina: San Martín 969 piso 10^o (C1004AAS) Buenos Aires

Tel./Fax: (54-11) 5352-9444 y rotativas

e-mail: editorial@vreditoras.com

México: Dakota 274, Colonia Nápoles

CP 03810 - Del. Benito Juárez, México D. F.

Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621

e-mail: editoras@vergarariba.com.mx

ISBN: 978-987-747-141-0

Abril de 2016

Colfer, Chris

La tierra de las historias : el hechizo de los deseos / Chris Colfer. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2016.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Daniela Taboada.

ISBN 978-987-747-141-0

1. Novelas Fantásticas. 2. Literatura Infantil y Juvenil Estadounidense. I. Taboada, Daniela, trad. II. Título.

CDD 813.9282

¡TU OPINIÓN ES IMPORTANTE!

Escríbenos un e-mail a

miopinion@vreditoras.com

con el título de este libro en el “Asunto”.

CONÓCENOS MEJOR EN

www.vreditoras.com

▪ **[facebook.com/VREditorasYA](https://www.facebook.com/VREditorasYA)**

LIBRO DOS

LA TIERRA DE LAS HISTORIAS

EL REGRESO
DE LA HECHICERA

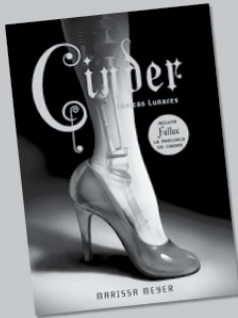


CHRIS COLFER

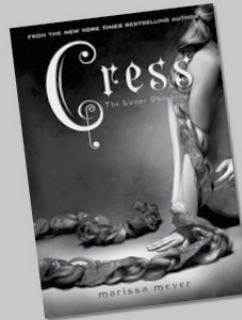
SI TE GUSTA ESTA SAGA,
NO TE PUEDES PERDER...



Crónicas Lunares



Cinder
LIBRO UNO



Cress
LIBRO TRES

Scarlet
LIBRO DOS



MARISSA MEYER

Índice

[Prólogo. Una visita para la reina](#)

[Capítulo uno. Había una vez](#)

[Capítulo dos. El camino más largo a casa](#)

[Capítulo tres. Una sorpresa de cumpleaños](#)

[Capítulo cuatro. La tierra de las historias](#)

[Capítulo cinco. De la boca de una rana](#)

[Capítulo seis. El Bosque de los Enanos](#)

[Capítulo siete. La torre de Rapunzel](#)

[Capítulo ocho. Un lugar oculto](#)

[Capítulo nueve. El Reino Encantador](#)

[Capítulo diez. El Reino de la Capa Roja](#)

[Capítulo once. El Territorio de los Trolls y los Goblins](#)

[Capítulo doce. El Reino de las Hadas](#)

[Capítulo trece. Pacto de lobos](#)

[Capítulo catorce. El Reino Durmiente](#)

[Capítulo quince. El Reino del Norte](#)

[Capítulo dieciséis. A través de las minas](#)

[Capítulo diecisiete. Ricitos de Oro: se busca viva o muerta](#)

[Capítulo dieciocho. El mensaje de la sirena](#)

[Capítulo diecinueve. El Pozo de Espinas](#)

[Capítulo veinte. Corazón de piedra](#)

[Capítulo veintiuno. El Espejo](#)

[Capítulo veintidós. El secreto de Blancanieves](#)

[Capítulo veintitrés. Una invitación de la realeza](#)

[Capítulo veinticuatro. El cuento de un hada](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)